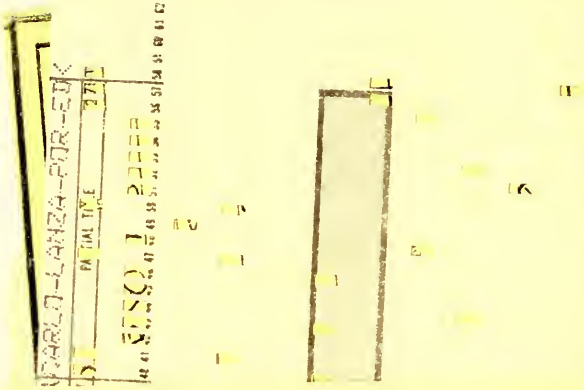
UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA

BOOK CARD

Please keep this card in book pocket



THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT CHAPEL HILL

ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

PQ7797
.G79
C3

a 00000 02144 3

This book is due at the LOUIS R. WILSON LIBRARY on the last date stamped under "Date Due." If not on hold it may be renewed by bringing it to the library.

DATE DUE	RET.	DATE DUE	RET.

EDUARDO GUTIERREZ

CARLO LANZA

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/carlolanza00guti

CARLO LANZA

T. NARVAJA 1683
PAYSANDU 1811

CARLO LANZA.

Con el aire de una persona nacida entre los millones y habituada á derrocharlos, con una fisonomía hermosa è inteligente, se insinuaba de tal manera que era muy difícil defenderse de su influencia.

PQ77
.G79
C3

DRAMAS CÓMICOS

CARLO LANZA

POR

EDUARDO GUTIERREZ

N. TOMMASI
Editor — Buenos-Aires

ES PROPRIEDAD DEL EDITOR

UN AVENTURERO.

Pocos hombres habrán alcanzado entre nosotros la celebridad de Carlo Lanza, el aventurero más audaz é inteligente que haya llegado á América.

El vicio de la estafa y el hecho de enriquecerse á costillas del prójimo había sido elevado por este hombre extraordinario á la categoria de arte, que practicaba con una sagacidad asombrosa y con un profundo conocimiento de los hombres y las cosas.

Generalmente se cree que las víctimas de Carlo Lanza han sido pobres napolitanos ignorantes, que engañados hábilmente por el aventurero, le entregaban sus ahorros, halagados por el interés crecido que les pagaba.

Pero esto no es exacto, porque personas ilustradas é inteligentes como el doctor Cimone, por ejemplo, cayeron también entre las redes hábilmente tendidas por Lanza, cuya explotación asombrosa no se había dedicado solamente á estafar el dinero de los infelices ignorantes, á los que no podría despojar sino de cantidades cortas.

El había puesto los puntos también á gente más rica de la colonia italiana, que podría engrosar sus cajas con sumas fuertes y dándole á ganar uno solo, lo que no le daban diez ó quince infelices reunidos.

Así se vé que á su casa caían todos, desde el pobre infeliz que iba á depositarle el fruto de veinte años de trabajo, el hombre acomodado que le daba dinero para remitir á la familia, con encargo de hacerla venir, y hasta el médico inteligente que, como el doctor Cimone, giraba por su intermedio gruesas sumas para atender sus compromisos en Europa.

Es que Carlo Lanza era una especialidad en el arte de inspirar confianza.

Cualquiera que hablaba con él un cuarto de hora, salía creyendo que Lanza era el hombre más honrado é inteligente de este mundo, y el banquero más fuerte de Buenos Aires.

Los corresponsales eran las personas más importantes del comercio europeo, y su crédito era ilimitado en los Bancos de Europa y sobre todo de Italia.

Así Carlo Lanza estaba relacionado con toda la sociedad italiana de Buenos Aires, desde su miembro más espectable hasta el más infeliz lustrabotas.

Y con todos ellos tenía negocios de mayor ó menor importancia, pero negocios que iban preparándole el terreno que había de pisar más tarde.

De un exterior sumamente simpático, de una conversación fácil y atrayente, con el aire de una persona nacida entre los millones y habituada á derrocharlos, con una fisonomía hermosa é inteligente, se insinuaba de tal manera que era muy difícil defenderse de su influencia.

El estudiaba rápidamente, pero con una seguridad admirable, el espíritu y modo de ser de la persona con la que se ponía en contacto, y sólo después de conocerle lo que él llamaba su lado flaco, recién le tendía las redes en que debía hacerla caer.

Y las tendía con tal habilidad, con tal seguridad, que á las dos ó tres veces de hablar con él, aquella persona se le había entregado en cuerpo y alma.

¿Quién iba á dudar de la integridad y la fortuna de aquel banquero, que llevaba una vida opulenta y cumplía todos sus compromisos aún antes de vencerse, que adelantaba dinero bajo la sola palabra del que lo recibía?

Es que Carlo Lanza prestaba realmente con la mayor facilidad y confianza, sabiendo á quién le prestaba y calculando que aquel préstamo era el cebo con que había de atraer á sus cajas el dinero de su deudor.

Comerciante de menudeo, apretado por algún vencimiento, propietario apurado por alguna hipoteca, cliente que quería girar dinero que no tenía inmediatamente, acudía á Carlo Lanza en la seguridad de que había de sacarlo de apuros.

Y ninguno salió de su casa con las manos vacías ni sin jurar que en su vida no haría jamás ningún negocio sino por intermedio de aquel gran banquero.

Lanza podía caer muchas veces en prestar dinero á quien no se lo había de volver en mucho tiempo, ó tal vez nunca.

Pero no era por qué no supiese de antemano que aquel dinero que prestaba no volvería á su poder, sinó porque bien sabía que su deudor, en cambio, le traería clientes que podían dejar entre

sus manos ávidas de dinero, doscientas veces más de lo que perdía en el préstamo.

Los napolitanos y la gente infeliz que iban á depositarle sus ahorros ó á hacer por su intermedio remesas á Europa, creían en Carlo Lanza con tanta fé como se crée en Dios.

Le hubieran depositado la vida si Carlo Lanza les hubiera ofrecido pagarles interés por ella.

Es que Lanza, con una sagacidad suprema, se había apoderado de un elemento estupendo para el logro de sus fines, pues que no eran otros que apropiarse todo el dinero de aquella clientela que, entre toda, podía entregarle una gran fortuna.

Carlo Lanza se había hecho amigo de cuanto cura y fraile italiano había en la ciudad y en la campaña, haciéndose por medio de ellos un doble y famoso servicio.

Porque estos, no sólo depositaban en manos de Lanza su dinero reunido á fuerza de misas y estipendios de costumbre, sinó que aconsejaban á sus devotos y á la gente que los escuchaban como á verdaderos ministros de Dios, que hicieran lo mismo, entregando á Lanza todo el fruto de sus economías, reunidas á costa de todo género de privaciones.

¿Y cómo iban ellos á desconfiar, cuando era el mismo párroco quien se lo aconsejaba y quien depositaba en su poder hasta el último medio?

Caían sin vacilar á casa del banquero y le entregaban su dinero, sin más constancia que el asiento de sus libros y sin siquiera exigirle recibo.

Y Lanza dominaba á aquellos curas y frailes, tanto como ellos mismos dominaban á sus parroquianos y feligreses.

Lanza se había apoderado de ellos, invitándolos á comer continuamente y preparándoles grandes farras con mujeres de la vida airada, á las que asistían asiduamente los buenos ministros de Dios, asombrados del ascendiente fabuloso que tenía Lanza entre las bellas de vida tormentosa.

Estas, hábilmente aleccionadas por Carlo Lanza, trastornaban de tal manera la cabeza de los estimables curas, que no hacían sino mandar á un amigo pidiéndole la repetición de aquellas fabulosas farras.

En el curso de esta curiosísima historia nos hemos de ocupar debidamente de estas verdaderas borrascas sacerdotales, donde campea todo el genio travieso y emprendedor del famoso Lanza.

Pagadas y amaestradas por Lanza, aquellas bellas, léjos de admitir regalos de los sacerdotes les daban en prenda de su amor largos y sedosos rizos comprados en las peluquerías, y otras prendas por las cuales ellos las creían locas de amor.

Así la casa particular de Carlo Lanza parecía una cofradía, pues continuamente tenía curas á su mesa y curas atorrando en camas y catres armados con aquel exclusivo objeto.

En nadie tienen más confianza que en el cura, cuyos consejos siguen ciegamente, y más cuando lo ven prestigiado por ellos dependía.

Cura italiano que llegaba de la campaña paraba en su casa, donde el amigo lo alojaba sin dejarlo carecer de la menor cosa.

Y como siempre, los que llegaban traían dinero á depositar ó á girar; él se reía de todas las incomodidades que podían causarle y siempre les rogaba que permanecieran una quincena más en su compañía.

No podía darse un procedimiento más hábil y más sagaz, porque teniendo contentos y confiados á los curas, no sólo tenía el dinero de estos sino el de toda aquella gente infeliz que de ellos dependía.

Y esta táctica que en la ciudad le había dado resultados famosos, en la campaña constituía para él una verdadera fuente de recursos y de riquezas.

Allí la gente de trabajo ahorra todo el dinero que gana para remitirlo á Europa, hacer traer familias ó colocarlo á interés.

En nadie tienen más confianza que en el cura, cuyos consejos siguen ciegamente, y más cuando lo ven prestigiado por el ejemplo.

¿Qué banquero más seguro para ellos que el banquero del cura?

Así fué pues como Carlo Lanza dió un gran impulso á su casa de comercio y labró la fortuna inmensa que hizo tan ruidosa su caída.

Por esto es que la fuga de Carlo Lanza hizo aquel estrépito asombroso que repercutió hasta los puntos más apartados de nuestra campaña, donde quedaban sus víctimas entregadas á la mayor desesperación, porqué á muchos de ellas el famoso banquero les llevaba el fruto de veinte años de trabajo asiduo y constante.

Hombres que habían hecho el sacrificio de toda su vida para labrarse un porvenir, se encontraban de la noche á la mañana tan pobres y miserables como cuando recién vinieron.

Es fácil recordar que en los primeros días de la fuga de Lanza, la cuadra donde estaba su casa, en la calle Tacuarí, parecía un barrio en revolución.

Había allí más de mil personas entregadas á todos los excesos de la desesperación y de la ira, presentando escenas de lo más conmovedor y risueño.

Y cada una refería su desventura en alta voz, con todos los episodios que la habían precedido.

Pocas historias tan ricas en episodios como la que hoy ofrecemos á la curiosidad de nuestros lectores, pues no habrá un segundo tipo que, como Lanza, haya recorrido con mayor éxito la escala que separa á un peón de fondín, de un banquero opulento y de fabuloso crédito.

Nada más curioso y ameno, nada más risueño y cómico que la historia de Carlo Lanza, desconocida hasta hoy de sus mismas víctimas.

Mucho trabajo nos ha costado reunir la riqueza de datos que poseemos, pero él está harto compensado con el éxito que tiene que alcanzar su publicación.

¿Quién era este Carlo Lanza, y de dónde venía?

Nadie sabía esto con certeza, pues sólo se conocía lo que él mismo quería contar, que no debía ser la verdad, seguramente.

Para unos, Carlo Lanza era un jóven de familia rica, que habilitado por su padre había venido á America á aumentar su fortuna con un fuerte Banco de giros, y á pasear por estos paises.

Y esto no era más que el pretexto de que se había valido su señor padre para hacerle romper un compromiso de matrimonio que había tenido y que no le convenía bajo ningún punto de vista.

Esta versión había sido muy fácil de hacer circular aún entre los mismos italianos que no lo conocían y que no tenían de él ningún antecedente europeo.

En el Club Italiano, donde se juntaba todas las noches con las personas más conocidas, había sido aceptada la versión porque no había ningún motivo para dudar de ella.

Carlo Lanza tenía una linda figura, vestía con elegancia lujosa, era buen mozo y sumamente simpático, no habiendo en su exterior nada que pudiera contradecir aquella fábula.

¿Por qué dudar de ella tampoco, cuando no había ninguna prevención contra su persona?

Su aspecto y su modo de vestir eran los de un hombre habituado desde jóven á la buena vida.

Lanza gastaba mucho dinero porque era amigo de las comodidades y de los placeres.

Pero, ¿qué había que extrañar en él? ¿no era rico? ¿no trabajaba con éxito en sus negocios de giros y descuentos?

Era natural que un hombre jóven, rico y que trabajaba con ahinco y dedicación, pudiera gastar con holgura.

Sus farras y su vida licenciosa no autorizaban tampoco á dirigirle la menor recriminación, porque aunque se hubiera pasado la noche de claro en claro, desde las primeras horas de la mañana

estaba al frente de su escritorio, de donde no se movía hasta la hora de cerrarlo.

Algunos le criticaban su amistad con los frailes y curas, tratándolo de clerical.

Pero él aseguraba que era más liberal que Garibaldi mismo, pero que los negocios nada tenían que ver con las opiniones religiosas.

—Esos diablos de curas y frailes mandan á Europa sendas cantidades, y me dejan utilidades cuantiosas.

¿Por qué los voy á rechazar? ¿qué tiene que ver el Papa con mis negocios?

¡Lo único que yo siento es no poderlos apretar como un limón y hacerles soltar todo el jugo!

Con estas explicaciones Carlo Lanza hacía frente á toda crítica, saliendo siempre airoso.

—¿Cómo se vá á pelear uno con sus comitentes porque piensan que el Papa manda más que Dios, si se les ocurre pensar este cómo cualquier otro descalabro?

Yo pienso que los giros valen un tanto por ciento y que con este tanto por ciento vivo y me divierto sin tocar un centavo de mis capitales, que aumento diariamente.

Era tal la religiosidad con que este jóven cumplía sus compromisos de dinero, que, para muchos, valía su palabra tanto como una letra de cambio á la vista.

Así, cuando Carlo Lanza decía en un negocio « ya está », palabra habitual en él para cerrarlo, no se hablaba más del asunto, el negocio era hecho.

¿Por qué dudar entónces que fuera hijo de la rica familia de Lanza y que hubiera sido enviado por su padre para hacerle romper sus compromisos amorosos?

No tenía esto nada de asombroso ni de extraño, y como á nadie interesaba tampoco, nadie había tratado de adquirir mejores detalles.

Para otros, Carlo Lanza no era más que Carlo Lanza, un jóven rico y trabajador, leal á su palabra y á sus compromisos, y esto les bastaba.

Sus depositantes recibían puntualmente sus buenos intereses ó los acumulaban al capital que creían en las manos más seguras del mundo.

¿Qué les importaba que el depositario fuese amigo de los curas ó amigo del diablo mismo?

La cuestión era la seguridad y ganancia de sus depósitos, y nada más.

Carlo Lanza entre tanto no era tal hijo de ricos, ni tal capitalista, ni tal enamorado.

El era natural de Biella, importante ciudad del Piamonte, patria del famoso Quintin Sella, estadista distinguido y ministro del reino de Italia en varias ocasiones.

Allí había pasado su primera juventud, juventud borrascosa y traviesa, donde había aguzado su natural ingenio en todo género de travesuras.

Su familia no era muy acomodada y apénas había podido darle una mediana educación primaria que Lanza había aprovechado bien, porqué era naturalmente inteligente y apto para todo.

Con una educación completa y con un buen teatro para desarrollarla, Lanza habría hecho una figura notable y distinguida.

Pero sus inclinaciones lo llevaban como con un vértigo por otro camino diverso.

En vano el padre trataba de corregirlo por todos los medios á su alcance, Carlo no tenía cura ni compostura.

Quisieron dedicarlo á la carrera eclesiástica, porqué un hijo clérigo era un honor para muchas familias italianas.

Pero tales fueron las farras y titeos que armaba á sus profesores y en los seminarios, que fué expulsado de todos por sus ideas diabólicamente liberales.

Lanza, á los quince años, se juntaba con la primera juventud de Biella, que lo buscaba por su genio travieso y lleno de inventiva.

El no tenía dinero, pero esto poco le importaba, pues lo tenían sus amigos, y esto bastaba.

Algunas veces sus amigos tenían que hacerlo á un lado, porque su catadura no era de lo más famoso.

Pero él, de un modo ó de otro, se arreglaba de manera á poder alternar con sus amigos y volvía á su sociedad y sus parrandas.

Para adquirir dinero se valía de todos los medios á su alcance, sirviéndose de toda clase de artimañas, jugadas y travesuras.

Llegó un momento en que Carlo Lanza se hizo verdaderamente insoportable para los que tenían la responsabilidad de su porvenir.

Lo habían colocado á mérito primero, y á sueldo después que estuvo más práctico, en algunas casas de comercio.

Pero de todas partes había salido por su conducta incorregible y poco escrupulosa.

Todo el tiempo se lo absorbían las calaveradas con sus amigos, elegidos entre los más truhanes y calaveras.

Sus patrones lo despedían con sentimiento, porque el jóven

tenía insuperables condiciones de talento para los negocios, pero siempre era mayor el daño que el provecho que reportaba á la casa.

Discutía siempre con los clientes y concluía por pelearse con ellos á consecuencia de alguna trastada que les había hecho ó había intentado hacerles.

Y como con él peligraba así la existencia de la clientela, tenían que despedirlo á su pesar.

Carlo Lanza se encontró á los veinte años sin más capital que el de sus travesuras y su inteligencia, que en ellas se había refinado y aguzado.

Así no se podía vivir, y el jóven empezó á pensar sériamente en su porvenir, para atender al cual era necesario sentar el juicio.

¿Qué esperanzas podía tener en Italia?

Vejetar de dependiente en algún escritorio ó casa de comercio, lo que no estaba en armonía con sus aspiraciones.

Y para otra cosa era necesario un capital que él no tenía y que no le sería fácil conseguir, por sus mismos antecedentes borrascosos.

Entónces la América golpeó al pensamiento de Lanza como algo de tierra prometida.

¿Cuántos miserables había conocido él, que no valían una uña suya, que habían venido á América y vuelto á los pocos años cargados de dinero?

¿Por qué no podía hacer él lo mismo, cuando tenía precisamente aquello de que habían carecido los otros?

¡Un capital de inteligencia, que bien manejado podía darle una inmensa fortuna en un país como la América, dónde se decía que el dinero se ganaba con una facilidad inmensa!

Desde que Lanza tuvo esta idea, no descansó un momento para buscar los medios de ponerla en práctica.

Era necesario juntar los elementos necesarios para emprender el viaje.

Pero, ¿de dónde sacar el dinero?

¡Oh! ¡la América! pensaba; ¿cómo no se me habrá ocurrido esto ántes?

Allí se gana el dinero á manos llenas, sin necesidad de capital ni cosa que se le parezca.

Y pasaba en su memoria la lista de todas aquellas personas que habían venido á América en otros años, y se habían enriquecido y hecho unos señores hechos y derechos, cuando no habían pasado nunca de ser unos miserables sin recursos de ninguna clase.

Esta creencia de Lanza era general en todos los hombres del pueblo, por las fortunas que habían visto levantar á los que

habían venido y por los grandes bolazos que contaban los agentes de inmigración para atraerlos y ganar la comisión que les pagaba el gobierno.

Por esto la gente ignorante creía que no había más que venir á América y recoger las onzas de oro que andaban tiradas por la calle.

Personas que hacía apénas un año que habían salido de allí, ya habían enviado algunos miles de francos y noticiado de que aquí estaban ganando cien ó doscientos francos al mes, lo que allí representaba cinco veces lo que se podía ganar.

Es que también en aquellos buenos tiempos aquí se ganaba el dinero con mucha más facilidad, porqué el dinero abundaba y había trabajo con exceso.

Cualquier changador se ganaba cómodamente cincuenta pesos al día, lo que para un infeliz de aquellos, que vivía con dos ó tres, representaba una renta fabulosa de tres mil francos al año.

Cualquier trabajador honrado y vivo que abría un boliche ó un bodegón á la vuelta de dos años era dueño de un almacén ó de una fonda que representaba un capital.

Estas noticias iban á su tierra con la exageración consiguiente, aumentadas por los agentes de inmigración y de allí resultaba la creencia general de que en América se encontraba el dinero por la calle, ó que con sólo conchabarse de sirviente se ganaba una fortuna en pocos años, pues todo cuanto se ganaba podía guardarse, puesto que el patrón se encargaba de llenar con largueza todas las necesidades de la vida.

Pero ya aquellas facilidades no eran las mismas, y el que venía lleno de sueños de fortuna rápida, se encontraba con que realmente podía hacerse una fortuna, pero á fuerza de trabajo, de economías y de sacrificios.

Carlo Lanza desde que pensó en venir á América no descansó ya un momento pensando en los medios con los que podría proporcionarse el dinero necesario.

Inteligente y vivo, desde el primer momento rechazó la idea de venir como inmigrante, comprendiendo que esto no podía convenirle bajo ningún punto de vista.

Si los que venían como inmigrantes adquirían posición y fortuna en poco tiempo ¿qué no sucedería con los que llegaban cómo pasajeros y aparentando desde su llegada un capital de dinero y de posición?

Pero entónces los pasajes de Europa eran mucho más caros, y su importe allí era de dificil adquisición para un hombre que, como Lanza, nada tenía ni nada valía en su ciudad natal.

El no tenía oficio, ni sabía hacer nada más que gastar dinero, y con esto en Europa no se consigue sinó miseria y hambre.

Carlo, lleno de fé en el éxito de su empresa, vió á su familia para que le proporcionase el dinero que necesitaba, explicándole su idea y prometiendo devolvérselo multiplicado al poco tiempo.

Pero aquí halló su primer tropiezo.

En primer lugar, su familia no tenía de donde sacar la suma que necesitaba, y en segundo lugar no quería consentir que un calavera del calibro de Carlo viniese á América, donde sabe Dios la suerte que le deparaba el destino.

¿Qué podía hacer en América un jóven sin oficio, que no sabía trabajar y cuyas inclinaciones de holganza eran tan conocidas?

Morir en la miseria sin ninguna clase de amparo, puesto que en América no tenía ninguna clase de parientes ni de conocidos siquiera.

Por todas estas razones la familia negó á Carlo no sólo las remesas que éste le pedía y que no tenía de donde sacar, ella que vivía con lo necesario, sino que le negó redondamente su consentimiento, declarándole que no quería que se moviera de Biella.

—Cambia de conducta, le decía, cambia de conducta y asienta el juicio; trabaja un poco aquí, demostrando que eres capaz de hacerlo y te daremos todo cuanto necesites para el viaje.

Carlo Lanza no se descorazonó por esto.

Se había resuelto venir á América á toda costa y estaba decidido á hacerlo de todos modos, aun viniéndose como inmigrante en último caso, sino podía reunir la suma necesaria.

Pero su gran idea era reunirla, consecuente con su pensamiento de la importancia que tendría para su porvenir el simple hecho de venirse como pasajero.

Carlo Lanza no descansó desde entónces, pensando en el medio que emplearía para hacerse del dinero necesario, pero no pudo hallarlo por más que aguzó su inventiva siempre fecunda.

Pidió prestado á sus amigos, pero era una suma muy grande para que los amigos la tuvieran, y aún en el caso de tenerla para prestarla á un calavera como Lanza.

Luego había el temor de que el viaje á América no fuese más que un pretexto para hacerse de dinero y triunfarlo en alguna jugada ú otra calaverada por el estilo.

Carlo Lanza se convenció en fin que en Biella no se haría nunca de los recursos que necesitaba, y el tiempo pasaba para él con una lentitud aterradora.

A fuerza de pensar y pensar, Lanza creyó de haber resuelto el problema.

De todos modos para embarcarse con rumbo á América necesitaba irse á Génova.

—Pues me iré allí, pensó, nadie me conoce y tal vez encuentre lo que aquí me niegan.

Es preciso que yo vaya á América y que vaya como pasajero; no hay remedio: los resultados al fin me darán la razón.

Juntando los pocos recursos que tenía y vendiendo algunas alhajitas que se habían salvado de sus calaveradas, Carlo juntó unos tres marengos, con los que una buena noche desapareció de su casa y de Biella, sin dejar el menor escrito que tranquilizase á su familia y explicase su ausencia y el punto adonde se dirigía.

En vano fueron todas las pesquisas, inútiles las preguntas que dirigiéron á los jóvenes que con él se juntaban, nadie sabía lo que había sido de Carlo Lanza.

Felizmente no había ningún motivo de alarma, porque no podía pensarse en suicidio ni en cosa parecida.

Desde el primer momento y viendo que no podía obtenerse ninguna noticia, supusieron que la ausencia de Lanza se relacionaba con su viaje á América, y aunque sumamente afligidos se encontró más prudente resignarse á la determinación que había adoptado el jóven calavera.

Carlo Lanza entre tanto se había ido á Génova, donde desconocido, le sería fácil tal vez conseguir lo que buscaba.

Allí empezó por buscar colocación como sirviente de algún joven rico, lo que no le fué difícil hallar.

Como era natural, un servidor de aquella sutileza tenía que hacerse imprescindible para un jóven de mundo, y esto sucedió con Lanza.

¿Qué podía desear su jóven patrón que Lanza no se apresurase á complacerlo con rara delicadeza?

Al cabo de todo, él trataba de adivinarle el pensamiento, presentándole las cosas ántes que se le ocurriese pedirlas.

Lanza era su servidor de confianza, y más que servidor su secretario, al extremo que cuando salía á sus aventuras amorosas, era Carlo Lanza quien guiaba la volanta.

En gratificaciones y regalos, á los dos meses Carlo Lanza tenía no sólo la suma necesaria sino que se había hecho una provisión de buena ropa.

Ya no le faltaba sinó hacerse á la mar, con cierto recato para que su patrón no entrara en sospechas, y por no perderlo le estorbase el viaje.

Lanza mató los dos pájaros que necesitaba, con un habilísimo tiro.

Manifestó á su patrón que necesitaba remitir doscientos fran-

cos á su familia y que esperaba no sólo que le adelantase esta suma, sinó que le diese una licencia de cuatro ó seis días, para llevarla él mismo.

El patrón no tuvo inconveniente en acordar ambas cosas, y así Carlo Lanza tuvo tiempo y dinero de sobra para realizar aquel viaje que constituía su bello ideal.

Y como él había hecho su operación la víspera de la salida del paquete, al siguiente día tomaba pasaje y se embarcaba en el último momento.

¡Qué mundo inmenso llenaba la fantasía de Carlo Lanza en aquel momento del embarco!

¡El en América, realizando su sueño dorado de inmensas riquezas!

Aquella imaginación febril y activa se trazaba los mayores planes de riquezas, los negocios más fabulosos y enredados, cuyo resultado era siempre una fortuna inmensa y una posición espectable y fabulosa.

Sus condiciones de pasajero de primera clase y su buen físico vestido con buenas ropas, le granjearon desde el primer momento la consideración del capitán y de los empleados del vapor, que no vieron en él más que lo que él quiso decirles: un jóven rico que hacía un viaje de placer por América.

Lanza empezó á tomar á bordo lenguas de lo que era la América, hallando plenamente comprobados los datos que anteriormente había recogido.

Había á bordo pasajeros que ya habían estado en Buenos Aires, que se habían enriquecido aquí, y que habían ido á dar un paseo por Italia.

A éstos se prendió Carlo Lanza como sanguijuela, averiguandoles que clase de negocios había aquí y cuales eran los más productivos.

Las casas de giros y de remisión de dinero eran las que más llamaban su atención, golpeando su fantasía y despertando mil diversos proyectos.

Pero esto sería más adelante, pues tendría que estudiar su organización, su modo de operar y la manera de atraerse una numerosa clientela.

Esto era preciso resolverlo sobre el terreno, estudiando bien el teatro de sus operaciones y la clase de gente con que tendría que luchar.

Lo que sentía Lanza profundamente era la escasez de dinero, pues aunque él contaba con trabajar desde el primer día de su llegada, apenas tenía el dinero que calculaba suficiente para vivir un mes, conservando el tono del rango que quería representar.

Respecto á los demás negocios no les hacía el honor ni siquiera de detenerse á pensar en ellos.

¿Qué le importaba que en almacenes y fondines se hiciese gran negocio, si sus proyectos estaban basados en las grandes empresas y en las casas bancarias?

El idioma nunca sería un inconveniente, puesto que aquí había mucha población italiana y sería con ella con la que él debía entenderse.

Se manejaría con italianos, puesto que aquí la colonia italiana era inmensa, hasta que aprendiese el idioma y demás cosas necesarias á los grandes proyectos que tenía ya en estado de gestación.

Viendo la riqueza y los aires de capitalista paseante que traía el jóven, sus informadores se entretenían en meterle cada macanazo más grande que el mismo vapor que los conducía.

Y él tragaba todo, no sospechando ni por un momento que todo aquello pudiera ser una broma.

—Los americanos son una especie de salvajes á medio civilizar, le decían, sin malicia alguna y con una gran facilidad para soltar el dinero.

No hay más que ganarles un poco el lado de la confianza y todo está hecho.

Jamás se preocupan de averiguar quien es uno y de donde viene, ni cuales son sus pensamientos para lo futuro.

Creen sencillamente lo que uno quiere contarles y se acabó.

Y cuando se tiene un físico como el suyo y es uno un hombre jóven y de buena familia, hasta se puede casar con una americana millonaria, como ha sucedido ya con una infinidad de extranjeros que podriamos contar á usted por los dedos.

Lanza tragaba todo esto con una facilidad estupenda, no dudando un segundo que todo fuera la más acabada verdad.

Y para hacerlos hablar y para mantener el rango que él mismo se había dado, no trepidaba en pagar sendas botellas de vino, lo que disminuía poderosamente su capital.

—La América tiene entrañas de oro, pensaba, poco me importa llegar allí sin un medio, puesto que el crédito es tan fácil de adquirir.

Se inventa cualquier patraña de pérdida de equipaje, y se sale airoso del mal paso durante el tiempo necesario para empezar los negocios.

Las más fuertes casas italianas estaban apuntadas en la cartera del jóven, pensando que en ellas hallaría recursos para atenderse en los primeros tiempos.

—Un italiano llega allí como á país italiano, le decían los

que le chupaban el vino, porque casi todos los negocios son allí italianos, desde los hoteles hasta los bodegones.

Así el que llega no tropieza con la menor dificultad, aunque no tenga relaciones ni traiga cartas de recomendación.

¡Ya verá usted qué bien se siente tan sólo á la semana de estar allí!

Y como las conversaciones eran largas y Lanza tenía un gran interés en las informaciones que pedía, el vino se bebía en grande, disminuyendo notablemente el capital del jóven, que no recapacitaba en que aquellos recursos eran los únicos con que podía contar positivamente.

El mar había estado tranquilo todo el tiempo, lo que había acentuado más el buen humor de la tripulación y de los inmigrantes que venían también á probar fortuna, aunque en distinto camino que el insigne Lanza.

Así llegaron á Río Janeiro sin haber tenido el menor motivo de disgusto.

Lanza quiso tomar informes sobre este espléndido pedazo de la tierra américana, pero nadie se los supo dar.

A bordo no venía nadie que hubiera estado en la capital brasilera, con excepción del capitán, que sólo la conocía muy por encima y sólo las pocas veces que allí había bajado miéntras su barco cargaba y descargaba.

Sin embargo siempre podía darle una idea general del país.

Allí había más fortunas, más riquezas que en Buenos Aires y por consiguiente mayor facilidad para ganar el dinero.

En poco tiempo un hombre inteligente y emprendedor podía ganarse una gran fortuna.

Pero en Río se respiraba un ambiente de muerte que ni los mismos naturales podían soportar.

La fiebre amarilla reinaba allí todo el año, atacando, como es natural, con mayor facilidad al extranjero que no estaba habituado al veneno de su clima.

—Me gusta el oro, pero no tanto como para desear volverme amarillo yo mismo, pensó Carlo Lanza, rechazando toda idea de bajar en el Brasil.

He venido á América para enriquecerme y no para morir.

Si no, no valía la pena de haber dejado Biella y haberme decidido á emprender tan largo viaje.

Por eso no vienen al Brasil las compañías liricas, decían á Lanza, pues han muerto ya tantos artistas de fiebre amarilla, que ninguno quiere arriesgarse á correr la misma suerte.

Fué tal el terror que causaron estas informaciones á Carlo Lanza, que cuando el capitán le propuso bajar á dar un paseo

por la ciudad y regresar á dormir á bordo, no quiso ni acercarse á las escaleras de embarque.

—Estimo mucho mi juventud y mi pellejo, dijo traviesamente, para dejarlo en el camino: no me hablen pues de bajar en donde los puedo perder.

Buenos Aires llenaba por completo su fantasía.

Era de donde tenía mayor abundancia de datos y donde ya había puesto sus puntos para sus grandes negocios y operaciones.

Podía decirse que ya en Buenos Aires tenía también sus relaciones, puesto que todos aquellos pasajeros con quienes había hecho el viaje, eran otros tantos amigos con quienes podía contar en cualquier apuro.

Así se lo habían manifestado ellos mismos dándole sus domicilios.

Pero Lanza no contaba con que todas aquellas ofertas habían sido hechas bajo la base de que él era un hombre de posición y de dinero, que no llegaría á necesitar de ellos otra cosa que informaciones y datos.

Ofertas hechas á bordo y en la travesía de un largo viaje, que el que las hace se mide después mucho para cumplirlas en el caso que le sean reclamadas.

Lanza miró con un placer infinito el momento en que levaron anclas y salieron de Río Janeiro.

Pero riéndose de su miedo y su credulidad, los pasajeros se habían entretenido en hacerle creer que las epidemias de fiebre amarilla venían á bordo mismo, envueltas en las ráfagas de viento que partían de la ciudad.

Durante la navegación de Río á Montevideo, no cesó un momento de tomar sus últimos datos y apuntes, inquiriendo de paso algunos sobre Montevideo, dónde debían permanecer un día.

Lanza quedó tan encantado con lo que decían de la capital oriental, que resolvió bajarse allí á pasar unos días para darse bien cuenta de ello.

Sería además una especie de idea que podría tomar allí de lo que eran allí estos países.

—Es más chico que Buenos Aires, hay ménos comercio y ménos facilidades, pero es una ciudad espléndida.

¡—Y sobre todo una ciudad de mujeres soberbias! añadía el capitán, con ese entusiasmo franco que despierta la belleza magnífica de las damas de Montevideo.

Como á usted nada lo apura, puesto que viene de paseo, añadió el alegre marino, quédese unos quince días en Montevideo, y sabe Dios si no modifica todos sus planes.

¡Dio birbone! exclamó el jóven dejándose entusiasmar fácilmente: pues me quedo en Montevideo á ver cómo pinta la cosa. Es la misma raza y las mismas costumbres; así podré tomar una idea de lo que es Buenos Aires, porque por lo que ustedes me dicen, no será más que un Montevideo más grandes y más rico.

Y Carlo Lanza, aunque había tomado su pasaje hasta Buenos Aires, que tendría que comprar después nuevamente, decidió bajar en Montevideo y pasar allí unos quince días.

Así pensaba ponerse al cabo de las costumbres de estos países y sus necesidades sobre todo.

Tal vez en el mismo Montevideo se le ocurriese alguna idea nueva, que fuese su salvación.

Era preciso pensar en el alojamiento por aquellos quince días, pues los gastos de á bordo habían disminuído fuertemente su capital, y no era negocio de quedarse sin un centavo aún antes de llegar á su destino.

No podía preguntar directamente al capitán cual era el hotel más barato, porque eso hubiera sido revelar el pobre estado de sus rentas, así es que se limitó á preguntar los precios de los hoteles en general y su situación.

—Eso no le ha de faltar, pues hay para todos los gustos y para todos los bolsillos, respondió el capitán sin vacilar.

Tiene usted desde el Hotel Oriental que es donde se aloja la gente de copete y donde se paga unos diez francos por día, hasta el Hotel de Washington, cerca del Fuerte, donde se paga una miseria.

Si usted quiere vivir con tono, pero privado de ciertas diversiones y libertades, vaya derecho al Hotel Oriental y aún al de la Paz.

Pero si usted quiere gozar de todas aquellas diversiones inherentes á un hombre soltero, váyase al Washington, y aún á la Universal, situada en la Plaza Independencia, donde se vive en casa de uno mismo, y se paga más que en el Washington, lo que significa un poco más de tono.

Carlo Lanza, que consultaba ante todo las necesidades de su bolsillo, apuntó en un cartón las señas que se le daban del Hotel Washington.

Montevideo, allá en el año 69 y 70, tenía un aspecto bien distinto al de hoy día.

La ciudad nueva recién empezaba á diseñarse entónces; la Casa de Gobierno era aquel antiguo covachón del Fuerte que casi hizo volar con su mina aquel bravo Eduardo Beltran, y no se habían levantado los numerosos edificios que la embellecen hoy.

Montevideo acababa de salir de la revolución de Aparicio, y la ciudad tenía ese aspecto triste y muerto de una ciudad sitiada.

En el Portón, en la Aguada, en la Gallinita y en todas partes existía el rastro de las trincheras y de las balas que habían picado en puertas y paredes.

Los soldados orientales, con esa alegría franca á ellos peculiar, recorrían las calles aún, dando á la ciudad el raro aspecto de un campamento militar.

Aunque la paz se había hecho, aún quedaban los resentimientos caseros de los enemigos que acababan de medir sus armas, y todo se resentía de este estado de cosas.

El aspecto de la ciudad no era pues muy tentador para el extranjero que recién llegaba á América y que no tenía idea de la manera como aquí nos quebramos las costillas durante un mes para después estrecharnos las manos durante veinte ó treinta años, para volver después á rompérnoslas con más fé y con más ganas.

En Montevideo sobre todo, esto era muy frecuente entónces, donde por un quítame allá esas pajas ó por una simple elección de alcalde se pegaban cada paliza espantosa que terminaba siempre en una revolución ó una guerra.

Carlo Lanza había sido impuesto de este modo de ser de los orientales, pero estaba conforme porque el capitán había concluido sus informes diciéndole:

—Ahora acaban de salir de una sacudida gruesa, en la que se les ha acabado la gana de pelear, porque se han arrimado duro y parejo.

Probablemente por un par de años no se moverá en Montevideo una paja en son de guerra, y como de todos modos usted no vá á permanecer más que unos días, poco le importa lo que haya de suceder después.

Montevideo estaba pobre entónces, sumamente pobre.

El gobierno pagaba en notas ó soles, que eran descontados por los prestamistas y usureros con un cincuenta y hasta un sesenta por ciento de pérdida.

Y esto se lograba con mucho trabajo y gastando una gran cantidad de saliva con los usureros, pues estos decían que sabe Dios cuando llegarían á cobrar su dinero.

Así la necesidad de dinero se había hecho sentir fuertemente con gran alegría de los montepieros que vendían su plateja á veces hasta á un ochenta por ciento.

Esta situación fué mirada por Carlo Lanza con una avaricia imponderable.

Con un millón de duros y haberlos empleado en créditos del gobierno, en un año habría levantado una fortuna colosal.

—No importa, pensó, *piano piano si va lontano e sano*, ya descubriremos vetas mejores.

Lanza enderezó al Hotel Washington, cuyo exterior lo encantó por completo.

Aquel famoso hotel, teatro de más de una aventura grotesca y cómica, estaba situado en un recodo de la ciudad.

Aquello, por la noche era solitario, al extremo de que solo pasaban por allí las personas que al hotel se dirigían en busca de sus más famosas aventuras.

Montevideo no estaba entónces tan desprovisto de diversiones.

Estaba allí el Alcázar en todo su apogeo.

Acababa de debutar la Rosse Marie y allí puede decirse que caía de noche todo Montevideo alegre y bullicioso, que se desparramaba por toda la ciudad, invadiendo las casas donde se da de cenar.

¡Un Alcázar lírico en América! no se esperaba Lanza semejante espectáculo.

Si el exterior del Hotel Washingtón, por su soledad lo había encantado, no le sucedió lo mismo con su interior.

Aquello era un covachón espantable, en cuyas escaleras temblantes y desportilladas daba tentaciones de sacar el revólver por temor de encontrarse con un Juan Palomo.

Las ratas pasaban por pisos y escaleras dando chillidos, como una invasión de indios: los pisos de las piezas, á consecuencia de sus portillos parecían pedazos robados á nuestro antiguo muelle de pasajeros.

No hay hoy nada comparable al Hotel Washingtón, de feliz memoria, ni la misma fonda y posada del Descubridor Colón, actual fonda de Pavón.

En honor del precio que se cobraba por la pensión diaria, Carlo Lanza se resolvió á ser cliente de aquella gatera, haciéndose conducir á la pieza que le había sido destinada.

La primera noche la pasó en vela.

El escándalo de aquellas enormes y desesperadas ratas por un lado, y por otro el temor de ver asaltado su alojamiento de un momento á otro, le hicieron pasar la noche sin desnudarse siquiera y sentado sobre su equipaje, que podía muy bien ser objeto de la codicia de algún huésped importuno.

Decididamente esto no es para mí, pensaba, y mañana sigo viaje á Buenos Aires; aquí no voy á poder vivir ni un par de días.

Al otro día temprano, después de asegurarse que su equipaje no corría peligro de ser robado, Carlo Lanza se decidió á salir á dar un paseo y estudiar algo la ciudad y sobre todo sus habitantes.

Y se encontró con que no había tal población italiana como le habían hecho entender al principio.

La población de Montevideo era en su mayoría española, desde la gente de mar que desembarcaba los pasajeros hasta los peones que los conducían á los hoteles respectivos.

No solamente los negocios sino las industrias y las profesiones estaban en manos de españoles.

Españoles eran los médicos, los boticarios, los abogados, los redactores de diarios y hasta en los empleados públicos había gran mayoría de españoles.

Y los mismos Orientales, en contacto con la raza española, le parecían americanos españolizados ó españoles americanizados, lo que era más exacto.

—No entiendo esta raza, pensaba Lanza; me gusta más Buenos Aires, donde todo está en manos de italianos, donde todos nos entendemos y donde no hay que hacer esfuerzos de imaginación para comprender lo que á uno quieren decirle.

Lanza hizo una larga recorrida por la ciudad, sin encontrar un solo italiano que valiera la pena.

Españoles por todas partes y como una excepción, un frances que de cuando en cuando rompía la monotonía del idioma.

Cansado y con un hambre de todos los demonios, Carlo Lanza regresó á la ratonera de Washington, donde la comida le pareció lo ménos detestable de todo.

El hombre es un indulgente de primera fuerza, capaz de declarar un manjar al bodrio más nauseabundo del más detestable fondín.

Carlo Lanza devoró cuanto le presentaron por delante, teniendo apenas el tiempo de decir « ¡magnífico! » entre plato y plato.

Y comió al extremo de hacer pensar al patrón que si aquel apetito se reproducía todos los días con igual fuerza, tendría que subirle la pensión.

Carlo Lanza volvió á salir á la calle una vez concluído su almuerzo y se fué á pasear por la parte sud de la ciudad, no sacando en limpio nada más de lo que había observado por la mañana.

Lo único que lo encantaba de una manera estupenda, eran las mujeres de Montevideo, aquellas espléndidas mujeres, capaces de trastornar el juicio mejor sentado.

Aquellos ojos llenos de vida y que miran de una manera incomparable, le hacían soltar quinientos « Dio cane » en cada cuadra.

Y el aire gracioso y el cuerpo artístico y bien modelado, le

hacían abrir la boca como si hubiera ido á comulgar con una puerta cochera.

Montevideo podía carecer de comercio, de dinero y de italianos.

Pero en cambio tenía mujeres de una belleza estupenda y cuya sola contemplación le compensaba su estadía allí.

Y no era una, ni dos, ni tres.

En cada cuadra hallaba diez ó quince jóvenes que le hacían abrir tamaña boca, y dos ó tres damas de una belleza imponderable.

Carlo Lanza llegó á su cueva después de haber cerrado la noche.

Pero había almorzado de tal manera, que no tenía ganas de comer.

Venía además lleno de los semblantes femeninos que había encontrado en la calle.

Apénas probó la comida, que, como no tenía el hambre de por la mañana, le pareció detestable, y le sirvió más bien de descomponedor de estómago.

Si hubiera comido más, el bálsamo de Fierabrás no hubiera surtido mayor efecto.

Carlo Lanza se vistió con un esmero esquisito aquella noche.

Se puso las mejores piezas de ropa que había traído y se echó á la calle en tono de conquista.

El Alcázar lo arrastró con el encanto de sus francesas y su concurrencia alegre y bulliciosa.

Así conocería la juventud borrascosa y las mujeres de vida alegre, pues ya en el hotel le habían dicho que no iban allí sinó mujeres de vida airada y de fácil aventura.

Carlo Lanza se acomodó en una tertulia de primera fila y se olvidó de Biella, de Italia y del mundo entero.

Rosse Marie en la escena y otras que no eran ménos Rosse ni ménos Marie, diseminadas por las aposentadurías, lo atraían de una manera poderosa.

Jóven, elegante, risueño y paquete, Carlo Lanza tenía que hacer efecto entre aquella gente aventurera, que no veía en él más que un hombre jóven, buen mozo y de dinero.

Lanza se encontraba en su elemento, rodeado de una juventud alegre y de mujeres alcaceras; se frotaba las manos empezando á modificar la opinión que había formado de Montevideo.

Lo único que lamentaba era no tener ninguna relación con quien conversar y tomar datos sobre más de una bella que había flechado.

Pero, ¿á quién iba á dirigirse cuando no hablaba ni una palabra?

Como uno de tantos otarios, á la salida del Alcázar se estuvo viendo desfilar las parejas, hasta que no quedó en el teatro un alma.

Carlo Lanza se dirigió entónces al célebre casino de don Bernardo, situado frente al Alcázar, donde había visto entrar varias parejas.

Y se arrellenó en una mesa, pidiendo también algo para cenar.

La vista de la función y de las damas, le había abierto el apetito de una manera formidable.

Generalmente, á aquel cafecito acudían las mujeres á la pesca de una invitación á cenar, hasta que caía el candidato esperado.

Muy poco tardaron en rodearlo tres ó cuatro de aquellas aventureras, que se sentaron á su mesa sin más preámbulo y pidieron qué cenar.

A Lanza le temblaron las carnes de desesperación.

Aquello era una amenaza formidable á su capital ya notablemente disminuido y amenazando dar fondo.

¿Cómo iba á rehusar aquella invitación forzosa, cuando no había querido otra cosa desde el principio de la noche?

Con heroicidad italiana soportó aquel avance formidable de personas que no habían pensado en otra cosa durante la noche, que en la lista de la cena que álguien les había de pagar.

Pero para Lanza aquello podía ser el pié de relaciones mejores, y era preciso soportar aquel primer golpe en honor de lo que vendría atrás.

Olvidado alfin de todo, hasta del poco consolador estado de sus faltriqueras, Carlo Lanza entabló conversación alegre y decidora, luciendo su conocimiento del mundo y su práctica en aquel género de aventuras.

Aquella relación fué el punto de partida de muchas otras más, y el domicilio de Carlo Lanza, es decir, su covacha del Hotel Washingtón, se volvió lo que hoy se hubiera llamado un atorradero.

Allí iban amigos á todas horas del día y de la noche, amigos que comían y almorzaban sin preguntar jamás al mozo cuánto se debía, y gente de todo pelaje y catadura.

Y el dueño del hotel no decía una palabra, porque harto crédito le merecía un pasajero del aspecto de Lanza, que tenía un equipaje tan bien surtido.

Quince días pasó Carlo Lanza en Montevideo, en cuyos quince días gastó más de quinientos patacones en el hotel, es decir, hizo en el hotel una cuenta de quinientos patacones.

Durante aquellos quince días se convenció que en Montevideo, respecto á negocios, nada se podía hacer, puesto que no había población italiana, que era la veta que él se proponía explotar.

Montevideo no podía ofrecerle otra cosa que unos días de buena diversión.

Así fué que se entregó sin reserva á todo lo que pudiera importar un momento de placer.

Relacionado intimamente con la crema de aquel mundo alegre y bochinchero, ya Lanza no pensó sino en exprimir á la vida todo el jugo posible.

Quebrado por quebrado ya había llegado al último extremo, y lo mismo lo habían de ahorcar por quinientos que por mil duros.

Era cuestión de un poco de maña para sacarle el cuerpo y nada más.

No se había de encontrar en mayores ó menores apuros para salir del pantano.

La cuestión era llegar al fin del mes, porque ántes, el fondero no había de pasarle la cuenta; solemne momento que Lanza esperaba no lo tomaría en Montevideo.

Por su parte el dueño del hotel Washington, no abrigaba la menor desconfianza por un jóven que gastaba de aquella manera; si le hubiera pedido todo el hotel, todo se lo hubiera dado sin la menor reserva.

¿Cómo desconfiar de una persona que vestía con tanta elegancia y cuyo equipaje debía valer una fortuna?

Se le servía con el mayor interés en cuanto pedía y aún se ponía á su disposición un servicio especial para cuando estaba de farra nocturna, lo que sucedía la mayor parte de las noches, en que se retiraba acompañado de amigos de ambos sexos.

Carlo Lanza, decidido á echar la casa por la ventana, casa agena, pues de suyo nada arriesgaba, invitaba á cenar con él á las parejas conocidas que hallaba en el Alcázar, muchas de las cuales tenían que quedarse á dormir también, porqué puestos en la calle no hubieran atinado con la dirección de sus casas, si es que tenían casa aquellos verdaderos atorrantes de la vida.

Alguno que otro de éstos conocía Buenos Ayres y daba los datos que con avidez verdadera recogía Lanza.

Cada día Lanza se convencía más de que su fortuna estaba

en Buenos Ayres y que este era el gran país de los países, en cuanto á las especulaciones que él quería emprender.

Su posición era ahora más embarazosa, porqué ni siquiera tenía el dinero que había traido consigo y se vería en figurillas para pasar los primeros tiempos.

—Pero, ¡qué diablo! de ménos nos hizo Dios, pensaba, y de todos modos, en peor situación que la presente, sin un medio y en pais extraño no he de verme nunca.

El 25 de Enero ya Lanza empezó á hacer el plan de la manera más curiosa que podría salir del pantano donde se había metido.

Y recién se le ocurrió dar balance en sus bolsillos para poder apreciar bien sus fuerzas metálicas.

Solo tenía seis libras esterlinas y un par de pesos fuertes.

El fin del mes se venía encima y junto con el fin del mes la cuenta del hotel y sus amargos tragos.

Aquel mismo día Lanza averiguó cuanto valía un pasage para Buenos Aires, y en qué día salían los vapores.

Pasage y bote pago, le quedarían cinco libras esterlinas para maniobrar en Buenos Aires hasta que hallase colocación momentánea, lo que creía sumamente fácil obtener en una casa de comercio italiana, sobre todo en una casa de giros, para ir tomando los datos que necesitaba y poniéndose al corriente de los negocios.

Pero, ¿como salía de Montevideo?

El hecho material del viaje no era nada, porqué todo quedaba reducido á embarcarse sin decirlo á nadie y así no se enterarían de la cosa.

Es que la cuestión para él era embarcarse con todo su equipage, y esto era lo que Lanza no hallaba el modo de hacer.

En cuanto hubiera intentado mover una paja estaba perdido, porque en el acto en el hotel se habrían apercibido de todo y lo hubieran hecho acogotar por la policía.

He aquí lo que más importaba á Lanza, no por el hecho de caer á la policía, sinó porque esto hubiera sido un golpe de muerte para todos sus proyectos de especulación en el alto comercio.

El no había tenido la precaución de dar en el hotel un nombre falso y esto era lo que más lo mortificaba, porque comprendía que el crédito debía ser la base de todas sus operaciones en lo futuro.

Entre tanto sólo faltaban cinco días para terminar el mes, lo que quería decir que sólo tenía tres días para efectuar su viaje.

Diablo de viaje que tanto le preocupaba.

Después de pensar mil veces en la cosa y volver á pensar á cada momento, se resolvió por fin á perder el equipaje, único medio de verse libre del hotel y de su cuenta.

Lanza tomó pasage el 26 para salir en el vapor del 27, y esa noche armó el trueno del siglo.

Jamás el hotel Washingtón sirvió una cena más suculenta ni más admirablemente rociada.

Los vinos generosos eran generosamente vaciados en el estómago, á la salud de todos los santos, después de haber agotado el número de todos los personajes conocidos.

Carlo Lanza tuvo muy buen cuidado de dejar de beber, cuando sintió colmada la buena medida.

Una indiscreción podía costarle cara, y era preciso tener bien despejada la cabeza para no cometerla.

Así es que troncó cuando sintió llena la medida, sin que hubiera nadie capaz de hacerle beber un trago más.

Las parejas siguiéron bebiendo á la salud de la humanidad y de la divinidad, hasta que fuéron cayendo rendidas por la fuerza magnética de Baco, que á nadie respeta.

Carlo Lanza, seguro de que aquella noche sería recordada con placer íntimo por sus flamantes amigos, se acostó á la madrugada.

Pero á las dos de la tarde estaba ya en pié, perfectamente lavado y peinado, é ideando el medio de llevar consigo la mayor cantidad de efectos posible.

Podía fingir un paseo al campo y llevar en una balija chica su mejor ropa.

Pero le parecía que esto sería hacer entrar en desconfianzas al dueño de casa, lo que no era ni diplomático ni conveniente.

Al fin se resolvió á abandonarlo todo á la buena de Dios, y salvar siquiera dos trages.

Al efecto, se perfumó y vistió como tenía de costumbre, con la sola diferencia que en vez de ponerse una camisa, se puso tres, dos pantalones, dos jaqués y un paltó delgadito.

Envolvió en un papel un par de botines rellenos de medias y pañuelos de mano, paquete de que nadie podía desconfiar pues entrar ó salir con un paquete era cosa habitual en él.

Y sin más bagaje, salió del célebre covachón Washingtón á las cuatro de la tarde.

El vapor salía á las cinco y media, lo que lo dejaba libre una hora y cuarto, pues él no quería embarcarse sinó en el último momento.

Carlo Lanza compró papel y sobres en una libreria y se

entró á un café, donde con letra clara y segura escribió la siguiente carta:

« Amigo dueño del hotel Washingtón:

« El individuo que tiene usted alojado como Carlo Lanza, no se llama Carlo Lanza, siendo este un nombre que se ha puesto para entrar á su casa.

« Hoy se ha ido con unos amigos á pasear á la Colonia, de donde no ha de volver hasta el fin del mes.

« Cuando venga haga que le confiese su verdadero nombre, que es Luis Repetto.

« *Un amigo* ».

Con esta carta, Lanza salvaba su propio nombre que era lo que le interesaba.

Cerró la carta, le puso sobre y se fué con ella al correo.

Y cuando ya iban á cerrar el establecimiento, la franqueó y entregó, rogando la incluyeran al día siguiente en el primer reparto.

De este modo quedaba seguro de que la carta en que salvaba su nombre, no llegaría á poder del dueño del hotel hasta después de haber desembarcado él en Buenos Aires.

Lanza hizo tiempo hasta las cinco, paseando las calles, y á esa hora recién se dirijió al muelle, algo asustado, porque había cometido la chambonada de tomar su pasage también á nombre de Carlo Lanza, lo que podía muy bien revelar á la Policia su viaje á Buenos Aires.

Pero ya el barro estaba hecho y no tenía lugar á enmienda, siendo forzoso aguantar las consecuencias que vinieran.

A las cinco y cuarto Carlo Lanza tomó un bote y sin atreverse á mirar atrás se dirijió en él hácia el *Rio de la Plata*, que había hecho ya su primera señal de partida.

El bote cortaba con gran rapidez las tranquilas aguas del mar, que aquel día estaba tranquilo como nunca, y á Lanza le parecía sin embargo que iban á paso de carreta de bueyes.

Al fin y cuando el vapor daba la segunda pitada, Lanza subía á bordo, precisamente al mismo tiempo que subía la visita de la capitanía.

Tal fué el susto de Lanza al encontrarse con la autoridad marítima, que las carnes le temblaron como si fueran á desprendérsele de los huesos.

Preguntó inmediatamente por el comisario de á bordo, á quien exhibió su boleto de pasage, reclamándole el camarote correspondiente, porque tenía un dolor de cabeza espantoso y quería recostarse.

Es que Lanza quería evitar que fuera á notarse la cargazón

de ropa que tenía encima, que podía dar á sospechar algo de su persona.

El comisario señaló á Lanza un camarote, donde este entró á gran prisa, siendo su primera operación desnudarse, quitándose la ropa que llevaba de más, y quedando en un traje más liviano y elegante.

Si el oficial de visita traía alguna órden de demorarle el viaje y bajarlo á tierra, Lanza estaba perdido, pero resuelto á afrontar la situación.

De todos modos tenía siempre el derecho de decir que iba á Buenos Aires y volvía inmediatamente, dejando en el hotel y en efectos de su uso, algo más de lo que importaba su cuenta.

Pero entónces su carta dirigida al dueño del hotel en su nombre venía á ser su perdición, aunque siempre le hubiera quedado el derecho de alegar que era una broma.

De todos modos hubiera quedado perdido, pues tarde ó temprano se hubiera averiguado que no era más que un aventurero, sin medios de vida conocidos.

El cuarto de hora que pasó la visita á bordo, fué el cuarto de hora más amargo que pasó en toda su vida.

Recién cuando sintió que el vapor levaba anclas dando su tercer pitada, Carlo Lanza suspiró con entera libertad, pues calculó que la visita de la capitanía se había ido.

Cuando el vapor concluyó su maniobra de virar etc., y se puso en marcha, había ya oscurecido, y fué recién entónces que Carlo Lanza se atrevió á salir del camarote á respirar el aire libre.

Ya no tenía que temer; al día siguiente se hallaría en Buenos Aires y el dueño del hotel se quedaría esperando al supuesto Lanza hasta fin de mes, en cuyo tiempo recién se pondría á hacer diligencias para averiguar el paradero de Luis Repetto, el defraudador de sus comestibles y bebidas.

Nadie había sospechado la salida de Carlo Lanza de Montevideo.

Los flamantes amigos, y sus amigos habituales extrañaron de no verlo aparecer en su tertulia del Alcázar, y sospecháron que estaría entretenido en alguna aventura amorosa.

Pero en vano lo esperaron durante la función y un buen rato en el café de enfrente; Carlo Lanza no apareció.

—¿No se habrá enfermado ese cachafaz? preguntó entónces uno de los que esperaban.

La cena de anoche fué muy borrascosa, fué horriblemente borrascosa y no sería extraño que estuviera enfermo.

Se hizo la moción de ir á su casa, y aprobada por unanimidad, todos se dirigieron al hotel Washingtón.

La salud de su amigo Lanza importaba la salud de los bifes con papas y otros buenos platos, siendo preciso no descuidar al uno para conservar los otros.

Todos salieron del casino y enderezáron al hotel Washingtón donde llamáron como acostumbraba á hacerlo Lanza.

El mozo, que esperaba como siempre, abrió la puerta, y sin fijarse en quienes entraban, dejó pasar á todos y se fué á encender luz.

Los amigos y amigas se largaron al cuarto de Carlo, miéntras el mozo, habituado á aquellas borrascas, preparaba todo lo concerniente á la cena.

Lanza tenía todo el aspecto de dar buena propina á fin de mes, y era preciso tenerlo contento para que la aflojara en buena cantidad.

Los visitantes quedaron sorprendidos al no hallar allí al visitado.

La cama estaba intacta y no había que pensar ni un momento en ninguna clase de enfermedad.

Preguntaron entónces al mozo y este quedó tan sorprendido como ellos mismos.

—Salió esta tarde, dijo, y aún no ha vuelto.

¡Oh! el señor es muy amigo de los buenos momentos y no es extraño que ande en algún paseo ó aventura.

Ya volverá, tal vez de un momento á otro ande por aquí.

Los amigos resolvièron esperarlo, porque no era propio cenar sin él en su casa, y armaron alegre farra con copas miéntras el anfitrión pegaba la vuelta.

Pero toda espera fué inútil; se pasó la noche y se pasáron las primeras horas de la madrugada sin que hubiese vuelto.

Los que más confianza tenían con el amigo, se hicieron servir chocolate con tostadas y se retiraron después de decir al mozo:

—Cuando vuelva ese calavera hágale presente hasta que hora lo hemos esperado.

Para todos ellos era indudable que Carlo Lanza andaría entregado en alguna aventura amorosa á domicilio, y se proponían volverlo loco esa noche, haciéndole quemar el nombre de la santa.

Pero aquella noche sucedió lo que la anterior; el amigo Carlo no pareció por ninguna parte, ni en el hotel tenían la menor noticia.

Lo carta dejada por Lanza en el correo no había sido entregada aún, de modo que nada podía saberse.

Además nada tenía de extraño la ausencia del jóven, conocidas sus tendencias á la buena vida.

Allí estaba su espléndido equipaje intacto, como una muda pero elocuente garantía de su vuelta.

El correo, recién á los dos días después de haber salido Lanza, llevó al hotel Washingtón la carta que había dejado y que cayó allí como una bomba sin hacer grandes estragos, puesto que en ella se anunciaba la vuelta segura de Lanza y no se amenazaba en nada la cuenta enorme de gastos hechos en el hotel.

—Esto debe ser una simple calaverada, pensaba el dueño del Washingtón; sólo por una calaverada ese jóven debe haber cambiado de nombre, pues no tiene ni aspecto ni facha de un criminal que lo hace para evadir la acción de la justicia.

A su vuelta nos haremos explicar la cosa, y si no lo hace de una manera satisfactoria, daremos cuenta á la Policía y salvaremos nuestra responsabilidad.

Respecto al pago de la cuenta, el dueño del hotel estaba tranquilo.

Era natural que anduviese en algún paseo, donde se había entretenido más de lo que pensó.

Allí estaba su equipaje del que no había sacado una hilacha y que debía contener también dinero.

Pero llegó el fin de mes y pasaron los primeros días del siguiente sin que el cliente volviera ni se tuviese de él la menor noticia.

¿No le habría sucedido alguna desgracia?

Montevideo no era muy seguro entónces; se habían producido algunos hechos criminales y no era imposible que Luis Repetto, ya el hotelero no lo llamaba de otro modo, hubiera sido víctima de una asechanza criminal.

El dueño del hotel dió entónces cuenta á la Policía de la desaparición del cliente, y se hiciéron diligencias para averiguar su paradero.

Entónces la Policía se ocupaba más en hacer política que en la averiguación de crímenes.

Montevideo pasaba por una mala época y poco le importaba que un cliente extrangero se hubiese ido de un hotel sin pagar su cuenta de gastos.

Los nocturnos amigos de Lanza se aburriéron de ir al hotel á preguntar si se tenía alguna noticia y no se ocupáron más de la cosa.

Sólo el dueño del hotel recordaba á su cliente con la fuerza de los novecientos y tantos nacionales que le había gastado y cuyo pago no obtendría jamás.

Y convencido que el cliente era un estafador que se habría vuelto á Europa ó ido al diablo, concluyó por no preocuparse más de la cosa.

A los tres meses se resolvió á violentar el equipaje, encontrando en él ropas de valor realmente para su dueño, pero que vendidas por él no alcanzarían á producirle cincuenta nacionales.

Y guardó aquellas ropas en la esperanza lejana de que Luis Repetto habría sido víctima de algún secuestro ó alguna desgracia y que no tardaría en aparecer, aunque la falta de dinero que él creía hallar en el equipaje, le dió malísima espina.

Pero toda espera fué vana: en el hotel Washingtón no se volvió á tener más noticias del tal Luis Repetto.

EN BUENOS AIRES.

Una vez en camino y seguro de que el único interesado en su viaje, el dueño del hotel, ni siquiera lo habría sospechedo.

Carlo Lanza recobró todo el buen humor que había perdido momentáneamente y se trasladó al comedor, donde ya estaban reunidos los demás pasajeros.

Vestido correctamente el jóven y con su presencia simpática, al momento trabó relación con los pasageros que le parecieron más respetables y de mejor posición.

Y volvió á resuscitar su historia de grandezas, diciendo que era un capitalista italiano que venía á estudiar á Buenos Aires para ver si se podía establecer algo de notable respecto á comercio.

Y con este motivo volvió á su fiebre de adquirir informes respecto á todas las cosas, obteniéndolos magníficos por los planes que llenaban su cabeza.

Buenos Aires presentaba una oportunidad brillante, según le decían, para de empresas de gran capital.

Acababa de salir de una epidemía tremenda que había postrado su comercio, el dinero andaba escaso y no había quien se arriegara á una especulación séria.

—Yo me hubiera establecido en Montevideo, donde he pasado unos pocos días, decía Lanza, pero no es ese el país que yo he pensado ni el que me conviene.

Aquí la mayora de la población extrangera es española y la mayor parte de su comercio se hace con la España.

La base de mis operaciones está en Italia, y entónces necesito fijarme en un punto donde el comercio con Italia sea relativamente fuerte.

—Pues entónces nada mejor que Buenos Aires, le dijéron, allí el comercio con Italia es muy fuerte, porqué en Buenos Aires

tiene usted cien mil extrangeros, de los cuales sesenta mil son Italianos, estando la mayor parte de estos dedicados al comercio en pequeña y grande escala.

Fácilmente encontrará usted con quienes entenderse respecto á negocios, porqué hay casas italianas muy fuertes y muy bien tenidas.

Carlo Lanza encontraba comprobados ventajosamente todos los datos que tenía respecto á Buenos Aires y alentadas toda las esperanzas que había concebido.

Decididamente su fortuna estaba en Buenos Aires, aunque su situación respecto á fondos era sumamente precaria.

Toda aquella noche pasó Carlo Lanza en gran conversación con unos cuantos pasajeros que venían encantados con su persona y su trato.

A la madrugada fondeaba en Buenos Aires el « Rio de la Plata », y Carlo Lanza llegaba al tan ansiado punto de su destino.

Hizo un paquete con las ropas que se había quitado á bordo y que costituían todo su equipaje y esperó tranquilo la visita, pues les previniéron á bordo que ántes que la Capitanía del Puerto pasara su visita, ningún pasajero podía bajar.

Aquí volvió á asaltarlo un nuevo temor que le puso en el más amargo desasosiego.

Podrían haber avisado su viaje por telégrafo pidiendo le echaran el guante á la llegada, y esto era un peligro en el que no había pensado y que no por esto era ménos real.

Pero llegó la visita y se volvió sin haberlo molestado ni nombrado para nada, por lo que se dió por feliz, desechando toda clase de temores.

No pudo ser más agradable la primera impresión que recibió Carlo Lanza ante aquel enjambre de boteros y dueños de embarcaciones que le hablaban á un tiempo todos los dialectos que posee la Italia.

Se le figuraba hallarse en el puerto de Génova.

Lanza no pudo ménos que estremecerse de placer cuando se encontró en el bote que debía traerlo á tierra, reconociendo en el patrón y marineros no sólo gente italiana sinó de su propia provincia.

Estos á su vez al reconocerlo en el acento, no quisiéron cobrarle el viaje, lo que era ya la más estupenda prueba de afecto y desprendimiento en honor de un paisano.

—¿Es esto realmente América ó es una provincia italiana? preguntó Lanza al pisar el muelle.

El paquete famoso donde traía él único equipaje salvado en el naufragio del hotel Washingtón, era solicitado en toda especie d dialectos conocidos y desconocidos para él.

Desde el genovés hasta el veneciano y desde el lombardo hasta el boloñes, que es el más enredado de todos, en todos ellos se le pedía la changuita del equipaje, pregúntandole á qué hotel se dirijía.

A qué hotel; este era el problema que Lanza tendría que resolver en el momento, pues era preciso que á algún hotel fuera á parar.

Entre aquel mundo de caras italianas, después de recorrerlas á todas con una mirada rápida y conocedora, eligió entre ellas la que le pareció más inteligente.

A ese le entregó el paquete diciéndole que lo llevara á un hotel italiano, pero que no fuera un hotel de lujo, porqué no quería hacer aparato.

—No necesita decir más, respondió el peón, que era uno de aquellos bachichines andariegos y conocedores de toda la ciudad.

Todo el trayecto del muelle y Paseo de Julio, Lanza lo recorrió con placer infinito.

Le parecía que andaba entre un pueblo italiano.

En los negocios, en los cafés, en la calle, en todas partes en fin, no oía sino hablar italiano y no veía sino costumbres italianas, hasta en la haraganería clásica de uno que otro lazarone tendido cómodamente en los bancos del paseo.

En uno de los fondines por donde pasaba, sintió jugar á la morra y no pudo ménos que detenerse á escuchar las voces del juego y los clásicos juramentos que lo acompañaban.

—Si no supiera que estoy en Buenos Aires, dijo al changador, juraría que estoy en Génova y aún estoy por jurar que allí me encuentro, porque esto y Génova es lo mismo.

—¡Ya lo creo que es lo mismo! exclamaba alegremente el changador, aquí por el bajo vivimos como en Italia; hay muchos compatriotas!

Lanza estuvo mucho tiempo entretenido en oír las conversaciones y vocinglería de los cafés, hasta que mandó á su peón que siguiera adelante.

—¡Ya tendremos tiempo de pasear la ciudad y conocer sus costumbres!

El peón tomó la calle Corrientes, que pareció á Lanza otro barrio italiano y enfiló hácia el Hotel Marítimo.

El Hotel Marítimo situado en la calle Corrientes y á cargo de su propietaria la señora Nina, era un hotel de segundo órden, pero bueno y de excelente trato.

Allí paraban y comían gran cantidad de capitanes de buques de ultramar y gente de mar de aquella que le gusta la buena vida y que no se fija jamás en cuanto gasta.

Solo exijen que se les dé de comer bien y suculentamente y que el servicio sea de un aseo irreprochable.

Como tenía buena clientela, la señora Nina había surtido bien sus bodegas y el cocinero allí era de primera fuerza.

La cuestión para ella era tener conformes á sus clientes y que no cambiaran de alojamiento.

Era la señora Nina una mujer afable, de un carácter franco y desprendido, que vivía de la renta que le proporcionaba su hotel, renta que hubiera bastado á contentar al más exigente.

Habituada á tratar con la gente de mar, honrada é integra sobre toda ponderación, creía que todo el mundo era lo mismo y jamás abrigaba la menor desconfianza del que llegaba á su casa, por más mala facha que tuviera, pues bajo la peor capa puede muy bien esconderse el mejor bebedor.

Allí se cuidaba y se atendía á los huéspedes de manera que ninguno tuviera de qué quejarse, para lo cual Nina les andaba adivinando el gusto en la manera de mirar.

Las piezas eran sumamente cuidadas, sin lujo, pero con un confortable completo y con todo lo necesario para pasar la noche de una manera agradable.

Comparado con el inolvidable hotel Washingtón, aquello era el cielo comparado con un pesebre de tambo.

—Cuando yo lo traigo aquí, dijo á Lanza su peón cicerone, es porque puede alojárse el mismo Victor Manuel, sin extrañar ni su mesa ni su aposento de Palacio.

¡Qué sacramento!

La Nina trata á sus clientes á cuerpo de rey, y el que de aquí salga descontento, lo hará de puro vicioso.

—Me parece bien, respondió Lanza, me parece muy bien; de todos modos si me has alojado mal, peor para ti, porque cambiaría de hotel sin ocuparte para la mudanza.

—No tenga miedo, ya verá usted como nunca ha comido ni dormido en un hotel de una manera más famosa.

La señora Nina, sin malicia alguna, como lo hemos dicho ántes, quedó encantada no sólo de la persona sinó del trato de Carlo Lanza.

El jóven tenía el dón especial de prevenir en su favor á cuantos hablaban con él más si su interlocutor era una mujer.

El jóven había hecho un estudio especial del lado flaco en las mujeres, al extremo de descubrirlo á primera vista y explotarlo en su beneficio.

En cuanto cambió cuatro palabras con la señora Nina, le vió la pierna de que cojeaba y se le durmió de ese lado.

Nina era sumamente afecta al buen trato, le gustaban las galanterías y los modales finos y atentos.

Y Lanza, de lanza se convirtió en un merengue, viendo que este era el modo de agradar á la señora Nina.

—¿Y los otros peones? preguntó esta, pensando que ningún jóven de aquel aspecto podía venirse desde Europa con sólo aquel miserable paquete que había traído el peón.

Aquí tuvo Carlo Lanza que improvisar una de aquellas famosas fábulas para cuya fabricación parecía nacido.

—Me ha sucedido una desventura, dijo, que no sé como la voy á remediar, porque me parece ya tarde para hacerlo.

Yo me bajé del paquete en Montevideo, pues tenía ganas de conocer la ciudad, y de todos modos hasta el día siguiente no seguíamos para Buenos Aires.

Tomé de mi equipaje la ropa necesaria para vestirme ese día y esa noche, y bajé á tierra.

Con algunas relaciones que tengo en Montevideo, paseamos todo aquel día y gran parte de la noche.

Al día siguiente por la mañana nos fuimos á un pueblo vecino de la campaña, á almorzar en la quinta de un compatriota y amigo y pasamos tan agradablemente el día, que se nos fué el tiempo.

Cuando acordamos, era tan tarde que apénas tendríamos el tiempo necesario para llegar á la ciudad.

Tomamos las volantas á gran prisa y emprendimos la vuelta.

Pero estaba de Dios que algún fracaso debía sucedernos.

La señora Nina estaba encantada de la fina jovialidad con que hablaba Lanza y de sus afligidas gesticulaciones.

Le parecía estarlo viendo en el momento de sus apuros.

—En vano apuramos á los pobres caballos, continuó Lanza, en vano ofrecimos al cochero doble paga, todo fué inútil.

Cuando llegamos á la ciudad era demasiado tarde y el paquete había seguido viaje.

Nada me importaba la pérdida del tiempo ni del pasage.

Lo que me mortificaba sumamente era que en el paquete iba mi dinero.

Yo había bajado á tierra con unos pocos cientos de francos, más que lo suficiente para pasar allí un día y una noche, aunque hubiera tenido que hacer grandes extras.

No es que yo pensara que á bordo pudieran robarme, sinó que no podía calcular el rumbo que iba á tomar mi equipaje abandonado.

Mis amigos me tranquilizaron á este respecto.

Escribiremos á amigos de Buenos Aires, me dijéron, sin perjuicio de hacerles un telégrama ahora mismo, y ellos se encargarán de recoger tu equipaje.

Como ya estaba allí, aquellos diablos se empeñáron en hacerme pasear y conocer la ciudad por completo.

Es una lástima, me decían, que habiendo bajado no te quedes una semana, un par de días ó tres.

¡Ya verás qué momentos te vamos á hacer pasar!

Aquellos demonios me tentaron de una manera poderosa.

Yo, que no necesito mucho para esta clase de diversiones me encontré en mi elemento y acepté la propuesta.

Me quedé en Montevideo con el propósito de pasar dos día alegres.

Confieso que aquellos traviesos me hicieron perder la cabeza y la memoria, al extremo de que yo no pensaba más ni en mi equipaje ni en mi dinero.

Y tan perdí la memoria y tan me quedé allí á mi gusto, que hasta se me olvidaron las fechas, y los dos días se me volvieron ocho.

La falta de ropa era subsanada por ellos, que me daban ropa para cambiarme.

¿Qué más necesitaba entónces?

Ellos habían recibido contestación de sus amigos, cuyas señas traigo apuntadas en la cartera, diciéndoles que mi equipaje estaba seguro.

La farra continuó un par de días más, hasta que les declaré terminantemente que me venía á Buenos Aires.

En vano aquellos diablos quisieron detenerme aún más; tuve que ser firme, porque si no, era negocio de quedarme en Montevideo todo el año.

Y como el punto de mi destino era Buenos Aires, donde debo abrir inmediatamente mi casa de comercio, no era posible ni juicioso demorarme más.

Demasiado me había divertido ya y era necesario que aquello terminara de una vez.

Pedí las señas de las personas que se habían hecho cargo de mi equipaje, pues el paquete en que yo vine ya había pasado por Montevideo de regreso, y aquí me tiene usted, mi señora, apto para el trabajo, porque con la calaverada hecha en Montevideo tengo ya para un año.

Esta historia inventada al minuto, dejó encantada á la señora Nina, que vió en Lanza un jóven alegre y travieso, pero

que no perdía el rumbo en la senda del trabajo ni se dejaba seducir por tentaciones endemoniadas.

Y no extrañó ya la falta de equipaje en aquel pasajero que tenía todo el pelage de ser un hombre rico y que hablaba como uno para quien el dinero es la última cosa de la vida.

Carlo Lanza fué alojado en una pieza de balcon á la calle, alegre y bella y donde tenía toda la independencia que podía apetecer.

—Como yo aquí no tengo familia, dijo él á la señora Nina, no vale la pena que amueble casa para un hombre sólo; cuando abra mis negocios, si en caso me gusta, seguiré alojándome aquí.

Es mucho más cómoda la vida del hotel para el que, como yo, no tiene quien lo cuide.

Y Lanza, que había observado que la señora Nina era algo sensible, hizo una larga tirada sobre el amor materno, lo que él adoraba á su buena vieja, y lo que iba á extrañarla miéntras estuviera en América. Cada vez, la hotelera estaba más enamorada de aquel jóven de tan nobles sentimientos y de corazón tan sencillo.

—Yo trataré de reemplazar su familia en lo que sea posible le dijo, y en cuanto á trato, espero en Dios que no ha de tener porque quejarse.

La buena mujer arregló la pieza de Lanza como si se tratara de un hijo, diciéndole:

—Esto es por hoy; pero ya mañana podrá disponer de la salita de al lado para recibir sus amigos y tratar de sus negocios.

Una casa de comercio no se improvisa á dos tirones y miéntras usted abra la suya, necesita una pieza que no sea dormitorio, para recibir á las personas que han de venir a verlo. Con sus fabulas y sus cuentos Carlo Lanza se había echado al bolsillo á la señora Nina y estaba seguro que sería tratado á cuerpo de rey.

—Preciso es confesar que he andado con suerte, aquí y en Montevideo.

Ese diablo de changador parece que hubiera adivinado mis necesidades del momento, trayéndome á una casa instalada para que yo la ocupe.

¡Qué patrona! ¡qué patrona me ha tocado en suerte!

Creo que al lado de ésta mi mismo patrón del Washingtón quedará eclipsado.

Ahora es preciso que me reponga algo de tanta mala noche pasada, para quedar con el cuerpo descansado y entregarme á mis asuntos.

Lanza no había dormido la noche anterior á bordo.

El jabón sufrido al salir de Montevideo y al llegar á Buenos

Aires por temor á las autoridades, lo había fatigado más que todo.

Así es que apénas almorzó, se metió á la cama y se durmió profundamente.

Y sueño fué aquel que duró hasta el día siguiente.

Varias veces subió la señora Nina á ver si algo se le ofrecía, pero viéndolo dormido tan plácidamente, se retiró sin querer turbar aquel sueño y murmurando:

¡—Como se conoce el sueño de un hombre justo y bueno! ¡duerme como un ángel!

A la hora de comer, la señora Nina volvió al cuarto de Lanza para despertarlo.

Pero dormía tan bien y tan plácidamente, que juzgó un crímen recordarlo, y después de estarlo contemplando un buen rato, resolvió dejarlo dormir.

Cuando volvió á subir á la pieza ántes de recogerse y ya tarde de la noche, lo halló durmiendo en la misma posición que lo había dejado.

Se conocía que el jóven no había hecho ningún movimiento.

Esto y la profundidad é insistencia de aquel sueño, la alarmaron mucho, hasta el extremo de acercar su oído á la cara de Lanza para cerciorarse de que no estaba muerto.

Y no pudo ménos que sonreir maternalmente al escuchar aquella respiración tranquila y cadenciosa.

Y por tercera vez renunció á despertarlo, calculando que aquel sueño le haría más bien que la mejor comida.

Y á aquella hora, ¿para qué iba á despertarlo?

Le echó una manta sobre los pies y se retiró á acostar.

Al día siguiente Lanza se habría repuesto de las fatigas del viage y estaba segura que le agradecería de no haberlo despertado.

Recién al otro día temprano despertó Lanza de su profundo sueño.

Había dormido tan sin sentirlo, que al despertar pensó que estaba en el mismo día que se había acostado y que dentro de poco lo llamarían á comer.

Grande fué su sorpresa cuando vino la señora Nina con una gran taza de café con leche, haciéndole burla por el sueñazo que había echado.

—¡Dormir un día entero con su noche, le dijo, es algo de enorme y que no sucede á todos los clientes!

—¿Cómo un día y una noche? exclamó Lanza asombrado, ¿quiere decir que yo he venido ayer y que me he dormido hasta hoy?

—Tan es así, que aquí venía á despertarlo con una buena taza de café con leche y á recordarle el asunto de su equipaje para que haga las diligencias del caso.

Apesar de la seriedad con que hablaba la señora Nina, Lanza se resistía á creer que su sueño hubiera sido tan largo.

Fué necesario que ella le abriese el balcón y le mostrase prácticamente que estaban en las primeras horas de la mañana.

Lanza no dudó ya un segundo, pues el movimiento de la ciudad era el mismo que había observado cuando desembarcó.

—Debo haber dormido mucho y muy bien, porque me siento el cuerpo perfectamente descansado y el espíritu alegre.

Yo estuve ayer varias veces y sentí una fuerte tentación de despertarlo, pero dormía tan bien que me dió pena el hacerlo.

De todos modos no tenía nada urgente que hacer.

¿Para qué iba á turbar entónces un sueño tan apacible?

Lo dejé dormir y no me arrepiento, puesto que tan bien le ha aprovechado el sueño.

Carlo Lanza agradeció afanosamente á la señora Nina todas las atenciones que le había dispensado.

—Se me figura que estoy en mi casa y al lado de mi vieja, cuando siento el cariño con que usted me trata.

Francamente nunca soñé hallar en tierra extrangera una persona tan buena y tan amable.

La señora Nina estaba con esto en el bolsillo de Lanza; y el bribón, que sentía el mágico efecto que producían sus palabras, apretaba la mano y se le descolgaba con mil cariños y zalamerías.

Engulló el café con su buen apetito de veinte y cuatro horas que hacía no tomaba nada y empezó á hacer sus planes para pasear la ciudad.

Para darle mayor confianza y concluir de ganársela, Lanza llamó á consulta á la señora Nina, para resolver ambos el problema del paeso.

—Yo no conozco la ciudad ni siquiera tengo idea de las diversiones, le dijo, temo perderme y no se me ocurre con quien salir.

Si usted quisiera prestarme un mozo á horas en las que no tuviera qué hacer, me prestaría un señalado servicio.

—Algo mejor, mucho mejor que eso, respondió la señora Nina.

Después de almorzar yo lo pondré en contacto con un capitan de buque que para aquí actualmente.

Es un hombre muy jovial y paseandero.

No tiene nada que hacer durante el día, se pasea toda la ciudad entera, de la que conoce hasta el último rincón.

Ni mandándolo hacer encontraría usted un compañero más á propósito.

Carlo Lanza se empaquetó perfectamente.

La ropa salvada era la mejor que tenía, de modo que á su trage no había reproche que hacerle.

Tomó asiento en la mesa redonda, y allí la señora Nina lo puso en contacto con el capitan Pietro Caraccio, que era la persona de quien le había hablado.

Caraccio era un hombre de más de cincuenta años, pero jovial y alegre al extremo de parecer un muchacho

El venía á Buenos Aires una vez al año, y el mes ó mes y medio que tardaba su buque en la carga y descarga, lo empleaba en pasear y divertirse de todos modos.

En las reuniones alegres, en los cafés, en los teatros, en todas partes donde podía pasarse alegremente el rato, estaba siempre presente.

Sus amigos los Italianos más acriollados lo llamaban Caracho, y él aceptaba el juego alegremente.

Caraccio era íntimo amigo de un ingeniero Caporale, veneciano tan alegre y travieso como él mismo, que andaba siempre exprimiendo á la vida todo el jugo que le podía sacar.

Caporale conocía cuadra por cuadra el Buenos Aires alegre, de modo que cuando se juntaba con el amigo Caracho no dejaban vericueto que no recorrieran.

Si Carlo Lanza hubiera mandado fabricar dos cicerones, no los hubiera hecho tan completos ni tan á su conveniencia.

Caraccio le pondría en contacto con Caporale, Caporale con Moretti, este con el ciego Maggi, y en un momento, entre todos, lo pondrían al corriente de lo que era Buenos Aires, y lo que se podía hacer en negocios nuevos.

Tanto el capitan Caraccio como los demás marinos que había en la mesa, simpatizaron en el acto con aquel jóven tan espíritual y tan franco, que los trataba como si toda la vida los hubiera conocido.

El marino no desconfía nunca del hombre que tiene al frente, miéntras este no le dé un motivo notorio de desconfianza.

Juzga á los demás por sí mismo y se abre pronto á las impresiones de la buena amistad.

¿Porque habían de desconfiar de Lanza, cuya juventud y exterior simpático tanto prevenía en su favor?

Luego la señora Nina lo había recomendado tan cariñosamente, que Caraccio le dijo:

—El jóven corre de mi cuenta; déjenos no más que ya nos entenderemos perfectamente.

Carlo Lanza vió en el capitan Caraccio un nuevo filón que explotar; y estudiándole el lado flaco durante el almuerzo, le

inventó un par de historias que dejáron encantado al viejo lobo marino, pues empezó por decirle:

—Mi vocación era la mar, pero mis padres que me quieren con exceso, me la contrariaron desde el principio, dándome una colocación comercial, que ellos estimaban ménos peligrosa.

Con una buena educación comercial, me decía mi buen viejo, y dinero que, gracias á Dios, no ha de faltarte, tienes tu porvenir perfectamente asegurado.

La mejor marina son los escudos, muchacho, con la diferencia que estos no naufragan, y aún en el caso de naufragar, nunca comprometen la vida.

Y aquí tienen á un hombre que, nacido para la mar, se vé obligado á convertirse en pontón de una casa de comercio que para él no tiene ningún encanto.

Pero en fin, puesto que mis padres lo han querido, mandaremos un banco en vez de mandar un barco; cuestión de una letra cambiada y nada más.

Con estos discursos Lanza se ganó á los buenos y francos marinos, al extremo que, cuando concluyeron de almorzar, hablaba con Caraccio como podía haberlo hecho con un amigo de veinte años.

La señora Nina vino á informarse de como les había parecido el compañero, quedando sumamente complacida al oir decir á Caraccio:

—Es el mejor jóven con que he tropezado en mi vida.

Corre de mi cuenta enseñarle la ciudad y todo lo que le dé la gana de aprender en ella; por eso no ha de haber inconveniente.

Es un jóven que me gusta de alma y que tomo bajo mi amistad por todo el tiempo que me queda de estar en Buenos Aires.

—Yo no sé hacer cumplimientos, respondió la señora Nina, pero le aseguro, jóven, que no podía caer en mejores manos.

Va á conocer cuanto necesita y divirtiéndose en toda regla.

Después de tomarse una buena taza de café con una mejor copa de grappa, el capitan Caraccio declaró que estaba á disposición de Lanza desde aquel momento, puesto que no tenía nada mejor que hacer.

Lanza subió á su pieza, dió un repaso á su traje y peinado, y acompañado del insigne Caraccio salió del hotel Marítimo.

EXCURSIONES Y ESTUDIOS.

Caraccio acompañaba á Lanza simplemente á visitar la ciudad, porque en aquellas horas de ocupación para todos, no se podía hacer otra cosa mejor.

Lo trajo al centro, mostrándole los mejores edificios y establecimientos públicos y los barrios comerciales, que era lo que mayor interés despertaba en Lanza.

Aquellas vidrieras de las casas de cambio donde había una fortuna en monedas de oro, tenían positivamente fascinado á Lanza.

Una ciudad donde el simple cambio de dinero constituía un negocio, debía ser una ciudad sumamente rica.

Y Caraccio completaba los datos con informes preciosos para Lanza.

Aquellas vidrieras donde se anunciaba que se daban giros sobre Europa, llenas de monedas de todos los cuños, le hacían abrir tamaño ojo, más cuando Caraccio le daba la explicación siguiente:

—Estos son escritorios por cuyo intermedio se puede mandar á Europa dinero en letras de cambio.

Son hombres de entera confianza, que se encargan de enviar dinero y de todo género de comisiones.

Esto es muy cómodo y muy útil, pues no hay comisión de que no se encarguen.

Supóngase que uno de estos infelices que no tiene ningún género de relaciones ni sabe siquiera escribir una carta y tiene necesidad de hacer pagos ó mandar traer á su familia.

Pues no tiene más que venir á uno de estos escritorios de crédito y hacer el encargo.

Aquí encuentra todas las comodidades posibles, mediante una moderada retribución.

Carlo Lanza escuchaba todos estos datos con un placer infinito.

Lo estaban hiriendo sobre la llaga, y dándole precisamente datos que no había querido pedir todavia.

—¿Pero estas casas tendrán capitales enormes? preguntaba fingiendo indiferencia.

—Capital de relaciones y crédito, nada más.

¿Para qué necesitan capital, si el dinero que mandan es el mismo que reciben?

No hay más que tener buen crédito y basta, y así mismo hay

muchos de estos diablos á quienes yo no les fiaría cien pesos papel.

Carlo Lanza estaba sobre espinas.

Ya le parecía que se hallaba al frente de una de aquellas grandes casas de giros, embolsando gruesas sumas de dinero.

Pero para llegar á aquel pináculo de felicidad era necesario conocer admirablemente la gente con que había de maniobrar y explotar.

—Pero ¿aquí no hay bancos que giren? preguntaba asombrado de que en un país tan rico no hubiera bancos de giros.

—Si hay bancos, respondía Caraccio, pero estas casas son más cómodas y familiares.

No se necesita tanta formalidad, y luego que ningún banco quiere encargarse de escribir una carta á la mujer y á los hijos.

Entre tanto hay casas de crédito como la de Caprile y Pizasso, donde se encargan de todo, sin el menor trabajo para el cliente.

Casi todos los compatriotas prefieren depositar su dinero aquí, que llevarlo al Banco, porque además de las comodidades que he mencionado, hay la ventaja de que se paga mayor interés.

Y como toda esta es gente de trabajo que no piensa más que en sacar el mayor provecho á trabajo y dinero, tiene el suyo aquí con preferencia á cualquier banco.

Carlo Lanza quedó deslumbrado ante tan fabuloso negocio.

Había tropezado precisamente con lo que buscaba.

Conocido el negocio, no faltaba más que conocer los clientes y ponerse en situación de plantearlo.

Pero esto no podía ser sinó obra del tiempo y del conocimiento de las personas y del pais.

Aquel primer paseo que llamaremos paseo sério, duró hasta el entrar de la noche, hora en que regresaron á comer pero no al hotel Marítimo, sinó á una guarida de gente alegre que conocía Caraccio.

Esta guarida era el famoso café de la Cruz de Malta, sitio de reunión de aquella célebre sociedad de la Maledicenza, compuesta de gente alegre y jóven, perteneciente al comercio, á las bellas artes y á las letras.

A la hora que llegaron Caraccio y Lanza, estaba el cenáculo en plena y formidable reunión.

El pintor escenógrafo Ferrari, aquel gran diablo de tanto talento, tenía la palabra, sosteniendo con un elocuente discurso

que los curas no eran tales ministros de Dios, porque Dios no los había nombrado ni les pagaba sueldo.

Luego, que todos eran ministros en el mismo ramo, lo que probaba que en los ministerios celestes había más ministros que asuntos y que todos los asuntos se referían á una sola cartera.

Los oyentes aplaudían de una manera espantable el discurso de Ferrari, pues en el colmo del entusiasmo había tratado de simple Federico á monseñor Aneiros.

Caraccio se detuvo en la puerta por no interrumpir el discurso de Ferrari y sólo cuando este gran travieso dejó de hablar, entró y presentó á la reunión á su protegido Carlo Lanza, de quien se decía padrino.

Bastaba que fuera presentado por Caraccio para que Lanza fuera recibido con todos los honores requeridos.

Ferrari se paró sobre la silla y echó un nuevo discurso saludando al recién llegado, miéntras el bueno y noble Strazza lo bautizaba mojándole el pelo con un poco de oporto.

Lanza estaba en su elemento.

Aquella gente le parecía la revelación de un mundo desconocido pero presentido por él.

Y tomó asiento al lado del venerable presidente de la Maledicenza, que encontró en Lanza un neófito de primera fuerza.

Allí se encontraba el jóven en contacto con gente buena que podía ayudarlo de todas maneras, pues allí había personas bien colocadas en el comercio rico italiano.

Y bendijo desde el fondo de su alma al changador que lo había llevado al Hotel Marítimo, y á la señora Nina que lo había puesto en contacto con aquel diablo de capitan Caraccio que, sin saberlo, se había erigido en su providencia.

Como era natural, entre aquella gente y en festejo del recién presentado, la comida fué más borrascosa de lo acostumbrado.

Algunos de los maldicentes se fueron un poco al otro lado de la alforja, miéntras la mayoría saludaba á Lanza con un trigésimo brindis.

Aquella comida no terminó hasta las diez de la noche, y sabe Dios hasta que hora se hubiera prolongado, si Caraccio no hubiera hecho moción de levantar campamento, porque quería mostrar á su protegido lo que en Buenos Aires asombra.

¿A dónde ir á aquellas horas y en el estado que se hallaba la mayoría?

Fué Lanza quien dió el derrotero con esta simple pregunta:

¿—Y en Buenos Aires no hay Alcázar?

Allí se dirigiéron todos aquellos cachafaces.

Si los maldicentes habían sido simpáticos al jóven desde el primer momento, este les había caido en gracia sobre tablas, porque habían visto en él un jóven alegre y despreocupado, que sería con el tiempo un digno maldicente.

Con dinero, como aparecía, y dueño exclusivo de su voluntad, aquel jóven podría seguirlos en todas sus aventuras y ayudarlos con su alegría y buen humor.

El Alcázar de Buenos Aires que él había juzgado igual desde Montevideo, fué la revelación de un mundo nuevo para él.

Nuestros lectores no habrán olvidado aún lo que era el Alcázar de Buenos Aires en aquellas épocas inolvidables.

Allí iba toda la juventud alegre y bulliciosa de Buenos Aires, armando cada jaleo que parecía una revolución.

Había un circulo de jóvenes que se había impuesto á concurrencia y artistas, de tal manera, que era su voluntad la que allí imperaba, sin la menor contradicción de una y otros.

Los programas de la función se alteraban por aquel público bullicioso con una facilidad tal, que el mismo Colombet había concluído por aparecer en las tablas preguntando qué querían que cantara.

Aquella era una concurrencia de hombres solos, que iban á matar la noche del modo que á cada cual le diera la gana; no había que hacer.

A veces las opiniones andaban encontradas entre el « público espectador » y el público actor, y era entónces que se armaban aquellos memorables escándalos que requerían la mediación del mismo jefe de policía.

La Gooz no había querido alterar el programa cantando lo que se le pedía, y era recibida con una tormenta tal de silbidos, que aquello parecía un concurso de locomotoras.

El público espectador aplaudía porque la artista le gustaba y él nada tenía que hacer con los cambios de programa, y aquí se armaba la grande á los gritos de « ¡afuera Gooz! » « ¡bravo la Gooz! »

Los jarros de chop cruzaban de un extremo á otro buscando cabezas donde estrellarse; las sillas crugían al ser azotadas contra las mesas, y las piedras de mármol que á estas cubrían, saltaban bajo todo género de golpes.

El teatro se convertía en una lluvía de verduras, pedazos de sillas, botellas vacías y puchos encendidos.

Y el telón caía rápidamente en medio de un tumulto fabuloso.

Los artistas, aterrados, ganaban á sus camarines ó se es-

condían entre las bambolinas, creyendo que el final lógico de aquel bochinche monstruoso sería que pegarían fuego al teatro.

Y este temor se acentuaba más, porque en la sala se hacía la proposición á grandes voces.

Los concurrentes á las mesas de la platea eran los que salían peor parados, porque de los palcos les llovía toda clase de proyéctiles de grueso calibre, que caían no sólo con su propio peso, sinó impulsados por todas la fuerza de los que los lanzaban.

Aquí mediaba siempre la Policía, pero obteniendo un resultado negativo.

Tratándose de los jóvenes más distinguidos de Buenos Aires, los vigilantes no se atrevían á proceder con toda la severidad necesaria.

El oficial ó el comisario de servicio temía se produjese un conflicto sangriento, y la presencia del jefe de Policía se hacía inevitable.

El señor O'Gorman, con aquel tino y aquella suavidad que le era característica, se presentaba en el sitio del conflicto y el tumulto cesaba como por encanto.

La concurrencia se calmaba, los contusos enfilaban á la botica más cercana, el telón se alzaba, y la representación continuaba como si nada hubiera sucedido.

Así seguía la función en medio de aplausos, silbidos y papas arrojadas á la escena, quedando siempre triunfante y airoso aquel grupo de traviesos jóvenes que lo habían producido, por no querer alterar el programa.

Noche llegó en que los artistas tuvièron que salir en corporación al escenario y pedir disculpa á aquellos traviesos por no haber hecho caso de sus pedidos, prometiendo la mayor sumisión para en lo futuro.

Aunque los artistas se esmeraran en complacerlos, desobedeciendo ciegamente á sus ordenes y alterando los programas á satisfacción de todos, no por esto se lograba una representación en órden.

Nunca faltaba un motivo para provocar un conflicto ni dejaba de haber su tormenta.

Es que aquella concurrencia especial iba con el espiritu preparado á tormenta, y era preciso que la tormenta se produjera.

Un mozo de café que servía mal y obtenía en retribución un tazazo; un artista que no representaba con el comedimiento exigido; algún espectador á quien el punch ó la limonada se le subía á la cabeza; todos estos eran motivos para que se renovara el escándalo, cuyas proporciones solían alarmar á la Policía,

que creía que aquellos diablos llegaran hasta desacatar las órdenes del señor O'Gorman.

Pero esto no sucedía jamás.

En cuanto O'Gorman se presentaba en el Alcázar, el escándalo cesaba como por encanto y aquellos de cabeza más pesada consentian en retirarse á sus casas á dormir los brios que les hubiera comunicado el alcohol.

Es que el señor O'Gorman tenía un tino único, que nacía en el profundo conocimiento de aquella juventud borrascosa.

Sabía que los que no hubieran cedido ante todos los machetes de la Policía, no se resistirían á una súplica bondadosa, y era este el medio que siempre empleaba con éxito para obtener cuanto quería.

El escándalo de la función continuaba después en el café, donde iban á cenar público y artistas, juntos ó separados.

Porque allí se dirigían las recriminaciones que sólo servían para provocar nuevos conflictos.

Y como estos mismos conflictos corregidos y aumentados se reproducían de día durante los ensayos, con ménos concurrencia porque á ellos sólo entraban los preferidos, resultaba que el Alcázar era un teatro de público bochinche, donde el telón no se bajaba jamás, y donde la Policía tenía que hacer perpétuo servicio.

Carlo Lanza quedó maravillado ante esta descripción del Alcázar de Buenos Aires, que se le hacía sobre el mismo teatro de los sucesos y miéntras se desarrollaba el cuarto ó quinto conflicto de aquella noche.

Y veía que allí no había la menor exageración, puesto que él presenciaba las mismas ó parecidas escenas á las que se le describían.

Caraccio y los cuatro ó cinco amigos que lo acompañaban se habían colocado en puntos estratégicos, desde donde podían presenciarlo todo, sin quedar expuestos á un golpe por equivocación.

Así es que Carlo Lanza podía mirarlo todo á su entera satisfacción, exclamando de cuando en cuando:

—¡Por Dios! ¡que este espectáculo es único en el mundo!

No existe ningún otro teatro igual á este, porque es imposible encontrar otra sociedad tan vivaz y tan ardiente en todas sus manifestaciones.

—¡Ya verá usted, amigo, lo que es esta mozada! le decía el ingeniero Caporale, que estaba muy bien relacionado entre ella.

¡Yo le voy á presentar unos cuantos de los cabecillas que lo pondrán en contacto con los demás y verá entónces lo que valen esos muchachos!

Alternar con aquellos jóvenes, ser su amigo, importaba para él grandes ventajas para el futuro, porque aquellos jóvenes le harían alternar con la mejor sociedad en general, así es que tomó á Caporale la palabra, haciéndole presente que la cumpliera á la brevedad posible.

A la una de la madrugada Lanza y sus protectores salían del Alcázar, tomaban su último café en el Restaurant de Bonheur, de feliz memoria, y se dirijan, Caraccio y Lanza, al hotel Marítimo, y Caporale y comparsa á seguir la farra probablemente.

Cuando padrino y ahijado llegáron al hotel Marítimo, apénas estaba en pié el mozo que debía abrirles la puerta.

Lanza se acostó aquella noche y se durmió mecido por las más gratas ilusiones.

En Caraccio había encontrado al hombre imprescindible en su situación, y en los amigos que este le había presentado, la gente que necesitaba.

Estos le proporcionarían nuevas é importantes relaciones para él y le ayudarían á estudiar el país y sus costumbres.

Una cosa sola afligía á Lanza enormemente: la falta de dinero y de medios para proporcionárselo.

Era necesario buscar en qué ocuparse, en qué ganar algo, bajo cualquier pretexto que no le faltaría.

De otro modo iba á naufragar bien pronto, por mejores que fuesen las mentiras que echara para salir del paso.

Por lo tanto la falta de su equipaje, según la historia que contó á la señora Nina, era una historia perfectamente lógica, cuyo final no era dudoso.

El paquete había regresado llevándose de nuevo su equipaje, de modo que hasta dentro de tres meses, por lo ménos, no podría contar con él.

En tres meses podían suceder tantas cosas, que cuando el paquete regresara, tal vez ya no lo necesitaría para nada.

Así, mecido por mil esperanzas de pronta fortuna, Lanza se durmió plácidamente.

Tenía asegurado lo principal, casa y comida, lo demás vendría por sí sólo.

Al día siguiente la señora Nina se le presentó en su cuarto, regañandolo cariñosamente por la hora avanzada á qué había vuelto.

—Veo que Caraccio ha sabido entretenerlo de manera que no se ha acordado ni siquiera de venir á comer.

—¡Oh! el capitan Caraccio es un excelente compañero, respondió Lanza: con él no se pasan momentos tristes.

Comimos con unos amigos suyos y de allí nos fuimos al Alcázar donde hemos estado hasta la hora en que volvimos.

—Este Caraccio es un calavera incurable, ahora que tiene compañero no va á parar un momento en casa.

Así sucedió en efecto.

Aquella mañana en cuanto se levantaron, ya Caraccio lo vino á invitar á caminar para abrir el apetito, saliendo juntos á pasear la ciudad, pero regresando á almorzar al Marítimo, de donde salieron en seguida á continuar la parranda del día anterior, con el mismo itinerario: la Croce di Malta y el Alcázar.

Todo el día lo habían empleado en pasear la ciudad, de la que Lanza empezaba ya á darse cuenta y á conocer bien.

En dos días más ya podía salir sólo, que era cuanto necesitaba para inventar su historia del equipaje.

Y esto lo preparó al pasar por la calle de Cuyo, diciendo á Caraccio: allí vive la persona que ha recogido mi equipaje; mañana lo he de venir á ver.

Lanza estaba encantado con Buenos Aires, su comercio y sus negocios, cuya mayor parte pertenecían á Italianos.

Todo lo que era vendedor ambulante, naranjeros, merceros y hasta los changadores eran italianos, de quienes Caraccio le daba los siguientes informes:

—Todos esos que usted vé ahí son gente rica, trabajan de sol á sol con una constancia y una fé asombrosa.

Viven con una miseria, lo necesario para no morirse de hambre, así es que cuanto ganan lo guardan, y al cabo de diez años se encuentran con una suma reunida que para ellos es una fortuna.

—Y ese dinero ¿no lo emplean en algo para sacarle un buen interés? preguntaba Lanza asombrado.

—Ellos no exponen su dinero por nada de este mundo.

Conforme lo ganan lo depositan en las casas de crédito italianas que les pagan intéres ó lo mandan á Italia por intermedio de las mismas.

Muchos se han quedado aquí y son dueños hoy de grandes fortunas que tienen empleadas en buenas fincas de renta.

Si en algún país puede decirse que la economía es riqueza, es fuera de duda en Buenos Aires.

Lanza estaba extasiado ante estos datos que concordaban admirablemente con sus proyectos.

Si todos aquellos pequeños negociantes, depositaban su dinero en una sola casa, esta podía llegar á tener un capital fabuloso y hacer operaciones en grandísima escala, nada más que girando el dinero que le depositaban.

No había más que establecerla y atraerse toda aquella clientela con la promesa de un buen interés.

Pero para establecer la casa necesitaba empaparse bien en los hábitos de las otras casas del mismo género y tener algún dinero para los primeros tiempos.

¿De dónde sacar este dinero? ¿cómo conservarse hasta tenerlo, sin que su conducta hiciera descubrir que no era más que un aventurero sin más capital que su audacia y su inteligencia?

La tarea era improba, pero para Carlo Lanza, teniendo voluntad, no había nada imposible ni nada difícil.

Las relaciones eran la base de todo, y empezó á hacerlas con verdadera pasión é interés.

Haciéndose conocer como capitalista tendría siempre andada la mitad del camino.

Aquellos diablos de maldicentes, también relacionados entre sus compatriotas podían serle de una utilidad inmensa, y trató de ganárselos por medio de la amistad y siéndoles agradable de todos modos.

Era esa una excelente base de operaciones, á no dudarlo.

Todos aquellos almaceneros y tenderos enviaban fuertes letras á Italia, por medio de casas como la de Caprile y Picasso, y eso sólo representaba una fortuna que, bien manejada, podía dar resultados de primer órden.

Entre tanto él trataba por todos los medios posibles de ser agradable á sus nuevos amigos, base de la posición que pensaba formarse

Imitando con gran talento á su patrón en Génova, se había asimilado á él de tal manera, que parecía un hombre nacido entre la riqueza y habituado á despreciar el dinero.

A lo primero que había que atender era la cuestión de su equipaje, pues sentaba muy mal en la clase de hombre que el quería aparentar vestir siempre el mismo trage y no tener dinero que gastar.

Era preciso apurar la inventiva para salir del pantano y Lanza puso en prensa su rica imaginación.

Aquel día y el siguiente comió en la Cruz de Malta, en el

sagrado recinto de la sociedad Maledicenza y asistió al Alcázar, el teatro de las grandes calaveradas.

Y como había paseado gran parte de la ciudad, ya pudo salir del hotel Marítimo sin miedo de perderse.

Caraccio estaba encantado con su protegido y no hacía sinó hablar de él y ponderar sus condiciones de carácter.

—Es el mejor pensionista que usted habrá tenido en su vida, decía á la señora Nina, que se encontraba cada vez más orgullosa del jóven.

Me vá á costar gran trabajo dejarlo cuando yo me vaya, ya me he acostumbrado á andar con él como podía haberme acostumbrado con un hijo.

Es un muchacho que vale lo que pesa y que hará una gran fortuna, porque tiene una cabeza de primer órden.

A fuerza de oir tantos elogios, los demás capitanes que vivían en el Hotel Marítimo, se habían encariñado con Lanza, invitándolo á todos sus paseos.

La señora Nina le había tomado un gran cariño, cariño que Lanza hacía aumentar continuamente, porque como hemos dicho le había ganado el lado débil, y sabía contentarla y hacerle el gusto en todo.

Nina no se preocupó jamás ni un momento por el pago de su pensión, y si alguna vez le preguntó si no hacía diligencias por su equipaje, fué únicamente por el interés que el jóven le inspiraba.

Conocedor de la ciudad, como para lanzarse sólo en el laberinto de sus calles, una mañana muy temprano nuestro héroe salió del Hotel Marítimo, diciendo á la señora Nina:

—Hoy salgo únicamente en busca de mi equipaje: ya no puedo estar más tiempo con esta ropa.

—¡Al fin se acordó de sus asuntos! respondió sonriendo la buena patrona.

Ya empezaba á arrepentirme de haberlo puesto en contacto con Caraccio, porque veía que todo lo olvidaba por sus paseos.

—Ya vé que no me olvido del todo, contestó.

Y salió del hotel fingiendo gran prisa.

Cuando Caraccio fué al cuarto de Lanza creyendo agarrarlo en la cama, se encontró con que su amigo había volado y según la señora Nina, no lo vería hasta la hora de almorzar.

UN GOLPE DE INGENIO.

Carlo Lanza salió del hotel Marítimo dió media vuelta por la calle de Cuyo y enfiló hácia Oeste, camino que conocía bien porque era por donde todas las tardes iba á la Cruz de Malta.

Era preciso irse soltado sólo por la ciudad y fijándose en todas las cosas para no necesitar de la ayuda de Caraccio á quien no le convenía mucho interiorizar en sus pensamientos, porque era imponerlo de la verdad de su persona y de su miserable pobreza.

Caraccio era un hombre franco y noble, que le había cobrado un gran cariño.

Pero, ¿sucedería lo mismo si llegaba á saber que él no era más que un impostor que se había fingido lo que no era?

Lo que más mortificaba á Lanza era la chambonada de haber dado su verdadero nombre en Montevideo, porque no era difícil que su aventura del hotel viniera á conocerse en Buenos Aires, lo que lo inutilizaría por completo para los vastos planes que desarrollaba en su majin.

Aquella había sido una chambonada imperdonable, que tal vez vendría á pagar demasiado cara.

Aquello no tenía ya remedio, y era mejor no pensar para no mortificarse inútilmente.

Por el momento lo que más le urgía era salvar la situación presente, es decir, desenredar la cuestión del equipaje y hacerse de algún dinero para seguir manteniendo la falsa posición en que se había colocado. No creyó que hubiera nada mejor que decir que el paquete había regresado á Europa reconduciendo su equipaje y el dinero que con él traía.

Esto además de salvar aquella dificultad inmediata, tal vez le diera pretexto para hacerse de algún dinero y aquí el capitan Caraccio podía serle de una utilidad extrema, dadas sus condiciones de generosidad y franqueza.

Caraccio, á juzgar por lo que le veía gastar, debía ser un hombre rico y por consiguiente debía tener dinero consigo.

Después de pensar mucho sobre la historia que había de contar, para no caer en una contradicción y vagar por algunas calles, Carlo Lanza regresó á su hotel, llegando precisamente en el momento en que se sentaban á almorzar sus compañeros de mesa.

El jóven había tenido muy buen cuidado de tomar el aire de contrariedad y tristeza que convenía á la historia que debía narrar.

Tan bien fingida era aquella actitud, que en el acto de verlo la señora Nina le preguntó qué le había sucedido que volvía tan triste.

—Una contrariedad tan séria, respondió Lanza, que ella me atrasa por lo ménos de tres meses en mis negocios.

—Figúrense ustedes que las personas encargadas por mis amigos de Montevideo para recoger mi equipaje, se han olvidado ó descuidado, y cuando han querido cumplir el encargo, se han encontrado con que el paquete ya se había ido llevándoselo otra vez.

Alimentando una vaga esperanza, les supliqué fueran conmigo á la Agencia del paquete, porque estando mi equipaje rotulado para Buenos Aires, no era dificil que lo hubieran dejado allí.

Pero en la Agencia no saben nada y suponen también que lo hayan llevado de regreso.

Una sola esperanza me queda entónces, pero esta es muy vaga.

Como el capitan sabe que yo me quedé en Montevideo, tal vez al pasar haya dejado allí mi equipaje, así es que hoy mismo voy á escribir á mis amigos de allá para que lo recojan y me lo remitan en caso que mi sospecha sea fundada, ó me avisen para irlo á bruscar.

Era tal la tristeza que aparentaba el jóven, que la señora Nina y el capitan Caraccio tratáron de consolarlo.

—No hay que afligirse tanto, le decía Caraccio, al fin y al cabo todo se reduce á una pérdida de tres meses, y esto que en un hombre de mi edad sería mucho, en un jóven como usted es una pequeñez.

El equipaje le perjudicará en la ropa, pero esto nada significa, porque ropa no ha de faltarle; por lo pronto la mia está á su disposición.

Esta oferta se la hicieron también los otros capitanes, añadiendo: no será tan buena y fina como la suya, amigo mio, pero siempre será ropa que se pueda poner.

Lanza agradeció aquella oferta sonriendo tristemente.

—No es la ropa lo que me aflije, dijo, mal ó bien siempre tengo conmigo dos trajes que me servirán durante tres meses.

Esto no es lo que me aflije.

Lo que me mortifica de un modo incalculable es el disparate que he cometido al dejar en mi equipaje el dinero que tenía, trescientas libras esterlinas, que era lo que pensaba gastar miéntras me llegaban las letras de cambio que han de constituir mi capital.

¿Qué quieren ustedes que haga en un país desconocido, sin dinero ni esperanza de tenerlo antes de tres meses?

Es preciso convenir en que la situación es apurada y que pago bien cara la imprevisión de haber dejado el dinero en mis balijas.

Lanza hablaba sin almorzar, fingiendo un desgano que estaba muy leios de tener.

Y todos se afligían al ver su mortificación y su tristeza.

—Bueno, por ahora coma, amigo, que es lo principal, le decía Caraccio, porque el estómago lleno es un buen consejero.

Ya se pensará como se sale del paso.

—No se aflija tanto, le decía la señora Nina, que experimentaba una profunda pena al ver el estado del jóven.

Tiene usted asegurada la pensión en mi hotel por todo el tiempo que tarde en recibir dinero y esto es lo principal.

—Nunca olvidaré su generosidad maternal, señora, exclamó fingiendo que se secaba una lágrima.

He encontrado á una madre en América, cosa que seguramente no me esperaba; así es que nunca dejaré de bendecir al peón que me guió á este hotel.

Concluído el almuerzo en que Lanza apénas probó unos bocados, se subió á su cuarto, donde se sentó tristemente.

Media hora después, el capitan Caraccio iba á buscarlo para que salieran á pasear como acostumbraban á hacerlo diariamente.

Pero Lanza se negó á salir aquel día.

—No hay que dejarse dominar por la tristeza cuando las cosas no tienen remedio, decía Caraccio alegremente, que todo se remedia en esta vida.

El que se deja ganar por la tristeza es hombre perdido, porque se mortifica sin conseguir remediar nada.

Esto es cuestión de tiempo, resuélvase á tener paciencia y á esperar tranquilo á que se pasen los tres meses necesarios.

—Resuelto estoy, puesto que no tengo más remedio, pero no puedo ménos que mortificarme, porque francamente esta es una situación muy mortificante.

—Bueno, vamos á pasear entónces, que es la mejor manera de distraerse; los amigos maldicentes se encargarán de no dejarlo pensar en cosas tristes.

—Es esto precisamente lo que no puedo, respondió Lanza con profunda melancolía, porque no puedo hacer frente á esas relaciones

Yo saldré á pasear con usted siempre, porque á su lado me encuentro bien, pero no vuelvo más á la Croce di Malta.

—Pero ¿qué motivo hay para esto? ¿lo ha ofendido alguno? ¿hay allí alguna persona que no le convenga?

—¡Líbreme Dios de semejante pensamiento! respondió apresuradamente el jóven, pero tengo para ello una razón suficientemente poderosa.

Yo ahora no tengo dinero y ni de donde sacarlo, por consiguiente no puedo ir á un parage donde todos me obsequian y pagan, no pudiendo yo hacer lo mismo.

Usted comprende que esto mortifica mi amor proprio y me deja humillado de cierto modo.

—Ta, ta, ta, ta, respondió alegremente Caraccio; ¿usted crée que aquellos amigos piensan en semejantes miserias?

No diga esas cosas, amigo, que me ofende indirectamente, pues yo soy quien lo lleva y que no me quedo corto en pagar.

—No se ofenda, amigo mio, ni tome á mal lo que digo, porque tengo razón y esta es una resolución firme que he adoptado.

Yo quedo inhibido para frecuentar aquel buen circulo donde á cada momento me sentiría humillado y no vuelvo allí hasta que no tenga dinero.

En vano quiso insistir Caraccio, se convenció al fin que el jóven no cedería y guardando silencio como si pensase en el medio de allanar aquella dificultad, desapareció de pronto.

La cara de Lanza se iluminó entónces por algo como un relámpago que partía de su mirada inteligente.

Acababa de triunfar en el hábil plan que había desarrollado tan rápidamente.

Pocos momentos después regresaba Caraccio al cuarto de Lanza, trayendo dinero en la mano.

No me dirá ahora que no viene más á la *Croce di Malta* y á donde yo quiera llevarlo.

Aquí tiene dos mil francos que me devolverá cuando reciba dinero y que yo le facilito con todo gusto.

Lanza se levantó de la silla donde estaba sentado, y abrazó efusivamente á Caraccio.

Sabía que era usted un noble marino, porqué he vivido ya una semana con usted y esto basta para conocer á fondo un hombre.

Pero usted comprende que yo no puedo aceptar este préstamo, porqué yo no tengo de donde sacar dinero para devolverlo sinó de Europa, y usted puede necesitar irse antes que yo lo reciba.

—Esto poco se me importa, respondió Caraccio tratando de meter en el bolsillo de Lanza los billetes de Banco que tenía en la mano.

El dinero que yo tengo, lo tengo para gastarlo, así es que no me hace falta; me hago de cuenta que lo dejo en un banco para mi vuelta y hemos concluído.

Déjese de embromar que á usted le hace falta y conmigo no use cumplimientos, pues por lo ménos tiene que tratarme como á su hermano mayor, y respetar mis órdenes, por lo tanto.

Lanza que vió á Caraccio dispuesto á hacerle tomar el dinero á toda costa, se resistió todavía.

—Yo lo quiero y lo respeto como á un hermano, capitan Caraccio, pero no puedo recibir un dinero que no sé cuando voy á poder devolver.

—Pues no lo devuelve nunca y en paz, terminó el noble marino.

Le prevengo que si usted no toma este dinero, creeré que usted no me estima, y como yo no puedo ser amigo de un hombre que no me estima, dejaremos de vernos y de tratarnos desde hoy.

Poco vale mi amistad para un jóven como usted, pero en fin, una afección leal no está de más, y usted habrá perdido la mia.

Lanza estaba radiante de alegría, alegría que no trataba de disimular.

—Si usted lo toma por ese lado, le dijo, acepto, no me queda más remedio, pues creo estimar su amistad en todo lo que vale.

Tomaré pues esos dos mil francos y los apuntaré en mi cartera, no como crédito de dinero sinó como crédito de nobleza de espíritu impagable, porque esto no se paga.

Bendigo las ideas que me han sacado de mi hogar y de mi patria, capitan Caraccio, pues he tenido la ocasión de conocer hombres como usted.

Y se dejó introducir en el bolsillo aquella suma de dinero que importaba su salvación, puesto que importaba la salvación del rango que pretendía ocupar entre sus flamantes relaciones.

—Ahora, dijo Caraccio, supongo que usted no se negará á venir conmigo á la Cruz de Malta y á donde yo lo quiera llevar.

—Usted dispone de mi como de cosa propia, respondió Lanza, mande no más, que en usted no miro á un hermano sinó á un padre.

Caraccio y Lanza salieron juntos, se fueron á comer á la Cruz de Malta y de allí enderezaron al Alcázar.

Nunca se había visto á Lanza tan jovial y tan ocurrente como aquella noche.

Se conocía que su espíritu se había libertado de un gran peso y el capitan Caraccio que lo observaba se felicitó intimamente de la idea de haberle facilitado aquel dinero.

—¡Pobre jóven! pensaba; ¡ha estado mortificado por un pucho de dinero, y su delicadeza le ha impedido hablar; he sido un bellaco en no haberle ofrecido ántes esos dos mil francos!

Lanza pedía con libertad, puesto que pensaba pagar, así es que se bebía sin reserva de ningún género.

Pero pensar en pagar nada ménos que en el asiento de la Maledicenza, era un descalabro.

Cuand Lanza pidió la cuenta le contestaron que estaba pago.

Inútil fué su enojo con el mozo y la pretensión de que le dijera quien había pagado.

El pagano había sido Caraccio y buen cuidado había tenido de encargar que no dijera el mozo quien había sido.

De la Cruz de Malta se dirigieron al Alcázar, pero prévia una condición que impuso Lanza.

—Amigos mios, les dijo, hace una semana que yo soy el obsequiado, y es preciso que alguna vez se me permita ser el obsequiante.

Yo voy al Alcázar esta noche, pero con la condición de que nadie más que yo ha de pagar.

De otro modo me declaro enfermo y pido permiso para retirarme á la honorable asamblea.

Esto fué dicho con tanta gracia, que todos prorrumpieron en un coro de aplausos, aceptando por unanimidad la proposición de Lanza.

En el Alcázar pasaron una noche como pocas, porqué parecía que todos se habían hablado para estar de un humor impagable.

Es que Lanza había comunicado su buen humor á todos y al extremo que el mismo Caraccio se sentía rejuvenecido de veinte años.

Veía que Lanza había estado coartado los días anteriores por la falta de dinero y no cesaba de felicitarse por la idea de facilitárselo.

Concluído el Alcázar, nada tenían que hacer allí.

Era para ellos un sitio demasiado público para armar una farra á toda orquesta y se fueron á buscar otro más conveniente.

El ingeniero Caporale que conocía todos los recovecos de la ciudad, se declaró tambor mayor y rompió la marcha, siendo aquello para Lanza una nueva revelación, pues se trataba nada ménos que de una cena en compañía de damas alegres y pernoctantes.

—Se entiende que yo pago, ratificó Lanza antes de entrar al hotel donde Caporale los llevaba.

—No hay que hacer, dijo este, lo convenido es convenido.

Ya que el amigo se empeña en pagar, no hemos de reñir por eso, ya pagaremos nosotros otra noche.

Aquella noche fué famosa en los recuerdos de Carlo Lanza.

Caporale los había llevado á casa de una familia alegre, donde se solían armar bailes que duraban hasta la madrugada.

Se hacía traer que cenar y que beber de un fondin vecino y se pasaban así las noches más caladas de la tierra.

Lanza tenía que hacer impresión entre las amigas de Caporale por sus tres condiciones de jóven, buen mozo y rico, de modo que fué el héroe de la noche.

Concluído el baile y la jarana se fué él mismo al hotel del lado, donde pidió una cena abundante y más abundante vino todavía, lo que mereció verdaderas aclamaciones por parte de los maldicentes.

El capitan Caraccio se sentía rejuvenecido de veinte años y orgulloso de su protegido.

No cesaba de felicitarse del préstamo que había hecho á Lanza, en vista del talento con que este lo empleaba.

Y tan entretenidos pasaron aquella inolvidable noche, que el día los sorprendió con su luz indiscreta, destripando las últimas botellas de barbera.

Lanza hubiera querido continuar la farra, porque se encontraba allí perfectamente, pero era preciso retirarse y dejar descansar á los amigos por si acaso al otro día se les ocurría repetir la jarana.

Y unos en cuatro, otros en tres y uno ó dos en dos piés, se retiraron de aquel palacio encantado para Lanza, tomando cada cual el camino de su casa.

Caraccio dando formidables bordadas en plena calle y Lanza tan fresco como si nada hubiera bebido, se encaminaron al Hotel Marítimo.

Ahora era Lanza quien guiaba á Caraccio y lo sostenía del brazo.

Felizmente conocía el camino y no había miedo de perderse.

Lanza se apuraba para llegar cuanto ántes al Marítimo, porque en la calle empezaba ya á circular mucha gente y no quería que vieran á su compañero en aquel estado poco diplomático.

Caraccio no tenía una de aquellas trancas de no poderse llevar, ni de perder por completo la cabeza.

Era uno de aquellos peluditos que hacen dar de cuando en cuando un traspiés formidable, y turban la cabeza lo suficiente para decir un descalabro de cuando en cuando también.

Lanza tenía una cabeza de cura, había bebido aquella noche de una manera famosa, pero el vino no había logrado hacerle perder la firmeza de las piernas ni la ilación del juicio.

Le hacía una gracia profunda ver al capitan Caraccio en

aquel estado, que le hacía parecer andando sobre la cubierta de un buque navegando en marejada y no en tierra firme.

Lo que es á él, más efecto le habían hecho las invitadas que el vino.

Riendo él y bordejeando su compañero, llegaron por fin al Hotel Marítimo.

Todos los empleados del hotel estaban ya de pié, y en aquel momento precisamente, la señora Nina salía al mercado á hacer sus compras.

Así es que Caraccio no pudo ocultar el estado navegador en que volvía.

En vano quiso disimular y ponerse sério, este mismo esfuerzo lo hizo con tal gracia báquica, que arrancó una carcajada á cuantos lo veían.

La señora Nina era una mujer de buen juicio, que comprendía y disculpaba todos los accidentes de la vida, y era incapaz de enojarse porque un pensionista volviera en semejante estado.

Aquello no era más que una señal de que habían pasado alegremente la noche, y como al fin y al cabo uno no tenía la cabeza de palo, era natural que el vino bebido con exceso jugase al consumidor una mala pasada.

El estado intacto en que volvía Lanza, lo había hecho crecer poderosamente ante la consideración de la señora Nina.

Volver fresco y en el pleno dominio de sus facultades cuando el mismo capitan Caraccio venía perdido, era una prueba de juicio en aquel jóven, pues para Nina aquella no era prueba de fortaleza de cabeza, sinó de que el jóven sabía dominarse y que no había bebido más de lo que buenamente podía resistir.

Fué preciso ayudar á Caraccio á subir hasta su dormitorio, á ayudarlo en regla, porque á medida que pasaba el tiempo se había puesto cada vez más pesado.

La señora Nina no pudo contener la risa y siguió su viaje al mercado, miéntras Lanza se encargaba de ayudar á su protector y sacarlo de brazos de Baco para entregarlo en los de Morfeo.

El peludo con que había vuelto Caraccio, fué aquel día el tema de las bromas de todos sus compañeros y de la señora Nina quien le decía quee se habían trocado los papeles y que era Lanza quien lo había tenido que guiar hasta el hotel.

—¿Y qué le vamos á hacer? respondía alegremente Caraccio, este diablo tiene una cabeza de fierro, porque yo lo he visto beber más que yo mismo.

Todos hemos salido con las piernas más ó ménos flojas, ménos él, que venía más derecho que un palo mayor.

Eso vá tal vez en costumbres, porque cada uno es capitan en su elemento.

En el agua, por ejemplo, mientras que todos echan las entrañas de puro borrachos, yo estare más fresco que una lechuga.

En el vino ya es otra cosa; confieso que este es más capitan que yo y que muchos otros á quienes yo tenía por comandantes.

Es lo mismo, el hecho es que nos hemos divertido como unos condenados.

Caraccio estaba más jovial que nunca, las bromas de sus amigos y de la señora Nina no lograban hacerlo enojar ni disminuir su buen humor, aunque le dijeran que era una vergüenza que un hombre viejo anduviera en aquellas aventuras, sólo perdonables en la juventud.

—Eso sí que no, respondía Caraccio riendo siempre; yo podré tener medio siglo, un siglo, siglo y medio si se quiere, pero yo no soy viejo.

No soy viejo, sacramento, aunque tenga el pelo más blanco que las velas de mi barco y la cara más arrugada que una pasa de higo.

No es en los años sinó en el buen humor que se envejece y el mio todavia está en los veinte y cinco.

Si yo fuera viejo, no habría podido levantarme de la cama, ni podría salir esta noche; ya ven pues que esta broma viene muy mal hoy.

El volver á salir aquella noche fué un nuevo motivo para que volvieran á dar bromas á Caraccio.

Pero estas no hicieron en el capitan más efecto que las anteriores.

—Es que si sigue usted así, decía Nina, me vá á echar á perder á este jóven, cuyo juicio debía servirle de ejemplo.

Me parece que voy á tener que quitárselo de su protección y más bien recomendar á él que me lo cuide á usted y no me lo deje hacer locuras como la de anoche.

—No hay cuidado, que ése es más maestro que yo, respondía Caraccio; es mucho más maestro que yo; lo que hay es que tiene una cabeza asombrosamente fuerte; es un bebedor que no hay pero que ponerle.

A pesar de las bromas de todos y de las prevenciones de la señora Nina, los dos compañeros de parranda volvieron á salir aquella tarde.

—Con una advertencia, dijo entónces la señora Nina, viendo

que no le hacían caso, y es que si vuelven como hoy á la madrugada no los dejo juntarse más.

—No tenga cuidado, señora, le dijo Lanza, lo de anoche ha sido casual; yo me encargo de que volvamos temprano.

El sueño es muy buen consejero, y hoy hemos dormido bastante mal para que andemos mucho de pié esta noche.

—Confío en el juicio de usted solamente, dijo Nina, porque lo que es á este gran calavera no le tengo ya ni un átomo de fé; ha perdido el juicio, y está como un muchacho principiante.

Caraccio y Lanza salieron del Marítimo riendo alegremente.

—Pero ¿no se ha figurado la patrona que puede manejarnos como á hijos ó cosa suya? dijo el capitan á Lanza; sería curioso vernos á esta edad con una gobernadora.

—Es preciso disculpar y disimular estas cosas, por el móvil que las dicta, decía Lanza, temiendo que Caraccio fuese á tomar adversión á Nina.

Ella dice todo eso porque se conoce que tiene por usted mucha estimación y cariño.

Yo estoy muy agradecido á sus bondades y creo que difícilmente se encontrará una mujer más buena que esta.

Y hablando risueñamente llegaron á la Cruz de Malta, estando los amigos ya en los postres de la comida.

La conducta de Lanza en la noche anterior había hecho crecer la estimación que todos le tenían.

Un jóven que bebía de aquella manera formidable sin emborracharse y que cuando le tocaba pagar lo hacía de una manera tan generosa y larga, no podía merecerles sinó la mayor consideración posible.

Era un compañero digno de aquellos grandes calaveras, jubilados ya en la vida alegre.

Caraccio y Lanza se pusieron á comer con gran apetito, porque aquel día no habían almorzado y los comentarios de la noche anterior empezaron á hacerse en un tono de envidiable alegría.

Lanza estaba ya tan aclimatado entre sus nuevos amigos, que parecía el más viejo en compañerismo de todos ellos.

Aquella noche estuvièron también de Alcázar, pero no se repitió la parranda de la noche anterior, y Lanza calculadamente no quiso decir la menor palabra para que no fueran á pensar que aquellas cosas lo tomaban de nuevo.

Tenía muchas ganas de haber vuelto á la casa de las amigas de Caporal, pero aquello no hubiera sido diplomático: lo hubieran tomado por un novatón en aquella vida y esto no le convenía

Así es que terminado el Alcázar tomaron la última copa de

la noche, retirándose cada cual á su casa á horas irreprochables, puesto que apénas era la media noche.

Todos estaban ya recogidos en el hotel, cuando Lanza y Caraccio llegaron; pero Nina, que supo por el portero á qué hora habían vuelto, quedó encantada de la buena comportación de Lanza.

—Estoy segura que ha sido él quien ha querido venir, dijo al otro día á Caraccio, porque usted, mientras más se vá entrando en años, vá perdiendo más el juicio; lo que hizo reir como siempre al capitan Caraccio.

JABON EN EL PISO.

Aquel dinero que le facilitara Caraccio, no podía haber sido para él de mayor utilidad.

Con él no sólo se había podido mantener lucidamente en su posición de grandeza, sinó que había podido comprarse un poco de ropa blanca y perfumes que tanta falta le hacían.

¿Qué diablos podía hacer con las dos mudas de ropa que había traido de Montevideo?

Ya había empezado á tomar un aspecto de dejadez poco agradable.

Empilchado de nuevo y perfumado, había vuelto á su aspecto gentil y paquetón.

Pero al paso que iba, aquel dinero no podía durarle mucho, puesto que no tenía como reponerlo.

Sin embargo allí estaba Caraccio que no lo dejaría en ningún mal paso.

Pero es que Caraccio al fin y al cabo tendría que irse, y de todos modos aquello no podía ser eterno: tarde ó temprano tendría que concluir.

Y esto lo consideraba Lanza tan inevitable, que ya iba habituando su espíritu á este final, más ó ménos cercano.

Apénas había transcurrido un mes de su llegada á Buenos Aires, cuando Caraccio anunció su partida.

Su buque estaba ya cargado y no podía demorarse más sin sufrir sérios perjuicios.

—Me voy, dijo, y declaro que nunca me ha costado más que ahora separarme de este pedazo de tierra donde tanto me he divertido.

Aquella noticia hizo á Lanza un efecto de todos los diablos.

¿Qué sería de él sin aquel hombre que tanto lo había protegido?

CARLO LANZA.

Usted ha tenido dinero, mucho dinero, y en vez de pagarme á mí, ... ha preferido tirarlo en el juego ó dejárselo comer con los borrachones con quienes se junta.

¿Cómo hacer frente á su situación desesperante?

Todavía le quedaba la señora Nina, pero ésta al fin se cansaría, exigiría el pago de su cuenta, viendo que el dinero nunca llegaba y quedaría él en medio de la calle, esto si no iba á la Policía.

Hasta entónces todo iba bien, pues en uno ni en dos meses era explicable que no recibiera cartas de Italia, pero no sería explicable que toda la vida sucediera lo mismo.

Lanza dió cartas para su familia á Caraccio, quien se comprometió á hacerlas llegar á su destino.

El no podría entregarlas personalmente, porque no podría pasar hasta Biella, pero tenía con quien remitirlas de manera que llegaran con seguridad á su destino.

En aquellas cartas Lanza se limitaba á dar noticias de su salud y asegurar que estaba en camino de hacer fortuna.

Pero á Caraccio le encarecía su entrega manifestándole que en ellas recomendaba la mayor premura en los giros, porque estaba sin recursos.

—Bueno le dijo Caraccio antes de irse, yo en viaje para nada necesito dinero, miéntras que usted se queda en Buenos Aires sin dinero, y esto no es posible aquí.

Hágame el servicio de quedarse con estos diez mil pesos, que para nada necesito, y que á usted vendrán como llovidos del cielo.

Me hago de cuenta que los dejo depositados en un banco y así en eso ménos tendré que pensar á mi vuelta, puesto que de aquí á entónces ya usted estará en otras condiciones.

Lanza hizo el aparato de no quererlos aceptar diciéndole que demasiado le debía ya, pero Caraccio tenía un modo de ofrecer que no dejaba lugar á negativa alguna.

—Si yo me perjudicara en algo al dejarle el dinero, decía, santo y bueno.

Pero, como tenerlos aquí en su poder ó en mi camarote viene á ser lo mismo, déjese de tonteras y quédese con ellos.

— Y si cuando usted vuelva me he muerto yo, decía sonriendo Lanza, ¿quién le devolverá su dinero?

—Harto sentimiento tendría con el suceso para pensar en esos pocos francos.

Eso mismo debe resolverlo á aceptar mi dinero.

Puede usted enfermarse, puede sucederle cualquier desgracia, y sin dinero su situación sería desesperante.

Vamos, tome el dinero, porque si no, de todos modos se lo dejaré á Nina ó á algún otro para que se lo entregue cuando yo me vaya.

—A usted no se le puede decir que no, exclamó Lanza abrazando á su amigo y tomando el dinero lleno de emoción.

Usted ha sido mi providencia en América, capitan, mi verdadera providencia, pues sin su amparo, sabe Dios lo que habría sido de mí.

—Dejémonos de paradas, si el dinero no sirviera para hacer gozar también al espíritu, bien podría irse al diablo, y yo demasiado pago estoy con el placer que experimento de haber podido servirlo; lo que siento es no tener cien mil francos en vez de la porquería que le he dejado.

La víspera de la partida de Caraccio tuvo lugar una verdadera fiesta en el Marítimo, á la que asistieron todos los capitanes de buque amigos de Caraccio y aquellos grandes traviesos de la Maledicenza, que entre brindis y brindis le desearon toda suerte de calamidades.

Caraccio estaba en el colmo de la alegría y de la íntima satisfacción.

Rodeado de sus buenos amigos y de botellas llenas, el viejo marino aseguraba que no podía haber en la vida satisfacción mayor.

Y á todos les recomendó que atendieran á Carlo Lanza en todo lo que pudiera necesitar, pues era un jóven acreedor á toda fineza y á todo género de atenciones.

La comida duró hasta las diez de la noche, hora en que se levantaron todos, dispuestos á seguir la parranda en otra parte, pues la fiesta no podía terminar hasta el momento del embarco, que era la madrugada siguiente.

Todos, ménos Lanza, salieron del Marítimo algo envinados, por lo que la señora Nina recomendó al jóven que no dejara beber mucho á Caraccio, pues se iba á embarcar y no era prudente que andara con la cabeza pesada.

Pero esta recomendación estaba de más con un hombre de tal carácter.

El capitan Caraccio tenía una voluntad á prueba de toda tentación, y ya al salir del Marítimo les había dicho:

—Siento mucho no poderlos acompañar como yo quisiera, pues mañana necesito tener el pleno dominio de la cabeza, lo que me impedirá beber á mi antojo.

Si yo llegase borracho á bordo, no habría medio de hacerme á la vela, y aquellos sacramentos de marineros, antes de salir, serían capaces de hacer cualquier descalabro que me costara más caro de lo que pueda imaginarse.

En tierra todo anda bien, pero una vez á bordo todo cambia

ya; es preciso ser el capitan y tener el pleno comando del buque y de la canalla que lo tripula.

A pesar de esta declaración, todos se divirtieron enormemente.

Caporale mandaba la parada desde que salieron del Marítimo y no había más que decir para que la farra fuera tal y en toda regla.

Los había llevado á casa de sus amigas donde se armó la cena, ó mejor dicho el beberaje, pues ellos habían comido de tal manera, que no les cabía ni un bocado más.

Caraccio, haciendo el lujo de fuerza de voluntad cuando le pareció que había bebido bastante, declaró que cerraba registro porque tenía su carga completa, y no hubo forma ni ruego que le hiciera beber un trago más.

Sólo á la madrugada y cuando se levantaron para irse, tomó una copa de viejo barbera y se la echó al buche de un trago, á la salud de aquellos buenos amigos.

No había ya tiempo que perder: Caraccio ya pertenecía á su barco, donde se estarían haciendo los preparativos de la partida y apénas tenían el necesario para trasladarse á bordo.

Sólo Lanza y dos amigos más pudieron seguirlo acompañando, y estos dos no muy firmes.

Los demás habían agarrado un peludo que no los dejaba mover de su asiento.

¡Habían bebido como tinaja!

Fueron al Marítimo á buscar el equipaje de Caraccio, y allí la señora Nina dió muestras de buena alegría, cuando vió el estado sereno en que regresaban el capitan y Lanza.

—Los demás han naufragado, le dijo alegremente el capitan: las borrascas no son para todos y no se corren así no más.

En fin, el mal momento ha llegado y no hay más remedio que resignarse.

Es el viaje que hago con más pesar; no sé qué diablos tengo, que hubiera preferido quedarme en Buenos Aires un tiempo más.

En fin, fuera tristeza que la vuelta no ha de tardar; en cuatro ó cinco meses más, me vuelven á tener por acá.

Despedido de todos y habiendo hecho cargar su equipaje, ya Caraccio nada tenía que hacer en tierra y al fin se dirigió á bordo, acompañado por Lanza.

Este quiso acompañarlo hasta su barco mismo, pero Caraccio no se lo permitió, despidiéndose en la punta del muelle.

Carlo Lanza se estuvo parado en la punta del muelle hasta que el botecito que llevaba á Caraccio se le perdió de vista, confundido en el enjambre de embarcaciones que había en el rio.

Estaba allí triste é inmóvil, pensando que la partida de aquel hombre iba á precipitar el desenlace de su situación, que no podía sostenerse mucho tiempo más.

¡Demasiado la había sostenido todo aquel tiempo!

Así regresó tristemente al Marítimo, pensando una vez más en el nebuloso porvenir que lo esperaba.

Y se recogió después de dar un minucioso balance en el dinero que poseía.

No tenía más que once mil pesos, ni esperanzas de poder tener un centavo más.

Era preciso hacer durar aquel dinero todo el tiempo posible para retardar el descalabro que le vendría encima á pasos de gigante.

¿Qué diablos podría hacer él para ganarse la vida en Buenos Aires?

Y no era esto sólo lo desesperante, sinó que cualquier empleo que tomase, lo haría descender en la posición que el mismo se había adjudicado.

Y adiós entónces esperanzas de grandes negocios y de rápida fortuna.

Sus propios pensamientos lo acobardaron y se durmió agitadamente.

Montevideo, donde podía haberse empleado ó trabajado humildemente hasta conseguir algunos medios de vida, era país muerto para él, porque no podía ir allí sin jugar hasta su libertad personal.

Lanza durmió hasta el otro día, en que fué la señora Nina á recordarlo y darle el pésame por la partida de su compañero.

Felizmente ya puedo manejarme sólo por la ciudad, dijo el jóven, y cuento ya con algunas relaciones que él me ha dejado, y que en lo futuro me serán de alguna utilidad.

Desde que se fué Caraccio, Lanza cambió por completo su sistema de vida.

Con aquel, siempre tenía que andar disimulando y privándose de muchas cosas para no mostrarse ante su protector como una persona disipada.

No hubiera sido prudente entregarse á cierto género de calaveradas, no teniendo para gastar más dinero que el facilitado por Caraccio.

Cuando ménos, aquel se hubiera acobardado y habría cerrado su bolsillo.

Ahora podía entregarse sin restricción de ninguna especie á su vida disipada, y disfrutar el dinero que le quedaba, del mejor modo posible.

Siquiera en su caida le quedaría el recuerdo de los goces que había disfrutado.

Pagando él unas veces y dejando pagar otras á los amigos, con los que Caraccio le había presentado, tenía de sobra para divertirse y exprimir á la vida de Buenos Aires todo el jugo que le pudiera sacar.

La señora Nina empezó á notar el cambio que se operaba en la vida de su jóven pensionista, alarmándose por las malas consecuencias que aquello podía tener para el jóven.

Todas las noches se retiraba muy tarde, cuando se retiraba, pues lo general para él era venir á la madrugada.

Esto no podía ser sinó efecto de malas juntas y había que prevenirlo para que no fuera á sufrir algún fracaso.

—Usted está cambiando en sus costumbres, le dijo, y yo quiero cumplir con un deber haciéndole una prevención.

Tal vez usted diga que no tengo que meterme en sus cosas, pero yo habré cumplido con un deber de conciencia.

Yo no pretendo imponerle que lleve una vida más arreglada. ni que deje de ir á tal parte para ir á aquella, pues usted tiene bastante juicio para comprender lo que le conviene.

Lo que yo quiero decirle es que es preciso tener mucho cuidado con la gente con quien se hace amistad, porque aquí hay muchos explotadores, muchos haraganes malos que pueden hacerlo caer en algún mal paso.

No se fie de cuanta persona se le acerque y mirese mucho en las personas con quienes se junte.

Lanza trató de tranquilizar á la señora Nina, dándole una explicación que la satisfaciera.

No le convenía que aquella mujer lo tomara entre ojos ni tuviera con él el menor motivo de resentimiento.

Así es que se apresuró á decirle:

—Yo le agradezco mucho su fina atención, señora Nina, atención que me demuestra el bondadoso interés que le inspiro, y la encuentro muy razonada.

Pero debo prevenirle que la gente con que yo me junto es gente buena, que me ha sido presentada por el capitan Caraccio, que hubiera sido incapaz de ponerme en relación con mala gente.

Ya lo creo, en los amigos que le haya presentado Caraccio, puede tener ciega confianza.

Pero estos le presentarán otros y estos otros á otros y ya no es lo mismo porque sabe Dios entre qué clase de perdidos andará á horas avanzadas de la noche.

A altas horas de la noche no anda sinó la gente que no

trabaja de día y semejantes amigos no pueden convenir á un jóven como usted, porqué el sólo hecho de andar con ellos lo desacreditará ante las personas que lo vean y no lo conozcan.

—Tiene usted mucha razón, señora Nina, dijo Lanza, resolviéndose á estar de acuerdo con su patrona por la cuenta que le tenía, tiene usted mucha razón y poco á poco me voy á ir alejando de ellos.

Sucede que tratando de serme agradable, me invitan á ir á una parte ó á otra y como no tengo un buen motivo para escusarme, muchas veces acepto, ó mejor dicho siempre acepto, y ahí tiene usted como en conversación y en jarana, se me pasa la noche.

—Pues precisamente es en las partes donde se vá que hay que tener más cuidado.

—Tiene usted siempre razón, concluyó Lanza, voy á empezar á retraerme con diferentes pretextos.

Esta vida así no me conviene bajo ningún punto de vista y es preciso cambiarla.

De esta manera Lanza quedó bien con su patrona, destruyendo la alarma que esta empezaba á tener.

Pero aquellas eran promesas que no había de cumplir.

Ya se había enviciado en aquella vida desordenada, además que en algo había de distraerse quien como él no tenía nada que hacer.

¿Cómo iba á someterse así á la voluntad de la señora Nina y vivir amarrado en un hotel como un menor de edad?

Lanza supo conciliarlo todo de manera de no faltar á sus parrandas y tener contenta á la señora Nina.

Todas las noches se recogía temprano, pero apénas notaba que todos dormían en la casa, se vestía y salía sigilosamente sin que nadie lo sintiera.

Los mozos que eran los únicos que podían verlo entrar ó salir, estaban ganados á fuerza de propinas.

Una noche al fin sucedió á Lanza un descalabro con el que no había contado y que lo puso en una posición desesperante, apresurando el percance que tanto temía y dando la razón á la señora Nina de cuanto le había dicho ántes.

Existía entónces una casa de juego, al lado de la Bolsa de Comercio, sin duda para que los que interrumpían sus jugadas de día, pudieran seguirlas de noche, aunque en menor escala.

Esta casa de juego estaba establecida en el entresuelo del mismo casino que existe aún, de modo que miéntras unos cenaban y se paseaban abajo, otros arriba se pelaban y acaloraban de lo lindo.

Allí caían á desplumarse y á desplumar, todo ese enjambre de jugadores que viven para la carpeta y en la carpeta.

También concurría allí esa última camada de calaveras que hacen de noche una tanteada á la suerte, buscando en las jugadas el puchero del día siguiente.

Este es un tipo original de jugador criollo, curioso y digno de estudio.

Sin oficio y sin ambición alguna de trabajo, pasan el día durmiendo y vagando en las calles, según ellos, en busca de *conchabo*, conchabo que nunca encuentran porque la desgracia los persigue por todas partes.

Toda misión en la vida la reducen á conquistar el puchero de cada día, considerándola llenada una vez que lo han conseguido.

Y como no pueden conseguirlo de otro modo, van á las casas de juego, donde infaliblemente y tentando la suerte agena, ganan los pocos pesos que para el puchero necesitan.

Esta clase de jugadores nunca se guia por su propia suerte, convencida tal vez de que no tiene ninguna.

Se acerca á la jugada y observa atentamente lo que en ella sucede entre los jugadores.

Es del lado del que gana que se recuestan y siguen observando el juego.

Y cuando ven que la suerte está decidida por uno, le siguen en su jugada, apuntando á su mano los pocos pesos que han llevado con aquel único objeto.

Una vez que han ganado los veinte ó treinta pesos que necesitan, ponen estos á un lado, y juegan al sobrante con el mismo tino y previsión.

Si pierden este pucho, se retiran satisfechos é indiferentes, porqué su exclusivo objeto ha quedado llenado.

Si ganan, siguen las peripecías de la jugada, apuntando siempre con el que está de suerte y guardando lo que van ganando porque son estos otros tantos pucheros que tienen adelantados.

Aunque gane toda la noche y sin errar un sólo apunte, su ganancia nunca es famosa, porque sus apuntes son siempre moderados y hechos de modo que los golpes de desgracia no puedan hacer honda brecha en su capital.

Y aumenta siempre su capital á la salida, pidiendo al jugador que ha ganado mucho, un diez ó un veinte para el puchero, porque ha perdido cuanto tenía.

Este diez ó veinte que siempre consiguen, es el capital con que han de tentar la suerte al siguiente día.

El *sencillero* es otro tipo conocido de estas casas de juego, digno de algún estudio.

El sencillero es el prestamista de la desesperación, á quien acude el que ha perdido cuanto dinero llevó encima.

El sencillero no toma parte en el juego, ni en sus peripecías.

Cualquiera que lo vea tendido largo á largo en una banca y entregado al más profundo sueño, al parecer, ó recostado con abandono en la mesa como quien dormita, pensaría que es un calavera desventurado, sin hogar ni cosa que se le parezca, y que atorra allí plácidamente porque está seguro que nadie ha de venir á turbárselo.

Ni la maldición ni la blasfemia del que pierde, ni el estruendo producido por un golpe de suerte imprevisto, ni el tumulto de una discusión acalorada, logran distraerlo de su posición ni de su sueño.

Un tiro de cañon disparado á su oido, no haría mayor efecto en él que el canto de un mosquito.

Parece ageno á todo, un hombre á quien sólo puede preocuparlo el hecho de que lo dejen dormir tranquilo.

De pronto un jugador se separa de la carpeta, lanzando una blasfemia formidable.

Las dos manos hacen presa en su propio pelo, que sacude con ademán desesperado y mira á todas partes con desesperación suprema.

De pronto sus ojos se dilatan y su semblante lívido adquiere una expresión de sonriente esperanza, que lo contrae con un gesto inimitable.

Ese es un jugador que ha perdido cuanto tenía y que vá al sencillero, como única esperanza de desquite.

Y sacudiéndolo con una mano, le muestra en la otra un puñado de alhajas.

Son los botones de brillantes de su pechera, un reloj y su cadena, y hasta su anillo de casamiento de que se ha despojado en un movimiento de desesperación.

El sencillero se despereza como quien sale recién de un profundo sueño, mira al jugador, mira las alhajas como quien no comprende lo que sucede, y al fin exclama sordamente:

—Bueno, quinientos pesos.

Esa es la cantidad que ofrece sobre los diez ó veinte mil que representan aquellas alhajas.

—Deme más, necesito más, exclama el jugador con voz sofocada.

—Bueno, seiscientos pesos, agrega el sencillero, como quien dice su última palabra.

Y viendo que el jugador vacila, se acucurra nuevamente á seguir su sueño, dando un bostezo tremendo.

El jugador mira con desesperación la carpeta, le parece que allí está su desquite y entrega por seiscientos pesos aquel capital de alhajas donde van hasta los recuerdos de su cariño.

Y se acerca á la carpeta con aquel dinero, miéntras el sencillero guarda tranquilamente aquellas alhajas, cuyo valor ha calculado ya en su justo precio.

Y vuelve á su finjido sueño, miéntras el jugador pone todo el dinero á una carta.

Si el jugador ha cambiado de suerte y gana, recupera sus alhajas, dando por ellas cuatro veces lo que recibió, porque ese es el interés que el sencillero cobra por su préstamo.

Si pierde, no le queda más remedio que salir desesperado pensando tal vez en pegarse un tiro cuando llegue á su casa, miéntras el sencillero que no lo ha perdido de vista un sólo momento, se frota las manos al verlo salir, pues ha comprado por seiscientos el valor de veinte mil.

Otras veces el sueño del sencillero es turbado por otra clase de jugador que pone á contribución sus bolsillos.

Este no viene como el de las alhajas.

Ha perdido cuanto llevaba, y otro tanto más sobre su palabra, pero esto no lo aflije en lo más mínimo.

Ni la suerte ni la desgracia puede traslucirse en aquel semblante, donde estas dos emociones han borrado toda expresión.

Este jugador dá una palmada sobre el hombro del sencillero y le dice llanamente:

—Dame mil pesos, ó dame cinco mil pesos á sencillas.

El sencillero lo mira, y esta vez no hace el aparato de desperezarse como quien sale de un sueño; está delante de un marchante que conoce todos los « golpes ».

Y saca del bolsillo el dinero que se le pide y lo entrega sin el menor inconveniente.

Y vuelve á su fingido sueño como si nada hubiera pasado.

Es que aquel jugador es un conocido, á quien se le puede abrir crédito sin limitación.

Si gana, devuelve al sencillero dos veces más de lo que recibió.

Si pierde, el sencillero sabe que al otro día, infaliblemente, tiene su dinero.

Aquel usurero espantable, que no prestaría igual suma á Anchorena, con un simple pagaré, presta al jugador, bajo su sola palabra, todo el dinero que le ha pedido, sin imaginarse siquiera, por ser cosa imposible, que pueda dejarle de pagar.

Es que aquellos jugadores de profesión tienen un modo estupendo de entender el honor.

Ellos, que ponen sobre la carpeta el porvenir y la tranquilidad de sus familias; ellos que sin inconveniente alguno son capaces de jugar entre un puñado de dinero el honor de su mujer y de sus hijas, no dejarían por nada de este mundo, de pagar una deuda de juego: por ese sólo hecho se considerarían deshonrados.

Y el sencillero tiene así más fé en la palabra de aquel mismo jugador á quien ya no queda nada que perder, que en una letra de cambio girada por la mejor firma de comercio y que no le ofrece otra ganancia que el simple interés de plaza.

Este es el sencillero, que se encuentra presente y representado por diversos tipos, en todas las casas de juego de Buenos Aires.

A esta casa de juego, reunión de jugadores y de verdaderos atorrantes de jugada, de especuladores y pescadores de puchero, había acudido Carlo Lanza, llevado por ciertos amigotes con quienes había hecho relación en la Cruz de Malta.

Le habían olido dinero y juzgándolo un inocente, lo habían llevado con la intención de desplumarlo.

Uno de estos amigotes, jugador de profesión y calavera en toda regla, pasaba ante Lanza por un hombre rico y de posición.

El jóven se había acercado á él, estrechando relación y creyendo che podía explotarlo en su buena fé como había explotado al capitan Caraccio.

Era una buena veta que no debía dejar de mano.

Junto con este y otros más, había ido Lanza al Casino de la Bolsa, asombrándose de la frescura é indiferencia con que aquel jugador perdía ó ganaba gruesas sumas.

Tentado por él, Lanza jugó una ó dos veces, pero jugó flojo, como podía hacerlo un hombre de su previsión, un hombre que no quería arriesgarse á perder demasiado.

La primera noche Lanza hizo dos ó tres jugadas desgraciadas, en las que perdió sus apuntes, felicitándose de haber sido tan prudente para apuntar sólo de á cincuenta pesos, diciendo:

—Voy á jugar para no estar de mirón y nada más, porque yo no entiendo estas cosas, y ni sé siquiera donde se coloca un apunte.

En cambio su amigo jugaba con una magnificencia espléndida.

Si ganaba recogía su dinero impasiblemente, y si perdía se limitaba á sonreir y á sacar de su cartera más dinero.

Por eso Lanza se había convencido de que su amigo debía ser muy rico, poniéndole los puntos para explotarlo en su beneficio.

La segunda noche que Lanza jugó, ganó, pero apénas lo que había perdido la noche anterior, porque aunque su amigo lo tentaba, nunca había querido hacer un apunte mayor de cien pesos.

El amigo á su vez se había figurado que Lanza era muy rico, y trataba de « amansarlo » para hacerlo su víctima á la fija.

Aquella noche su amigo ganó bastante dinero, retirándose con unos treinta mil pesos.

¿Qué emoción puede hacer esto en un jugador que sabe que, si esta noche gana cincuenta, á la siguiente puede perder quinientos?

Lanza se retiró con su amigo que lo había invitado á cenar, hallándolo tan impasible como si nada hubiera ganado.

Así siguieron asistiendo al Casino de la Bolsa, jugando siempre su amigo, que ganaba unas noches para perder otras.

Una noche, y esta fué la del fracaso de Lanza, su amigo le dijo que aquella noche iba dispuesto á alzarse con todo el dinero de la jugada.

—Siento que estoy de una suerte loca, le dijo, y pienso aprovecharla en toda regla.

Si quiere ganar dinero, no tiene más que jugar á mi mano.

—Vamos á ver si su presentimiento es exacto, respondió Lanza, porqué en estas cosas de presentimientos uno se equivoca siempre de la manera más famosa.

—¡Oh! ¡yo no me equivoco nunca! podré perder al principio, pero después gano y gano hasta que me canso.

No hay sinó tener constancia y no dejarse acobardar por lo que se pierda.

Ya me ha sucedido una noche; había venido con la misma inspiración y traía como cincuenta mil pesos.

Diez jugadas después había perdido hasta el último centavo.

Jugué sobre mi palabra y perdí también.

Iba ya á retirarme, cuando un amigo me alcanzó cinco mil pesos, diciéndome:

—Ha perdido tanto que al fin tiene que empezar á ganar.

Tomé el dinero y lo jugué de un golpe, con la intención de retirarme en seguida si lo perdía.

Había jugado á la peor carta, una sota contra un rey, y ya confieso que había perdido toda esperanza de desquite, no ya de ganancia.

Y salió la sota, quebrando aquella corriente de adversidad que me había azotado toda la noche.

Diez y siete veces salió la sota contra diversas cartas: diez y siete veces apunté duro á la sota, y las diez y siete veces gané.

Los jugadores estaban asombrados, pues nunca habían visto ganar tan seguido, y muchos se habían puesto las botas jugando á mi carta.

El tallador estaba desesperado y sólo se mantenía en la banca porque como yo jugaba tan grueso, tenía esperanzas de desquitarse en un sólo golpe.

En la jugada número diez y ocho, volvió á salir la sota, pero esta vez contra un rey, como en la jugada primera.

No sé que ráfaga me sopló y puse al rey un puñado de billetes, calculando que era la mitad de lo que tenía.

Aquello se llamaba quebrar la suerte; la sota no podía ganar toda la noche y alguna vez había de perder.

Era cuestión de adivinar el momento y nada más.

Había tal emoción entre los jugadores, que todos suspendieron el apunte no atreviéndose á seguirme en aquella deslealtad contra la sota, pero sin animarse á apuntar contra mi suerte.

El tallador corrió las cartas y no tardó en aparecer el rey.

Era el décimo octavo apunte que ganaba sin haber perdido uno sólo.

El banquero concluyó por declararse vencido y no tuve ya quien me hiciera frente.

Mi inspiración había sido buena y mi presentimiento exacto.

Entregué veinte mil pesos al amigo que me prestó los cinco con que me rehice, y cuando llegué á casa y conté el dinero, me encontré con que no sólo me había desquitado de lo perdido, sinó que estaba ganando sesenta mil pesos.

Desde entónces nunca he dudado un momento cuando me he sentido con el mismo presentimiento.

He persistido en el juego aún teniendo que recurrir al sencillero, y siempre me ha ido bien.

Carlo Lanza escuchaba maravillado á su amigo, envidiando su suerte y su decisión.

Aquello no había sido sinó un tejido de embustes hecho con el único objeto de preparar el terreno de una estafa en grande escala.

Pensaba que Lanza era rico, muy rico, y quería darle un golpe en regla.

—Si la suerte lo empieza á ayudar como en la famosa jugada de la sota, pensaba Lanza, juego cuanto tengo, no hay remedio.

Puede ser que la suerte me proteja y salga así de un golpe é impensadamente de mi situación crítica.

Ambos se dirigieron al Casino y cuando las jugadas empezaron á tomar cuerpo, el amigo de Lanza se acercó á la carpeta y empezó á jugar con la misma esplendidez de siempre.

Pero empezó también á perder con una insistencia aterradora.

Lanza, pálido y conmovido, estaba al lado de su amigo, siguiendo todas las peripecías del juego y asombrándose de la frialdad con que este jugaba á pesar de lo que perdía.

—Me gusta así, me gusta mucho más así, exclamaba el amigo á su oido á cada nuevo golpe de desgracia: como en la jugada de las sotas.

Si hubiera empezado ganando no estaría tan contento.

Lo único que temo es que á lo mejor me falte el dinero y nada más, por eso estoy jugando con cierto método.

Efectivamente, no apuntaba en todas las jugadas.

Siempre dejaba pasar algunas jugadas, y cuando le gustaban las cartas salidas apuntaba, y apuntaba fuerte.

Pero perdía siempre; aquella noche en vez de estar de suerte estaba de una desgracia insuperable.

Muchos jugadores estaban especulando con su desgracia y jugaban á favor de la banca, ganando siempre.

Era tan constante su adversidad, que Lanza mismo estuvo tentado muchas veces de jugar en su contra, no haciéndolo porque no quiso desagradar á su amigo.

La desgracia de este siguió así constantemente hasta que se separó de la carpeta en completo estado de fundición.

Había perdido todo su dinero, y no le quedaba ni un medio más.

—Voy á aventar un poco esta mala suerte, dijo, y pidió al mozo dos copas de rom, invitando á Lanza á que lo acompañara.

—Poca suerte, poca suerte, le dijo Lanza, parece que esta noche anda en la mala.

—Lo mismo que en la jugada de las sotas; esto para mí es andar con suerte; ya verá como me compongo y gano ahora hasta que me aburra.

Lo que siento será tener que ir á casa á buscar más dinero.

Voy á esperar que venga una persona que pueda prestarme con comodidad.

Si usted por casualidad trajera dinero, podía hacerme ese pequeño servicio.

¿Cómo negarse á ese pedido, tratándose de una persona como aquella, que siempre andaba con gruesas sumas de dinero que perdía ó ganaba con la mayor indiferencia?

Aquello para Lanza era como una bolada, porqué recordaba

que en la jugada de las sotas, aquella famosa jugada de que tanto hablaba su compañero, al que le había prestado cinco le devolvió veinte.

Si perdía, su dinero estaba seguro y le sería devuelto el día siguiente.

Nada perdía entónces con prestárselo y tal vez ganara mucho.

Lanza se echó rápidamente estas cuentas y sin la menor vacilación repuso:

—Yo traigo dinero, pero es poca cosa para usted, porqué apénas le alcanzará para un par de jugadas.

—Con una me basta, la suerte es cuestión de una sola jugada, que no quiero hacer sobre mi palabra, sinó en un último caso.

Présteme entónces todo lo que tenga, que tal vez en un momento logremos desquitarnos del todo.

Lanza andaba siempre con todo su dinero sobre sí, porqué así lo tenía más seguro que en ninguna otra parte.

Sacó su cartera del bolsillo del pecho, y sin inconveniente de ningún género, entregó á su amigo ocho mil pesos, no quedándose sinó con el pico de seiscientos y tantos.

Su amigo se acercó á la carpeta y Lanza lo siguió lleno de una emoción extraña, pues en la suerte de su amigo iba la suya propia.

El jugador estuvo mirando un momento las alternativas del juego, hasta que se decidió y puso cinco mil pesos sobre un siete.

Y ganó, mirando á Lanza de reojo como si quisiera decirle: ¡ya ves que yo tenía razón!

Dejó pasar dos jugadas, y volvió á poner los diez mil pesos sobre otro siete que apareció en la tercera.

Y volvió á ganar, recogiendo su dinero con la misma indiferencia que lo había perdido momentos ántes.

Lanza pasaba por una angustia suprema y desconocida para él. Tenía deseos de pedir á su amigo la devolución del dinero, pero no se atrevía, aunque el jugador lo había doblado ya.

Hubiera sido un rasgo de desconfianza, una ofensa que le hubiera inferido, además de que estaba seguro de que se lo devolvería doblado.

Su amigo espió todavía algunas jugadas, y puso en seguida un montón de billetes sobre otra carta, que volvió á ganar.

Contados aquellos billetes para ser pagados, resultáron ser doce mil pesos.

—Es una locura seguir, dijo Lanza, puede dársele vuelta la suerte otra vez y perderlo todo.

—¡Qué esperanzas! ¡estoy en la buena veta, ahora tengo que ganar hasta que los deje á todos sin un medio!

Lanza, absorto en el juego y dominado por la emoción, no había notado una operación del jugador afortunado.

A medida que ganaba y con todo disimulo, iba echándose al bolsillo los billetes más gruesos.

Un nuevo siete salió sobre la carpeta, y el jugador, ávido de ganancia y para aprovechar la buena suerte, puso en esa carta un puñado de billetes, mayor que el que le quedaba delante.

Y perdió, haciendo experimentar á Lanza un estremecimiento en todo su cuerpo.

Aquellas emociones eran fuertísimas para Lanza, que se sentía con fiebre y con dolor de cabeza.

La suerte se ha dado vuelta, murmuró á su oido y fingiendo una gran indiferencia; mire que una buena retirada es equivalente á una victoria.

—¡Qué esperanzas! respondió su amigo; estoy sobre la veta y esto no vale nada.

Y volvió á jugar con más fé que nunca, y volvió á perder también una suma que hizo disminuir de una manera notable el montón de billetes que tenía por delante.

—¡Todavía es tiempo! murmuraba á su oido, ¡todavía es tiempo!

—Ahora no vale la pena, ó lo pierdo todo ó me rehago, ¡qué diablos! esta mala veta no puede durar mucho.

Lanza estaba tembloroso y lívido, cualquiera que lo hubiese visto habría dicho que él era el jugador, y su amigo el que miraba indiferente.

Se movía á todos lados y paseaba su mirada ávida y nerviosa de la banca cargada de dinero á la baraja y de la baraja á la banca.

Le parecía mentira que su amigo después de haber tenido tanto dinero fuera á quedarse sin un medio.

Lanza tenía tentaciones de agarrar de un brazo á su amigo y levantarlo de la mesa.

Apénas se veía ya entre el dinero que tenía por delante, un sólo papel azulado de mil pesos y dos ó tres de quinientos.

El amigo esperó dos ó tres jugadas, como si espiara la segura, y puso al fin sobre una carta todo el dinero que tenía por delante.

Y de pié y con las dos manos apoyadas sobre la mesa, clavó en el naipe una mirada expresiva.

Lanza pasó entónces por el momento más amargo de aquella noche.

Se sintió enfermo y un enfríamiento raro circuló por todo su cuerpo.

Una palidez cadavérica envolvía su semblante y la agitación de su cuerpo era tal, que tuvo que retirarse porqué movía la mesa.

Aquel momento de suprema angustia, aunque á él le pareció que se prolongaba una hora larga, apénas duró medio minuto.

La carta vencedora cayó al fin sobre la mesa y el banquero estiró la mano recogiendo el dinero que estaba al lado de la carta.

El jugador había perdido hasta el último peso en aquella infame jugada.

Y se levantó frio é indiferente como la vez primera, yendo seguido de Lanza á pedir otra copa de rom.

—¡Si se hubiera levantado cuando yo le dije! murmuró Carlo ¡qué buena suma había ganado ya!

—¿Y qué diablos se pierde con esto? es cuestión de dos jugadas más y ya está.

¡Ahora verá como me compongo y dejo á todos sin ni un medio!

Lo único que siento es la incomodidad de tener que ir á casa á buscar dinero, porqué quiebro la suerte y pierdo un tiempo que es positivamente dinero.

Pero no importa: me bastan cinco minutos para alzarme con todo el dinero que hay aqui.

Espéreme unos minutos, amigo mio, y vuelvo.

Era tal la seguridad absoluta con que hablaba y la tranquilidad de que hacía gala, que Lanza se sintió más calmado.

Y se sentó á esperar á su amigo, concluyendo de tomar su copa de rom.

Para él era indudable que su amigo se compondría y ganaría todo lo perdido, proponiéndose hacerlo levantar de la mesa en cuanto le viera una buena ganancia, para que no volviera á sucederle lo mismo.

Pero el tiempo pasaba de una manera desesperante y su amigo no volvía.

Ya algunos de los jugadores más fuertes empezaban á separarse de la mesa, contando sus utilidades y retirándose en seguida, sin que el jugador volviera.

Si tardaba mucho más, ya no llegaría á tiempo de poder jugar.

Uno de aquellos jugadores que tenía costumbre de verlo allí siempre, pidió también una copa y se sentó á su lado á tomarla, y calculando que habría perdido, le preguntó cuanto.

—Yo no he jugado, respondió Lanza, acompañaba á Scotto que ha perdido cuanto tenía y se ha ido á traer más dinero: yo me he quedado á esperarlo.

—Scotto no vuelve más ya ¿qué vá á hacer á estas horas? no sabría que ya era tan tarde.

Ya los puntos empiezan á retirarse, como que son las tre y media y dentro de cinco minutos no queda nadie.

Lanza miró á la carpeta principal y vió que efectivamente los jugadores gruesos se habían ido.

No quedaban más que los picholeadores que liquidan su puchero de á cinco y de á diez pesos.

—Es extraño, dijo Lanza, hace más de una hora que el amigo se ha ido y ya podía estar de vuelta: ¡tal vez le haya sucedido algo!

—¡No crea! Scotto siempre es así, cuando pierde su último peso se vá y no vuelve más.

Es un jugador que trae lo que tiene y no se vá miéntras no le conviene.

Además que no lo ha perdido todo, porqué yo recuerdo ahora que miéntras ganaba iba apartando dinero en sus bolsillos.

—¡Si ha perdido hasta el último centavo! exclamó Lanza, ¡como que yo mismo he tenido que prestarle dinero!

Y Lanza refirió como había prestado á Scotto los ocho mil pesos con que empezó á ganar.

—Ta, ta, ta, exclamó el jugador con aire zumbon; entónces, amigo mio, no lo espere más, porqué no solamente no vuelve aquí, sinó que usted no volverá á verle la cara.

Esa es costumbre veterana en Scotto; el que le presta plata no vuelve á verlo en la vida; lo que me asombra es que usted que es su amigo y debe conocerlo, le haya aflojado los ocho mil pesos.

Lanza refirió entónces que su relación con Scotto era una relación de poco tiempo, y manifestó que le había prestado el dinero porqué lo creía un hombre rico y leal, lo que hizo soltar á su interlocutor una sonora carcajada.

—Scotto es un diablo, le dijo; lo que ha hecho á usted es lo que ha hecho ya á muchos novatones.

Se dá con ellos un poco de tiempo, los amansa, cuando les vé plata, como decimos nosotros, y una vez que les ha dado el golpe, no lo vuelven á ver en la vida.

Ahora me explico el aparte de dinero que estaba haciendo el muy bribón; cada vez que ganaba ponía en sus bolsillos los billetes más grandes.

Usted crée que lo ha perdido todo, y sin embargo yo estoy persuadido que se ha retirado ganando y ganando mucho; no tenga duda.

—Entónces, ¿quiere decir que me ha robado? ¿quiere decir que me he dejado saquear como un imbécil?

—Es un abuso de confianza como los que se ven todos los días. Yo le aconsejo que no lo espere más, porqué será inútil; Scotto no vuelve más, ni usted le vuelve á ver la cara.

Aquello fué para Lanza un golpe tremendo.

La pérdida de su dinero era para él un acontecimiento terrible que lo sumía en una situación espantosa.

El que le había hecho aquellas tremendas revelaciones se retiró con los demás y Lanza quedó allí todavía, alimentando la esperanza de verlo llegar de un momento á otro.

No podía créer que aquel jugador tan caballeresco fuera un estafador miserable, un estafador que lo había estado estudiando para robarle y dejarlo en la calle.

—Tal vez él se figure que esos ocho mil pesos no me hacen la menor falta y por eso no se ha apurado en volvérmelos, pensaba.

Todo lo que me ha dicho este hombre ha de ser mentira.

Enemistades de juego le han hecho hablar así de Scotto, para hacerle daño.

Esta gente viciosa es mala por naturaleza; mala y pequeña, pues por más que me lo juró yo no puedo créer que Scotto sea un estafador.

Y si lo fuera no lo admitirían aquí á jugar ni se darían con él.

Pero el tiempo pasaba; ya todos se habían retirado del Casino y su amigo no había vuelto.

No había ya la menor duda; ó á su amigo le había sucedido algo, ó era realmente un estafador que, una vez cometido el robo, huía de la víctima.

Aquel detalle sobre el dinero que había ido apartando miéntras jugaba, tenía que ser una solemne mentira.

¿Cómo no lo había de haber visto él que había estado á su lado toda la noche?

Lanza decidió no créer nada por el momento y esperar hasta la noche en que vería á Scotto y sabría á qué atenerse.

Era preciso retirarse de allí, porqué ya había amanecido y no quedaban más que los mozos de día, que acababan de reemplazar á los de la noche.

Lanza se retiró del Casino, pálido y desencajado por todas las emociones que había experimentado aquella noche, y que lo habían fatigado como el más rudo ejercicio.

—¿Hemos andado de jarana? le preguntó la señora Nina al verlo entrar á aquella hora y con aquel semblante.

—Lo hubiera preferido, respondió Lanza, que ahora más que nunca iba á necesitar del amparo de la señora Nina.

Hemos estado cuidando á un pobre amigo que se ha enfermado y que estaba en un sério peligro.

Por la mañana hemos sido relevados por los que han de acompañarlo todo el día; esta ha sido la jarana de anoche.

Nina tragó inocentemente la mentira y mandó al jóven una taza de café con leche para que se repusiera de la mala noche.

A pesar de su cansancio, Lanza no podía conciliar el sueño.

¿Cómo iba á poder dormir cuando estaba amenazado de un cataclismo formidable?

¿Qué sería de él cuando no tenía más dinero que aquellos seiscientos pesos con que se había quedado, porqué á Scotto no le dió la gana de pedírselos?

En fin, no faltaba ya mucho para salir de dudas, pues era imposible que aquella noche no lo viera.

Lanza no sabía donde vivía Scotto, pero esto poco importaba, porqué no faltaría quien se lo dijera en la Cruz de Malta.

Todo aquel día lo pasó Lanza en la mayor angustia.

Por momentos se quedaba dormitando, pero en seguida se despertaba y se sentaba en la cama lleno de agitación; se sentía con fiebre y hasta tuvo miedo de caer enfermo.

Nunca se había visto tan impresionado.

Cuando fuéron á llamarlo para almorzar, creyendo que dormiría, dijo que no almorzaba porqué no se sentía bien, pero que lo recordaran á la hora de comer.

La señora Nina se sentía de algunos días atras algo preocupada respecto á su jóven huésped.

A ella le constaba mejor que á nadie que Lanza no tenía dinero ni de donde sacarlo.

Y sin embargo sabía que gastaba porqué le veía comprar ropas y perfumes, y sabía que daba á los mozos del hotel fuertes propinas.

¿Habría encontrado quien le prestara dinero? y si tenía para aquellas superfluidades, ¿cómo no le pagaba á ella, con quien tenía tan sérios deberes?

¿Jugaría acaso Lanza y la procedencia de su dinero sería acaso de las carpetas?

Nina se propuso observar más atentamente al jóven y guardó silencio sobre sus sospechas.

Fuera del juego ó de otra parte, si tenía dinero era justo que le pagara á ella ántes que nada, puesto que ya llevaba tres meses de pensión sin haber soltado un cobre, siendo aquel el primero deber que tenía que atender.

A la hora de comer se levantó Lanza y bajó al comedor.

Espíritu fuerte en medio de todo, se había repuesto ya de todas sus fatigas, al extremo que nadie hubiera conocido en su semblante las tremendas impresiones porque había pasado.

Después de comer se vistió con el esmero de costumbre y se dirigió á la Cruz de Malta.

Al volverse á poner sobre la pista de Scotto, al acercarse el momento en que había de aclarar todas sus dudas, la agitación de la noche anterior volvía á apoderarse de su espíritu.

Por fin iba á saber á que atenerse.

En la Cruz de Malta, como siempre, halló reunidos á sus concurrentes habituales, pero allí no estaba Scotto.

Lanza disimuló admirablemente su angustia y estuvo conversando de cosas alegres é indiferentes.

Preguntó por Scotto, pero incidentalmente, como si no tuviera mayor interés en verlo.

—No ha de tardar en caer, le dijeron, y ante esta seguridad Lanza se sintió más tranquilo.

Era para él indudable que aquella noche su amigo le traería los ocho mil pesos.

Pero le sucedió como la noche anterior en el Casino.

Estuvo esperando hasta que se retiró el último de los concurrentes sin que Scotto hubiera aparecido.

Lanza, como la noche anterior, empezó á sentirse ganado por una agitación suprema.

Pero disimuló todavía, se disimuló á sí mismo cuanto le fué posible, porqué tenía miedo de dejarse ganar por el desconsuelo.

Y se fué al Alcázar para lograr distraerse un poco y en la esperanza de hallar allí á su amigo.

Pero nada; allí no estaba Scotto y la función le fastidiaba de una manera invencible.

—Todo es cuestión de paciencia, pensó, y con agitarme nada gano.

El ha de estar en el Casino, calculando que allí ha de verme.

¡Cómo se ha de figurar que yo desconfie de una manera tan bárbara? él no me ha dado el menor motivo para ello y entónces no lo puede pensar.

Lanza, después de la función del Alcázar estuvo haciendo tiempo y sólo á la una de la mañana se dirigió al Casino, en la esperanza de llegar mucho después que su amigo y disimular su desconfianza.

Cuando llegó al Casino, estaban en lo más entretenido de la jugada y pudo acercarse á la carpeta general donde solía jugar Scotto, sin que nadie lo notara.

Y recorrió los jugadores con mirada ávida, pero entre ellos no estaba su amigo.

Preguntó al mozo que los servía habitualmente, pero este contestó que no había ido todavía.

El jóven empezó recién á perder toda esperanza de recuperar su dinero.

Es claro que no habiendo ido ya, Scotto no iría en el resto de la noche, porqué lo fuerte de la jugada era desde la una hasta las tres de la mañana.

Entre los jugadores estaba el que la noche anterior le había dado aquellos terribles informes de su amigo, pero este, absorto en el juego no lo había visto.

Lanza pidió una copa de rom y se sentó á esperar á su amigo, pero presa del mayor desaliento.

Y pasó aquella noche como la anterior, sin que Scotto hubiera vuelto.

No podía dudar ya ni un momento de que había sido víctima de una estafa consumada con la mayor habilidad.

Una vez concluida la jugada, se le acercó el jugador de la noche anterior, sonriendo y acompañado de dos jugadores más.

—¡He! le dijo amigablemente apénas lo vió, ¿no ha tenido noticias de ese hombre?

—No, contestó Lanza disimulando su agitación.

He venido á buscarlo, por lo que calculo, como le dije anoche, que algo le había sucedido.

El interlocutor de Lanza soltó una gran carcajada y volviéndose á los que con él estaban les dijo:

—El señor ha cometido la inocentada de prestar anoche á Scotto ocho mil pesos y lo anda buscando para que se los devuelva.

Los que oyéron esto, como movidos por una misma cosquilla, soltáron una carcajada y miráron á Lanza como una cosa curiosa.

—Scotto, dijo uno de ellos, no lo vuelve á ver usted en su vida; y aunque lo vea á él, lo que es á sus ocho mil pesos, no alimente esperanzas; son sus tiros habituales.

¿Cómo dudar ya, si aquellas palabras estaban plenamente confirmadas por la conducta de su amigo?

¿Y dónde vive? preguntó Lanza ya dejándose ganar por la desesperación.

—Ese es un problema indescifrable, le dijéron, porqué nadie le ha conocido jamás su domicilio.

Siga nuestro consejo y no se preocupe más de su dinero si quiere vivir tranquilo; haga de cuenta que lo ha puesto á una mala carta y nada más.

—No son los ocho mil pesos lo que me mortifica, exclamó entónces Lanza, tratando como siempre de disimular su necesidad de dinero.

Es esta una suma que no vale la pena de mortificarme.

Lo que á mí me irrita hasta la desesperación es que ese hombre me haya hecho pasar la plaza de un imbécil.

Si yo llego á agarrarlo entre mis manos puedo asegurar á ustedes que lo hago ocho mil pedazos.

Lanza se hallaba presa de profunda irritación.

Estaba convencido que no vería más su dinero, y no podía conformarse con haber caido tan buenamente en la trampa que se le había tendido.

—Pero ¿quién lo manda prestar dinero á una persona que no conoce bien, que no sabe cuáles son sus antecedentes?

—Lo veía jugar aquí noche á noche, y perder ó ganar el dinero con una indiferencia tan suprema, que jamás hubiera creido habérmelas con un estafador.

El ha jugado aquí hasta sobre su palabra y se lo han permitido; ¿cómo quieren que me figure que es un pillo?

—Entre los jugadores hay sus costumbres que tienen siempre una razón de ser.

A un jugador se le puede tomar siempre sobre su palabra un apunte al que puede responder, por mala que sea su conducta.

No es que uno esté seguro que pagará porque sea un hombre de honor.

Pero uno está seguro que pagará porque así le conviene.

Un jugador que no paga lo que ha perdido sobre su palabra se expone á que nadie le tome un sólo apunte, lo que no le conviene, y á ser espulsado de la casa donde cometió la fea acción.

Por eso es que, aunque uno sepa que particularmente es un estafador, se le toma una parada de boca, pues si la pierde está en su propria conveniencia pagarla.

Lo que Scotto ha hecho con usted, lo ha hecho ya con cincuenta, y lo hará con todos los que pueda.

Pero si pierde dinero sobre su palabra, no lo dejará de pagar por nada de este mundo.

Si esos ocho mil pesos usted se los hubiera ganado bajo palabra, ya se los habría pagado.

Pero prestados así, yo le aconsejo, que no se mortifique y no piense más en ellos.

Ya Scotto no vuelve aquí hasta que no calcule que usted se ha aburrido de venir: irá á otras casas, porque no puede vivir sin jugar, pero irá donde usted no pueda hallarlo.

—Es que yo lo agarraré del pescuezo y lo obligaré á pagarme, respondió Lanza dejándose dominar por la ira.

—Es lo que él querría, porqué así daría por chancelada la deuda, respondió el jugador.

Muchos de los estafados como usted han tentado hacerse pagar á puñetazos, y él ha recibido los golpes, dando así por chancelada la deuda.

Lanza, con semejantes informes, quedó sumido en la mayor desesperación.

Aquel golpe venía á dejarlo en condiciones tremendas, y en la mayor miseria.

Pero no era cosa de darlo á entender, porque un hombre que perdía ocho mil pesos sin dar á la pérdida mayor importancia, demostraba que era una persona rica á quien esa suma poco importaba.

Así es que mirando á sus interlocutores con frialdad, les dijo:

—Ocho mil pesos no valen la pena de lo que he hablado, pero por la insolencia de haberme tomado por zonzo, el primer día que yo agarre á Scotto, le rompo el alma.

Un hombre que miraba con tal desprecio esa suma, es porqué era rico, y un hombre que tan fácilmente se había dejado estafar, era una bolada.

Así es que los jugadores creyendo ganarle impunemente otro tanto, invitáron á Lanza á jugar.

—Yo no juego porqué no sé ni he jugado nunca, respondió Carlo, además aunque jugase, tengo muy poco dinero sobre mí.

—Eso poco importa, le respondiéron tentándolo, su palabra es dinero para nosotros, así olvidará el mal rato que le ha dado Scotto.

Los jugadores se habían entendido con una rápida mirada para pelar á Lanza.

Este pensó que aquella era una brillante ocasión de desquite.

Podía ganar una buena suma, y si perdía, con no volver más allí estaba saldado.

Sin embargo, y creyendo engañarlos mejor, se resistió un momento.

—No me gusta jugar sin dinero en el bolsillo, dijo, porqué no me gusta quedar debiendo; aunque no sé jugar, otra vez tendré el gusto de hacerlo.

No nos haga la ofensa de decir eso, le replicáron, juegue lo que trae, y si pierde, pagará mañana ó cuando le dé la gana.

Lanza se dejó tentar por el negocio que se le presentaba y sacó quinientos pesos, dejando cien como único fondo de reserva.

Los jugadores echáron cartas y empezáron á jugar flojito y familiarmente.

Convenidos con una sola mirada para desplumar á Lanza, empezáron á dejarse ganar para entusiasmarlo, y hacerle perder toda prudencia.

—Pues para no saber, le decían, no lo hace mal; si nos descuidamos nos va á poner en apuros.

Lanza se dejó engañar, mordió el anzuelo, se vió con unos cinco mil pesos por delante y empezó á jugar más grueso.

El que tallaba tenía unos diez mil pesos de banca.

Otro jugador invitó entónces á Lanza para copar aquella banca en sociedad.

—Está de suerte, le dijo, no la deje perder y cope la banca en sociedad conmigo.

Cinco mil pesos cada uno, apúntelos copando á la carta que le guste más.

Trémulo de emoción y de deseo, Lanza aceptó la invitación y copó sobre la primera carta que salió.

Y en medio minuto más, Lanza se encontró sin un centavo por delante; había perdido el copo y la banca quedó aumentada á veinte mil pesos.

Aquel golpe medio desconcertó á Lanza.

—Eso es natural, le dijo el nuevo socio que le había salido; no todos los golpes se ganan, pero usted está de suerte.

Copemos á medias la otra banca, con veinte mil pesos, y así lograremos rehacernos.

—Es que no tengo más dinero, respondió Lanza vacilante, y es mucho para jugar bajo palabra.

—No importa, ¡caramba! no quiebre la suerte, cope no más que yo respondo si perdemos, pero cope á su inspiración, que la suerte está con usted.

Lanza copó; copó y perdió como en la jugada anterior, quedando empeñado en diez mil pesos que le correspondían.

Su adversario ni siquiera pareció conmoverse.

Su socio pagó los diez mil pesos que le correspondían y los que correspondían á Lanza, con la mayor frescura, y le dijo:

—Hay cuarenta mil pesos de banca, cópelos en sociedad; es el último golpe y es seguro que lo ganaremos, no tenga duda.

—Puede copar, agregó el banquero, pero no necesita que nadie ponga por usted.

Si pierde, tendré el honor de ser su acreedor.

Lanza se sintió poseído de un vértigo de ambición.

Miró aquel montón de billetes de banco, pensó que todo aquello podía ser suyo en un sólo golpe de fortuna, y aceptó.

Su socio copó la banca á un siete, que salió primero, y todos clavaron la vista en el naipe, de donde empezáron á caer las cartas.

Nunca había pasado Lanza por una emoción tan fuerte.

Aunque quería disimularlo, temblaba todo de una manera nerviosa.

El deseo de ganar era inmenso y el vértigo de los jugadores lo había acometido.

El banquero suspendió el tallo y miró sonriente á los jugadores.

—¿Quiéren retirarse? les dijo, si quiéren retirarse lo permito.

—Por mi parte no consiento, dijo el socio de Lanza, ese copo es ganado por nosotros: ¿qué dice compañero?

—No me retiro tampoco, respondió Lanza sordamente, no me retiro, tengo fé en la jugada y en la buena mano de mi compañero; siga pasando las cartas.

El banquero sonrió é hizo á sus compañeros una seña que no fué perceptible para Lanza, aunque fué comprendida por aquellos.

Aquel cambio de señal había querido decir:

—¿Le caemos?

—Cáigale.

A las cinco cartas corridas la partida había terminado y Lanza había perdido.

Su socio manifestó que no le alcanzaba el dinero para pagar el todo..

—Pague por su parte no más, que el señor se entenderá conmigo, dijo el banquero, por lo perdido y por todo lo más que quiera jugar.

—¡Oh! no juego más, respondió Lanza, cuya palidez era intensa.

Me parece que para un debut es bastante.

Había perdido treinta mil pesos y no tenía más que cien para responder á su deuda.

—Puede jugar todo lo que quiera. respondió él banquero, no se acobarde, que en un solo golpe de suerte puede desquitarse de lo que ha perdido.

Lanza fijó en diez mil pesos más lo que iba á jugar y los puso en una sola carta, volviéndolos á perder como había perdido lo demás.

—Ahora sí me retiro, dijo, porqué si sigo jugando voy á perder todo cuanto tengo.

No estoy de suerte.

Y se levantó de su asiento, pero siempre aparentando la ma

yor indiferencia, aunque en su cabeza sentía el estallido de un volcan.

—Treinta mil pesos que usted me pagará cuando le dé la gana, murmuró el banquero, guardando los billetes que tenía delante.

—Diez á mí, añadió su socio, que tampoco me corren prisa.

—Luego los tendrán aquí, respondió Lanza, han hecho ustedes demasiado honor á mi palabra para que no me apure en pagarles.

Tomáron juntos una nueva copa y se retiraron cada uno por su lado como los mejores y más viejos amigos.

—¡Cuarenta mil pesos! pensaba Lanza, ¿y de dónde los voy á sacar?

Y aunque los tuviera, confieso que no los pagaría, porqué á mí me han ganado en combinación, no me cabe duda.

Me dejáron ganar al principio para confiarme y darme después el golpe con seguridad: ¡se van á divertir con el resultado! ¡el zonzo les ha salido más vivo que ellos!

Lanza entró á su hotel ya muy entrado el día.

Estaba enfermo, febril, no por los cuarenta mil pesos que había perdido sobre su palabra, que poco le suponían, desde que no los había de pagar, sinó por los quinientos pesos que había distraido de su capital y que lo reducían á una condición miserable.

¿Cómo atendería en adelante á sus necesidades?

¿Qué sería de él cuando hubiera gastado el último peso de los cien que le quedaban?

¡Aquel maldito Scotto! ¡y ahora que no podría ir más á la casa de juego donde podría encontrarlo!

Lanza ganó la cama muy enfermo.

La impresión de todo lo que le había sucedido aquellos dos días concluyó por tumbarlo.

Felizmente cuando él entró, la señora Nina no estaba en casa, porqué ya se había ido al mercado.

Y se recogió, encargando al mozo que lo llamase cuando ella viniera.

Se sentía tan enfermo, que creyó que si no se ponía en asistencia, podía muy bien llevárselo la trampa.

EL DESCALABRO.

La señora Nina tuvo un sério disgusto cuando vió enfermo á su jóven huésped.

En el acto mandó llamar á un médico y lo puso bajo la más cariñosa asistencia.

Lanza tenía una fiebre terrible, y en el delirio que ella le producía, no hacía sinó hablar de jugadas, de ocho mil pesos y de espantosa miseria.

—Esta fiebre es producída por una gran impresión que ha sufrído el jóven, decía el médico; no tiene mal carácter, pero tardará algo en curar, pues la impresión dura en su espíritu; se vé esto en el delirio.

Y la señora Nina trataba de distraer al jóven cuanto le era posible, aunque el delirio de éste la había puesto en el secreto de muchas cosas que la llenáron de sorpresa.

Lanza deliraba con que el dueño del hotel Washingtón lo perseguía por todas partes con su equipaje y su cuenta, refería los préstamos de Caraccio y sus jugadas en el Casino de la Bolsa. pidiendo que no fueran á decirle nada á ella, para no perder su pensión.

Con un corazón sumamente bondadoso, no quiso decir la menor palabra; se convenció que aquel Lanza á quien tantas consideraciones había tenido, era un simple pillo, pero resolvió atenderlo hasta que estuviera bueno, reservándose hasta entónces el derecho de tener con él una explicación terminante.

Lanza fué mejorando poco á poco, hasta que ocho días después, si no bueno absolutamente, estaba notablemente mejor.

Cuando supo que durante la fiebre había delirado, sintió una amargura infinita.

Si había delirado era imposible que no hubiera hablado de lo que tanto interés tenía en ocultar.

Solo la señora Nina le había escuchado, y como esta nada le decía, Lanza empezó á experimentar una vaga esperanza que no tardó en desvanecerse.

Cuando estuvo radicalmente bueno, Nina provocó entónces una explicación, explicación tanto más interesante para ella, cuanto que hacía ya más de tres meses que Lanza estaba alojado allí.

—Es preciso amigo mío, que usted me aclare ciertos puntos, le dijo bruscamente y ya perdida toda consideración.

¿Cuándo piensa usted recibir dinero y cuándo piensa saldar la cuenta que tiene en el hotel?

—Señora, respondió Lanza con grande aplomo, de un mo-

mento á otro espero recibir cartas, ya hace tres meses que estoy aquí, y mi equipaje, por lo ménos, no puede tardar en llegar.

Allí tengo dinero de sobra para atender mis compromisos.

—Dejémonos de embrollas, que demasiado las hemos hecho.

Su equipaje ha quedado en el hotel Washingtón de Montevideo, de donde usted ha huido por no poder pagar lo que debía.

Es inútil entónces que usted quiera engañarme más.

Usted ha tenido dinero, mucho dinero, y en vez de pagarme á mí, que es lo primero que debía haber hecho, ha preferido tirarlo en el juego ó dejarselo comer con los borrachones con quiénes se junta.

Si el techo de la pieza se le hubiera caído encima á Lanza, no le habría producido mayor efecto.

Presa del mayor espanto, preguntó á la señora Nina quién le había contado tal tejido de embrollas y embustes.

—No puedo tenerlos por mejor conducto, contestó ella, puesto que es usted mismo quien en medio de su delirio me lo ha contado todo.

Con la mayor audacia quiso engañar á su patrona, demostrándole que bajo el delirio se hablaba toda clase de barbaridades.

Pero aquella mujer, más viva de lo que él se imaginaba, le cortó toda embrolla con la siguiente proposición:

—Está bueno, si éstos son sueños del delirio, le dijo, es muy fácil de aclararlo.

Vamos á escribir á Montevideo preguntando al dueño del hotel Washingtón si lo conoce á usted y si él contesta que no, quedaré convencida.

Lanza estaba cazado del pico, como se dice.

Una averiguación de aquel género lo hacía temblar, por las consecuencias que ella podría tener.

Desde que todo se sabía, era mejor hablar claro, que así siempre se encontraría algún remedio, sin necesidad de provocar peligros mucho mayores y que podían complicar su asunto haciendo intervenir en él á la policía.

No hay necesidad de ello, señora, dijo, apresuradamente y lleno de agitación.

Desde que usted no tiene ya confianza en mí, yo le pagaré lo que le debo y me buscaré otro alojamiento.

—¡Le pagaré lo que le debo! eso se dice fácilmente; pero ¿de dónde sacará usted para pagarme lo que me debe, si usted no cuenta aquí con ningún género de recursos y de Europa no los ha de recibir tampoco?

Esto no es juguete, es preciso que usted me pague y se bus-

que donde estar, porqué no lo quiero más en casa, si nó yo voy á dar parte á la policía y usted se entenderá con ella.

Al oir hablar de policía, Lanza se echó á temblar, con un julepe de todos los demonios.

El se atrevía á afrontar todos los peligros y todos los sinsabores, pero con la policía no quería saber nada.

Conociendo la rigidez y astucia de la policía europea, se figuraba que la nuestra sería lo mismo, y de aquí su temor.

Además, que si se veía envuelto en algún proceso de Policía calculaba que como negociante quedaría muerto en Buenos Aires.

Así es que en cuanto la señora Nina empezó á hablarle en este sentido, Lanza se aterró y cortándole la palabra se apresuró a decirle:

—Pero, si ni esta es cuestión de policía, ni hay porqué hacerla partícipe de nada.

Yo le pagaré á usted lo que le debo y quedaremos en paz y tan amigos como ántes.

—Yo le pagaré se dice muy fácilmente, pero ¿cuáles son los recursos con que usted cuenta para pagarme? esto es lo que yo quiero saber, porqué ya estoy cansada de promesas y de mentiras.

—Bueno, dijo Lanza, batiéndose ya en sus últimos atrincheramientos; usted sabe, conforme ha sabído lo demás, que ese maldecido de Scotto me debe ocho mil pesos, que es más de lo que yo le debo á usted.

Yo voy á hacer todo lo posible por cobrárselos, y en cuanto me los pague se los entregaré á usted y quedará chancelada mi deuda.

—Difícil me parece que usted consiga ese pago, pues según lo que el tal Scotto ha hecho, no es persona en quien se puede confiar.

—De todos modos es preciso que tenga paciencia, pues ya por Scotto, ya por cualquier otra persona, yo conseguiré los medios de pagarle, no se aflija; ¿quién le dice á usted que Scotto, como yo no haya podido estar enfermo?

—Sí, pero como usted debe también cuarenta mil pesos de juego, no será extraño que aquellos á quienes usted debe se hagan entregar aquella suma por Scotto.

—De cualquier manera tenga paciencia, terminó Lanza, que usted será paga hasta el último medio á mí me ha sucedido todo esto de aturdido y nada más; bien caro empiezo á pagarlo.

—Esa no es cuenta mía, respondió la señora Nina.

Ahora y para su gobierno, es bueno que yo le haga una prevención.

Como no quiero que á mí me suceda lo que al dueño del hotel

Washington, porqué aunque usted me vea mujer, yo sé gobernar bien mis negocios, le aviso que el primer día que usted deje de venir á casa á su hora habitual, doy parte á la policía y pido su captura.

No crea que á mí se me vá á ir dejándome clavada.

Y sobre esta morruda prevención, Nina se retiró á atender sus quehaceres.

Lanza se hallaba en una situación más apretada de lo que se había imaginado, pues tenía que hacer con un enemigo que había empezado por ganarle todas las salidas.

Lo que es al Casino, en busca de Scotto, no podía ni siquiera pensar en ir, porqué allí le habrían salido sus acreedores, lo que era peor que todo.

—¿Qué hacer en situación semejante?

¿Confesarlo todo á la señora Nina y ped lo perdonase desde que no le podía pagar?

¿Y si ésta daba parte á la policía?

¿Podía huir á la campaña? ¿meterse de marinero en cualquier buque?

Para todo esto necesitaba tiempo y ya aquella le había notificado que en cuanto faltase al hotel más tiempo que el habitual, daría parte á la policía.

¡Oh! ¡la policía! esta era la única cosa á la que tenía un miedo positivo, porqué lo podía hacer desbarrancar por completo.

En la esperanza de hallar á Scotto y pedirle el pago de sus ocho mil pesos, Lanza se fué á la Cruz de Malta aquella noche.

Pero allí halló á todos sus amigos ménos á Scotto.

Como hacía ya diez días que no lo veían, fué cordialmente recibido, dándole todos pruebas de gran interés al saber que había estado enfermo, lo que desde el primer momento se adivinaba en su semblante pálido y enflaquecido por la fiebre.

Pasados los primeros cumplimientos y después de conversar de cosas alegres, Lanza pidió á sus amigos le indicaran el domicilio de Scotto, á quien tenía necesidad de ver.

Pero ninguno pudo indicárselo.

Nadie sabía donde vivía aquel diablo de Scotto, como le llamaban familiarmente, lo que le hacía perder toda esperanza de dar con él.

No había más remedio que ir al Casino de la Bolsa, y esto no era posible dada su deuda; lo habrían puesto en una situación diez veces más peluda.

¿Qué hacer en tan apurado trance?

Confesarlo todo lealmente á la señora Nina, y ofrecerle pagar con su trabajo lo que le debía, para que no le diera tanta rabia.

Era la suya una situación verdaderamente desesperante.

Si dejaba de ir á la casa y huía de ella, Nina daba parte á la policía, y la prisión que era su muerte comercial, vendría inmediatamente.

Si se presentaba al Casino de la Bolsa y hablaba á Scotto por casualidad, le saldrían al momento sus acreedores de los cuarenta mil pesos, obligándole á soltar los ocho mil pesos que podía cobrar.

Lanza se retiró temprano, y se acostó á meditar lo que más le convenía hacer.

Pero no hallaba salida á su situación desesperante.

Cuanto se le ocurría era malo, ó sumamente peligroso, pues por todas partes le salía al encuentro la señora Nina acompañada de la policía.

Y sin embargo aquello era preciso resolverlo, pues no podía seguirse de tal manera.

Lanza se durmió á la madrugada sin haber resuelto nada en definitiva.

Al otro día á la hora de almorzar, le cayó de nuevo la señora Nina apurándolo para que le diera una respuesta definitiva.

—Señora de mi alma, yo no me puedo volver dinero, dijo Lanza, y anoche no he podido hallar al hombre que me debe los ocho mil pesos.

Le pido que tenga paciencia siquiera por un día más; yo encontraré solución al problema.

Aquella tarde Lanza se vistió y se fué á la Cruz de Malta, decidido á encontrar el domicilio de Scotto.

Permaneció allí un buen rato conversando alegremente y cuando estuvo reunida la mayor parte de su amigos, les suplicó que le indicaran donde vivía.

Ninguno de ellos pudo satisfacer su pregunta.

—Es inútil que busques su domicilio, le dijo Caporale alegremente, porqué Scotto nunca lo ha tenido y hasta me atrevo á decir que no lo tendrá jamás.

El duerme donde lo agarra el día, porqué la noche la pasa en sus aventuras y sus jugadas.

Si no lo encuentras casualmente, pierde la esperanza de verlo.

Lanza contó inocentemente como había prestado á Scotto ocho mil pesos y como lo buscaba para que se los devolviera, porqué los necesitaba.

Y en la risa de sus amigos comprendió que aquel era dinero positivamente perdido y que no debía contar más con él.

—Ese es tiro viejo en Scotto, le dijo Caporale.

Si ese diablo fuera á pagar todo el dinero que debe de esa misma manera, no le bastaría una fortuna.

Por eso es que los que le han prestado una vez, no le han vuelto á ver la cara en su vida.

Renuncia á tus ocho mil pesos, Lanza, y renuncia también á verle la cara á Scotto en un año más; es demasiado fino para exponerse á que le cobres.

Además, como él duerme de día, solo de noche puede vérsele, y de noche, que averigüe el diablo donde se mete.

Lanza estaba perdido; la falta de aquellos ocho mil pesos iba á ser la causa de su mayor descalabro.

Tentado estuvo de mandarse mudar tomando pasage en uno de los trenes de la madrugada y desafiando la acción de la policía provocada por la misma señora Nina.

Pero de todos modos, ¿dónde podía ir con un capital de cien pesos en el bolsillo?

Perdido por perdido, resolvió entenderse buenamente con su patrona de hotel y hacerle reflexiones de peso.

Finalmente, con hacerlo poner preso nada habia de ganar, puesto que él no tenía de donde sacar un centavo.

Más conveniente sería para ella cualquier arreglo, que pudiera darle por resultado el pago de lo que le debía.

A fuerza de esperarlo, había concluído por mirar con calma y tranquilidad el descalabro que le iba á venir encima y no le causaba ya tanta impresión como al principio.

¿Qué diablo iba á remediar con aflijirse y mortificarse adelantado?

Ya tendría tiempo de aflijirse demasiado cuando le sucediera la desventura que esperaba.

Resuelto así á aguantarlo todo con paciencia y resignación y sacarle el cuerpo al hecho de ir preso que era lo que más le imponía, siguió alegremente en conversación con sus amigos.

Aquella noche fué al Alcázar y anduvo con ellos de alegre calaverada.

Sabe Dios cuando podría volver á pasar momentos como aquellos, y era preciso sacar el jugo á los últimos que se le ofrecían.

Como con aquellos cien pesos que le quedaban nada podía hacer para remediar su desventura, pagó con ellos una botella de champagne que se bebió á la salud del diablo.

A la madrugada y lleno de los alegres recuerdos de aquella noche, última noche de alegre farra, Lanza se retiró al Hotel Marítimo.

Ni siquiera se dignó pensar en lo que podría contestar á la señora Nina cuando esta viniese á interrogarlo.

—Las mejores resoluciones son las que se toman en el momento, pensó, porqué la inteligencia se aguza en los apuros.

Cuando ella me cargue firme, ya veremos el modo de salir del paso.

Antes, no quiero mortificarme por nadie ni por nada.

Resuelto así por el momento el problema de su tranquilidad, se metió en su cuarto.

Tenía sueño, pero no se quiso acostar.

Después que hable con la señora Nina, pensó, tendré más sueño y así dormiré el mal rato que ella me cause y me será más llevadero.

Si Lanza hubiera conocido las leyes del país, como las conoció después, ¡cuán distinta habría sido su conducta!

Si él hubiera sabido que entre nosotros no existía la prisión por deudas; si él hubiera sabido que la señora Nina para cobrarle y echarlo de su casa, hubiese tenido que entablarle una demanda ante un Juzgado de Paz, demanda que un procurador habría hecho durar seis meses; si él hubiera sabido todo esto, se habría reido buenamente de las exigencias de la patrona, y la hubiera echado al diablo cada vez que le hubiese ido á cobrar.

Pero Lanza no conocía todas estas camandulerías, pensaba que aquí las cosas se pasarían como en Europa, y de aquí partía su miedo y su aflicción.

Por confesar su estado de pobreza extrema y sus apuros, no había querido consultar la cosa con sus amigos más prácticos en las cosas del país, prefiriendo correr la carabana como Dios se lo diese á entender.

—Si uno se ha de ahogar, pensaba, es inútil andar eligiendo el sitio: lo mismo es el rio que la mar.

La cuestión sería no ahogarse, pero como de todos modos yo he naufragado y no tengo salvavida, me agarraré á la primer tabla que encuentre boyando.

Estaba sentado tranquilamente esperando el momento crítico, cuando se le presentó la señora Nina.

Esta venía de un humor de todos los demonios, y como entónces no la había visto ni sospechado siquiera.

Aquella mañana se le había ido el mejor mozo del hotel, un mozo que con su servicio esmerado le atraía clientela, y esto la había puesto de un humor tremendo.

En vano había querido retenerlo ofreciéndole más sueldo y otras ventajas; el mozo no había querido quedarse.

Había reunido en el Marítimo un buen capitalito entre sueldo y propinas, y se iba á establecer por su cuenta.

Esto era lo que aquella mañana tenía á la señora Nina de un humor espantable.

Ella que conocía las leyes del país como no las conocía Lanza, sabía que nada podría hacer para que este le pagára lo que le debía, puesto que no tenía más que un miserable equipage.

Así es que á pesar de su mal humor, iba dispuesta á hacerle todas las concesiones posibles, explotando la ignorancia de aquel.

Y cualquier cosa que le sacase sería para ella una ganancia positiva.

Y como era la impresión que dominaba en su espíritu, refirió á Lanza la salida de su mejor mozo que ponía en sério conflicto á su hotel.

—Ahora, añadió, yo necesito saber que piensa usted hacer para pagarme.

Lo que es yo, desde hoy en adelante no puedo tenerlo más á pensión gratuita.

Apénas gano para sostener el negocio y no puedo tener clientes que me causan gastos y perjuicios de toda especie.

Lanza reflexionó un momento.

La salida de aquel mozo, el mejor del hotel, le había inspirado una idea luminosa.

Después de reflexionar un momento, se acercó á la señora Nina y le dijo:

—Vamos á hablar un momento, no como cliente y patrona sino como dos negociantes: yo quiero proponerle un negocio para ambos, que salve la situación sin recurrir á violencias.

Yo por el momento no tengo con que pagarle lo que le debo, ni de donde sacarlo, que es mucho peor.

Si usted me hace poner preso, con esto no logra el pago de su cuenta, que es lo que le interesa.

Si usted me echa á la calle, me pone en una situación tremenda, sin lograr tampoco por este medio cobrarse lo que yo le debo.

Hé aquí ahora el negocio que yo le propongo y que todo lo allana.

A usted se le ha ido el mejor mozo del hotel, cuyo buen servicio era el crédito de este.

Yo, una vez que me ponga á ello, soy un mozo como usted ni siquiera puede sospechárselo.

Me comprometo á hacer el servicio de tres, adivinando el deseo de sus clientes.

Si usted quiere, yo me quedo á reemplazar el mozo que se ha ido, por el mismo sueldo que este ganaba, con una diferencia sola:

Usted, de ese sueldo se cobra lo que yo le debo, hasta que está saldada nuestra cuenta, que viene á ser lo mismo que si solo le sirviera yo por la casa y la comida.

De este modo usted cobra su cuenta de la única manera que puede hacerlo, y yo tengo como vivir hasta que encuentre otra cosa mejor que hacer.

Puede ser muy bien que me convenga seguirme quedando, y usted habrá ganado un mozo como no ha soñado tenerlo en la vida.

Para la señora Nina aquella era una excelente proposición, pues no solo ganaba un mozo que debía ser realmente bueno, sinó que se cobraba la deuda de Lanza de la única manera que podía cobrársela: con el trabajo de este.

Si Lanza se apercibía que podía irse del hotel sin que nadie lo retuviera ¿cuándo cobraría su dinero?

La proposición de Lanza venía á ser así sumamente ventajosa para ambos.

Para él, porqué miéntras Dios le deparaba otra cosa, aseguraba la casa y la comida.

Para ella, porqué con el sueldo de Lanza se iba cobrando la deuda de este, y ganaba además un buen mozo.

Para que Lanza no se apercibiera de que aquello era una concesión que él hacía, puso ella algunas dificultades para aceptarlo, diciendo al fin:

—No quiero que diga que después de haberlo atendido como lo he hecho, lo he abandonado en el momento crítico.

No quiero tomar ninguna medida violenta con la justicia ni con la policía y voy á aceptar el temperamento que usted propone, para darle esa facilidad de saldar su cuenta conmigo y de seguir viviendo en mi casa.

De todos modos, aunque yo no necesitase ese dinero y le perdonase lo que usted me debe, ¿dónde iría usted á alojarse?

¿Dónde iría usted á comer y á dormir?

Quiero ser buena con usted hasta el último extremo, para que no tenga de que acusarme; quedamos convenidos en lo siguiente:

Usted se queda de mozo en el hotel y en lugar del que se me ha ido.

El sueldo que usted gane por este servicio, yo lo voy reteniendo para cobrarme lo que me debe y no tengo más obligación que darle casa y comida.

Para sus otras necesidades y vicios, usted tendrá bastante con las propinas que le dén los clientes.

Cuando un mozo sirve bien y al gusto de las personas, tiene propinas por más valor que su mismo sueldo.

No tiene necesidad de más dinero que ese, y si lo guarda, verá que pronto reune una buena suma.

Lanza escuchó con un placer infinito lo que le decía la señora Nina, porqué esta le aseguraba la subsistencia gratuita, lo que era para él de un interés vital.

¿Dónde habría ido á buscar pensión, una vez echado del Hotel Marítimo?

En ningún hotel se la habrían dado al verlo tan desprovisto de equipaje, y sabe Dios lo que hubiera sido de él.

—El único inconveniente que yo podría tener, dijo, es que los mismos que me han visto como pasagero me vean ahora como mozo.

Pero esto está compensado con las ventajas que obtengo.

Usted tratará de disculparme con ellos de cualquier modo, y yo tendré una fineza más que agradecerle.

Y como los malos caminos deben andarse pronto, yo quedo ahora mismo hecho cargo de mi nueva posición y no se hable más de eso.

—Bueno traiga sus cosas á la habitación que tendrá desde hoy y no hablemos más.

Lanza, sin el menor inconveniente, cargó con sus pocas pilchas, y las llevó al cuarto que iba á habitar como mozo, un cuartujo en el fondo de la casa, y pidió á su patrona le indicase los departamentos que tendría que atender y las mesas que le correspondería servir.

Lo demas del servicio corre de mi cuenta; ya verá como todos, léjos de quejarse del nuevo mozo, no tendrán para él más que elogios.

—Tanto mejor para usted y tanto mejor para mí, respondió la señora Nina.

Ahora, no tiene más que entregarse á su servicio, y cumplirlo de la mejor manera posible, pues si los pasageros y clientes se quejan, nuestro convenio queda nulo, porqué yo saldría perjudicada.

La señora Nina vió con asombro que el nuevo mozo era insuperable en su servicio y buena voluntad.

Nunca la mesa de pasageros se vió tan bien y rápidamente servida.

Los pasageros que conocían á Lanza, reían alegremente al verlo entregado á sus funciones de mozo, pareciéndoles que aquello no era sinó una broma.

Lanza las desempeñaba de una manera admirable y como si jamás hubiese hecho otra cosa.

Acudía alegremente al primer llamado y servía con una ligereza asombrosa.

Por la mañana y en cuanto los clientes salían de los aposentos, Lanza se apoderaba de ellos y en un momento los acomodaba perfectamente bien.

Los clientes se reían y le daban propinas, propinas que recibía él sériamente, pues desde que se decidió á ser mozo, tomó el cargo con todos sus inconvenientes y todos sus goces.

Se había arreglado una chaquetilla cortando los faldones á un jacquet y se había puesto un delantal que le dió la señora Nina.

Esta estaba asombrada de la actividad de Lanza.

El solo era capaz de darse vuelta todo el hotel y acomodar todas las piezas.

A la semana de estar de mozo, todos los que comían y almorzaban allí, querían ser servidos por Lanza solamente, al extremo que Nina comprendió que había hecho un gran negocio.

Aquel mozo convenía enormemente á sus interéses y si algo sentía era que su deuda no fuese tres veces mayor para tenerlo asegurado una buena temporada.

Lanza estuvo sirviendo en el hotel el primer mes, sin intentar siquiera salir á la calle.

En cuanto concluía su trabajo, se acostaba á dormir y á penas amanecía el día, ya estaba levantado atendiendo á sus obligaciones.

Al mes, en que Lanza había juntado ya unos doscientos pesos de propina, quiso salir un domingo á dar una vuelta.

La señora Nina no miró con mucho agrado esta salida.

Lanza podría encontrar quien lo aconsejara, quien se lo echara á perder, y quien lo sonsacase del hotel proporcionándole una colocación mejor y más en armonía con su persona.

Pero por el momento las sospechas de la señora Nina eran infundadas.

Lanza era el primero en ocultarse de sus antiguas relaciones para que no lo vieran en su situación triste y aporreada.

Y así empezó á buscar y hacer relaciones en la misma esfera que él ocupaba.

Esto le serviría para ir conociendo aquella sociedad vulgar pero utilísima para sus aspiraciones de comercio.

A la otra cuadra del Hotel Marítimo había una especie de casino, de aquellos atendidos por mujeres, que tanto abundaban entónces en Buenos Aires.

Allí se pasaba abundantemente el rato, y allí iba Lanza todos los domingos á fundir la propina de la semana.

Era un casinito de tercera categoría, frecuentado por gente

de trabajo y de pocos medios, entre la cual Lanza venía á ser algo como un señor.

Buen mozo, jóven y chacotón incansable, bien pronto hizo roncha entre las mujeres, destronando á los más viejos marchantes.

A cierta hora de la noche, el Domingo, se hallaba en el Casinito, á echar la casa por la ventana, y se armaban unos jaleos monumentales.

La dueña de la casa había tomado un gran cariño á Lanza, al extremo que cuando este fundía su último centavo, ella era la que pagaba sirviendo al jóven cuanto éste pedía y no pedía.

Para disculpar su profesión transitoria de mozo de hotel, Lanza les había contado una historia romántica de primera fuerza.

Según les decía, él había venido de Europa á Rio Janeiro, hacía unos tres años.

Allí se había establecido con una casa de giros, invirtiendo en ella todo el capital que había traido.

Y le había ido tan bien, que en poco tiempo se había hecho de una posición desahogada.

Como andaba entre la primera sociedad, había tenido sus lances amorosos, entre ellos, el que había motivado su ruina.

La hija de un barón brasilero se había enamorado de él de una manera apasionada, y quería casarse á todo trance.

Pero por el momento aquel matrimonio no le convenía, y hacía todo lo posible por no dar á entender sus amores.

Se entendía con su amante por medio de cartas y solo la veía en el teatro ó en las grandes reuniones donde concurrían con frecuencia.

La niña seguía cada vez más apasionada y quería provocar un enlace á toda costa.

Pero él seguía entreteniéndola y diciéndole que necesitaba romper ciertos compromisos que había dejado en Europa y que ya había escrito en ese sentido.

Los amores llegáron al extremo que, á ocultas de su familia, la niña venía á visitarlo á su casa de comercio.

Estas imprudencias diéron al diablo con todas sus reservas, y al fin el barón se impuso de lo que pasaba y quiso hacerle contraer matrimonio á la fuerza.

Hombre de gran influencia en el gobierno, si no se casaba, lo iba á hacer secar en un presidio.

¿Qué podía hacer él, extrangero y solo, contra aquel personaje soberbio y pudiente?

No le quedaba más remedio que huír, y huír de una manera que nadie lo sospechara, pues de otro modo la policía se le echaría encima.

Había entónces en Rio un capitán de buque de cabotaje que se hacía á la vela para Buenos Aires en aquellos días, y que le debía muchos buenos servicios.

Lanza le refirió lo amargo de su trance, y concertó con él su fuga.

La noche ántes del día de su viaje se disfrazaría con el traje de marinero, y se metería á bordo como uno de los hombres de la tripulación.

Un sabádo era la noche fijada para el enlace y como el buque debía salir el viérnes, fijó su fuga para el juéves á la noche.

En las primeras horas de la noche del juéves, Lanza, que había realizado todo el dinero que pudo, envió á su novia un regalo de valor.

No era creible que un hombre que tales gastos hacía, estuviera pensando en su fuga.

A las diez de la noche, disfrazado con un traje de marinero y acompañado del capitán, se embarcó en una ballenera y se trasladó á bordo.

Allí mismo su presencia no podía ser sospechada, porqué el capitán les había dicho ya que en Rio contrató otro marinero, de modo que cayó entre los del buque como un compañero de tareas.

—Yo no sé lo que pasaría en tierra, añadió Lanza de una manera picaresca; lo que yo sé es que al día siguiente levábamos anclas y nos hacíamos á la vela libres de todo temor. Pero la felicidad no había sido completa.

Al salir de Rio Janeiro, me apercibí que un paquete de libras esterlinas que había preparado con anticipación, con el apuro de la fuga lo había olvidado sobre el escritorio.

Aquello era una verdadera desgracia, pues fuera de seis ú ocho libras esterlinas que en previsión de cualquier evento había echado en mis bolsillos, no tenía un centavo más.

Mi reloj y cadena, que bien valían unos quinientos patacones, los regalé al capitán á quien debía mi salvación y quien no había querido cobrarme ni un centavo.

Así salí de Rio Janeiro, abandonando mi fortuna y mis cuantiosos negocios.

Llegué pues á Buenos Aires sin un peso en el bolsillo y sin conocer á nadie, que era lo peor.

¿Qué podía hacer en un país desconocido, sin dinero y sin un solo amigo?

Se me proporcionó ese empleo de mozo en el Hotel Marítimo y yo, ¿qué había de hacer? lo acepté lleno de agradecimiento á la persona que me lo proporcionó.

De esta manera aseguraba siquiera mi subsistencia y mi vida hasta que se me presente algo mejor y más decente que hacer.

Mi profesión accidental de mozo de hotel, la miro y la ejerzo como una diversión pasajera.

Así me voy haciendo de relaciones y voy conociendo el país hasta que se me presente algo mejor y más decente que hacer.

Esta historia narrada con un profundo acento de verdad, fué tragada y dijerida por las damas del Casino.

Aquella aventura no tenía nada de extraordinario, era perfectamente verosímil y aceptable.

¿Qué tenía de extraño que la hija de un barón se enamorase de un hombre jóven, rico y tan buen mozo como Lanza?

Las muchachas se quedáron maravilladas de la historia y cada vez más enamoradas de Lanza.

—¡Lo qué es una lástima, decían, es haber tenido que abandonar su dinero y sus negocios!

—¡Qué me importa todo esto! exclamaba Lanza con infinita soberbia; si conservo mi libertad.

Lo que es dinero no puede faltarle nunca á un hombre de mis condiciones.

En cuanto me sople una ráfaga de buen viento, reanudo mis relaciones comerciales y me hago aquí de una posición tan buena y famosa como la que tenía en Rio Janeiro.

—Por eso mismo es necesario concluir con eso de mozo de hotel, le decía la amorosa dueña del Casino.

Allí tiene que estar sirviendo como un criado á cuanto roñoso llega á comer, sin contar con que todo el mundo lo vá conociendo como mozo de fonda, lo que puede perjudicarlo en el porvenir.

¿Y qué quiere que haga sin relaciones y sin dinero?

Por lo pronto allí no gasto en casa y comida y voy economizando un sueldo.

—¡Una propuesta!—le dijo una noche la dueña del Casino; véngase con nosotros el buen mozo, en las mismas condiciones.

Yo te doy la casa, la comida y el mismo sueldo.

Siempre ganas en la independencia del empleo, en el quehacer que es mucho ménos y en la posición misma, que es mucho ménos servil y ménos aperreada.

Aquello por lo ménos merecía consultarse con la almohada y Lanza prometió meditarlo y contestar.

La cosa le halagaba mucho, no solo por el sueldo sinó por la explotación á que se prestaba.

Dominando á aquellas mujeres y enamorándolas, sobre todo á la dueña del negocio, Lanza podía concluir con apoderarse de él y declararlo suyo.

Luego, aquel negocio se prestaba á mil especulaciones en que las mujeres no podían haber caído, en la compra á plazos de la bebida que se necesitaba para el despacho.

Un negocio abierto representaba siempre un capital, por pequeño que fuera, y con un capital en efectivo bien podía girarse por diez veces su valor.

Lanza se decidió inmediatamente á abandonar el hotel y probar fortuna por este otro lado, en la seguridad de que debía de irle mejor.

La posición de mozo de un casino de aquel género, le iba á hacer perder mucho personalmente, pues no era aquel un empleo ni digno ni decente.

Pero Lanza no estaba al cabo de ciertas cosas y no había pensado sinó en lo que ganaba; no se le había ocurrido pensar en lo que perdía.

Hacía ya más de dos meses que estaba de mozo en el Marítimo y poco había de faltarle para la chancelación de su deuda.

Carlo Lanza decidido á probar fortuna en aquel nuevo camino, preguntó á la señora Nina cómo andaba de cuenta.

—Si yo le digo para qué quiero saberlo, pensó, es capaz de decirme que me falta otro tanto para concluir de pagar con mi trabajo.

Disimulemos, que por las buenas se ha de sacar mejor ventaja.

—Quiero saber como estamos de cuentas, dijo á su patrona, para ver cuando quedo libre y desde cuando puedo disponer de algún dinero.

Así, sabiendo desde cuando empiezo á ganar mi sueldo, me arreglo en mis gastos y puedo mandarme hacer alguna ropa que necesito.

La señora Nina, que estaba contentísima con el servicio de Lanza, le dijo que al fin de aquel mes quedaban chancelados, y que desde entónces empezaría á entregarle su sueldo.

Así, en cuanto se cumplió su mes, Lanza vino á arreglar su cuenta y se hizo dar el correspondiente recibo por chancelación de su deuda.

Solamente así se creía libre de la acción policial que creía pudiese ejercer sobre él la señora Nina.

Solo cuando tuvo en su poder el recibo que consideraba salvador, le notificó que se iba de su casa, porqué había encontrado una colocación más provechosa.

La señora Nina sintió profundamente la ida de su aristocrático mozo, como ella lo llamaba, persuadida que no iba á encontrar otro que con él pudiera compararse.

Y le rogó que se quedase en su casa con mayores ventajas,

empezando por subirle el sueldo y demostrándole que con lo que ella le pagaba y con las propinas que consiguiese, podía ir reuniendo un buen capitalito.

—¿Qué quiere que haga de mozo de hotel? observaba Lanza con cierta picardía.

Ni es este mi oficio ni para desempeñarlo me he costeado yo á América.

Yo he venido aquí á hacerme una fortuna, y á pesar de todos los contratiempos y dificultades con que he tropezado, he de hacerme una posición y una fortuna.

Nina insistió en que se quedase, trató de ofrecerle todo género de ventajas, pero fué inútil, como era natural.

Lanza estaba decidido á irse y no hubo forma de hacerlo consentir.

Era preciso ser razonable y al fin la señora Nina cedió y se conformó con la ida de su mozo, ante esta promesa que espontáneamente este le hizo:

—Si en la nueva ocupación que me ofrecen no encuentro las ventajas que espero hallar, no crea que he de perder tiempo ni he de consentir en que me engañen.

En el acto los mando al diablo y me vuelvo aquí, donde tantas consideraciones y buenos tratos he recibido.

Con esta esperanza, Nina trató de que Lanza se fuera contento y hasta le ofreció algún dinero si lo necesitaba.

—No lo necesito por ahora, contestó Lanza sin soberbia alguna, porqué voy de dependiente á una casa de comercio, donde me dan casa y comida, y cuanto pueda necesitar, además de mi sueldo que irá aumentando progresivamente y á medida que lo vaya mereciendo.

Además, yo le prometo de la manera más formal que á la primera condición que me falten, no me quedo ni un momento más, volviendo á mi casa donde no saldré en mucho tiempo.

Era preciso de todos modos resignarse á aquella separación.

Lanza estaba de mozo contra su voluntad y aquello no podía ser eterno.

Demasiado había durado ya.

Si la señora Nina sintió la ida de Lanza, no la sintiéron ménos sus clientes, que se habían acostumbrado á su excelente servicio.

Y diéron al jóven todo género de buenos consejos.

—Aquí hay algunos explotadores del trabajo ageno, le decían, y no es bueno confiarse mucho.

Exija siempre que le cumplan, para que vean que no es tonto,

y en cualquier emergencia recuerde que aquí tiene amigos que lo han de aconsejar.

Lanza ni siquiera quiso dar á entender la clase de empleo que iba á tomar, presintiendo que le iban á aconsejar que no lo hiciera.

Y como él no podía confesar los propósitos que lo llevaban al Casino, era bueno no decir ni una palabra.

Respecto á sus ocho mil pesos, ya los había olvidado por completo, convencido que no los volvería á ver en su vida.

Y como si pensaba en los ocho mil pesos que le debían, por fuerza tenía que pensar en los cuarenta mil que debía él, concluyó por olvidar una y otra cosa.

—Al fin, decía, yo debo una suma que me han ganado con fraude, no tengo duda, miéntras que lo que Scotto me debe es dinero que le he prestado peso sobre peso y que está obligado á volverme de la misma manera.

¡Quién sabe! puede ser que algún día lo agarre á tiro y lo obligue á pagarme ese dinero; es cuestión de oportunidad y nada más.

Lanza acomodó los pocos efectos que constituían su equipage, y abandonando el hotel Marítimo con cierto pesar, puesto que allí no lo había pasado tan mal, se trasladó al Casino, que llamó cuna de su porvenir.

LA MALA ESTRELLA.

Desde el primer día que ocupó su nuevo empleo, Lanza, ántes de atender á las obligaciones que se le habían señalado, empezó á observar atentamente el manejo de la casa, que era lo interesante para él, puesto que de allí pensaba sacar su porvenir.

Por la mañana tenía que levantarse temprano á abrir la casa y limpiarlo todo, puesto que allí no había más mozo que él, ni le convenía que lo hubiera.

En cambio tenía el derecho de acostarse más temprano, dejando todo el quehacer á cargo de su patrona, de la que pensaba, con paciencia y maña llegar á ser socio.

Esto constituía la primera parte de su plan.

Por eso es que desde el primer momento se presentaba perfectamente paquete y perfumado.

Era preciso que el mozo no destruyese la impresión que debía haber hecho el marchante.

Y los dos primeros dias no se ocupó sinó de conversar y ayudar en sus quehaceres á las mujeres que hasta entónces estaban á cargo de la casa, en los que él debía reemplazarlas.

Así es que hasta el fin de la semana, lo pasó sumamente divertido.

El Lúnes, que fué el primer dia que se hizo cargo de su obligación, observó una fuente de recursos que hasta entónces no había sospechado.

El abría temprano el Casino, miéntras la mujeres, que habían estado levantadas hasta tarde, dormían profundamente.

Siendo la dueña de la casa la última en irse á acostar, era tambien la última en levantarse.

De modo que, desde las siete de la mañana hasta las doce del dia, era Lanza el dueño de casa, pudiendo hacer lo que le diera la gana, sin que nadie se impusiese de ello.

Como los precios en estas casas eran generalmente subidos, poco se hacía durante el dia en el despacho de bebidas.

El negocio se desenvolvía á la noche, con la concurrencia de los calaveras que poco miran el precio que les hacen pagar con tal de pasar un buen rato.

Calle sumamente pasagera y frecuentada por gentes de trabajo en las primeras horas de la mañana, bajando los precios tenía que hacerse negocio.

Y esto fué lo que Lanza hizo desde el primer día, cobrando un precio arreglado al pelaje del consumidor.

De las copas que despachase por la mañana nadie podría tomarle cuenta, porqué él solo estaba á cargo del negocio.

De modo que podía guardarse impunemente la mitad de su importe.

Descubierto el plan, el jóven empezó á explotarlo desde el primer dia.

Así es que los primeros clientes que cayéron aquella mañana, gente de trabajo que pasaba para el rio, no pagáron sinó el precio moderado que se paga en todas partes.

Estos fuéron muy pocos, serían muy pocos tal vez en la primera semana, pero ellos pasarían la palabra de los precios moderados, y en un mes la clientela de la mañana, que en ningún caso podía ser la de la noche, aumentaría considerablemente.

El primero y segundo dia que Lanza estuvo al mostrador por la mañana, solo vendió cinco ó seis copas de diferentes bebidas, que al precio que él las había puesto, solo produjéron unos seis ó siete pesos, que entregó religiosamente á la dueña de aquel boliche espantable y sui géneris.

Desde el tercer dia la clientela de por la mañana empezó á aumentar sensiblemente.

A las doce, las mujeres se levantáron, porqué era la hora en que les llevaban el almuerzo de un fondin del barrio.

Y se sentaban á almorzar, guardando su parte á la patrona, que jamás se permitía levantarse ántes de las dos de la tarde.

Era esta una italiana buena mozona, pero bastante vieja ya, más desconfiada que un tuerto y tan brava como un agí cumbarí.

Las cuatro muchachas que tenía allí para el despacho, le temblaban, y vivían pendientes de su menor indicación, sin atreverse jamas á contradecirla ni por broma.

Este modo de ser, naturalmente tenía que provocar una alianza defensiva y ofensiva de las muchachas con Lanza, aunque á éste lo trataba con otro género de consideraciones y con bastante amabilidad.

Es, que la vieja se sentía amorosamente inclinada al jóven y quería hacerse amar por él.

Lanza comprendía todo el juego y aspiraciones de la vieja, y haciéndose el zonzo trataba de aumentar aquella pasión cuanto le era posible.

—Gracias á Dios, exclamaba doña Emilia, que así se llamaba la patrona, gracias á Dios que tendré un persona que mire por mis interéses, agregaba mirando á Lanza lánguidamente.

Y podré salir sin cuidado de ningun género, porqué quedando tú en la casa, será lo mismo que si yo hubiese quedado.

Como era natural, Lanza se inclinaba á una tal Anita, la más jóven de las muchachas, que lo miraba á su vez con ojos tiernos y querendones.

Anita se levantaba más temprano que sus compañeras, y así se daba tiempo de conversar con Lanza todas las mañanas, sin que nadie pudiera apercibirse de ello.

Había que ocultarse de doña Emilia y de las compañeras, porque si la patrona llegaba á oler esta aventura, los plantaría en la calle sin más trámite.

Y esto, si nada importaba á Anita, para Lanza sería sumamente perjudicial, porqué lo pondría en su situación más violenta.

Así los dos jóvenes conviniéron en amarse sin que doña Emilia lo pudiera sospechar siquiera, miéntras Lanza se ponía al corriente del negocio, lo suficiente para abrir una casa igual, que podía quedar á cargo de Anita.

En poder de doña Emilia, aquel negocio no podía ser más productivo.

Las mercaderías de que estaba surtido el Casino, y que eran solo bebidas, las compraba ella á plazos, dando pagarés que iban garantidos por una buena firma; la firma de unos parroquianos muy asíduos de la casa en altas horas de la noche.

A su vencimiento, los pagarés no eran cubiertos por doña

Emilia, que nunca estaba en fondos, pero los pagaba el que había dado la firma, sin decir una palabra.

De modo que doña Emilia ni llevaba libros, ni se preocupaba en saber cuanto ganaba en las bebidas.

Su única ocupación era recoger de noche el dinero que se había hecho, y darle el empleo que se le antojaba.

Lanza podía así distraer el importe de todas las copitas que quisiera, sin que nadie lo sospechara.

De noche engañaba á la vieja haciendo un gasto formidable de amorosa elocuencia y por la mañana recreaba su espíritu en el fresco amor de Anita, que le quería con locura.

Con la rebaja de los precios, la clientela de por la mañana y aun la del dia, había aumentado muchísimo, con gran alegría de doña Emilia que se echaba al bolsillo unos cincuenta pesos diarios, sin perjuicio de los otros cincuenta que Lanza guardaba para sí.

Lanza no podía pasar una vida más regalada y más productiva.

Los amores de doña Emilia le proporcionaban todo género de atenciones, cuidados y regalos.

Un dia una docena de pañuelos, otro una corbata y otro una órden para mandarse hacer un traje en tal ó cual sastrería.

La vieja quería que su amante anduviera bien paquete y hasta solía regalarle una que otra alhaja.

—Ya ves que el amor de la vieja nos conviene, decía él á Anita, y que vale la pena de soportarle sus impertinencias amorosas.

Porqué Anita solía darle famosas quejas sobre preferencia, y era necesario tenerla contenta.

Una gresca entre ambas, hubiera podido producir un cataclismo de primera fuerza que no le tenía cuenta afrontar.

Así es que enjugándole las lágrimas, le decía:

—Es preciso que tengas paciencia, en bien de nuestra felicidad futura.

Con hacerle creer á la vieja que la quiero, en nada te perjudico, desde que te pertenezco en cuerpo y alma.

Ten paciencia, y verás qué bien nos vá.

Y con tal cautéla procedían los dos jóvenes, que ni las otras muchachas llegáron á sospecharse lo que se pasaba.

Nunca la casa había marchado en mayor órden y producido más dinero, llegando doña Emilia á confesarle que estaba tan contenta, que si no habría sido por el que garantía los pagarés, que, al fin y al cabo era quien los pagaba, lo habría hecho su sócio.

Lanza pasaba una vida sumamente tranquila, lo que concluía de persuadir á doña Emilia que estaba enamorado de ella.

No salía á la calle sinó por comisiones de la casa, y empleaba para ellas el menor tiempo posible.

Se pasó el primes mes, y Lanza recibió como sueldo cuanto dinero quiso.

—No te apures por sueldo, le dijo doña Emilia un dia, alucinando su espíritu con una promesa formidable.

—En cuanto juntemos lo necesario para podernos manejar solos, vá al diablo el de los pagarés y planteamos un negocio como á tí te dé la gana.

Cuanto yo tengo es tuyo, y puedes disponer de ello como quieras, ¿á qué te has de afligir por sueldos entónces?

Aquella revelación fué para Lanza el colmo de la buena estrella.

Con la garantía de aquel imbécil haría comprar á doña Emilia partidas grandes que hasta podría revender al contado y se iría haciendo de un capital fuerte.

Todos estos eran gajes que su amor le proporcionaba, sin contar con sus sueldos que serían la mitad ó el total de los haberes de doña Emilia.

Lo importante era seguirla engañando, porqué así poco á poco, podía rehacer su perdido equipaje, sin desprenderse de un solo centavo.

Anita sabía todo esto, conocía todos los planes de Lanza, y aunque ello algunas cosquillas le hacía, lo soportaba por la cuenta que le tenía.

Doña Emilia, confiaba en el amor de Lanza; por su propia conveniencia ni siquiera se preocupaba de que pudiera engañarla.

Como lo veía tan tranquilo en casa, sin salir á parte alguna, lo que ménos se figuraba era que pudiera engañarla en la misma casa, porqué ninguna de las muchachas se había de arriesgar á ser echada á la calle, por hacerle traición con su amante.

Lanza empezó á trabajar en el ánimo de doña Emilia, su proyecto de grandes compras de bebidas, no solo para tener un buen depósito en la casa sinó para revenderlas á su vez al contado á los hoteles y demás casas que pudieran necesitarlas.

Como él se encargaría de la venta y la cobranza, seríale sumamente fácil retener el dinero y hacerse fuerte con él, en el caso que la situación apurara.

Cuando doña Emilia salía á sus paseos, Lanza quedaba encargado de la casa y comprometidas las muchachas á obedecerle como á ella misma en todas sus disposiciones.

Para el caso en que si algo sabían de sus amores con Anita

no le fueran á avisar á doña Emilia, por conveniencia propia, cuando esta faltaba, Lanza las trataba á cuerpo de princesas.

Abría para invitarlas, las mejores botellas de vino y compraba para ellas mil golosinas.

Así las muchachas eran las primeras defensoras de Lanza y en un caso de apuro ya hubieran ellas encontrado razones para justificarlo.

A los dos meses de estar en la casa, Lanza estaba apoderado por completo de la confianza de doña Emilia, que no tenía más voluntad que la suya.

Fuera de los regalos que de ella recibía, había hecho un aparte como de diez mil pesos y solo esperaba el momento oportuno para dar el gran golpe, el golpe á que aspiraba, para abrir una casa en sociedad con Anita.

Pero el amor de esta jóven, amor resignado é intimo, debía ser el enemigo que había de dar en tierra con todos sus planes en el momento más crítico.

Veamos como sucedió aquel descalabro.

Su amor por Lanza había aumentado de tal manera, que aquella situación se le hacía insostenible.

Si no hubiera sido porqué pensaba que pronto terminaría aquello, y por no echar á perder los planes que con tanto trabajo había formado Lanza, la jóven Anita habría estallado cincuenta veces ya.

Las miradas apasionadas que lanzaba doña Emilia sobre su Carlos, la irritaban de una manera profunda.

Y aunque supiera que estaban hablando de negocios, cada vez que los veía juntos no podía dominar sus celos.

Sus compañeras, á consecuencia de sus lamentos y sus frecuentes llantos, llegáron á imponerse de sus amores, pero le guardáron secreto no solo por una contemplación hácia ella, sino porqué no les convenía que Lanza saliera del Casino.

Sola doña Emilia en el Casino, volvería á su vigilancia insoportable y no tendrían ya el menor momento de expansión.

Todas ellas tenían su amor y su simpatía, que Lanza les permitía recibir y aun invitar gratuitamente con la copa, á horas en que doña Emilia no podía imponerse de ello, ya por estar durmiendo, ya por andar de paseo.

Así en el interés de todas estaba sostener á Lanza y ocultar cualquier cosa que pudiera hacerle quebrar platos con la patrona.

Así todos estaban confabulados para dar contra los intereses de doña Emilia, que nunca los creyó mejor garantidos.

Es que doña Emilia hábilmente engañada por el jóven, había

concluído por perder los estribos completamente, dejándose dominar en absoluto por el jóven.

Ya no pensaba más que en él, al extremo de que no salía á la calle sin traerle un regalo, por insignificante que fuera, porqué lo que ella quería era demostrarle que nunca había dejado de pensar en él.

Apurada Anita y llena de celos, quería precipitar siempre el desenlace de todo aquello, pero él la contenía siempre demostrándole que aun no era tiempo.

—Es que tú la quieres á doña Emilia, le decía llorando, y no te resuelves á separarte de ella.

—No seas niña, respondía Lanza, yo no puedo querer á una vieja que puede ser mi madre, ménos cuando mi cariño está lleno por una jóven hermosa como tú.

Lo que hay es que no me conviene precipitar los sucesos, ni te conviene á tí misma

Precipitándose á esta altura de mi trabajo, se echaría todo á perder y nos llevaría el diablo.

Pero Anita lloraba y seguía sosteniendo que el jóven quería á doña Emilia.

¿Quién convence á una mujer celosa?

Era inútil toda argumentación en ese sentido, y Lanza tenía que concluir por enojarse con Anita, cuyas últimas palabras eran siempre estas.

—Tú quiéres á doña Emilia y no te atreves á separarte de ella.

Si no la quisieras ya te habrías apurado á concluir todo y á irte conmigo sin que ella se apercibiese del engaño.

Tanto para complacer á Anita como para estar preparado á todo evento, Lanza había alquilado una pieza en la calle del Parque, una de aquellas piezas que se alquilan bajo el honesto viso de « para hombres solos ».

Un rompimiento de golpe podía traerle sérios trastornos para sacar de allí sus efectos, y era preciso ponerse al abrigo de toda dificultad.

Así, poco á poco iba sacando sus cosas y llevándolas al cuarto, cuando doña Emilia salía á sus paseos y lo dejaba encargado de la casa.

Anita también iba mandando allí su mejor ropa, para estar prevenida á una echada brusca, y esto la tenía más confiada y contenta

Si Lanza no la quisiese, si no tuviese el proyecto de huir con ella, no hubiera alquilado aquella pieza, haciendo llevar allí sus mejores efectos.

Bien empilchados, porque doña Emilia no escaseaba en sus

regalos, no tenían más que pensar en el negocio que se proponían establecer juntos.

Esto consoló y contuvo mucho á Anita, mirando con cierta tranquilidad las relaciones de su amante con la patrona.

Cuando ya todo estaba por concluirse, cuando Lanza todo lo tenía preparado para un buen golpe de engaño á doña Emilia, los celos de Anita viniéron á echarlo todo á perder.

Como Lanza daba su última mano de seducción á la vieja, aquellos días se había vuelto más atento y complaciente que nunca.

No andaba sinó adivinándole el pensamiento á la vieja y atendiéndola cariñosamente en todo, demostrándole á cada paso y de una manera exagerada todo el amor que por ella tenía.

Aunque Anita estaba préviamente prevenida por Lanza, que redoblaba por ella todos sus cariños cuando doña Emilia no podía verlos, sintió estallar nuevamente sus celos y volvió á sus llantos y sus temores, sin querer oir las razones y súplicas de Lanza.

Este, desesperado y temiendo que Anita le echara á perder todos sus afanes y trabajos de dos meses, llegó á amenazarla de la siguiente manera:

—Mira, si por una estupidez tuya la vieja se apercibe de lo que pasa, yo te juro que no me vuelves á ver más la cara.

Esta amenaza léjos de calmar los celos de Anita, los aumentó más todavía.

Temerosa de que Lanza fuera á cumplir su amenaza, se calló la boca y disimuló, conteniendo mal la ira que sentía estallar en su espíritu, jurando que se había de vengar de lo que ella llamaba la traición de Lanza.

Aquellos celos reconcentrados estalláron por fin de una manera poderosa, dando sus frutos de ruínas para el jóven, y provocando en el interior del casino una escena formidable.

Un Domingo doña Emilia había sido invitada á pasear á Belgrano, donde se festejaba el cumpleaños de una amiga que había convidado con igual objeto á todas la suyas.

Doña Emilia se fué temprano, después de haberse despedido cariñosamente de Lanza hasta la tarde, encargándole el cuidado de la casa.

La pobre vieja estaba cada vez más enamorada de Lanza y no podía ver sin extremo placer las atenciones de que este la colmaba.

Nunca se sospechó que un jóven tan buen mozo se enamorase de ella á aquel extremo.

Sin vacilación alguna habría hecho cuanto este le hubiera mandado.

Lanza, sabía que doña Emilia no volvería hasta la tarde y

que tenía libre todo el día para entretenerse de la mejor manera que le pareciera.

Como lo que más ambicionaba era tener contenta á Anita, encontró que si la patrona se divertía, era muy justo que las muchachas se divirtieran también.

Se fué á la fonda de donde les servían la comida y encargó un almuerzo de primera fuerza, al que fueron invitados los novios de las otras muchachas.

Así, á las once de la mañana y una vez cerrada la puerta del casino para no ser molestados con las majaderías del despacho, se sentáron á la mesa suculentamente servida.

Todos estaban contentos, y el almuerzo empezó en medio de una alegría creciente.

Lanza abría las botellas del mejor vino de la casa y se bebía en una abundancia creciente.

Por el momento Anita había olvidado todos sus celos y mortificaciones, entregándose al íntimo placer de almorzar con Lanza tan libremente.

Las botellas se abrían y se destripaban con un entusiasmo creciente, al extremo de que era la una de la tarde y la farra estaba cada vez más animada y más suntuosa.

En el momento de tomar el champagne, el entusiasmo había llegado á su colmo.

Y Lanza empezó á notar con cierto desasosiego, que las cabezas no se hallaban muy serenas y que la misma suya empezaba á vacilar de una manera que nunca había sentido.

Por esta razón suspendió el vino, á pesar de la general protexta, sirviéndose el café acompañado del correspondiente chartreuse

Este licor traicionero era el que debía producir los estragos que no había podido hacer el vino bebido con aquella abundancia.

Lanza se apercibió con profundo disgusto que dos de las muchachas estaban perdidamente borrachas, y como pedían con ademán imperioso se les sirviese más licor, tuvo que dar por terminada la farra, con gran pesar de los invitados que habían pensado pasar todo el día de aquella manera agradable y cuyas cabezas no se hallaban tampoco muy serenas.

Pero era preciso considerar que ya era tarde, que doña Emilia podía llegar de un momento á otro, y que era imprescindible que á su vuelta no hallase nada que la hiciera sospechar lo que allí había pasado.

Lanza llamó al mozo de la fonda que llevó toda la loza y demás vestigios de la fiesta, quedando todo en el mayor órden, para lo cual Lanza tuvo que despedir á los diabólicos invitados

de una manera terminante y haciéndoles presente que si doña Emilia los hallaba allí á su vuelta, se perderían todos y la alegre fiesta entónces no podría repetirse.

Los invitados, cediendo á aquel cuerdo razonamiento, se retiráron.

Pero Lanza vió con espanto algo con lo que no había contado y que era un peligro imposible de evitar, porqué no tenía remedio.

Las cuatro muchachas estaban borrachas de una manera formidable, y no era esto lo peor, sinó que á Anita le había dado la tranca por dejar estallar sus celos y hablar iniquidades de doña Emilia, iniquidades graciosísimas que las otras festejaban con alegres carcajadas.

¿Cómo evitar semejante peligro? ¿cómo convencer á las borrachas y hacerles ver la conveniencia de permanecer tranquilas?

Si Anita seguía así, en cuanto entrara doña Emilia se produciría el escándalo, y se descubriría el pastel.

Para conjurar este peligro, Lanza pensó que no tenía otro remedio que concluir de emborrachar á Anita para que se durmiera y no hablase, pero se encontró con una dificultad maldecida.

El licor había repugnado á Anita y ésta se negaba á beber más.

Para concluir de empantanar la cosa, se presentó en el casinito uno de aquellos tercétos de arpa, violín y flauta que se ván ya perdiendo entre nosotros, y las muchachas lo hiciéron entrar al patio, para completar la fiesta del día con un poco de baile.

Lanza se agarró de los cabellos y se los sacudió con fuerza; su situación no podía ser más desesperante.

Sin embargo, pensando que el baile concluiría de emborracharlas haciéndolas dormir, Lanza consintió en que tocaran la música, puesto que de todos modos no tenía otro remedio, y empezó á incitarlas para que bailaran.

Las cuatro muchachas, al compás de un alegre valse, empezáron á dar en el patio formidables volteretas.

Pero la bebida consumida, si bien les había hecho perder la chabeta, no lograba tumbarlas del todo como Lanza pretendía.

Pero algo había ganado con aquello.

Anita parecía haber olvidado sus ideas celosas y revolucionarias, no pensando más en doña Emilia y sus venganzas.

Ya esto era bastante para la tranquilidad del desesperado Lanza

Al oscurecer, doña Emilia no había vuelto todavía, y las trancas algo se habían disipado.

Anita era la más borracha, porqué era la que más había be-

bido, pero estaba tranquila y se mostraba más obediente á las caricias de Lanza.

El momento temido y tremendo llegó por fin.

A las ocho de la noche se presentó en el casino doña Emilia, que no venía más serena que sus muchachas.

Era tal el dominio que ejercía sobre ellas, que al verla todas se sosegáron, tratando de disimular aquella tormenta de alcohol que tenían en la cabeza.

—Nosotros también hemos estado de fiesta, le dijo Lanza, para atajar con tiempo cualquier cargo.

Estuviéron unos jóvenes que pagáron algunas botellas de champagne y no lo hemos pasado mal, sin contar el buen negocio.

Como doña Emilia no venía en estado capaz de apreciar el estado de aquellas cabezas, todo prometía marchar bien.

Pero el diablo del amor metió la cola y lo echó todo á perder

Olvidando toda prudencia, por la pasión que Lanza le inspiraba y turbada por el vino, doña Emilia se acercó al jóven y le dió un fuerte abrazo, en medio de las más cariñosas expresiones.

Lanza devolvió el abrazo á doña Emilia, haciéndole notar su imprudencia en voz baja.

Anita, á quién la vista de doña Emilia había excitado de una manera poderosa, pensó que aquellas palabras que el jóven le decía al oído eran palabras de amor, saltó sobre ellos como una leona.

No podía desencadenarse la tormenta de una manera más impetuosa.

Anita, trémula por la ira que la dominaba, con los ojos dilatados por el despecho y los celos, se prendió de doña Emilia y la arrancó del lado de Lanza con una fuerza que no se habría sospechado en ella.

Lanza quedó un momento embargado por el asombro, y sin darse exacta cuenta de lo que le pasaba.

Aquella era su ruina ineludible, porqué era inevitable la escena terrible que iba á seguirse.

Doña Emilia, qué no se esperaba agresión semejante y cuyas piernas no estaban más firmes que su cabeza, tomada de improviso, dió dos vueltas en el aire y fué á caer sentada en el suelo.

Las otras muchachas al ver aquello soltáron una estruendosa carcajada y una de ellas se puso á aplaudir frenéticamente, miéntras doña Emilia, enredada en su sombrilla, abanico y demás accesorios de paseos, trataba de ponerse en pié sin poderlo lograr

Lanza, aturdido aún, no sabía á quién acudir primero, si á

doña Emilia para ayudarla á levantarse, ó á Anita que lo miraba alternativamente de una manera amenazadora.

Trató de disimular cuanto pudo, y poniéndose del lado de su conveniencia, se precipitó á ayudar á doña Emilia á levantarse, miéntras murmuraba á su oido:

—Esa infeliz está borracha perdida, no sabe lo que hace.

Doña Emilia logró al fin ponerse de pié, pero en un estado lamentable y ridículo.

La gorra se le había venido sobre las narices y su trenza postiza á medio desprender, caía sobre un hombro en una expresión risueña.

—¡Ah! ¡borrachona infame! gritó la patrona viniéndose sobre Anita; yo te voy á enseñar á armar barullo, ¡grandísima puerca!

Y la tomó de un brazo, tratando de llevarla adentro.

—¡La puerca y la borracha y la cochina es usted! gritó Anita lívida de corage y forcejeando para arrancarse de las manos de doña Emilia.

¿Qué se figura la sinvergüenza que á mí me vá á quitar mi amante?

Le he de romper el alma á botellazos y le he de arrancar los ojos.

Mi amante no es para que nadie lo manosee en mis narices, como si yo fuera un cajón de basura.

¿Y por quién? ¡por una vieja borrachona y ridícula que no tiene más atractivo que la plata!

¡Já, já, já, já!

Y soltó una carcajada nerviosa.

El bochinche estaba armado.

Las otras muchachas lo contemplaban muertas de risa y daban la razón á Anita, añadiendo otros insultos á los que esta lanzaba á doña Emilia.

Algunas personas que pasaban se habían detenido sonrientes al contemplar la grotesca escena.

Lanza, comprendiendo que el casino se iba á llenar de gente que aumentaría las proporciones del escándalo, se fué á la puerta y la cerró rápidamente, volviendo al interior para tratar de apaciguar á Anita que era la más exaltada y que no cesaba en sus insultos.

—Es mi amante, perra vieja, le decía, y yo tengo sobre él los derechos que dán el cariño, la juventud y la hermosura.

No quiero que ninguna vieja asquerosa se limpie en él la trompa, y en mis narices, como si yo fuera una perdida capaz de soportar esto.

—¡A la cama, bribona, á la cama! gritaba doña Emilia fuera de sí; ¡á la cama, maldita! y tironeaba á Anita pretendiendo arrastrarla á su cuarto.

Y las dos forcejeaban y tambaleaban sin salir de la sala.

—¡Ayúdame Carlos, ayúdame! gritó doña Emilia, sintiendo que la jóven la vencía.

—¡Toma, Carlos! ¡toma, ayúdame! gritó á su vez Anita, y empezó á sacudir á doña Emilia un diluvio de puñetazos y arañazos, que ésta por su parte empezó á devolver réciamente.

El escándalo se había convertido en una verdadera batalla.

Aturdido y desesperado Lanza, acudió á separarlas, agarrando fuertemente á Anita para que no siguiera sacudiendo á doña Emilia.

Y esta que se vió tan eficazmente ayudada, se prendió de los cabellos de la jóven, como indio que loncotea.

—¡Estate quieta! le decía Lanza miéntras la contenía, ¡estate quieta, por Dios, que vá á venir la Policía!

—¡Déjame, que me mata! gritaba Anita, ¡déjame, que me despedaza!

Y eran realmente formidables los puñetazos que doña Emilia sacudía á la jóven.

La sangre había empezado á correr con abundancia de la chocolata de las combatientes, cuyas caras parecían un tejido de arañazos.

Y Lanza rodaba por el suelo hecho trenza con ellas y sin poderlas separar.

Las otras muchachas que hasta entónces solo habían sido espéctadoras risueñas, viniéron á tomar parte en la lucha, prendiéndose de Lanza para que éste soltara á Anita y que ésta pudiera sacudirle libremente á doña Emilia.

La lucha entónces tomó proporciones formidables y el escándalo creció de una manera tremenda.

Doña Emilia y Anita, aunque seguían aplicándose sendos puñetazos, ya no se hacían mal, porqué estaban rendidas de fatiga y los brazos ya no tenían fuerza.

Lanza no había salido ménos mal parado, porqué doña Emilia que lo acusaba de ser el culpable de todo aquello, siempre que podía, le soltaba un arañazo de primera fuerza, diciéndole:

—¡Tóma canalla! ¡tóma, traicionero infame! ya que te has puesto en amores con otra, para que así me falten al respeto.

Sabe Dios en qué habría parado todo aquello sin la intervención de una fuerza extraña que por medio del miedo calmáse los ánimos.

De pronto se sintiéron en la puerta fuertes golpes, y una voz imperiosa y breve que decía:

—Abran la puerta al comisario de la sección.

Aquello fué como un sálvese quien pueda.

Cada una de las muchachas disparó para su cuarto, tan rápidamente como se lo permitió la tranca.

Doña Emilia enfiló al suyo, mientras Lanza arreglando rapidamente el desórden de sus ropas y de su cabeza, acudió á abrir la puerta.

El comisario penetró al Casino, seguido de un oficial de calle y la puerta volvió á cerrarse al mundo de curiosos que había en la vereda.

El comisario había penetrado bruscamente y miraba á todas partes creyendo que se trataba de un crímen, creéncia en que lo confirmó el aspecto de Lanza y algunas manchas de sangre que se veían en su ropa.

—¿Qué es lo que ha sucedido aquí? preguntó tomando á Lanza de un brazo, persuadido que aquel era el criminal.

—No es nada, señor, respondió éste en un detestable español; no ha sucedido nada.

—¿Cómo no ha sucedido nada? ¿y las personas que estaban aquí gritando y forcejeando cómo si lucharan?

—Estan en sus cuartos, señor, pero no han hecho nada.

Las muchachas se habían enojado con la patrona y ¡usted sabe lo que son las mujeres! estaban algo pesadas de la cabeza y se han estado insultando.

—¿Y esa sangre? volvió á insistir el comisario, señalando la que se veía en los vestidos de Lanza; ¿y esos arañazos y señales de lucha?

—La sangre es de las narices de las muchachas, que se han dado unos puñetazos.

Los arañones me los hiciéron al querer desapartarlas, pues desde el primer momento traté de hacerlo así.

—Vamos á ver á esas muchachas, dijo el comisario sin soltar á Lanza; así sabremos pronto si es cierto lo que usted dice.

Lanza guió en el acto á comisario y oficial al cuarto de la patrona, que era el primero.

Esta trataba de componer su semblante terriblemente estropeado, y sus ropas hechas girones y llenas de sangre.

La lucha y el miedo infundido por la presencia de la Policía, habían disipado su tranquita, de manera que pudo responder claramente á las preguntas del comisario.

Y le explicó como todo no había sido más que una pelea entre mujeres y por cuestión de mujeres, que ya había pasado.

Presentes las demás, el comisario pudo constatar que era verdad cuanto se le había dicho, causándole profunda gracia el lastimoso y ridículo estado de las combatientes.

Como todo estaba apaciguado y concluído y no había pasado de un escándalo á puerta cerrada, el comisario les aplicó la multa correspondiente, añadiendo la siguiente prevención:

—Tengan la bondad de no empezar de nuevo, porqué si se repite el escándalo, entónces me pondrán en el deber de llevarlos presos.

—No tenga cuidado, señor, que no se ha de repetir, exclamó doña Emilia, contenta de verse tan bien librada.

—Yo respondo del órden al señor comisario, añadió Lanza, pues á la que vuelva á empezar, llamo al vigilante y se la entrego.

Una vez que el comisario se hubo retirado, Lanza volvió á cerrar la puerta y todos se fueron al interior de la casa, para que no pudiera sentirse desde la calle lo que hablaban.

Reunidos todos en una pieza interior y á puerta cerrada, se armó la verdadera discusión, pero más tranquila y ménos contundente, porqué solo se trataba de establecer los hechos y restablecer las posiciones de cada uno.

A las otras se les había pasado la trinca, pero Anita estaba tan borracha como en el primer momento.

Doña Emilia supo entónces como se había producido todo, y muerta de ira y de celos sin saber todavía el estado de la relación de los dos jóvenes, reprendió á Lanza por su proceder.

Fué entónces que Anita le declaró que era su amante, que lo era desde hacía mucho tiempo, y que si le hacía creer á ella que la quería, era tan solo para sacarle la plata y nada más.

Doña Emilia se puso lívida de ira al saber aquello, que tenía que ser cierto puesto que, no solo la jóven lo declaraba delante de Lanza, sinó que las otras corroboraban el dicho de Anita.

—¡Es mentira! ¡son cosas de borrachas! exclamó Lanza, tratando aún de componerlo todo.

—¿Conqué es mentira? gritó Anita fuera de sí; ¿conqué no estabas esperando el poder sacarle la plata para que huyéramos juntos y abrir una casa en sociedad?

Lanza se quedó sin saber qué contestar.

Doña Emilia, ante revelación tan brutal, quedó aturdida, tan aturdida como si el techo se le hubiera caído encima.

Siendo esto cierto, había que agradecer á Anita el peligro de que la había hecho escapar.

Se volvió furiosa contra Lanza, lo llenó de injurias y le intimó que en el acto se mandara mudar á la calle.

Lanza no se conformaba con aquel verdadero descalabro, y trataba de componerlo á toda costa.

Pero Anita daba tales detalles, que era imposible destruirlos.

—El vino no solo la ha emborrachado, sinó que la ha enloquecido, dijo Lanza, porqué solamente loca se pueden decir barbaridades de ese tamaño.

—Conqué ¿yo estoy loca? preguntó Anita, conqué ¿no hace más de dos meses que te ruego que nos vayamos, y tú no quieres porqué todavía no has sacado á esta vieja loca lo que necesitamos?

Ya es inútil negar, Lanza, porqué todo está descubierto.

¡Y la perra vieja que se figuraba que por su linda cara, este la quería y le hacía el gusto en todo!

Y yo sufriendo y mordiéndome de rabia por un poco de plata más o ménos.

Ya eso no se podía aguantar, y alguna vez era necesario que yo estallase y me dejase de llorar en silencio.

—Pero yo no puedo creer semejante cosa, gritaba doña Emilia fuera de sí: ¿cuándo han podido entenderse que yo no los hubiese visto al momento?

—¡Miren la vieja ridícula! ¿y cuándo duerme? ¡y toda la mañana entera, desde las ocho hasta la hora de almorzar!

—¡Entónces sos un canalla, y me has estado engañando para robarme! gritó doña Emilia fuera de sí y dirigiéndose á Lanza.

Así pagabas el amor que te tenía y todo el bien que te he hecho, matándote el hambre y cubriéndote las carnes desnudas.

¡Fuera de mi casa, canalla, y no me vuelvas á poner los piés donde yo esté!

—Miren que figura para insultar, dijo Anita, saliendo en defensa de Lanza.

¿Y qué crée la vieja estúpida que se puede aguantar un amor semejante sin algún interés?

Demasiado bueno ha sido el pobre en no tocarle el pescuezo. ¡burra vieja loca!

Y se fué nuevamente sobre doña Emilia, con ánimo de renovar la lucha.

—¡Por Dios! que vá á volver la policía y nos vá á embromar á todos! exclamó Lanza lanzándose al medio de las combatientes y logrando separarlas.

Al tenerlo cerca, doña Emilia le tiró dos arañazos formidables, lo que concluyó de irritar á Anita, que, logrando escaparse un momento de los brazos de Lanza, dió á doña Emilia tal trompis, que le hizo saltar la chocolata.

Como de todos modos ya estaba perdido con doña Emilia,

porqué era imposible destruir lo que Anita había dicho, Lanza no tuvo más remedio que decidirse y afrontar la situación.

El amor de Anita bastaba para compensarle el dinero que la tranca de esta le había hecho perder, más cuando ya no era posible soldar la herida inferida al amor propio de la vieja.

Tomó á Anita de un brazo y la llevó á su cuarto, diciéndole cariñosamente:

—Has sido una nécia, porqué de puro apurada y sin la menor necesidad me has hecho fracasar todos mis planes.

Ahora es preciso que estés tranquila para que la policía no intervenga y porqué ya no tienes objeto en meter nuevo escándalo.

Y cuando la vieja no pudo oirle, añadió: yo me voy, porqué el fin ella está en su casa y puede echarme á la fuerza; felizmente, como hemos previsto el caso, me voy al cuarto y allí te espero.

Mañana cuando estés más tranquila y descansada, te vistes y te vas allá; poco te importa si no te quiere entregar esto ó aquello, pues ya has salvado lo que podía interesarte.

—Ahora no me importa nada de nada, exclamó la jóven abrazando á Lanza, porqué ya soy feliz dèsde que te tengo exclusivamente para mí, y te he hecho romper con esa vieja infame.

Ya nada tienes que ver con ella y viviremos juntos el uno para el otro ¿qué puede importarme lo que no me deje llevar, que al fin y al cabo son cuatro trapos locos?

Yo quiero irme ahora mismo contigo, eso es lo mejor.

—Ahora no, ahora no, porqué no estás en estado de salir á la calle y porqué la vieja armaría el escándalo del siglo.

Duerme tranquila hasta mañana, que yo te espero allí en nuestro nido, contento y feliz.

Anita se dejó convencer fácilmente y se acostó á descansar.

La tranca y la fatiga de la pelea, unidas á la agitación del espíritu, la habían postrado de tal modo, que apénas puso la cabeza en la almohada se quedó profundamente dormida.

Lanza volvió entónces al lado de las otras muchachas y de doña Emilia, queriendo todavía disculpar la actitud de Anita, asegurando que eran cosas de borrachas lo que había pasado, pero esto solo sirvió para exasperar más á la vieja.

Miéntras él hacía acostar á Anita, las otras muchachas habían referido á la patrona toda la historia de los amores de Lanza y la manera como evitaban ser descubiertos.

Y la pobre vieja, no pudiendo soportar el dolor del desengaño, se había puesto á llorar amargamente.

El amor de Lanza que ella creía verdadero, en el curso de su vida amorosa, constituía para ella una felicidad tan grande, que

no podía resolverse á perderla de la noche á la mañana y cuando más segura se creía.

Así es que cuando vió volver á Lanza, toda su ira se trocó en sentimiento y empezó á reprocharle su proceder de la manera más amarga.

—Lo que has hecho conmigo es perverso, es malvado, le dijo, y no has de tardar en lamentarlo tú mismo, porqué es esa misma Anita por quién me has engañado, la que ha de castigarte.

Esa es una criatura maldita y viciosa de quien no has de ser la primera víctima, ni la última tampoco.

Dentro de poco no más te ha de abandonar por algún otro que halague más sus pasiones depravadas ó su amor desmedido al dinero, y si es verdad que la quieres, probarás entónces lo que vale un desengaño del corazón.

Yo no te ódio, Lanza, por lo que haces conmigo, pero yo te digo que Anita será la encargada de vengarme.

Siento no más que me hayas engañado, porqué yo te quería y por ti hubiera hecho todos los sacrificios de la vida.

Y rompió á llorar con más amargura que nunca.

La escena cambiaba por completo, trocándose en elegíaca, después de haber sido eminentemente guerrera.

El mismo Lanza estaba conmovido ante el dolor verdadero de la vieja.

—Si yo te echo de mi casa, añadió ella, no es por hacerte mal, ¡líbreme Dios de ello! te he querido demasiado para eso.

Te pido que te vayas y que te vayas ahora mismo, primero porqué tu vista me haría un mal espantoso, y segundo porqué tu presencia aquí renovaría el escándalo á cada momento.

Esa muchacha es muy insolente y no la he de retener conmigo; en cuanto encuentre donde estar, saldrá también de mi casa, no tengas duda.

Tan profundo era el dolor de la vieja, que el mismo Lanza se sentía conmovido, á pesar de la expresión ridícula que ofrecía la cara de aquella, llorosa, tierna y surcada de arañazos y mataduras.

Era el dolor elevado á su categoría más cómica.

Las otras muchachas hacían esfuerzos formidables para contener la risa que estallaba en sus fisonomías.

Todas tenían esa malquerencia del empleado al patrón que lo trata mal, y miraban con un placer íntimo el descalabro sucedido.

Lo único que sentían era que la ida de Lanza importaba para ellas muchos días de placer perdido.

—Por Anita no hay nada que temer, dijo Lanza, porqué duer-

me profundamente, y de una tranca como la que ella tiene no se sale en veinte horas de sueño

Sin embargo, si usted lo exije me iré ahora mismo; en cualquier parte se puede pasar una noche.

—Puedes quedarte hasta la madrugada, sollozó doña Emilia, que así siempre será ménos el escándalo.

Pero es preciso que cuando esa puerca se levante no te encuentre en casa.

El Casino se abrió aquella noche muy tarde, y eso para los parroquianos de mayor confianza solamente.

Doña Emilia no estaba en estado presentable y ganó su cuarto diciendo que estaba enferma y mandando se dijera igual cosa de Anita.

Como el escándalo había sido famoso y había trascendido en el barrio, todos sabían ya que en el Casino se había producido una *barufa* de primer órden, y todos exigían de la cosa los mayores detalles, detalles que las otras muchachas daban, descalabradas de risa.

Lanza creyó prudente concluir con la jarana, porqué tenía que arreglar sus cosas, y cerró el Casino á la hora en que otras noches la concurrencia estaba en su apogeo.

A medida que pasaba el tiempo, lamentaba más la lijereza de Anita.

Ocho días más de paciencia y él podía haberse retirado del Casino llevándose una buena suma, que doña Emilia no habría tenido inconveniente en aflojarle.

Sin embargo, este contratiempo hasta cierto punto estaba compensado con el placer que le causaba la posesión de Anita, á la que amaba cada vez más, porqué aquel mismo escándalo no era otra cosa sinó la consecuencia del amor que le tenía la jóven.

Esta, como lo había previsto Lanza, no se despertó en toda la noche.

Estaba narcotizada por la bebida y el cansancio.

Lanza estuvo arreglando sus baúles todo el resto de la noche, y acomodando entre ellos y sin que nadie lo viera, algunas prendas de Anita, que doña Emilia podía oponerse á qué fueran sacadas.

Cuando amaneció, todos dormían; la misma doña Emilia había sida vencida por aquel día de emociones para ella y dormía profundamente, á juzgar por sus ronquidos que se oían de todas las piezas.

Cuando hubo amanecido y hubo empezado el movimiento de la calle, Lanza llamó dos changadores, é hizo trasportar con ellos

su equipaje á su cuarto de hombre solo, que desde aquel día se convertiría en nido de amor.

Esto le iba á traer algunas dificultades, desde que él había alquilado *para hombre solo*, pero eran dificultades pasageras y fáciles de remediar.

Ya Lanza iba conociendo el país lo bastante para perder ese miedo feroz que al principio había tenido á la autoridad policial.

A las ocho de la mañana ya estaba instalado en su nido, esperando la llegada de la gentil Anita y preparándolo todo para que á su llegada no tuviera la menor dificultad ni la más simple incomodidad.

Eran las doce del día cuando llegó esta sonriente y llena de alegría, seguida también de sus baúles.

Las luchas y arañazos de la noche anterior habían alterado algo la plácida belleza de su fisonomía, pero esto también era pasagero.

DONDE LAS DAN LAS TOMAN.

La salida de Anita no se había producido sin inconvenientes.

Doña Emilia se hallaba ya levantada y la pelea y los arañazos se habían reproducido aunque en una forma más leve, porqué al fin era de día y un escándalo sério á aquellas horas no estaba en la conveniencia de ninguna de las dos.

Doña Emilia no pensó que Anita se iría en aquel día, porqué no tenía donde ir.

Pero ésta le declaró que se iba con Lanza, que la esperaba en una pieza tomada hacía mucho tiempo con aquel objeto.

Y esto fué lo que motivó las nuevas iras de la vieja y produjo los últimos moquetes que se cambiáron.

Al principio se negó á dar dinero alguno á Anita, pero como ésta la amenazara con un escándalo en que tuviera que intervenir la policía, transigió al fin y le arregló su cuenta, á su modo, por supuesto, pero se la arregló al fin.

Quiso desquitarse en la ropa ó algunos objetos cuya propiedad podía alegar, y fué entónces que pudo convencerse que todo había sido hecho de acuerdo con Lanza, quién debía tenerle alojamiento, adonde le había trasportado cuanto faltaba de allí.

No podía convencerse de una manera más palpable.

Al ver que cuanto le había dicho Anita la noche anterior era rigurosamente exacto, y que ella había estado siendo víctima de ambos, no pudo contener su ira y le soltó un par de moquetes que le descompusiéron la gorra y demás prendas de su traje.

—No importa, ¡perra vieja! le gritó Anita, no pudiendo de-

volverle los puñetazos, porqué doña Emilia ganó su cuarto; no importa, porqué más te duele el hecho de que yo ahora me voy con mi Lanza, que nunca te ha querido para otra cosa que para burlarse de tí como mereces.

Y salió del Casino dirigiéndose adonde sabía que la esperaba su amante.

Este lo tenía todo preparado cuando ella llegó; todo estaba en el mayor órden, los baúles, la ropa y los poco muebles que compró en los días anteriores.

Lanza era feliz, todo lo feliz que podía ser un hombre en su situación un poco falsa.

Tenía dinero, un alojamiento suyo y el amor de una mujer hermosa que había demostrado quererlo con idolatría.

No había que dormirse sobre aquellos laureles, bien lo sabía Lanza; tenía que buscarse una nueva ocupación, pero ¡qué diablo! por el momento nada lo corría y podía hacerlo con el mayor descanso.

Por el momento no tenía que aflijirse; harto tendría en que entretenerse con el amor de Anita que, apénas entró, se precipitó á sus brazos diciendo:

—Gracias á Dios que al fin estoy en mi casa, que puedo decir mi casa, que nadie puede venir á molestarme ni á insultarme ni tratarme como á su sirvienta.

¡Libre, libre y pudiendo llamarme dueña de mi casa, dueña absoluta aunque sea de un rincón miserable! ¡así comprendo yo que pueda estimarse en algo la vida!

¡Me parece un sueño que pueda verme yo libre y dueña de una casa!

—No solo dueña de la casa sinó de un hombre que vivirá por tí y para tí.

Yo he de hacer todo lo que esté al alcance de mi mano para hacerte feliz la existencia, agregó Lanza con acento enamorado.

No tengo nada en el mundo que me preocupe más que tú felicidad.

Por tí y para tí vivo, Anita, y no te daré motivo, yo te lo juro, sinó para bendecir el momento en que me has conocido.

Aquel primer día se pasó entre mil caricias y proyectos de todo género, en burlarse de las tragaderas de doña Emilia que había creído en el amor de Lanza, y en lamentar éste la precipitación con que había procedido Anita.

—¿Y cómo le iba á permitir á esa perra vieja que viniera á abrazarte en mis narices, decía ésta, y hacerse prodigar caricias que, aunque falsas, siempre eran caricias?

Esto era más fuerte que mi buena voluntad y todos los buenos propósitos que me animaban.

—En fin la cosa está hecha y no hay más que conformarse con ella; pero es una lástima que por no haber tenido un poco más de paciencia no le hayamos sacado á la vieja una buena cantidad de dinero.

—Bueno, como no tiene remedio, pensemos en nosotros no más, dijo Anita; pensemos en nosotros que ya tenemos ganado lo principal viéndonos libres y dueños de nosotros mismos.

Lanza curó los arañazos y golpes que tenía Anita en la cara y que la imposibilitaban para salir á la calle, y se recogiéron esperando al día siguiente para hacer lo más urgente, que era buscar casa, porqué en aquel alojamiento de hombres solos no les habían de permitir pasar mucho tiempo.

Ocho días felices pasáron así, entregados á sus frenéticos amores, sin pensar en otra cosa.

Ya curados los moretones y arañazos, Anita podía salir á la calle sin temor de excitar la curiosidad y la risa de los que la veían, y juntos salían á comer y á almorzar á los cafés de la ciudad ó á los hoteles de los más inmediatos pueblos de campaña.

Pero aquello no podía durar así, y era preciso pensar un momento en el porvenir y preocuparse en buscar nuevas entradas; pronto darían fin con sus recursos y volverían á encontrarse en el desamparo.

Por él poco le importaba, puesto que ya estaba habituado á los grandes apretones.

Pero ahora tenía que pensar en que no estaba solo, que tenía una mujer á quien atender y proporcionarle todo cuanto le hiciera falta.

Era urgente pensar en lo que había de hacer para poder conservar aquel modo de vivir, y á esto tendiéron sus cuidados.

Lanza dió un balance á lo que tenía, y se encontró con una docena de miles de pesos, que si no le servían para emprender negocio alguno, eran suficientes para ayudarse con ellos y asegurarse en cualquier mal tropiezo que pudiera sucederle.

Aquellos doce mil pesos eran lo único que le quedaba á él, después de lo mucho que habían gastado aquella primera semana, sin contar con lo que pudiera tener Anita, que era dinero sagrado para él y en el que ni siquiera debía pensar.

Era preciso entónces renunciar á toda idea de establecerse, porqué aquel dinero no alcanzaba para tales gastos.

—Es preciso que yo piense en buscar trabajo, dijo á Anita, para que nuestra felicidad sea duradera; el dinero que actualmente tengo no nos alcanza para abrir una casa como pensábamos, pero

con lo que yo pueda ganar en adelante ya es distinto, y mucho de bueno podremos hacer.

—Pero es que yo también tengo dinero, respondió ella, y juntando lo tuyo con lo mio, tal vez haya suficiente.

Se juntó lo que Anita tenía, que eran unos seis mil pesos, pero el resultado fué negativo; aquello no les servía sinó para base de un capital mayor.

Si Anita hubiese sido una mujer de trabajo y de arreglo, aquello era un buen principio de fortuna.

Pero desgraciadamente para Lanza la jóven no era así.

Acostumbrada á llenar todos sus deseos con desahogo y á una vida desarreglada y haragana, hablarle de arreglos y de economías, de trabajo y de órden, era hablarle en un idióma completamente desconocido para ella.

El pobre Lanza se había hecho ilusiones desgraciadas á este respecto, y su desengaño iba á ser doloroso.

Anita también había creído que venía á continuar su vida habitual, que nada le faltaría y que podría pasear y divertirse á su gusto, puesto que era completamente libre.

Así es que la primer palabra de trabajo que pronunció Lanza fué para ella el primer desencanto.

Y eso que no se había tratado sino de que Lanza trabajaría para aumentar aquel capital y poder entónces establecer el negocio.

Cuando la jóven supo que aquel dinero que ella creía destinado á paseos y diversiones debía guardarse como capital futuro, no pudo disimular una expresión de descontento que no pasó desapercibida para Lanza, pero que éste no pudo atribuir á la verdadera causa.

Pensó que Anita sentía verlo dedicado al trabajo.

Así es que le dijo cariñosamente; no temas, que esto es pasajero.

Con ese dinero y el crédito que yo puedo tener, verás como salimos de apuros y nos establecemos como tú quieres.

Estas palabras consoláron á Anita y le devolviéron toda su alegría perdida un momento.

—Toma ese dinero que de todos modos es tuyo, porqué para tí lo he atesorado yo, y ya verás que felices hemos de ser.

Lanza empezó á salir á la calle durante el día para buscar trabajo en cualquier cosa.

El jóven solo estaba preocupado del porvenir de Anita y solo pensaba en la manera de tener dinero para halagarle sus gustos y sus inclinaciones.

Lo demás poco podía importarle y su persona era lo último en que pensaba.

Pero por más que daba vuelta la ciudad y su pensamiento, por más que se iba á la Cruz de Malta á hablar con sus antiguas relaciones, no hallaba trabajo alguno.

Y los días pasaban y el capital fundamental para el porvenir disminuía, porqué á él tenían que acudir para llenar sus gastos más imperiosos.

Acostumbrada á gastar sin mirar para atrás ni consultar para nada su haber, Anita no se privaba de nada.

Ella quería comer en el hotel, quería pasear y quería ir al teatro.

Y Lanza le hacía el gusto en todo, mirando con terror como disminuía el dinero, á medida que crecían las aspiraciones de Anita.

¿Qué haría cuando se les acabara aquel dinero y tuviese que negar por primera vez á Anita cualquiera de sus caprichos?

¿Cómo podía decirle que no tenía más dinero ni de dónde sacarlo?

La situación era un poco apurada y era preciso evitar de tener que llegar á un extremo enojoso.

Era preciso para conjurar todo entorpecimiento á la felicidad que gozaban, buscar dinero, dinero que proporcionara á Anita todos sus caprichos.

Muchas veces se le ocurrió á Lanza meterse en una casa de juego y probar fortuna.

Pero para esto tendría que faltar una noche de su casa y Anita podía desconfiar, tener celos y armarle alguna escena violenta á la que viniera aparejado un rompimiento.

Esta consideración por una parte, y por otra el miedo de perder lo que tenía, le hizo abandonar bien pronto esta idea, creciendo su desesperación.

Como Anita poco se preocupaba de las finanzas, como ella confiaba en que Lanza las repondría una vez agotadas, seguía no privándose de sus caprichos, y entregaba á Lanza lo que este le pedía para cubrir sus gastos, sin preocuparse absolutamente de la cantidad que le quedaba.

Durante el día y miéntras el jóven andaba en sus diligencias para encontrar que hacer, ella paseaba por todas partes, eligiendo, como es natural, las calles más concurridas.

Jóven muy hermosa y bien puesta, Anita llamaba la atención de cuanto calavera hallaba al paso, así que la seguían muchos de ellos hasta su casa, ávidos de saber donde vivía la bella Anita, que al fin y al cabo miraba con íntimo placer aquellos

galanteos callejeros que estaban en su modo de ser; no creyendo con esto ofender el amor propio de Lanza, y más de una vez se detuvo en la puerta á entablar con su seguidor animado diálogo.

Aunque por el momento nada le faltaba, ella veía que Lanza no tenía dinero, que cada día se volvía más triste y hasta llegó á sospechar que anduviera entretenido en algunos otros amores.

¿Qué tendría esto de particular en un hombre jóven y buen mozo como su amante?

Ella no había tenido por el jóven una pasión verdadera, de aquellas que hacen arrostrar á una mujer toda clase de sinsabores por el amor del hombre que quiéren.

Su cariño para el jóven había tenido mucho de especulativo, pues á su lado pensó mejorar de posición y pasar una vida más cómoda y regalada.

Así es qué cuando se convenció que el jóven no tenía más dinero que aquel que estaba en su poder, que disminuía siempre sin reserva, empezó á sentir que su amor se enfriaba rápidamente.

Y así en el día, cuando Lanza se ausentaba á lo que él llamaba sus negocios, léjos de desear verlo volver, deseaba que tardase lo más posible, para tener tiempo de entregarse á sus galanterías y sus paseos.

Ya tenía un buen número de pretendientes que no solo la asediaban en todas partes, sinó que le regalaban con insistencia.

Eran conocedores del género y sabían que con dádivas conseguirían más que con amores.

Lanza, que no podía sospecharse lo que pasaba en el espíritu de Anita, y que positivamente estaba enamorado de ella, andaba cada vez más aflijido.

El estado de su capital, disminuido hasta la miserable suma de mil pesos, lo había sumido en la mayor desesperación y desconsuelo.

Era imposible seguir viviendo de aquella manera y era forzoso hacer algo para conseguir dinero.

Desesperado y viendo que el momento fatal se le venía encima, Lanza acudió á los avisos de los diarios.

Y los recorrió todos con inmensa avidéz, pero no encontró nada que pudiera convenirle.

Solo había un aviso pidiendo un cochero en una casa de familia, donde se ofrecía un buen sueldo, pero donde también se exigían recomendaciones.

—Peor es nada, pensó Lanza con infinito dolor, siquiera con esto aseguro la materialidad de la vida de Anita, y después Dios dirá.

Y se soltó á la casa indicada en el aviso, que era la de la opulenta familia de Lima.

Lanza miró con agrado el aspecto de la casa, porqué una familia que vivía así, debía pagar muy bien á sus servidores.

Como el aspecto de Lanza no podía ser mejor, ni más decente, en el acto tratáron de tomarlo, y más cuando él declaraba que era un cochero de primer órden y prometía las mejores recomendaciones.

El sueldo que se le ofrecía era el de mil doscientos pesos, suma soberbia para su situación, librea y comida.

La dificultad por el momento era la recomendación comprometida.

¿De dónde diablo podía sacarla?

Lanza acudió á su ingenio y bien pronto salió del paso..

Aquella misma tarde se fué á la Cruz de Malta en busca de sus amigos más conocidos y les sopló la siguiente píldora:

—Me ha venido un hombre sumamente recomendado, que ha sido cochero de mi padre y á quién conozco á fondo.

El pobre ha encontrado una colocación de cochero en casa de una familia del país, pero le piden recomendaciones y esta es la gran dificultad.

Yo no puedo darle una eficaz, porqué nadie me conoce y le sería inútil.

Si alguno de ustédes quiere dármela, le quedaré grato; yo me hago en un todo responsable de su conducta.

¿Qué dificultad podían tener en una cosa tan sencilla?

En el acto, los más conocidos, Caporale y aquel inteligente ingeniero Miguel Bianchi, diéron la recomendación pedida, certificando que el portador César Parodi era un hombre de entera confianza y un cochero de primer órden, pues lo habían visto servir en las mejores casas de Turin.

Lanza salió feliz de la Cruz de Malta; hacía mucho tiempo que no se sentía de tan buen humor.

Aquella recomendación le aseguraba la posesión de Anita, puesto que le aseguraba la materialidad de la vida.

Con mil doscientos pesos se podía vivir con cierta holgura, aunque no se atrevió á decirle la clase de empleo que era.

La suerte empieza á sonreirme y pronto veremos colmadas nuestras aspiraciones.

El me retendrá mucho tiempo léjos de tu lado, pero esto no importa, puesto que nos asegura la felicidad.

Anita recibió aquella noticia con la mayor frialdad.

¿Qué podía hacer Lanza con un empleo, por bueno que este fuera?

Lo que más le agradó de la noticia, ó mejor dicho lo único que le agradó, fué la noticia de que permanecería mucho tiempo ausente de su lado.

Es que Anita comprendía que Lanza la amaba con pasión y le tenía miedo, un miedo tremendo porqué creía que sería capaz de matarla.

Y como durante las ausencias de éste, había hecho muchas relaciones que le convenía conservar, la presencia de Lanza en su casa le habría sido de un estorbo aterrador.

¿Qué sería de ella si Lanza llegaba á imponerse de su conducta?

Desde que Lanza se convirtió para ella en una dificultad peligrosa, Anita empezó á cobrarle fastidio, pero no se atrevió á dejárselo entender.

Así le significó que aquella noticia de su nueva ocupación la hacía feliz y que lo único que sentía era que fuese á demorarlo mucho tiempo ausente de su lado.

Al día siguiente y lleno de las mayores ilusiones, Lanza se fué á casa de la familia de Lima, donde exhibió sus cartas de recomendación, que siendo del agrado de la familia, fuéron aceptadas en el acto y tomado sin más trámite el cochero César Parodi cuyo aspecto señoril y agradable la había contentado mucho.

Aquel mismo día se le entregó la volanta con todos sus accesorios y se le pidió para la tarde.

Lanza ató, vistió una elegante librea que le daba un magnífico aspecto, y á la tarde estaba con la volanta parada á la puerta de sus nuevos patrones.

La familia paseó aquella tarde por la calle Florida y por Palermo, quedando sumamente satisfecha del nuevo cochero.

Nunca había tenido uno tan práctico y de educación tan esmerada.

Felizmente para Lanza, la familia no le pidió la volanta para la noche, sabiendo con verdadera alegría que sus patrones no salían de noche con frecuencia.

Solo lo hacían para ir al teatro y esto mismo no siempre.

Después que acomodó caballos y arreos con la mayor prolijidad, se vistió el elegante traje con que se había presentado en la casa, y después de pedir órdenes para el día siguiente, se fué al lado de Anita á la que no había visto todo el día.

Esta había pasado todo el día ocupada en sus paseos y aventuras galantes, pero Lanza no podía sospechar nada de esto, pues lo que más léjos estaba de su espíritu, era que Anita pudiera serle infiel.

La acarició con toda su alma y se entretuvo en contarle las exigencias del escritorio donde había entrado.

Ella lo escuchaba atentamente para no darle que sospechar y aplaudiendo cuanto le decía.

—Tendremos que vivir con ménos holgura un poco de tiempo, pero como esto es en beneficio del porvenir, nada debe importarme.

Yo te prometo que en dos meses de mi nuevo trabajo habremos logrado establecernos.

Lanza quería engañar así el espíritu de su bella, contando con que en dos meses su buena estrella le deparase alguna fortuna imprevista.

Contrató con el hotel donde siempre había comido que mandaran una pensión á su casa y entregado por completo al amor de Anita, se consideró completamente feliz.

Una de las relaciones que Anita había contraído, era la de un jóven rico que la conocía desde el casino y que sabía la manera como vivía.

—Déjate de ese tipo, le había dicho muchas veces, que sin duda te ha hecho el amor para explotarte, y vente conmigo, que á mi lado nada te ha de faltar.

Pero Anita no se atrevía porqué temía á Lanza y al fin y al cabo este no le había dado ningún motivo para obrar de aquella manera.

El jóven le hacía muchos regalos de dinero y alhajas que ella ocultaba siempre á Lanza con sumo cuidado, porqué si este llegaba á apercibirse de la cosa, sabe Dios lo que hubiera hecho.

El pobre Lanza, por su parte, trabajaba con más esmero que nunca.

La familia que lo tenía estaba cada vez más contenta de él, al extremo de haberle aumentado el sueldo, lo que fué para él un nuevo motivo de felicidad.

Pero aquello no podía ser eterno, y tanto su engaño como el de Anita, más ó ménos tarde habían de descubrirse.

Lo extraño es que no se hubiera descubierto el suyo ya, desde que andaba en el pescante de su volanta precisamente en los parajes más concurridos y llamando la atención con su airosa presencia.

El jóven que cortejaba á Anita y á quien no hay para que nombrar, llevábala á pasear á los pueblos cercanos de la campaña y á Palermo, donde pasaban juntos los días.

Así creía Anita que nunca sería vista por Lanza acompañada de otro hombre.

A pesar de todas las caricias que le hacía, á pesar de todas

sus demostraciones de amor, á Lanza se le había metido una mala espina.

Había pasado más de un mes que era cochero en lo de Lima, y Anita no le había hecho ningún pedido que importara dinero.

Sin embargo, Lanza suponía que aquello no era más que una nueva manifestación del amor de la jóven.

Ella sabía que su situación era apurada y ocultaba todos sus deseos y caprichos por no mortificarlo.

Lanza pensó en que Anita podía serle infiel y le tembláron las carnes, desechando ese pensamiento maldito, porqué nada había notado que pudiera autorizar una sospecha semejante.

Sin embargo, desde que la tuvo, no pudo dormir tranquilo; parecía que el corazón le anunciaba una nueva desventura.

El jóven enamorado de Anita conocía á Lanza, porqué lo había visto muchas veces en que acechaba su salida para entrar él.

Y se había explicado que Anita no quisiera abandonarlo, pues al fin y al cabo era aquel todo un buen mozo.

Sin embargo, no había perdido la esperanza de desbancarlo, porqué con aquellas mujeres el dinero es el arma principal.

Una tarde de verano en que los dos jóvenes venían de Belgrano en un cupé, halláron á la entrada de Palermo el carruaje de la familia de Lima, manejado por Lanza.

Los dos jóvenes viéron al cochero, y los dos se miráron asombrados.

Habían reconocido á Carlo Lanza y habían comprendido en el acto la verdad de lo que pasaba, porqué aquel jóven, por Anita, estaba al corriente de la historia de Lanza.

Y á pesar de haberlo visto tan de cerca, dudáron, mandando el jóven á su cochero entrase á Palermo para poder asegurarse de la verdad de lo que habían visto.

Anita iba en el fondo del cupé y apénas podía ser vista por las personas que pasaran frente á los cristales.

Ménos podría ser vista por Lanza, que iba sobre el alto pescante de un landó.

El coche del jóven volvió á encontrarse en el paseo, y ya no le cupo duda.

Aquel era Carlo Lanza vestido con su librea de cochero, pero siempre buen mozo y siempre distinguido.

—Mira á tu amante, míralo que bien le sienta la librea de cochero, dijo á Anita su jóven compañero, tratando de herirla en su amor propio.

Anita apénas se inclinó para mirar.

Estaba pálida y conmovida, porqué se sentía humillada ante el jóven.

Ahora se explicaba muchas cosas que ántes no había sabido apreciar.

Recordaba que Lanza varias veces que se lo había pedido, se había negado á llevarla al teatro, protestando tener que hacer en el escritorio.

Es claro que era porqué tenía que llevar á sus patrones, puesto que era cochero de familia rica.

Humillada con las bromas pesadas del jóven, Anita se puso á llorar, no teniendo otra defensa y le pidió la llevase á su casa.

—Ahora convendrás conmigo que no es digno, ni justo, ni decoroso, que una persona como tú, bella y jóven, sea la amante de un cochero, cuyos cariños tendrán siempre olor á pesebre y que solo te pertenece el tiempo que sus señores no lo necesitan.

Es preciso que no seas necia y que te vengas conmigo, para que tengas la posición que te corresponde.

Si yo no te atendiera, ¿qué sería de tí, teniendo que vivir del sueldo de un cochero?

Ya ves que apénas podrías llenar las necesidades del estómago.

Anita gimió llena de vergüenza.

Ella no pensó que Lanza había descendido á aquella posición solo por su amor, no pensó en lo que hacía estimable el sacrificio de aquel.

Solo pensó en ella, se sintió herida en su amor propio, degradada en ser la amante de un cochero, y lloró amargamente.

El jóven se mostraba sumamente complacido con aquel llanto porqué él era la prueba de que había herido á Anita en la llaga.

Y como quién dá un golpe de gracia, al dejar á Anita en la puerta de su casa, le dijo:

—Como tú comprendes, yo no puedo estar ocupando un sitio inferior al de un cochero y estar espiando siempre para aprovechar sus descuidos.

Por más que te quiero, no puedo seguir ocupando un rol que rebaja mi dignidad ante tus propios ojos, y es preciso que te resuelvas cuanto ántes sobre lo que has de hacer.

Mañana yo vendré á buscarte á la hora habitual, teniendo ya tomada una pieza en algún hotel de campaña, en Belgrano o Flores, miéntras te arreglo un apartamento en la ciudad.

Si has de darme la preferecia y te has de venir conmigo, tienes todas las cosas arregladas que has de llevarte.

Si has de seguir siendo la amante de un señor cochero, me haces una seña y todo quedará concluido entre nosotros.

Yo te quiero mucho y demasiado te lo prueba mi conducta,

pero mi cariño no puede llevarme nunca á hacerme despreciar de tí misma, por lo mismo que te quiero.

—Aahora no quiero decidir nada, respondió Anita sollozando, porqué estoy aturdida como nunca lo he estado.

Mañana cuando vengas te contestaré.

—Ahora no quiero decidir nada, respondió Anita sollozando me pasa es demasiado duro.

Anita se quedó en su casa llena de tristeza, miéntras el jóven se retiraba contento y feliz.

Comprendía que había triunfado de una manera definitiva en el corazón de la jóven, no solo por el lado del amor sinó por el lado de las conveniencias también.

A pesar del amor que Lanza podía tener sobre Anita, á pesar de su físico hermoso, ¿qué cariño podría quedar á Anita por un pobre cochero que no tenía más que un sueldo miserable, miéntras que él era rico y lleno de ventajas para la jóven, que hacía ya como un mes que era feliz gozando de comodidades porqué él podía proporcionárselas?

Tan no tuvo duda respecto á su triunfo, que aquella misma noche compró una porción de aquellas chucherías que son tan agradables á una mujer jóven y coqueta.

Y á la mañana siguiente se fué al hotel Watson en Belgrano, y tomó un apartamento que llenó de flores y perfumes.

Allí podría estar Anita régiamente alojada, hasta que él le arreglase en la ciudad una casita á propósito.

Entre tanto, como era natural que Lanza en los primeros momentos buscara á su amante en la ciudad, en Belgrano estarían ocultos y léjos de sus sospechas.

Porque el jóven tenía miedo de vérse envuelto en un escándalo, provocado por un cochero en demanda de su amante robada por él.

Era preciso evitar el escándalo á toda costa y no había otro medio de evitarlo que ocultándose donde Lanza no pudiera dar con ellos en los primeros momentos.

Pasados estos pasaría también la impresión y no habría que temer ya un acto de violencia.

Entre tanto Anita, con el espíritu atribulado, esperaba la vuelta de Lanza para tener con él una explicación.

Ella deseaba ahora más que nunca quebrar con su amante, pero no sabía como hacerlo, porqué le tenía miedo y lo creía capaz de vengarse de una manera sangrienta, cegado por los celos.

Al fin, por ella, él había roto sus relaciones productivas con doña Emilia y no aceptaría así no más el ser engañado.

En cuanto al oficio de cochero, Anita para nada se preocu-

paba de las razones que podían haber influido en Lanza para aceptarlo.

Ella no veía más que el hecho desnudo de ser su amante un cochero, hecho que tan amargamente le había reprochado su otro amante.

Cuando Lanza llegó á su casa, fatigado del trabajo y buscando como siempre su descanso en el amor de Anita, encontró á ésta llorando amargamente.

La presencia de Lanza había avivado y renovado su dolor, así es que su llanto arreció cuando este se acercó á hacerle sus habituales caricias.

Lanza quedó sorprendido al ver á Anita presa de aquel dolor evidente, y con ansiosa precipitación le preguntó qué tenía.

Ageno á lo que sucedía, Lanza pensó en el primer momento que Anita había sido víctima de una venganza de doña Emilia y la apuró á que dijera qué era lo que tenía.

Pero la jóven lloraba cada vez más, sin poder articular una palabra.

—Pero es preciso que me digas qué tienes, exclamaba él desesperado, y empezando á perder la paciencia.

Yo ya no puedo soportar esta horrible duda.

¿Ha estado aquí doña Emilia? ¿te ha mandado insultar por alguien?

Dímelo, dímelo pronto para poder vengarte inmediatamente.

Pero la jóven seguía disimulando con el llanto, porqué no se atrevía á decir.

—¡Vamos, Anita! exclamó por fin Lanza, perdiendo ya toda paciencia; es preciso que me digas pronto lo que ha pasado aquí, yo no puedo soportar más la duda.

—No te aflijas que nada ha pasado, respondió al fin Anita enjugando su llanto.

—Y entónces ¿qué tienes, por qué lloras?

—Espera un momento, déjame tranquilizar y te lo explicaré todo; no te aflijas que nada me ha sucedido.

Lanza se sentó al lado de Anita y ella le dió sus quejas del siguiente modo y aparentando un dolor que estaba muy léjos de sentir.

Esta tarde salí á pasear un poco para distraerme de la soledad en que vivo.

No queriendo andar por parajes muy concurridos, tomé Esmeralda y me paré al desembocar la plaza del Retiro.

De allí podía mirar la gente que pasaba en los carruajes en dirección á Palermo, sin ser vista de nadie.

La música de los batallones me distraería también de mi

tristeza, porqué yo, sin saber por qué, estaba triste como si me hubiera sucedido una gran desgracia.

Parecía que una mano inmensa me hubiese agarrado del medio del pecho y me apretase el corazón con gran fuerza.

Hacía un rato que estaba allí, cuando de pronto y sin pensarlo vine á darme cuenta de mi tristeza, causada por un presentimiento.

Y Anita rompió á llorar amargamente, costando á Lanza gran trabajo el consolarla.

Este estaba pálido y conmovido, porqué presentía ya adonde iba á parar la relación de Anita.

—Pero, vamos á ver, balbuceó, ¿por qué estabas triste? ¿por qué lloras ahora?

—En uno de aquellos carruajes lujosos que se dirijían á Palermo, alcancé á verte, pero en el pescante, vestido de librea y como cualquiera de los otros cocheros que había visto pasar.

No sé de donde saqué fuerzas para tenerme en pié y correr, correr para verte más de cerca, porqué no podía dar crédito á mis propios ojos; me parecía una ilusión aquello, creía que sería un cochero que fatalmente se te parecía.

Corrí más á la esquina y entónces pude verte más de cerca y no tuve ya duda de que eras tú mismo, tú mismo convertido en cochero de una familia rica.

Si no hubieras ido de librea, hubiera pensado cualquier cosa.

¡Eran tantos los jóvenes ricos que pasaban manejando sus carruajes!

Pero aquella librea maldita era la explicación de todo; ¡tú eras el cochero de aquella familia que iba en el carruaje!

No pude dominar mi dolor, me volví á casa y me puse á llorar amargamente como me has encontrado, ¡tenía ganas de morirme!

Y Anita siguió llorando cada vez con más desconsuelo.

Lanza estaba contrariado, pero nada más que contrariado.

Se había figurado una cosa más grave, y además, en su conducta, léjos de haber algo, de vituperable había para Anita una prueba de amor, que debía halagarla profundamente.

—Voy á explicártelo todo, le dijo, y no te aflijas, que en ello solo verás todo lo que yo te amo, y todo lo que soy capaz de hacer por tí.

Nosotros estábamos en una posición difícil, más que difícil imposible de sostener.

Estábamos gastando lo que teníamos y yo no encontraba ninguna ocupación en que poder ganar ni siquiera lo estrictamente necesario para la subsistencia.

Iba á llegar el momento en que el fondero no habría querido enviarnos más de comer, y en que el dueño de casa nos habría puesto en la calle.

¿Cómo querías que yo afrontara situación semejante y te dijera: Anita, el hombre á quien amas es incapaz de ganar ni siquiera el pan que necesitas para no morirte de hambre?

Tuve vergüenza, tuve miedo y acepté lleno de reconocimiento el empleo de cochero que se me proporcionaba, y te aseguro que lo mismo hubiera aceptado otro más degradante si se me hubiese proporcionado.

Por no mortificar tu amor propio, hice todo lo posible para ocultarte mi empleo, te lo oculté cuanto pude y te lo hubiera ocultado siempre.

Pero ya que la casualidad te ha hecho conocer la verdad, no me queda más remedio que confesarla.

En ello no hay nada de vituperable para mí; lo he hecho por el amor que te tengo, y nada más.

Ahora no hay más que tener paciencia y sufrir un poco más.

Tengo en la cabeza proyectos que me harán rico de un momento á otro, no lo dudes.

En mí hay la tela de un millonario y tengo más fé en mí porvenir que en la vida eterna.

Cualquiera otra mujer se hubiera sentido conmovida ante aquella confesión de Lanza.

Pero en Anita no podía producirse esta impresión, porqué ella, ántes que su amor, amor que ya no sentía por Lanza, miraba sus intereses.

Aquella confesión, para ella, importaba lo siguiente:

Por ahora y en mucho tiempo, es preciso que te resuelvas á vivir del sueldo miserable de un cochero, porqué mis fuerzas no alcanzan para más.

Tendrás que llenar tú misma las más incómodas necesidades de la vida, porqué aquel sueldo apénas alcanza para la casa y la comida, en la esperanza que algún día podamos mejorar la situación.

Del otro lado, librándose de Lanza, tenía dinero y todos los placeres que hacen grata la vida.

La elección no era pues dudosa para una mujer como Anita.

Adoptó su resolución interiormente y siguió fingiendo un llanto amargo y una conformidad que estaba muy léjos de sentir.

—En situaciones peores que esta me he visto en mi vida, decía Lanza buscando de consolar á su amante, y he llegado á la fortuna cuando ménos lo esperaba.

La vida sin luchas y sin alternativas no tiene aliciente, por-

qué la absoluta felicidad no permite experimentar las impresiones que la embellecen.

Así, el que nunca ha pasado necesidades y pobrezas, no puede apreciar las inmensas ventajas del dinero y lo que su posesión importa.

Tú no sabes esto, Anita, porqué todavía no has sentido una necesidad que no hayas podido llenar.

Ya verás como en medio de la opulencia vienes á bendecir tu miseria y á recordar con supremo placer esta misma posición de cochero que hoy tanto te ha hecho llorar.

Anita había secado sus lágrimas y parecía escuchar con placer la palabra de Lanza.

Es que en quel momento pensaba en su amante, en la fortuna y placeres que esta podía proporcionarle y que comparaba en su pensamiento con el mezquino salario de un cochero.

—Hoy soy cochero, dijo Lanza con inmenso aplomo y acariciando la bella cabeza de Anita; y mañana tendremos cochero y carruaje.

Esta es la vida, Anita, y yo que me he visto en el pescante, experimentaré mayor emoción que nadie, al verme en el interior, paseando plácidamente.

Así estuviéron los jóvenes conversando largamente, hasta que llegó la hora de recogerse.

Lanza estaba más alegre, porqué al fin con aquella confesión ganaba el no tener que andar haciendo misterio de su profesión.

Ya Anita sabía lo que pasaba y se arreglaría de manera á poder vivir con los recursos que tenían.

Y tan hábilmente, tan maestramente procedía la jóven, que Lanza, jamás tuvo porque sospechar que pudiera mantener otra relación que la suya.

Lanza no ataba nunca la volanta por la mañana, así es que al otro día pudo permanecer hasta después de las doce al lado de su amada, buscando siempre de consolarla con sus caricias y de hacerla pensar en tiempos mejores que aquellos, que no habían de tardar en presentarse.

Anita estaba contenta y parecía sumamente feliz.

¿Y cómo no había de estarlo, si pensaba en que aquella misma tarde concluirían para ella todas sus miserias y que saldría de aquellas pobres piecitas para ir á ocupar una casa exclusivamente suya y donde tendría toda especie de comodidades?

Lanza se despidió de la jóven más cariñoso que nunca.

Ya no había de volver hasta muy entrada la noche, porqué sus señores iban á Palermo después de comer y no regresaban hasta tarde.

Y al salir dijo á Anita que saliese á pasear y á distraerse, con ese a la vuelta lo recibiría feliz y contenta

Lo más ageno que el pobrete tenía era lo que le iba á suceder á la vuelta.

Desde que Lanza salió, Anita empezó á hacer todos sus preparativos de marcha.

Sus ropas de uso eran lo que ménos podía preocuparla, porqué sabía que con su nuevo amante nada le había de faltar.

Acomodó en el baúl más chico sus alhajas y toda aquella ropa que podía importarle algo, dejando afuera para vestirse á la tarde sus mejores trapos, pues tenía interés en parecer al nuevo amante lo más bella que le fuera posible.

Aquel día Anita no almorzó; estaba llena de todas sus ilusiones y halagos.

De cuando en cuando una ráfaga de miedo la hacía pensar en Lanza.

Pero ¿qué podría hacerle Lanza si ni siquiera sabría dónde estaba?

Con estarse un mes sin salir á la calle, todo estaba concluído.

Cuando saliese, tal vez ya Lanza ni siquiera pensaría más en ella.

Todo cuanto podía interesarle lo encerró en el baúl que había preparado de antemano, donde también guardaba su dinero.

Aburrida y no teniendo ya que hacer, se vistió con la ropa que había dejado fuera del baúl con ese objeto, y esperó tranquila que llegase la hora de la partida.

Así cuando su amante vino á la tarde, no tuvo necesidad de preguntarle nada, pues su traje compuesto era un aviso de que estaba dispuesta á irse con él.

—Pronto, le dijo ella, si nos hemos de ir, vámonos pronto, porqué tengo miedo de estar más aquí.

No sé qué presentimiento tengo en el corazón de que puede venir ese hombre y sorprenderme.

—Yo estoy á tus órdenes, cuando tú quieras vámonos no más; ¿qué es lo que vas á llevar?

Sería mejor que no llevaras nada, porque nada necesitas á mi lado y así andaríamos más livianos.

—Voy á llevarme mi baúl, donde tengo lo que me interesa conservar, y nada más; vamos, vamos pronto.

Anita apénas podía dominar su miedo.

Se le había puesto que Lanza podía llegar de un momento á otro y su miedo aumentaba cada vez más á medida que pasaba el tiempo.

Y miéntras el jóven hacía poner con el cochero el baúl en el

pescante, ella escribió con lápiz y con una ortografía imposible, un papel que dejó sobre la mesa de luz.

En él prevenía á Lanza que no la buscara, porque se iba á Montevideo, convencida de que no era para él sino una odiosa carga y porque no se sentía con fuerzas para sobrellevar la vida en las condiciones en que se habían colocado.

—Con esto no tendrá más remedio que conformarse, dijo, y tener paciencia.

Y subió en el cupé del jóven, cuya portenzuela éste tenía abierta.

Al doblar la plaza del Retiro para tomar la calle de Santa-Fé, viéron á Lanza que, gujando el landó de su patrones, iba con estos en dirección á Palermo.

Anita, aterrada, se hizo atras en un movimiento nervioso.

¡Por Dios! dijo, yo quiero ir por otro lado, puede vernos y echarse todo á perder.

—Pero, no seas tonta, ¿no vés que él no tiene ninguna razón para sospecharse lo que pasa?

Para estar más seguros de lo que hace, lo mejor es precisamente no perderlo de vista.

Aunque pasáramos á su lado, él desde el pescante no puede ver el interior del cupé.

Sigámoslo no más, que ellos han de ir á Palermo y nosotros vamos más léjos, á Belgrano donde he tomado apartamento para tí.

Y el jóven, que llevaba en el cupé una sorberbia yunta, dió órden á su cochero de no pasar adelante del landó, pensando que Lanza tal vez pudiera conocer el baúl que iba en el pescante, teniendo buen cuidado de no comunicar á Anita este pensamiento para que no se asustara más.

Así siguieron siempre el cupé detrás del landó hasta que llegaron á Palermo.

El landó dobló hácia Palermo y el cupé siguió por el camino de Belgrano, imprimiendo entónces el cochero á los caballos, toda la rapidez de trote de que eran susceptibles.

—Miéntras él anda haciendo dar vueltas por Palermo á sus patrones, nosotros estaremos ya plácidamente instalados en nuestro alojamiento, dijo el jóven.

Diez minutos después, la amante pareja llegaba al hotel Watson, desde donde el jóven despachaba á su cochero con las siguiente palabras:

—Puédes irte no más, Juan, y cuidado con que ni Cristo sepa lo que hemos hecho esta tarde.

Atraído por el título de nuestro folletin, éste jóven ha de leerlo indudablemente, y grande será su maravilla al vernos po-

seedores del más íntimo secreto de su aventura con Anita, echando tal vez la culpa á su cochero Juan.

Una vez instalados en las piezas que había tomado, lo primero que hizo fué pedir de comer lo mejor que pudiera servirsele á aquella hora, de lo que se encargó agradablemente el mozo, que había tomado olor á buena propina.

Nada distrae el espíritu como la buena mesa en buena compañía, y con esto había contado el jóven para hacer olvidar á Anita su miedo.

Un cuarto de hora después, la jóven no pensaba en Lanza para nada.

El buen vino le había entonado el espíritu de una manera fabulosa.

Conversaba alegremente con su jóven amante, refiriéndole con sus más minuciosos detalles la graciosa historia de sus amores con Lanza, y la manera como habían salido del casino, creyendo ella que iría á gozar de una vida independiente sin que nada le faltara, y sin sospechar la miserable esclavitud y pobreza á que habría quedado entregada, si no hubieran sido los amores del jóven.

Cuando llegáron al champagne, Anita había reaccionado en su miedo de tal manera, que era la primera en hacer farsa de las debilidades y pretensiones de fortuna de Lanza.

Era el justo pago á los verdaderos sacrificios que por su amor indudablemente había hecho Carlo.

Dejemos gozar de su luna de vino á esta pareja que no volveremos á hallar más en el curso de nuestro relato, y volvamos á Lanza, que no tenía la menor sospecha de su desventura.

EL GOLPE DE GRACIA.

Como si el diablo lo hubiera hecho, el paseo de las patronas de Lanza, aquella tarde, duró más de lo que era costumbre.

Se habían entretenido en conversación con unas amigas en Palermo, de modo que cuando regresáron á su casa eran las nueve de la noche.

Miéntras Lanza desató, acomodó los caballos echándoles de comer y se fué á su casa; eran las diez pasadas.

Al ver que las dos piezas que ocupaban estaban á oscuras, Lanza sintió una ráfaga de frío en el corazón á impulsos de un presentimiento que no pudo explicarse.

No habiendo luz á aquella hora, era seguro que Anita no estaba en la casa.

¿Adónde podía estar á semejantes horas?

CARLO LANZA.

.... cuando vió pasar por la calle dos mujeres, una de las cuales le parecía de una belleza estupenda.

Es verdad que él mismo le había dicho que saliera á pasear para distraerse, pero ya debía haber vuelto, mucho más cuando aquellas eran sus horas habituales de venir de su trabajo.

Pensó, tratando de engañar su angustia, que se habría dormido, porqué la noche anterior había estado en pié hasta muy tarde, y torció el pica-porte, entrando resueltamente.

Todo estaba á oscuras, y en la habitación no se sentía el menor rumor, el menor ruído de respiración que indicara la presencia de una persona viva.

Tembloroso y febril, sintiendo que el frio de su corazón era cada vez más intenso y sin poder darse cuenta de lo que por él pasaba, Carlo Lanza encendió luz y miró por todas partes tratando de dominar rápidamente la escena.

Nada había de extraordinario que pudiera llamarle la atención.

Sobre la cama estaba la ropa de entrecasa que se había quitado Anita, y que probaba que había salido, pero nada más.

Todo estaba intacto para él, que no había notado la falta del baúl chico.

¿Le habría sucedido algo en la calle?

Si él pudiera sospecharse donde había ido Anita, saldría á buscarla.

Pero no tenía ni idea de donde podía haber ido la jóven.

—Esperaremos un momento, pensó, tal vez no tarde en volver.

Y salió á la puerta de la calle ávido de verla volver.

Sentía tal desesperación, que hasta ganas de llorar tenía, sin poder explicarse la causa.

La comida de Anita estaba allí intacta sobre la mesa, tal cual fué llevada del hotel, lo que probaba que Anita faltaba desde temprano.

Lanza entró nuevamente á la casa, cada vez más desesperado.

Podía preguntar á las vecinas que ocupaban las piezas inmediatas, pero tenía miedo de la respuesta.

¿Qué podían éstas decirle más de lo qué él sabía, es decir, que Anita había salido desde temprano?

Tal vez ellas tuvieran un dato más, pero era precisamente este dato más el que Lanza temblaba de conocer.

Lanza temía que Anita se le hubiera ido para siempre, pero pensaba que ningún motivo tenía para proceder así.

No habían tenido el menor disgusto, ni siquiera un cambio de palabras desagradables.

¿Por qué entónces Anita había de írsele así, abusando de su cariño y de su buena fé?

No había pues razón de pensar en una fuga, sinó en un accidente, en alguna desgracia que le hubiese pasado en la calle.

Lanza, vencido por la angustia, se sentó sobre la cama á meditar un momento sobre lo que debía de hacer.

Y fué al reclinar la cabeza sobre la almohada, que vió el papel escrito con lápiz que le dejara Anita.

Lo tomó y leyó ávidamente, dando un gran puñetazo sobre la mesita así que hubo terminado su lectura.

Lanza reaccionaba y aquel profundo dolor se iba convirtiendo en una ira formidable, por lo mismo que no tenía contra.

¿Cómo podía haberse ido Anita á Montevideo dejando toda su ropa, todo su equipaje, sin llevar más que lo puesto?

—¡Mentira! rugió, soltando una sentencia formidable porqué empezaba á comprender lo que sucedía.

Y empezó á abrir los baúles uno á uno, notando inmediatamente toda la ropa que de ellos faltaba.

Pero al notar la falta del baúl más chico, donde indudablemente Anita había puesto todo lo que faltaba en los grandes, volvió á creer en la posibilidad del viaje; tal vez se hubiera ido realmente á Montevideo.

Pero esto no podía haberlo hecho sola.

¿Qué sabía Anita dónde estaban las agencias de vapores, ni el embarcadero, ni nada de esto?

Indudablemente Anita había sido ayudada por algún comedido, y esto era lo que mortificaba el amor de Lanza, porqué le demostraba que Anita no solo huía de él, sinó que huía con otro á quien amaba.

Y este otro debía de ser una persona rica, puesto que le hacía dejar toda su ropa para comprarle sin duda otra mejor.

En el primer momento Lanza sintió deseos de llorar, y lloró amargamente.

Se veía abandonado por una mujer á quien quería con idolatría y por la que había hecho grandes sacrificios, tales como romper con doña Emilia á cuyo lado tenía una fortuna segura.

La rábia volvió á reémplazar el dolor, y Lanza secó los ojos con un movimiento nervioso, diciendo:

—Es preciso buscarla y tomar algún desquite, porqué si nó, creo que voy á reventar.

Y se dirigió al cuarto de las vecinas, como si nada supiera, á recoger algunos datos.

Estas vecinas eran una vieja francesa que vivía con su nuera, francesa también, planchadoras de oficio ambas, con quienes Anita tenía amistad de vecinos.

—Me sucede una cosa extraña, dijo Lanza, después de saludarlas y tratando de dominar su emoción; hoy dije á Anita que

saliera á pasear un poco para distraerse, y todavía no ha vuelto á casa.

Esto me tiene afligido porqué temo que le haya sucedido algo.

En vez de responder á Lanza, la vieja se dirigió á la jóven, diciéndole:

—¿No te dije que Anita no andaba pisando derecho?

Si cuando á mí se me pone una cosa, es porqué así no más debe de ser.

Amigo mio, agregó volviéndose á Lanza, me parece que es inútil que usted espere á su amante, porqué no ha de volver.

Usted es hombre y se le puede decir todo, ¡qué diablo!

Todas las tardes venía aquí un mocito muy paquete, en un carruaje, y salía á pasear con Anita, volviendo siempre á la hora que usted debía llegar.

Adonde iban yo no sé, pero ellos paseaban juntos.

Ayer desde que usted salió, yo noté algo de extraordinario en su jóven compañera.

Vino aquí á buscar una ropa blanca que nos había encargado, y como no estaba pronta nos ayudó á plancharla.

Cuando yo fui á llevarle un pañuelo que había quedado, la encontré acomodando á gran prisa un baúl chico.

Me pagó una cuenta que nos debía y nos dijo que se iba á pasear por unos días á Montevideo.

Cuando yo volví á casa dije á ésta lo que pasaba y anadí:

Yo no sé por qué se me ha puesto que la vecina quiere jugar una mala pasada á su hombre; tiene una cara que no me gusta nada, y el paseo á Montevideo se me figura que es un simple cambio de domicilio.

Como tuvimos mucho que hacer, no volvimos á pensar en la cosa.

Pero á la tarde, de hoy ya cerca de la noche, sentimos parar el mismo carruaje de siempre, y vimos bajar al mismo jóven que venía todos los días.

Este pasó á la pieza, estuvo hablando con Anita, y poco después entró el cochero, quien llevó al pescante el baúl mismo que yo le había visto acomodar.

Permaneciéron un momento juntos y luego saliéron tomando como para el Retiro.

No era ni hora ni dirección como para ir á embarcarse á Montevideo.

Para mí, como se lo dije á ésta, Anita se ha ido con el mocito aquel, no tengo la menor duda.

No habrán llevado más porqué los otros baúles no cabían en

la volanta, pero ya vendrán á buscarlos, calculando la hora en que usted no está en casa.

¿Qué más datos que aquellos quería Lanza para cerciorarse de la traición de Anita?

Le agradeció á la vieja y volvió á su cuarto sin saber lo que había de hacer.

Y se arrojó en la cama á llorar como un desesperado, pensando amargamente que á aquella hora, Anita feliz, estaría entregada al culto de sus nuevos amores.

Mil ideas de venganza acudían á la imaginación de Lanza.

Pero ¿de quién se iba á vengar si ni sabía quien era el jóven ni lo conocía siquiera?

¿Sabía él acaso dónde se habían dirigido? ¿habían acaso dejado algún rastro por el cual se les pudiera descubrir?

Toda la noche la pasó así, entregado á una desesperación suprema.

Al otro día muy temprano se lavó, arregló su traje que estaba todo descompuesto y salió á la calle en dirección al Retiro.

Iba mirando todas las casas atentamente, como si esperara ver asomar á las ventanas el plácido rostro de Anita.

Y dobló la calle de Juncal y siguió hasta la Recoleta sin haber adelantado nada en su pesquisa.

Y volvió por la calle de Santa-Fé haciendo la misma pesquisa y mirando todas las calles y casas sin adelantar nada.

Por esta última calle y á la altura de Montevideo, vió un cupé que venía del Oeste, al gran trote de una espléndida yunta de caballos.

Algo bailó en el corazón de Lanza al ver aquel cupé que tan de mañana regresaba á la ciudad.

Al pasar por su lado, vió que dentro iba un jóven sumamente paquete y que al mirarlo, como si lo reconociese, se puso á reir.

Este cupé y la vista del risueño jóven, se le enterró en el corazón como una puñalada.

Y sin darse cuenta de lo que hacía, echó á disparar detras del cupé dando voces.

Por el cristal trasero del cupé, veía la cara traviesa del jóven, que lo miraba correr, sonriendo siempre.

Y esto le daba fuerzas para seguir en su vertiginosa carrera.

Pero ¿qué podía avanzar tratándose de una soberbia yunta?

Antes que Lanza hubiese podido correr un par de cuadras, ya el cupé había desaparecido de su vista.

Pero le quedaban estos dos datos: que Anita estaba fuera de la ciudad y que aquel cupé, que no se le despintaría más de la memoria, era el del jóven que le había robado á Anita.

Lanza tuvo que detenerse rendido de cansancio y materialmente con la lengua afuera.

Había agotado todas sus fuerzas.

A las muchas personas que se le acercaban á preguntarle lo que tenía, les decía:

—No es nada, corrí detrás del cupé, porqué dentro iba un jóven que me ha insultado y que ha sido bastante cobarde para no pararse.

Como el aspecto de Lanza era el de una persona decente y de posición desahogada, su versión era perfectamente verosímil y nadie la ponía en duda.

Lanza estuvo parado así por espacio de un cuarto de hora, siendo el blanco de la mirada de los curiosos, hasta que, desapareciendo el cansancio, siguió en dirección á su casa, ya más tranquilo aparentemente, pues en realidad su angustia y su pena eran cada vez mayores.

Es que el pobre había concluido por enfermarse, tenía mucha fiebre y un desaliento imponderable.

Entró á su casa y sin sacarse siquiera el sombrero, se tendió en la cama vencido por el dolor y el cansancio.

Comprendía que en sus condiciones actuales, no había lucha posible entre él y aquel jóven rico y de posición social.

No le quedaría más recurso que la venganza personal, pero ¿dónde podía encontrarlo, para tener siquiera el placer de darle un puñetazo?

A las doce fuéron á llevar el almuerzo para Anita, y esto renovó su tristeza y su desesperación.

Y aquel almuerzo quedó tan intacto como la comida del día anterior, porqué Lanza no tenía deseos, no tenía voluntad de otra cosa que de llorar.

Y estuvo llorando y pensando todo el día en su amante, sin tener siquiera el consuelo triste del sueño, pues aunque en la noche anterior no había reposado un momento, no podía dormir.

Sus patrones le habían pedido la volanta para las dos de la tarde de aquel día, pero ni siquiera pensó en ir á prepararla.

Perdida para él Anita, ¿qué le importaba el resto del mundo?

Nada, absolutamente nada.

Solo pensaba en Anita y en que podía ser muy bien que aquel día viniera á buscar el resto de los baúles, averiguando por el individuo que viniera donde estaba su amante.

Pero el día pasó como había pasado la mañana y la noche anterior.

Nadie apareció por allí.

Cuando fuéron á llevar la comida, Lanza dijo al mozo que

no le llevara más comida hasta que él no avisase, porque la señora había ido á pasar unos días al campo, porqué estaba enferma.

A la tarde, el físico sucumbió naturalmente á las emociones sufridas.

El sueño pudo más que toda voluntad, y Lanza se durmió pesadamente.

Estaba débil por la falta de alimento y era el sueño lo único que podía hacerle recobrar las fuerzas perdidas.

Cuando despertó había amanecido el día siguiente.

Lanza se lavó como el anterior, se mudó camisa y salió tomando la calle de Santa-Fé; era muy temprano y tenía esperanza de ver el cupé del día anterior.

Probablemente era aquella la hora en que el jóven regresaba de la casa donde estaba Anita, pues á la altura de la estación Centro América, volvió á encontrar el cupé del día anterior.

Lanza se echó al medio de la calle sin darse cuenta de lo que hacía, y con los brazos abiertos intentó detener la marcha de los briosos caballos.

Pero el cochero lo envolvió de un latigazo formidable, y desviando el carruaje para no pisarlo, pasó por su lado con una velocidad prodigiosa.

Lanza quedó aturdido por el golpe y la afrenta, mirando desde el medio de la calle como se alejaba el cupé.

Miró dolorosamente el surco de las ruedas que había quedado impreso sobre la tierra, y siguió por él, creyendo poder llegar al punto de partida del carruaje.

Cerca de Belgrano se convenció al fin de la inutilidad de la pesquisa.

Las ruedas que había seguido claramente hasta allí, se confundían con el rastro de otras diez mil ruedas, al extremo de ser imposible seguirlas.

Pero aún le quedaba este nuevo consuelo: Anita debía estar en Belgrano.

Y á Belgrano se dirigió ávido de dar con ella.

Pero ¿qué haría de todos modos si la encontraba, desde que ella se negaría á seguirlo?

Esto, que no había pensado Lanza anteriormente, lo decidió á volver á su casa, abandonando toda averiguación.

Con el sueño de la noche anterior, el buen juicio empezaba á aclarar su inteligencia.

Lanza se metió á un hotel y pidió que almorzar.

Pareció que el juicio y el apetito le volvían á un mismo tiempo, pues sentía un hambre de los demonios.

Y al notar que tenía hambre se acordó que hacía dos días que no probaba bocado de comida.

Una buena comida, con su correspondiente vino, predispone al buen humor y aleja los malos pensamientos, sobre todo los pensamientos tristes.

Así es que á medida que Lanza se iba llenando, iba sintiendo disminuir su tristeza y renacer en su espíritu su alegría habitual.

—¡Qué me importa al fin lo que me ha sucedido! exclamó para sí.

Buenos Aires está lleno de Anitas y no es esto lo que me ha de faltar si yo quiero.

No es pues esto lo que debe preocuparme, sinó el trabajo, encontrar de una vez trabajo bueno y que me encamine á un porvenir seguro.

Si esta maldita no se me hubiera cruzado en el camino, yo tendría ya mi porvenir asegurado, y bien asegurado.

La sociedad de doña Emilia me habría asegurado una fortuna, puesto que la buena vieja se había enamorado de mí al extremo de entregarme cuanto poseía.

Yo fuí un mentecato en hacer lo que hice, pero ya la cosa no tiene remedio y es inútil pensar en ella; me servirá de lección y basta.

Todos estos pensamientos de Lanza eran abundantemente rociados de copas, de modo que al poco tiempo el jóven se encontraba en un temple de gran indiferencia.

Permaneció todavía algún tiempo en el café, y á la caída de la tarde emprendió su viaje de regreso á la ciudad.

Lanza llevaba en la cabeza un tratado vinículo que le hacía bailar alegremente las piernas.

A medio camino, Lanza encontró el mismo cupé de por la mañana que iba en dirección á Belgrano, conduciendo al mismo jóven de los días anteriores.

Parecía cosa del diablo que siempre había de encontrar el cupé.

Dentro iba el mismo jóven, que al verlo regresar de Belgrano hizo un movimiento de sorpresa, sorpresa que aumentó poderosamente cuando vió que Lanza al mirarlo soltaba una carcajada.

—Escena de célos á la fija, pensó Lanza al notar el movimiento de sorpresa del jóven.

Va á pensar que vengo de casa de su moza y se van á trenzar en una del diablo.

Y riendo como si le hicieran cosquillas, siguió su camino en dirección á la ciudad.

Cuando llegó la noche, Lanza apuró el paso, entrando á su casa como á las nueve.

Traía un buen humor como pocas veces había sentido, tanto, que á pesar de la fatiga que debía haberle producido la jornada que acababa de hacer, empezó á vestirse para salir á parandear.

Se sentía con deseos de echar una cana al aire, empezando por hacer una visita á la estimable doña Emilia.

La vieja planchadora vino á informarse de la salud de su vecino y á curiosear lo que éste había conseguido averiguar de Anita.

Y quedó á su vez sorprendida al notar el buen humor con que Lanza le decía:

— Parece que ha encontrado uno que le gusta más que yo y que con él se ha ido.

Desearé que le haga muy buen provecho y que no tenga de que arrepentirse.

Siempre es una ventaja vernos libres de una persona que no nos quiere y que nos está engañando.

Lo único que me llama la atención es que me haya dejado la hipoteca de estos baúles que no me sirven sinó de estorbo.

Será preciso que me libre de éstos como me he librado de ella.

La vieja planchadora, que ignoraba que Lanza estaba en una posición tan desesperante y que lo creía empleado en una casa de comercio, desde que se alzó Anita, había concebido sus planes de unión entre Lanza y su nuera.

Así es que aquel modo de expresarse del jóven la llenó de alegría.

Los baúles aquellos estaban muy bien provistos de ropa y siempre su adquisición venía á ser una verdadera lotería.

—Si le estorban aquí, nada más fácil que sacarlos, le dijo.

Casualmente mi nuera anda escasa de ropa y esa le vendrá muy bien; no tiene más que avisar.

—Ahora lo que vuelva hablaremos, respondió Lanza, comprendiendo el partido que podía sacar de aquella dádiva; no he de tardar en venir.

Y miéntras la vieja francesa se entregaba á los más famosos planes de heredar á Anita, Lanza se fué al Casino de doña Emilia, donde se entró como cualquier parroquiano alegre, sentándose delante de una mesa.

Las dos muchachas compañeras de Anita, que aún estaban allí, se le acercaron alegremente á pedirle noticias de la compañera, preguntándole qué quería que le sirvieran.

Pero no había estado cinco minutos, cuando se le acercó doña Emilia con semblante feroz y ademán descompuesto.

La presencia de Lanza le recordó los amargos momentos que

por su causa había pasado, los golpes que había recibido y las humillaciones de que había sido objeto.

Se sintió dominada por una ira fabulosa y acercándose á su antiguo amante le intimó que en el acto saliera de su casa.

Lanza, siempre dominado por su buen humor y algo turbado por todo lo que había bebido aquel día, se le rió alegremente en las narices y le dijo que él era uno de tantos parroquianos y que quería tomar una botella de oporto con el derecho que le daba su dinero.

Pero doña Emilia empezó á insultarlo con la mayor vehemencia y en alta voz, lo que provocó un escándalo formidable que hizo acudir al vigilante.

Lanza alegó sus derechos de parroquiano pacífico que venía á beber.

Pero como doña Emilia invocara los de dueña de casa y asegurase que no quería en manera alguna que Lanza permaneciera allí un momento más, el vigilante le intimó que se retirara.

En el pleno dominio de sus facultades, Lanza nunca habría dado lugar á una cosa parecida, porqué siempre conservaba gran miedo por la policía.

Pero el exceso de la bebida lo había aturdido aquel día y no se daba exactamente cuenta de lo que hacía.

Sin embargo, la presencia del vigilante y su intimación le hizo perder los bríos y salió del Casino rápidamente, temiendo que todo aquello fuera á terminar en la Comisaría.

Y pensando que bebía más aquella noche podía hacer barbaridades que le costaran caras después, se dirigió á su casa resuelto á acostarse á dormir.

Al pensar en su casa recordó el proyecto de aventura picante que había dejado pendiente con su vecina la planchadora, y apuró el paso, encontrando que aquella aventura concluyera de distraerle.

Su corazón había empezado á reaccionar á favor de Anita, por la misma influencia del vino, y el quería conservar à todo trame su indiferencia y su buen humor.

Cuando el jóven llegó á sus piezas se encontró en ellas con las dos vecinas que estaban allí instaladas.

La francesa vieja, persona positiva, quería asegurar la dádiva ántes que Lanza fuera á arrepentirse, y de ahí su prisa por terminar la cosa cuanto ántes.

Estaba contando á esta su generosidad, le dijo al jóven apénas entró éste; y ésta tonta no quiere creerme.

¿No es cierto que usted me regala toda esta ropa y estos baúles con tal que los saque de aquí?

—Más que eso, dijo Lanza con su ademán más alegre.

Doy ropas y baúles, sin la condición de sacarlos de aquí, porqué regalo á su bella nuera todo lo que aquí hay, ménos mi ropa, y hasta el derecho de habitar estas mismas piezas y disponer de ellas como dueña, aunque yo las siga pagando.

La vieja francesa quedó deslumbrada ante semejante generosidad.

Pero, fina como era, se apresuró á decir á Lanza:

—Aceptado, aceptado con reconocimiento.

Pero como aquella buena pieza puede venir el día ménos pensado y cuando usted no esté para arrear con todo, bueno será que los baúles pasen á nuestras piezas, de donde no podrá sacarlos.

—No solo consiento, sinó que quiero ayudar á la operación, dijo Lanza.

Y poniéndose en mangas de camisa, ayudó á las mujeres á trasladar los baúles á sus piezas.

No quedaban en las suyas más que los muebles y objetos de lavatorio que también había regalado á la francesita.

Y abierta la comunicación de las piezas, quedó de hecho sancionada entre ellos la vida de familia.

DE COCHERO A TENDERO.

Después de un sueño enorme que duró hasta las doce del día siguiente, y disipados los humos de la tranquita, Lanza pensó en sus patrones y en su acomodo con profunda pena.

Como hacía ya tantos días que no había vuelto á la casa y no había mandado el menor aviso, era seguro que no lo habían de estar esperando y que ya habrían tomado otro.

Sin embargo, era preciso ir á pedir disculpa para no perder la recomendación que pudieran darle, y sobre todo á cobrar los días que le debían, lo que le vendría de perilla en su situación tirante y privada de recursos.

Se compuso lo mejor que le fué posible, y se fué á ver á sus patrones, los que, como ya lo suponía, habían tomado otro cochero.

Lanza les dijo que aquella última tarde que había salido con ellos, se había dado un gran golpe que lo había obligado á guardar cama, no habiendo tenido ni siquiera con quien mandar avisar.

La familia creyó la fábula que Lanza refería y como él se había portado bien, al extremo de no haber tenido nunca que dirigirle la menor observación, no solo le pagáron con largueza los días que le debían, sinó que diéron al supuesto César Parodi la más cumplida recomendación.

Lanza volvió á encontrarse en media calle, sin empleo y sin

esperanza de tenerlo, sin dinero más que para pasar algunos días y con el desencanto natural de tanta desventura.

No se encontraba por lo visto en Buenos Aires el dinero con la facilidad que decían en Europa.

La vida era fácil, sumamente fácil, pero la fortuna no se hallaba así no más á dos tirones.

Lanza acudió á los diarios como la vez anterior. y empezó á buscar una colocación.

Pero solo halló colocación de cochero ó mozo de hotel, colocaciones que lo halagaban muy poco.

La servidumbre tenía el peligro de hacerse conocer como tal y perderse por consiguiente para otros negocios provechosos que podían venir.

Lanza, ántes que volver á conchabarse, resolvió esperar.

Las francesas no eran para él una carga, porqué eran gente de trabajo habituada á todo y que no pretendían ni el lujo ni la holganza.

Si no hubiera sido así, Lanza las hubiera echado con la música á otra parte.

Con una ó dos invitaciones por semana al teatro francés, quedaban tan reconocidas como si les hubiera dado una fortuna.

Lanza había aprovechado aquellos días de holganza y de libertad, en frecuentar sus antiguas relaciones, por lo que pudiera suceder en el porvenir.

Su ropa se encontraba en perfecto estado, y quería aprovechar bien esta circunstancia.

Si alguna vez llegaba á realizar sus sueños de negociante en gran escala, aquellas relaciones debían serle muy útiles y era preciso conservarlas á toda costa.

Y aunque tratando de gastar poco y conservar en lo posible su apariencia de riqueza, con ellas comía y con ellas parrandeaba noche á noche.

En la esperanza de hallar alguna otra desventurada doña Emilia, él recorría los casinos que tanto abundaban entónces en Buenos Aires y hacía á sus dueñas el amor por lo fino.

Pero para esta clase de empresas de seducción se necesitaba un capital que Lanza no tenía y que permitiese siquiera pagar todas las noches un par de botellas de vino de champagne.

¿Qué dueña de casino se iba á dejar seducir así á dos tirones, nada más que por las buenas apariencias y mejores intenciones?

Y Lanza se convenció que, sin cierto capital para cubrir las apariencias, no hallaría una doña Emilia como él la buscaba.

Y sus recursos se iban agotando rápidamente sin haber conseguido nada.

Fué entónces que recurrió á los avisos de los diarios, en completo estado de desesperación.

Lanza empezó á disfrutar así del poco dinero que tenía.

Había trabajado mucho aquel último tiempo y su espíritu necesitaba descanso.

Lanza acudió, en sus paseos y andanzas, á todos los parajes donde podía hallar á Anita, pero no la volvió à ver más.

Varias veces alquiló un matungo y se fué á pasear á Belgrano, dando vuelta por todo el pueblo, pero inútilmente también.

Ni la halló en parte alguna, ni Anita mandó nunca, como podía haberlo hecho, por la ropa que él le tenía, ropa que algún valor representaba.

Agotados sus recursos por completo, tomó un diario, y apuntó dos ó tres casas donde se pedía cochero.

Con la sola recomendación de la de Lima, estaba seguro de ser tomado en la casa más exijente.

La colocación no le fué difícil, entrando esta vez al servicio del doctor Benitez.

Hubiera podido obtener colocación con un corredor de Bolsa, servicio muy descansado, porqué se reducía á las horas hábiles del día.

Pero siempre en sus ideas de fortuna, no quería hacerse conocer como cochero por los lados de la Bolsa.

El nombre se cambia muy fácilmente, pero la cara no.

La noche la pasaba no ya en su casa como ántes, sinó que recorría los cafés donde iban sus conocidos, y al Alcázar, que era su diversión favorita.

A todos sus amigos había encargado una colocación de dependiente en cualquier parte, para un conocido suyo que andaba sin ocupación.

En el comercio era preciso empezar por algo para llegar á mucho.

Así, poco á poco se van haciendo relaciones, se vá tomando práctica en el comercio, y se vá haciendo conocer.

Buscando en los avisos de los diarios, y encargándoles á todos, halló por fin una colocación de mozo de tienda, en lo de Costa, tienda que le convenía por la clase de marchantes que allí compraban.

Practicar en el comercio es cosa muy aceptable, por mejor que sea la posición del que práctica.

En una tienda como la de Costa, muchos de sus conocidos lo veían detrás del mostrador vendiendo géneros.

Pero con sus relaciones estaba disculpado, diciéndoles que

estando próximo ya á abrir casa, quería ponerse bien práctico en los hábitos comerciales del país.

Lanza se fué á la tienda de Costa, donde lo tomáron sin vacilación alguna.

Su aspecto fino y dulce y su exterior bien cuidado predisponían en su favor.

El quehacer no era mucho, pero las horas de trabajo apénas le dejaban tiempo para ocuparse de otra cosa.

El sueldo era muy reducido, sumamente reducido, pero le habían prometido aumentárselo con arreglo á sus aptitudes y esto ya era algo.

De todos modos siempre aquella posición era preferible á la de un cochero y no había que vacilar en el cambio.

Lanza se despidió de su patrón con gran sentimiento de éste, porqué el servicio del jóven era correctísimo; arregló con él su cuenta y tomó su nueva colocación de mozo de tienda, con pasión verdadera.

—He cambiado de empleo, dijo á las francesas sus amigas, con menor sueldo, pero con mejor posición.

En la tienda de Costa donde voy, como tengo que trabajar desde muy temprano, me dan casa y comida, pues tendré que dormir allí.

Esto no perjudica nuestra relación, pero entónces estas piezas están demás y son gasto inútil.

Si ustedes quiéren, yo no me llevaré más que la ropa necesaria para mudarme una vez y dejaré el resto aquí.

Ustedes me cuidan la ropa y yo en cambio les daré la mayor parte de mi sueldo, que aumentaré pronto, á medida que yo vaya progresando en el arte de vender géneros.

Las francesas aceptáron en el acto la propuesta.

En cuanto á muebles, Lanza no llevaba más que su cama; los demás los había regalado á las francesas.

Lanza, durante un mes, se había propuesto hacer en la tienda una vida de reclusión absoluta.

Era la manera de ganarles el lado á sus patrones y hacerse de buen crédito.

¿Quién sabe si allí mismo en la tienda, viendo sus disposiciones y su buena conducta, no le salía algo mejor y que le conviniera más?

En casa de Costa había inventado una nueva historia, siempre tendiente á probar que era un gran personage.

Allí dijo que había venido de Europa á estudiar el comercio para establecerse, pero que de llegada no más había sido lastimosamente estafado y dejado sin un peso.

—Como mi ambición era el trabajo, agregaba, poco me importa la pérdida del dinero, puesto que al fín puedo practicar al mismo tiempo que me gano la vida; aquella será la primer lección que haya recibido, cara, eso sí, pero provechosa.

Como toda su ropa estaba en relacin con una posición pecuniaria cómoda, aquella nueva historia coló como colaban todas las suyas, sin dificultad, siéndole al mismo tiempo muy ventajosa.

Sus patrones lo trataban con marcada consideración, y los demás dependientes lo miraban con respeto, como á un hombre superior á ellos.

Siempre esto era una gran ventaja.

Aquellos primeros días Lanza tomó la profesión de tendero como un pasatiempo cómodo y divertido.

El trabajo verdaderamente no existía, puesto que él se reducía á acomodar la tienda y los géneros que hacían desdoblar las señoras solamente para averiguar los precios.

Pero esta misma conversación y trato con tanta señora, era para él una distracción sumamente agradable y útil, pues no solo le servía de práctica en el comercio sinó en el idioma.

Hombre fino y astuto, que se complacía en ser agradable de buenos modales y mejor figura, pronto se hizo de un gran prestigio entre las marchantas, que preferían siempre ser atendidas por él.

Porqué no solo tenía paciencia para atenderles las mayores impertinencias, sinó que, sin que ellas se las pidieran les iba mostrando todas las novedades de la tienda.

De donde resultaba siempre que algunas se tentaban y compraban lo que no habían ido á buscar.

Es que esto le servía al mismo tiempo para estar de jarana y de conversación entretenidísima.

Los patrones, que observaban á Lanza para conocer su desempeño, estaban muy contentos de aquel dependiente que les había caído como llovido del cielo.

—Si empezando recién tiene tanto buen tino para la venta al mostrador, decían, ¿qué será cuando adquiera práctica y entienda realmente las necesidades del negocio?

Era aquel un mozo impagable.

Ahora, entre la gente de poca monta, modistas que iban à comprar sus géneros, costureras y sirvientas enviadas por sus patrones, Lanza había adquirido un prestigio de todos los diablos.

No compraban en otra parte por nada de este mundo, aunque allí les vendieran más caro.

Es que Lanza les conocía á todas su lado flaco, y les tocaba, como él decía, la sonata de su preferencia.

Así es que el lado del mostrador donde despachaba Lanza, se veía siempre lleno de ramitos de flores, de otra tantas modistas ycostureras que eran al mismo tiempo sus novias y marchantas.

Los otros dependientes miraban por esto á Lanza con una admiración suprema y trataban de imitarlo en lo posible.

Pero Lanza no tenía imitación.

El con todas tenía algo especial que conversar que no podía terminar nunca, porqué como tenía que conversar con todas sus marchantas y éstas eran muchas, no podía atenderlas todas a la vez.

Apénas hacía un mes que Lanza estaba en lo de Costa, y tenía ya más despacho que los viejos dependientes de la casa.

Solo en los precios de los géneros no tenía todavía la práctica necesaria, pero como tenía á quien preguntar, esto lo preocupaba poco, no siendo para él ningún inconveniente.

Tan contentos estaban de él los dueños de la tienda, que al pagarle su primer mes de sueldo, se lo aumentáron en una tercera parte más para que á su vez estuviera más contento y tomara cariño á la casa.

—Si usted sigue adelantando como hasta ahora y atendiendo los intereses de la casa, pronto tendrá en ella una buena posición y mejor sueldo.

Lanza mostrándose sumamente contento, y en consideración á no haber salido durante aquel mes, pidió un día entero de licencia, que le fué acordado sin vacilar.

Su primer visita, como era natural, fué para las dos francesas sus amigas, que se creían olvidadas por él yestaban hasta cierto punto resentidas.

Pero él las compuso fácilmente. demostrándoles que era la vez primera que salía á pasear desde que cambió de empleo.

—Si ántes hubiera salido, les dijo, ántes hubiera venido, porque siempre hubiera sido para ustedes mi primer visita.

Y como no quería venir á verlas de todos modos con las manos vacías, preferí esperar á que se venciera el primer mes.

Y Lanza entregó á la francesa todo el sueldo que había recibido, con excepción de cien pesos que reservó para pasear aquella noche.

Este último y elocuente lenguage aplacó todo resentimiento y Lanza fué tratado á cuerpo de rey, pués harto lo merecía un jóven que se conducía de aquella manera.

—Es el mío un empleo incómodo por ahora, por la escla-

vitud en que estoy, pero muy conveniente por el porvenir que allí tengo y la práctica que voy adquiriendo en el comercio.

En un par de meses más me habré establecido por mi cuenta.

Y como pienso salir lo ménos posible, es preciso que ustedes, con algún pretexto de comprar, vayan á visitarme de cuando en cuando.

Todo el día y toda la noche son míos hoy, pero no quiero abusar por ahora, y trataré de salir lo ménos posible.

Lanza pasó todo aquel día entregado al culto agradable de aquella amistad.

Se mudó todo perfectamente, y á la noche llevó á sus amigas al teatro, las dejó allí y empleó todo el resto de la noche en visitar à algunas de las modistas con quienes había hecho relación en la tienda.

A unas porqué le gustaban de alma y á otras porqué le convenía tener relación con ellas, á todas visitó y á todas presentó sus cumplimientos, haciéndoles todo género de ofrecimientos.

Concluídas estas visitas que podemos llamar diplomáticas, Lanza regresó al teatro y desde aquel momento se entregó por completo á complacer á sus amigas.

Terminada la función regresáron á casa y las francesas, que tenían el hábito de cenar, obsequiaron á Lanza como mejor pudieron, recogiéndose á dormir á una hora bastante avanzada.

A la mañana, bien de madrugada, ya Carlo Lanza estaba en pié, y listo para salir.

La vieja, que sabía que el jóven saldría temprano, lo esperaba con una buena taza de café que tomó con avidez y con gusto.

Y después de recomendarles nuevamente que lo visitaran si él no venía, marchó á su conchabo, llegando á horas en que sus compañeros aún no habían abierto la tienda.

Lanza siguió trabajando cada vez con más ahinco y más entuusiasmo, aunque ya aquella vida de encierro y de mostrador empezaba á fatigarlo.

Ya tenía bastante práctica para manejarse en la tienda por sí solo.

Sus patrones solían salir con frecuencia, y aunque era él el dependiente más nuevo, á él dejaban confiada la tienda, y era él quien la cerraba si aquellos no habían vuelto à la hora habitual de hacerlo.

Esta confianza vino á dar algún resuello á Lanza en su modo de ser.

Cuando podía hacerlo sin que nadie se apercibiera de ello, obsequiaba á sus amigas con tres ó cuatro varas más en el género

que compraban, ó tres ó cuatro varas ménos en el precio que les debía hacer pagar.

Por eso es que todas querían ser servidas por Lanza aunque tuvieran que esperar un buen rato, y sus patrones atribuían aquella preferencia á la habilidad que para el despacho tenía el nuevo dependiente.

Con las demás sucedía otro tanto, pues Lanza las trataba con un primor esquisito y una complaciencia ejemplar.

A la noche, cuando los patrones no estaban, sus obsequios solían asumir mayor proporción, pues solían ascender á un corte de vestido que no entraba en cuenta, ó alguna pieza de cinta rica, ó un tapadito de poca monta.

Así no hubo jamás tienda alguna que tuviera un dependiente tan solicitado.

Los patrones de Lanza le notificáron que podía salir todos los quince días, eligiendo siempre domingos, y este fué un nuevo desahogo que tuvo Lanza.

Para un hombre como él, salir á paseo sin un centavo en el bolsillo era poco agradable.

Así es que cargando la mano una vez á alguna marchanta rica que no se fijaba en los precios, y otra vez al cajón del mostrador, él se preparaba durante la quincena los elementos necesarios para su día de paseo.

De modo que cuando este día llegaba, siempre tenía para llevar al teatro á las francesas, invitándolas á cenar, y obsequiar de cualquier modo á sus amigas.

Y el cariño de todas ellas crecía para Lanza, á medida que crecían sus dádivas y obsequios.

Así le eran más soportables los quince días que pasaba detrás del mostrador, consagrado á vender y acomodar géneros.

Porqué no era nada la venta y el despacho al mostrador, sinó que cuando se cerraba la tienda esta quedaba en tal estado, que tenían que emplear por lo ménos un par de horas en acomodarla.

Cada señora que entraba quería ver todos los géneros y había uqe mostrárselos dando vuelta toda la tienda.

Esta era la parte fastidiosa del negocio, pues el despacho era todo conversación y entretenimiento.

Entre las muchas relaciones que había hecho Lanza en la tienda, se contaba la de un señor Cànepa, persona buena y de comercio, que se mostraba muy amigo del jóven, ofreciéndosele en todo aquello que pudiera serle útil.

Lanza se había lamentado á Cánepa muchas veces de su situación embromada.

—Aunque aquí no estoy mal y me tratan muy bien, le decía, no es esta la colocación que me convenía.

Yo quisiera un empleo en el comercio, donde pudiera aprender y progresar, donde pudiera practicar en negocios de giros con Europa, que es como yo quiero establecerme.

Mi familia me ofrece siempre recursos con este fin, pero yo no quiero aceptar sin ántes estar bien al corriente de los negocios y emprender una cosa segura.

Cánepa le decía que tuviera paciencia, que él le buscaría una casa arreglada á su deseo, pero que era preciso esperar á que se presentara la oportunidad.

Esta esperanza hacía que Carlo estuviera más conforme y aguantase más las incomodidades de su empleo en el acomodo de los géneros.

Pero jamás sus patrones pudiéron observarle un mal modo ni siquiera un gesto de impaciencia.

El señor Cánepa tenía familia y era en su casa donde pasaba Lanza el mayor tiempo de sus días de salida.

Había un inconveniente para que el jóven pudiera colocarse en un escritorio como él deseaba, y era que Lanza no conocía la contabilidad sinó medianamente, y no tenía la menor noción de teneduría de libros, cosa indispensable.

Cánepa había hablado á Lanza muchas veces de la casa Caprile y Picasso y la clase de buenos negocios que ésta hacía.

—Los giros y remisiones de dinero, las comisiones y correspondencias dejan utilidades pingües, le decía.

Es cosa de enriquecerse en muy poco tiempo.

—Ese es mi bello ideal, respondía Lanza, ese es el negocio que yo quisiera emprender.

—Bueno, pero para ello falta la base principal que es la clientela; esto es lo difícil de obtener, porqué esa clientela no acude sinó á las casas de gran confianza.

—Pero se hace, decía Lanza, y la manera de hacerlo es estar en una casa de esas como dependiente.

—Pues para eso mismo se necesita preparación, sobre todo en el manejo de los libros de escritorio, cosa indispensable.

—Pues como hay que empezar siempre por lo primero, empezaré por aprender algo de libros, y así ya podré entrar al escritorio.

Una vez en un escritorio yo me iré haciendo de relaciones y clientela poco á poco, y así cuando abra mi casa, tendré una base segura con que contar.

—Lo que es por ese lado, como yo sé bien todo lo que es necesario, yo mismo lo pondré al corriente de lo que necesite, y

así cuando encontremos el empleo, tal vez en la misma casa de Caprile y Picasso, podrá tomarlo sin peligro de no poderse desempeñar.

Desde aquel día Cánepa empezó á enseñar á Lanza el manejo de los libros que necesitaba para entrar á lo de Caprile.

Y no contento con lo que Cánepa le enseñaba, en la tienda de Costa y bajo el pretexto de poder ser más útil, se hacía dar algunas lecciones por el mismo tenedor de libros de la casa.

Sus días de salida los dedicaba expresamente en visitar á Cánepa, no solo por el agrado que tenía en la sociedad de su familia y el interés de aprender y aumentar aquella buena relación, sinó por el de estar siempre presente en su pensamiento para que lo recordara el día del empleo.

Ya iba abandonando su relación con las francesas, limitándola à ligeras visitas.

Un día Cánepa le dió la estupenda y esperada noticia que fué para él un colmo de felicidad.

En la casa de Caprile y Picasso se había producido la suspirada vacante, y Cánepa le prometió hacerle ocupar el empleo.

Todos sus martirios iban á concluir, gracias á aquel amigo.

Lanza casi se volvió loco de alegría.

Entrar de dependiente en la casa de Caprile y Picasso era el colmo de su fortuna, pues hácia ella se encaminaba.

Era necesario esperar unos días, porqué Caprile no estaba aquí y Picasso no se ocupaba de eso.

Lanza abrazó efusivamente á su amigo Cánepa y le agradeció todo cuanto por él había hecho.

—Si yo consigo emplearme en esa casa, aunque fuera de portero, le decía, después de mi padre será usted el hombre á quién más deba; usted es mi verdadero protector y amigo.

—No es difícil, no es difícil, respondía Cánepa; soy amigo de la casa; algo puedo, y estoy convencido de que si hago á usted un servicio, también se lo hago á ellos, porqué un dependiente como usted, de su conducta y condiciones, es un beneficio para una casa de comercio.

Aplicarse á los libros y nada más, aplicarse á los libros que es lo que más en la casa se necesita, y yo me encargo del resto, no hay cuidado.

UN PICHON DE BANQUERO.

El señor Cánepa había tragado bien la historia que le había contado Lanza.

Lo creía un jóven de familia rica que no quería comprometer

un capital sin conocer bien el negocio en que se metía, y tenía verdadero gusto en servirlo.

La casa de Caprile y Picasso estaba entónces en el apogéo de sus negocios.

Los bancos no habían establecido los descuentos de la manera que están en el día, el comercio con la Italia había tomado ya un gran incremento, ypor su casa se hacían valiosos giros y operaciones de todo género.

La misma gente de trabajo depositaba allí su dinero, porqué tenía más confianza en la casa de Caprile y Picasso que en el mismo Banco de la Provincia.

El comercio italiano remitía por su intermedio los giros y la correspondencia, y entre los mismos hombres de trabajo no se conocía más correo ni más nada que la casa de Caprile y Picasso.

En los días de salida de paquete, la casa de Caprile y Picasso era una verdadera administración de correos, por la gran cantidad de correspondencia que recibía para todos los puntos de la Italia.

La mayoría de aquella gente de trabajo se hacía hasta escribir sus cartas allí y leer las contestaciones que recibía, de modo que era preciso tener tres ó cuatro dependientes dedicados exclusivamente á la correspondencia.

Uno solo no más era el encargado de remitirla al correo, siendo esta precisamente la vacante que debía ocupar Carlo Lanza por intermedio de su amigo Cánepa.

La correspondencia se echaba en una enorme bolsa que se llevaba al correo y que éste recibía al peso en conjunto, y como en el escritorio se cobraba el porte por separado de cada carta, esta sola diferencia en el porte venía á constituir un buen negocio.

Hombres inteligentes y de una probidad especial, los señores Caprile y Picasso habían sabido dar á su casa un incremento poderoso.

Cánepa había hecho á Lanza esta explicación minuciosa y era por esto que el jóven estaba tan empeñado en entrar á ella.

Porqué á pesar de no tener un centavo en el bolsillo, Lanza estaba persuadido que había de llegar á ser banquero, y banquero capaz de hacer la competencia á los mismos Caprile y Picasso.

Con un afán inmenso, se entregó al aprendizage del manejo de los libros que le enseñaba Cánepa, sin descuidar por esto las atenciones de su empleo en la tienda de Costa.

Los días fuéron pasando hasta que Lanza, sin ser por esto un gran tenedor de libros, supo lo bastante, á juicio de su protector, para ocupar el puesto que le había prometido.

Y como Cánepa había hablado ya de Lanza al señor Caprile en los mejores términos, su admisión no ofreció la menor dificultad.

Lanza, loco de alegría cuando supo esto, se despidió de sus patrones bajo el pretexto de que iba á establecerse con dinero que le había enviado su familia, saliendo de la casa en la mayor armonía y mejor amistad.

Como él gastaba más de lo que ganaba, de la manera que hemos indicado, su situación financiera no era de las más consoladoras.

Pero esto ¿qué podía importarle en el momento en que precisamente creía haber agarrado el cielo con la mano?

Aún en una situación peor no se hubiera afligido, pues siquiera ahora tenía casa donde dormir, buenas relaciones como Cánepa y algunos pesos en el bolsillo, del arreglo de cuentas con sus patrones.

Estos habían hecho á Lanza proposiciones muy ventajosas para que quedase en la casa, porqué aquel dependiente representaba una buena clientela.

Pero Lanza las rehusó todas con el mejor modo posible, haciendo esta promesa:

—Yo les aseguro que si me fuera mal en los negocios y tuviera que volver al trabajo, siempre serían ustedes los preferidos por mí, porqué en ninguna parte he de estar mejor que con ustedes.

Lanza fué á ocupar su nueva colocación como un vencedor que vá á posesionarse de país conquistado.

Y con su aspecto de gran persona y su exterior simpático atrayente, engañó à sus nuevos patrones como había engañado á todo el mundo.

Explicadas claramente sus obligaciones, se hizo cargo de su puesto con la mayor confianza de servirlo bien, pues siempre tenía á su lado la poderosa ayuda del amigo Cánepa.

Por otra parte era bien fácil lo que tenía que hacer.

Atender la clientela de la correspondencia, recibir los pequeños giros y cuidar que todo fuera remitido al correo á su debido tiempo.

Su conveniencia, bajo todo punto de vista, era portarse bien, para prosperar en la casa y para hacerse querer de toda aquella clientela de obreros á quienes miraba ya como á la suya propia.

Estos estaban locos con el nuevo dependiente de la casa, por la paciencia que este les tenía, el cariño con que los servía y la soberbia redacción de las cartas que les escribía.

Las explicaciones que le pedían, se las daba con un minucioso detalle, y les leía la correspondencia cuantas veces querían.

El señor Caprile pensaba que hubiera dado con el dependiente que necesitaba, agradeciendo á Cánepa la buena ocurrencia de haberselo traído.

Lanza tenía mucho tiempo libre para pasear y divertirse, pero lo empleaba por el momento, de la manera que más convenía á sus intereses.

Siempre frecuentaba la casa de Cánepa, por que era una relación que le convenía de todas maneras, al extremo de que en ella era mirado como un miembro de la familia.

Tenía sus pretensiones amorosas con una bella hija de su amigo, pero estas pretensiones las ocultaba profundamente, esperando el momento oportuno para revelarlas.

Sin haber roto con las francesas sus amigas, había dejado enfriar la relación que con ellas lo ligaba.

Así se libraba de un estorbo que podía ser sério en cierto modo.

También cultivaba sus relaciones con las modistas y costureras marchantas de la tienda de Costa, que habían lamentado su salida de aquel negocio y que no podían olvidar los muchos servicios que les había hecho.

No quería frecuentar las diversiones públicas, porqué esto podía traerle algún perjuicio en la confianza del señor Caprile y se dedicaba á estas buenas relaciones privadas que no podían serle perjudiciales en manera alguna.

En un mes Lanza estaba perfectamente al corriente en el manejo no solo de su empleo sinó de toda la marcha general de la casa, al extremo de que sin la menor dificultad se hubiera podido poner á su frente.

Entendía á las mil maravillas á toda aquella runfla de napolitanos que en solo un mes se habían habituado de tal manera á su modo de ser, que solo con él querían entenderse.

Porqué él les entendía todas sus mañas y sus dobleces y los complacía en todo.

En cuanto á sus especulaciones particulares, poco podía hacer Lanza, porqué en la casa todo estaba debidamente controlado, al extremo de que no se movía una paja sin que quedara constancia en los libros.

Para un hombre de la inventiva de Lanza no había nada imposible.

El no se contentaba con su sueldo limpio, pero era preciso maniobrar con mucha cautela, si quería hacer las cosas de manera que no las sintiera la tierra.

En el manejo de todo, pronto encontró la fuente de recursos extraordinarios, de manera que el más buzo no lo pudiera descubrir.

Después de hecha la correspondencia para Europa y perfectamente franqueada, le sacaba las estampillas á una buena cantidad de cartas, quedándose con ellas para venderlas en el próximo franqueo.

Siendo él el que embolsaba la correspondencia, en la casa no podían notar la falta, y como en el correo tomaban la bolsa al peso bruto, y cerrada, tampoco notaban la falta.

De este modo se abría una fuente de recursos pequeña, pero en la esperanza de que después podría ser más vasta.

Como él abría el escritorio, podía pasar la mañana sin ningún género de fiscalización de otros dependientes y estudiar entónces la manera de dar rienda suelta á sus pequeñas especulaciones.

Caprile tenía tal confianza en su dependiente, que ni siquiera se le ocurrió jamás la menor duda sobre su integridad.

Es que él cuidaba de ser exactísimo en el cumplimiento de sus obligaciones.

Siempre demostraba para todo la mejor voluntad posible, y por excesivo que fuera el trabajo, siempre se mostraba alegre para desempeñarlo.

En las vísperas de salida de paquete, el trabajo aumentaba al extremo de tenerlos ocupados la mayor parte de la noche.

Y Lanza, siempre alegre, siempre contento de poder ser útil, era el primero en entrar y el último en salir, sin que jamás se le hubiera visto ni siquiera un gesto de impaciencia ó de mala voluntad.

Por la mañana conversaba largamente con los napolitanos que acudían al escritorio, conviniendo con ellos que las comisiones que allí se les cobraban eran demasiado fuertes y que era muy conveniente para ellos que se estableciera otra casa del mismo género, que tal vez él fundaría si encontraba apoyo.

Los napolitanos lo escuchaban convencidos plenamente de sus razones, é instándolo muchos de ellos para que se decidiera pronto.

Como al fin y al cabo era él quien les manejaba su dinero y su correspondencia, le tenían una confianza ilimitada y lo creían el brazo derecho de la casa.

De este modo Lanza preparaba lo que él llamaba su clientela del porvenir.

Y les recomendaba la mayor reserva sobre lo que habían hablado, diciéndoles:

—No hay que decir nada de esto á nadie, porqué como si

yo me establezco esta casa se viene al suelo, si saben que yo tengo ese propósito, me ván á hacer una guerra bárbara.

Y los napolitanos le guardaban fiel reserva por la cuenta que les tenía, instándolo para que se fuese cuanto ántes y se estableciera en el mismo negocio, porqué no querían pagar más aquella enormidad de comisiones.

Ni Caprile, ni los demás dependientes de la casa podían sospecharse de lo que pasaba, pues los napolitanos guardaban un silencio profundo por la cuenta que les tenía.

¿Quién los había de servir mejor que aquel jóven, que ya les conocía todos sus asuntos y hasta su modo de ser?

Como se vé, Lanza procedía con la mayor astucia.

Si él hubiera tenido capital, se habría establecido en el acto, seguro de llevarse gran parte de la clientela.

Pero la cuestión era establecerse sin capital y conseguir lo mismo.

Esto era lo que él quería y tras de lo que andaba.

No teniendo el trabajo de atraer clientela haciendo grandes aparatos de escritorios y dinero, no necesitaría más capital, para empezar, que el mismo que le llevaran sus primeros clientes.

Luego los napolitanos son naturalmente desconfiados respecto al dinero.

Les cuesta muchas privaciones y trabajos poderlo agarrar, y no lo exponen así no más en negocios ó malos depósitos.

Es muy difícil conquistarse la confianza de los trabajadores napolitanos, pero una vez que se ha conseguido, se tiene sin limitación de ninguna especie.

Así es que la única manera de formar clientela entre aquella gente, era la que Lanza había puesto en práctica.

Y un cliente hoy, y otro en la siguiente semana, iba comprometiendo para la nueva casa á los clientes de sus patrones.

Lanza tenía que proceder con aquella lentitud, porqué no hablaba del asunto á ninguno, sin estar ántes bien seguro del secreto.

La menor indiscreción de aquellos podía costarle la salida de la casa ántes de haber podido realizar su propósito.

Era un asunto en el que había de obrar con astucia y piés de plomo.

Otra cosa hacía Lanza para ir prestigiando su casa al mismo tiempo que desacreditaba la de Caprile, para que los clientes estuvieran descontentos.

Y esto tenía que hacerlo con una cautela infinita para no ser descubierto en ningún caso.

Aquellas contestaciones de gran interés para ciertos clientes,

porqué eran acuses de dinero recibido ó de noticias de gran interés de familia, las sustraía de la correspondencia al recogerla del correo.

De modo que cuando el cliente iba por ella, era natural responderle que para él no había nada.

Lanza les decía entónces confidencialmente que aquello sucedía porqué la casa era un bochinche, que no cuidaba á sus clientes de la manera que debía.

—Yo me encargo de hacerte venir la contestación, le decía, porqué tengo muy buenos corresponsales particulares, y escribiré que vean á tu familia y le encarezcan la respuesta.

Pero es preciso que guardes silencio, porqué si sospechan que yo ando en estas cosas, pueden echarme á la calle y ustedes entónces se perjudicarían á la par mía.

Lanza hacía el aparato de escribir á su corresponsal y miéntras Caprile no podía decirles por qué razón no habían contestado, Lanza les entregaba la carta deseada, que extraía de un sobre con su nombre, para hacerles creer que la carta venía bajo su cubierta.

Y siempre los que se entendían con Lanza y tenían con él amistad, eran los mejor atendidos y los que más pronto recibían contestación, gracias á sus supuestos corresponsales.

Esto le daba gran prestigio entre aquella su futura clientela, con perjuicio de la casa de Caprile, que no se sospechaba la clase de enmigo que tenía con aquel dependiente de tanta confianza.

Esta confianza la aumentaba diariamente el jóven con una conducta ejemplar y una rara dedicación al trabajo.

Sus libros estaban más que al día, al momento, puede decirse, pues no hacía operación sin asentarla inmediatamente.

En la apariencia, era un hombre exclusivamente dedicado al trabajo.

Nunca se le veía en los teatros ni en sitio alguno de pública diversión.

La primera parte de la noche la pasaba en la casa de su amigo Cánepa, conversando con la familia y sosteniendo aquella intimidad cariñosa que tenía con ella.

Se retiraba á una hora conveniente bajo el pretexto de que tenía que levantarse temprano al siguiente día.

Pero en vez de recogerse, como se creía, iba á visitar á sus otras amigas las modistas, pues sus ocupaciones del escritorio y lo de formarse una clientela futura, no le impedían hacer la cama á alguna modista rica, aunque vieja, con el cristiano intento de soplarle el capital.

En el cultivo de esta otra clase de relaciones que podían dejarle un buen provecho, pasaba la segunda parte de la noche.

A casa de las màs accesibles, llevaba fiambres y vino, improvisando alegres y memorables cenas que le daban un prestigio de gran señor.

Los timbres postales sustraídos á la correspondencia eran los que cubrían los gastos extraordinarios.

Su sueldo se dividía religiosamente entre las francesas que le daban de comer y el sastre que lo vestía.

Porqué Lanza por nada de este mundo abandonaba el cuidado de su persona exterior.

Siempre andaba correctamente vestido y hasta con lujo.

—Estas son las ventajas de la vida arreglada, decía á sus compañeros de escritorio de manera que lo oyera Caprile.

Lo que ustédes gastan en teatro y farras de todo género, yo lo gasto en ropa, porqué me gusta andar bien vestido.

Ya tendré tiempo de diveertirme, no haycuidado, ahora sólo debo pensar en trabajar y tener contentos á mis patrones.

Es que su famoso exterior era con lo que Lanza contaba para todos sus propósitos amorosos.

La casa de Cánepa le servía para aparentar una vida arreglada y juiciosa, que le daría un triunfo seguro en sus planes amorosos matrimoniales.

Con las modistas, aquel exterior paquete le daba un aspecto de hombre de posición desahogada, que podía atender cómodamente hasta las frivolidades de la vida de soltero.

Había una modista vieja en la calle de las Artes, á quien Lanza había puesto sus puntos de explotación.

Sabiendo que Lanza estaba en una casa de giros, la vieja le había encargado varias veces la remisión de dinero, que Lanza tuvo cuidado de hacer religiosamente, trayéndole la contestación tan pronto como había llegado.

Era ésta una cliente segura para el porvenir, y cliente importante, porqué podía recomendarlo á otras modistas y amigas que remitieran dinero.

Pero esto no era bastante; Lanza quería asegurarla amorosamente y hacer suyo la mayor parte del capital de la vieja.

—Si yo llego á pescarla, decía, no me ha de suceder lo que con doña Emilia, ¡no hay cuidado! no me he de meter en enredos que me hagan perder la masa de trabajo que me hizo perder aquella mentecata con quien me metí en mala hora.

Pero la vieja era más despierta que un zorro, y aunque le halagaba profundamente el cariño que el jóven le demostraba

este halago no era suficiente para hacerle perder el juicio y la bolsa.

Tenía en Lanza la confianza suficiente para encargarle la remisión de cualquiera suma de dinero, sin exigirle el menor recibo ni constancia.

Pero una cosa era darle dinero como banquero, para remitir á Europa, y otra cosa era dárselo como amante y para que le diera el giro que quisiese.

Lanza tenía que ser rigurosamente íntegro en toda remisión de dinero que se le confiase, porqué esto estaba en sus intereses y en el crédito personal que debía hacerle á su futura casa, así es que sin peligro de ningún género podía confiársele toda clase de intereses.

Pero él quería disponer del capital de la vieja, no con intención de quedarse con él por el momento, sinó porqué aquel capital le habría servido para establecerse de una manera segura y rápida.

Pero la vieja no quería entender sus indirectas y hábiles insinuaciones.

—Su capital bien girado, le decía Lanza, puede darle mayores utilidades que la casa de modas; para hacer producir el dinero, no hay como el dinero mismo.

Pero la vieja sonreía astutamente, diciéndole aquello de « más vale pájaro en mano que buitre volando ».

Es que aquel capital, para formarlo, le había costado veinte años de trabajo improbo y asíduo y no quería arriesgarlo en una especulación, no porqué no tuviera confianza en Lanza, sinó porqué no la tenía en ningún género de especulaciones.

La buena vieja había tenido por marido á tal lámina, que la había curado de especulaciones y negocios.

Escuchaba con sumo agrado los amores del jóven, se dejaba querer en todos los tonos, y correspondía á aquel amor con todo género de atenciones cariñosas, pero nada más.

Eso de especular con el dinero ganado á fuerza de tanto trabajo, no estaba en sus libros.

Lanza se desesperaba y trataba de estudiar el lado flaco de la vieja para entrarle por allí, pero todo era inútil.

Una vieja que no la vence el amor de un jóven interesante como Lanza, no la vence nada en esta vida.

Pero Lanza no era hombre de abandonar su presa á dos tirones, ni de renunciar á un proyecto cuya realización podía ser la realización de sus sueños, si la vieja consentía solamente en que le manejara su capital.

Entretanto iba aumentando día á día el capital de estimación

y aprecio que le tenían en casa de Caprile, y el cariñoso interés con que lo trataban en casa de Cánepa, donde estaban los verdaderos intereses de su corazón.

Por supuesto que no por eso se descuidaba en la formación de la clientela segura para lo que él llamaba su futuro banco.

La mayor parte de la mañana estaba solo en el escritorio, pues él lo abría bien temprano so pretexto de trabajar en los libros.

A esa hora de la mañana caían los clientes que tenían ocupado su día en el trabajo.

Y este era el tiempo que aprovechaba para todas sus maquinaciones diabólicas, cuyo fin era el de prepararse una clientela.

En tres meses de escritorio, Lanza había adquirido una práctica fabulosa en el manejo de los negocios, conocía todas las especulaciones á que estos se prestaban, y hasta tenía pensados mil otros negocios en los que la casa no especulaba, porqué le sobraba trabajo.

Ascendiendo poco á poco, Lanza había llegado hasta recibir el dinero para los giros, siendo sus apuntes y operaciones tan claras, que podían verse al primer golpe de vista, con solo mirar su libro que estaba siempre al día.

En el negocio de las letras, él hacía sus pequeñas especulaciones por su cuenta, que le daban buenos resultados para sus entradas extraordinarias.

Daba por ejemplo dinero de ménos en cantidades gruesas que devolvía.

Si el cliente se apercibía y reclamaba, Lanza decía:

—Tenga paciencia, que cuando balancee la caja á la tarde, ha de aparecer de más el dinero que le he dado de ménos.

Y como en el balance aparecía la suma, la restituía integramente.

Si el cliente no se apercibía, era una utilidad que ingresaba á sus fondos particulares.

Estos golpes no los repetía con demasiada frecuencia, pues la frecuencia era muy bien una delación ó un alerta sospechoso dado á clientes y patrón.

Solo lo hacía en las letras muy valiosas, en cuyo vuelto una falta de dinero podía muy bien disculparse, más en los días de mucho despacho.

Así, cuando alguno se presentaba al escritorio diciendo que el jóven le había dado dinero de ménos, ni el reclamante ni nadie sospechaba que aquello pudiera ser intencional, ménos oyendo á Lanza que respondía muy tranquilamente:

—No digo que no, puede ser muy bien, porqué ni el Papa mismo es infalible, aunque pretenda serlo.

Tenga paciencia hasta la tarde en que balancee mi libro, él me dirá si me he equivocado en mi cuenta.

Y al practicar aquella operación con la mayor tranquilidad, se le sentía exclamar:

—Decididamente soy un animal, un gran animal y merezco que me lo digan á cada momento.

Aquí está el dinero que he dado de ménos.

Y cuando volvía el cliente se lo devolvía propinándose los más duros calificativos.

—No se trate así, amigo, le decía el cliente mortificado con aquella aparente aflicción, cualquiera se equivoca en una cuenta.

— Pero ese cualquiera es siempre un bruto, decía Lanza, y dá lugar á que se crea otra cosa.

Caprile tenía tal confianza en el jóven, que nunca revisaba su libro; era preciso que él se lo mostrase y lo obligara á verlo.

Por el lado del escritorio Lanza estaba asegurado y por el lado de los clientes más aún, porqué estos le tenían una confianza ilimitada y creían como un evangelio lo que él les decía.

Había entre ellos un napolitano muy desconfiado y tacaño, que en cuestiones de dinero no se tenía fé ni á sí mismo.

Era este un jorobado que tenía cincuenta oficios y vivía en la mayor miseria para hacer economías y juntar dinero, que remitía á Europa por la casa de Caprile, pues no tenía confianza ni en el mismo Banco de la Provincia.

Antes de entregar á Lanza el dinero, lo contaba cincuenta veces y de cincuenta modos distintos y asimismo nunca estaba conforme, siempre temía haberse equivocado.

Lanza se propuso vencer la desconfianza del jorobado, y muy pronto llegó á ello, con general asombro, pues muchos habían ya renunciado á entenderse con él por su avaricia desmedida.

Entregaba su dinero y lo seguía en las manos del dependiente hasta el cajón, obligándolo á sacarlo muchas veces, para hacer un recuento.

Lanza se reía mucho del jorobado, y le decía que era necesario que tuviera confianza en él que era más práctico y ménos susceptible de equivocarse, porqué no solo tenía más práctica sinó además el control de sus libros, que le rectificaban cualquier error al interrogarlos en su balance.

Pero el jorobado se desentendía de estos argumentos y seguía siempre en sus febriles recuentos.

Una tarde de mucho apuro, el jorobado le dió cuatrocientos

patacones para remitir, suma que había contado tantas veces que sabía de memoria la clase de billetes que la componían.

Lanza tomó la suma, la contó rápidamente y la echó al cajón.

Pero como si tratara de rectificar algo, la sacó en seguida y se puso á contarla nuevamente.

Víspera de paquete, había ese día mucha gente delante del mostrador.

Viendo el jorobado que el jóven recontaba el dinero con cierta atención, le dijo sonriendo:

—No te aflijas, que lo he contado yo, y más fácil es que haya dinero de más que de ménos.

—Precisamente por esto recuento, dijo Lanza, porqué si dices que me dás cuatrocientos patacones, hay dinero de más.

Al oir esto el jorobado abrió enormemente sus ojos y los fijó en los billetes, diciendo:

—No puede ser, sería la primera vez de mi vida que me sucede semejante cosa.

Lanza estrujó entónces dos billetes como si tratase de despegarlos y una vez logrado esto, apartó un billete de doscientos pesos.

Concluido el recuento dijo al jorobado: pues ahí tienes, mi amigo, ese billete está de más.

El jorobado tomó entónces el dinero con ademán tembloroso y lo contó á su vez, hallando el mismo resultado, doscientos pesos de más.

Entónces miró á Lanza, expresando en aquella mirada toda la suprema admiración que sentía, y le dijo:

—Pues amigo, es usted el hombre más honrado que he conocido en mi vida.

Y como quien dá un pedazo de cielo, sacó del bolsillo del chaleco veinte y cinco pesos que dió á Lanza, diciéndole: partamos la diferencia, estas acciones no deben quedar sin recompensa.

Como Lanza rehusara la dádiva alegando que no había porque hacer semejante cosa, el jorobado pensó que sería por poco y dobló la suma.

Pero su admiración no conoció límites cuando sintió que el jóven le decía:

—Mi integridad está ya pagada con mi sueldo por el señor Caprile, y yo no admito dádivas por cumplir con mi deber.

El jorobado guardó su dinero y desde aquel día miró á Lanza con un respeto fabuloso.

Un mes después de esto, el jorobado llevó cinco mil pesos para ser remitidos á Europa.

Lanza tomó el dinero y lo echó sin contar al cajón.

Sabía que el jorobado era muy avaro, pero muy íntegro.

—Disculpa que no cuento, le dijo, porqué estoy muy ocupado; ya lo habras tú contado.

El jorobado sonrió y dijo: no hay cuidado, no has de volver á hallar dinero de màs.

Dos días después, cuando el jorobado fué por el recibo que Lanza no había podido darle aquel día, casi se cayó de espaldas al oir que el jóven le decía:

—Aquí tienes el recibo y estos cien pesos que venían de más, como la vez pasada, en dos billetes pegados.

¿Con qué diablos aprietas el dinero que así está pegado?

Aquel era el colmo de la honradez.

Devolverle dinero cuando Lanza podía haberse quedado con él sin que nadie lo sospechara siquiera, era para el jorobado una acción incomparable.

Y tal fué su asombro, que á pesar de su proverbial miseria, quiso regalar á Lanza aquellos cien pesos, diciéndole: guárdelos, porqué me enojo.

—Aunque te enojes no los tomo, he cumplido con mi deber y ya te he dicho que para eso me paga mi patrón.

No habiendo en el escritorio más que el jorobado, aquella negativa de Lanza no podía ser por temor de que lo viéran, sinó por pura honradez, y el jorobado desde aquel día tuvo en Lanza más confianza que en sí mismo.

Si Lanza le hubiera dicho « faltan mil pesos en tu dinero », los hubiera pagado sin vacilar.

—Tu confianza me cuesta trescientos pesos, decía Lanza para sí, pero los doy por bien empleados, pues los que vean que tú me tienes tal confianza, ni en sueños podrán dudar de mi integridad.

Porqué aquellos dos errores del jorobado habían sido una especulación de Lanza para granjearse su confianza.

Y había puesto de su bolsillo aquellos dos billetes que aparecieron de más en las dos cantidades.

Para que el jorobado se equivocara en su contra hubiera sido necesario que hubiese perdido el juicio, y no presentaba ningún síntoma de locura.

Y nadie podía sospechar que aquello había sido hecho expresamente, porqué al más perspicaz hubiera escapado el interes que en hacerlo tenía Lanza.

Su fama de honradez fabulosa cundió por toda aquella gente obrera á quién el jorobado refería el cuento lleno de admiración, y aquellos fuéron otros tantos clientes del futuro con quienes,

sin decirles una palabra, podía contar Lanza cuando abriera su famoso banco en competencia con Caprile, á quién no pensaba dejar un cliente ni para remedio.

El gran escollo donde se estrellaba el ingénio de Lanza era en el bolsillo de la vieja modista.

Todos sus proyectos y combinaciones le salían admirablemente bien hasta entónces.

Solo sus planes sobre los fondos de la modista no le daban un resultado satisfactorio.

Había llegado á hacerse amar sin otro interés que el de su cariño.

La vieja le consultaba todos sus planes y negocios, siguiendo ciegamente sus consejos.

Cada vez que tenía que enviar dinero, á él se lo entregaba sin el menor recelo, pero tratándose de entrar en especulaciones ó dar dinero al jóven, ya era otro cantar.

La mujer se mostraba más agarrada que garrapata en la oreja de un perro.

—Basta con las especulaciones en que me metió mi marido, le decía, y sin las cuales hoy yo sería riquísima.

—No hay mejor especulación que el banco, créeme, y si dispones de dinero propio sigue mi consejo.

Debía ser muy agarrada la vieja ó muy escamada, cuando á pesar de su situación respecto á Lanza, á pesar de estar perdida de orgullo por el amor del jóven, le hacía hasta resistencia en sus intereses.

No por esto se acobardó Lanza ni renunció á sus planes.

Por el contrario, hizo con la vieja todo el aparato posible para convencerla de su amor profundo, y especulativamente no le habló jamás una palabra de intereses.

—No hay nada que venza á la constancia mia, pensaba, ella caerá quando ménos lo piense y caerá en toda regla.

La tengo amarrada por el lado del corazón, que era lo más difícil, lo demás vendrá por sí solo.

La vieja es astuta y desconfiada, pero si he vencido la desconfianza del jorobado, con más razón he de vencer la de la vieja cuando apele á mis grandes recursos que aún no me conviene poner en juego.

Y siguió visitando asíduamente á la vieja y regalándole flores y perfumes, miéntras ella le regalaba algo más sólido.

Tenía su encanto y su orgullo en la paquetería de Lanza, le gustaba enormemente verlo vestido con aquella corrección y le había regalado un riquísimo reloj y un anillo con brillante, que

Lanza tenía muy buen cuidado de no usar sinó cuando iba á visitarla.

Todos sabían que él no podía gastar en esas prendas y trató siempre de ocultarlas.

El amor de la vieja fué el golpe de gracia para las planchadoras de fino, que no lo veían sinó muy de tarde en tarde, porqué todo su tiempo lo dedicaba al amor de la vieja modista.

Sin embargo las planchadoras de fino no por esto se mostraban mayormente irritadas.

Cuando se presentaba Lanza en la casa, era siempre el bienvenido, todo para él eran buenos modales y atenciones.

Es que Lanza, si faltaba en persona, no faltaba en dinero al fin del mes, pues aquellas mujeres le cuidaban la ropa y era siempre un refugio que tenía para huir á cualquier calamidad que pudiera sucederle.

Por esto no quería dejar de llenar con ellas sus modestos compromisos y tener seguro aquel refúgio contra cualquier contratiempo.

Lanza se había hecho de muchos amigos en el escritorio de Caprile, pero aunque á todos atendía cariñosamente, no tenía mucho tiempo que dedicarles, porqué el día lo ocupaba en absoluto en sus ocupaciones y la noche la repartía en aquellas visitas que le conocemos.

Amigo íntimo de algunos cronistas de diarios, nunca le faltaban un par de entradas á los teatros con su correspondiente asiento, que distribuía por turnos entre la modista y las planchadoras, haciéndoles creer que las había comprado expresamente para ellas, porqué la función era buena.

Siempre en su manía de ocultar las diversiones á que asistía, él no iba al teatro sinó á la hora de salida para acompañar á las invitadas hasta su casa, haciéndoles creer que había estado sumamente ocupado en el escritorio, lo que realzaba el mérito de la invitación.

Con muchos clientes de la casa de Caprile, colocados en el comercio, mantenía amistad estrecha, pero tenía buen cuidado de mostrarse con ellos lo más sério que le era posible y hombre absolutamente de trabajo.

No había una sola persona que lo conociera, que no se asombrara de su dedicación al trabajo y de su conducta ejemplar, porqué jóven, paquete y buen mozo como era, tenía todos los elementos necesarios por haber llevado una existencia felizmente galante.

Esto era la disculpa á muchas cosas, del dinero que gastaba

y al lujo relativo con que andaba, porqué entónces podía decir que cuanto ganaba se lo echaba encima.

El señor Caprile seguía cada vez más contento de su dependiente, por sus excelentes disposiciones y por su conducta invariable é intachable.

Sus clientes se entendían con él en preferencia á ningún otro, y sus obligaciones eran siempre correctamente cumplidas.

Es que Lanza tenía un doble motivo, una doble razón para portarse bien.

Primero, la conveniencia del momento, de conservar el empleo en el escritorio é ir prosperando en él, y segundo que su conducta presente sería su crédito para el futuro y la base en que reposarían los grandes negocios que proyectaba.

Aquel negocio era soberbio; con solo una buena conducta tendría cuanto quisiera, y podría disponer de sumas incalculables, pues era el crédito que tuviese y la confianza que inspirara, los que habían de llevar á su escritorio el dinero.

Por esto es que ya la cuestión del capital no lo preocupaba tanto como al principio.

El verdadero capital estaba en sus clientes, y estos no se atraían con dinero sinó inspirándoles una confianza absoluta.

Al mismo tiempo que preparaba sus clientes aquí, era necesario que preparara los corresponsales con quiénes había de entenderse en Europa, y esto también lo hacía con cierta habilidad.

Ciertas cartas que le encargaba escribir su patrón, las escribía dobles, para firmar él una é irse haciendo conocer de esta manera, como dependiente de toda confianza en una casa de tan vasto crédito.

Otras cartas las escribía por cuenta propia, y mandaba bajo su firma y directamente las sumas que entregaba la vieja modista y otras que le eran encargadas por intermedio de esta.

Así se iba haciendo conocer poco á poco, de manera á poder entenderse directamente con las relaciones comerciales del señor Caprile, las cuales su firma y sus órdenes no las tomarían como nuevas.

A su familia le había escrito ya, exagerando su posición comercial y social.

—Soy un comerciante de importancia, le decía, y la fortuna me sonrie de todos modos.

En cuanto pueda desenvolverme un poco de mis negocios iré á hacerles una larga visita al mismo tiempo que visite las personas con quienes mantengo relación comercial.

Era imposible prepararlo todo con mayor habilidad que lo que hacía Lanza.

La cuestión era ahora, cuando lo tuviera todo preparado, poder salir honradamente del escritorio y en buena armonía con el señor Caprile, para que éste no pudiera enrostrarle nada y no tuviera motivo para desacreditarlo en su negocio.

Más práctico que todos los otros dependientes en el manejo de la casa, no tendría la menor dificultad en la suya, pudiéndola hacer trabajar como una casa vieja desde el primer momento que la estableciera.

Las cosas que de más necesidad podían serle en los primeros momentos, como sellos postales y letras en blanco, las iba tomando lentamente del escritorio y acopiándolas en su casa.

Y como su salida de la casa podía tener lugar de un momento á otro, había alquilado dos piezas en la calle de Tacuarí 81, piezas que había ido amueblando lentamente, para darles el aspecto de escritorio á una y de habitación á otra.

Cuando algún cliente tenía alguna dificultad pequeña que él trataba de hacer muy grande, le decía:

—Vaya esta noche á mi escritorio, Tacuarí 81, y allí le allanaré toda dificultad.

El cliente iba y Lanza le arreglaba su dificultad, con tanta complaciencia y tino, que lo dejaba prendado.

Muchos preferían ir directamente á su escritorio á arreglar sus negocios, porqué lo hacían con más comodidad y sin imponer de ello á tanta gente como se runía siempre en el escritorio de Caprile, quién jamás pudo sospecharse del juego de entretelones que le hacía Carlo Lanza.

¿Cómo iba á sospecharlo si la primer condición que imponía á la gente que servía era la de que guardasen la mayor reserva?

Y con ellos desacreditaba hábilmente la casa de su patrón para recomendar la suya.

—Allí les cobran una comisión enorme por cada giro, les decía, y esto es casi una explotación.

Estoy deseando abrir mi casa para que puedan palpar con hechos lo enorme de los precios que les cobra Caprile.

Muchas veces á mí mismo me dá pena hacerles los descuentos que cobran allí, pero no me es posible conducirme de otro modo.

Como yo no soy el dueño de la casa, no puedo hacer rebajas por más deseos que tenga, porqué tengo que ceñirme á las órdenes recibidas, si no quiero que me echan á la calle, lo que me perjudicaría en mi crédito de negociante.

De todos modos, cuando Caprile sepa que yo he abierto casa y que no cobro la barbaridad de sus comisiones, me vá á hacer la guerra.

Pero esto poco me importará, porqué ya ustédes conocen el motivo y me conocen á mí lo bastante para tenerme confianza á pesar de todo lo que se diga.

De este modo Lanza paraba con anticipación todos los golpes que pudieran dirigirle, desde que ellos nunca podrían dirigirse contra su crédito ni conducta.

Era en los clientes nuevos, sobre todo, entre los que Lanza tenía mayor influencia, conquistada con su más hábil procedimiento.

Cuando aparecía algún cliente nuevo á tomar informaciones sobre remisión de dinero ó encargos á Europa, Lanza lo mandaba á su escritorio, donde le daría, decía, toda clase de informaciones, haciéndole presente la manera más cómoda y económica de mandar su dinero.

—Si usted no tiene mucho apuro, le decía, dentro de algunos meses se lo podré enviar yo mismo, porqué estoy arreglando un servicio de corresponsales.

Ahora, si usted está apurado, yo le haré la primer remesa por el escritorio donde estoy empleado.

Le costará un poco más, pero el dinero irá pronto y seguro.

Y prévio discurso de no decir nada á nadie, pues no quería aún enemistarse con la casa en que estaba hasta que abriera la suya, despedía al nuevo cliente que salía prendado de los modos atentos y agradables de Carlo Lanza.

Algunos hacían su remesa por la casa de Caprile y por intermedio del mismo Lanza, y otros se resolvían, no estando apurados, á esperar que éste abriera su casa bancaria.

Entre los vueltos que podía morder, algo de más que cobraba á los poco prácticos y su negocio de las estampillas, se juntaba una buena mensualidad, que á veces le alcanzaba para gastar y aún guardar un poco.

Y como todo aquello era hecho con suma habilidad, no podía ser pillado en manera alguna.

En las cartas que escribía á Europa valiéndose de su posición de empleado de Caprile, tenía buen cuidado de indicar su domicilio de la calle Tacuarí, para evitar así que una carta abierta por error ó por intención fuera á descubrir el vasto plan de sus operaciones extra legales.

Cánepa, que cada vez tenía más motivos de aprecio por Lanza, lo recomendaba continuamente á sus patrones, haciéndole entrever un buen porvenir en la casa de Caprile, porqué á él más que à nadie ocultaba el jóven su proceder poco correcto.

¿Cómo iba á sospecharse Cánepa los enredos de Lanza, si

éste aparentaba pasar en su casa el tiempo que le dejaba libre el escritorio?

Así, Lanza era para ellos el colmo del juicio y de la conducta tranquila; lo que los asombraba enormemente dada la edad del jóven y su modo de ser eminentemente alegre.

Era realmente un fenómeno que un jóven de aquellas condiciones no fuese al teatro, ni á bailes, ni á centro alguno de diversión.

¡Cómo se habrían quedado si hubieran visto á Lanza en un diálogo amoroso con su vieja modista, tratando de seducirle el bolsillo!

Lanza había comprometido en esa aventura, no solo el amor al dinero de la modista, sinó su mismo amor propio, por lo mismo que la mujer se resistía de aquella manera.

Ella estaba enamorada de él al extremo de regalarle alhajas de valor; tenía en él una confianza absoluta, puesto que sin recibo alguno le confiaba sumas de dinero para remitir á Europa, ¿por qué no le aflojaba también la jareta de la bolsa?

Y Lanza se hacía esta pregunta y no podía conformarse con su impotencia á este respecto.

Y por más que le estudiaba á la modista sus lados vulnerables, no podía dar con el que debía abrirle la bolsa.

El no necesitaba dinero para el hecho material de abrir su casa, porqué ya hemos visto que había preparado los clientes y las cosas de tal manera, que sin un centavo en el bolsillo hubiera ganado dinero desde el primer día, sin contar que las primeras sumas que se le confiaran, las podía haber girado áá su gusto y conveniencia, demorándolas un poco de tiempo, lo suficiente para servirse de ellas sin perjudicar su crédito.

El hubiera deseado un capital de cierta importancia para remitirlo como adelanto á las casas de crédito en Italia contra las que pensaba hacer sus giros.

De este modo su casa habría podido funcionar desde el primer momento como una casa vieja, sin entorpecimiento de ningún género y con tanta rapidez como la mejor montada.

Por esto hacía el amor á la bolsa de la modista, pues este dinero le hubiera servido para ese provechoso fin.

Al fin se convenció que toda gestión en este sentido era perfectamente inútil y se dedicó solo á la pequeña explotación de los regalos que aquella le hacía y á lo que podía chuparle en la remisión de los fondos que le daba.

Tocante á capital, no había que tener esperanzas.

LA ULTIMA ESPERANZA.

Así Lanza se había concretado á seguir haciendo méritos en la casa Caprile, por lo que convenía á sus intereses del momento y los del futuro, convencido de que un capital era cosa imposible de conseguir para él.

Su única esperanza había sido la modista, pero esta esperanza se había desvanecido al fin.

Era la modista, tocante á intereses, el sér más raro y más práctico con que había tropezado Lanza en su vida.

Lanza, convencido intimamente de que sus negocios tenían que darle un resultado brillante, no había pensado en estafar á la modista en su dinero; hagámosle justicia.

El se proponía emplear ese dinero en establecerse de una manera sólida y tenerlo en su poder haciéndolo ganar intereses bárbaros.

¿Para qué cometer una estafa que podía perjudicar enormemente su crédito, cuando por el buen camino podía llegar al mismo fin, la fortuna?

Resuelto á tantear todos los medios á su alcance ántes que darse por vencido, una vez que se convenció que la modista no le aflojaría la mosca por nada de este mundo, se resolvió á herirla en la parte que creyó vulnerable á todas luces, el único medio posible y seguro de agarrar la plata de la modista: el matrimonio.

¿Qué vieja de este mundo resiste á una proposición de matrimonio hecha por un hombre jóven y buen mozo?

El medio era caro, pero en cambio, de una seguridad indudable.

Si la vieja lo quería al extremo de haber sido su amante, arrostrando hasta la crítica silenciosa pero dolorosa de sus oficialas, ¿cómo no había de quererlo como marido?

Lanza estaba seguro que con la sola proposición la vieja se volvería loca de alegría.

Una noche en que habían cenado opíparamente después del teatro, Lanza, en seguida de haber hecho á la vieja una poética manifestación de su cariño, que aquella escuchó en un verdadero éxtasis, le dijo que había resuelto casarse, porqué aquella vida no convenía en manera alguna á un hombre sério como él, que tenía entre mano negocios de cierta magnitud, y que pensaba establecerse como banquero.

La pobre vieja, que estaba lo más agena de este mundo á

los proyectos del jóven, rompió á llorar de una manera conmovedora.

Una noticia como esa, dada así á quema ropa, tenía que producirle un efecto desastroso.

Porqué, como era natural, se figuró que Lanza le daba parte de su casamiento con alguna otra mujer cuya edad armonizaba con la de él y por eso había tratado de endulzarle la píldora con aquella manifestación de cariño que acababa de hacerle.

—Pero, ¿por qué lloras? preguntó Lanza afligido, sin comprender en el primer momento la causa de aquel dolor.

¿Por qué lloras, mi alma, cuando mi noticia debía haberte producido un placer inmenso?

¿O acaso no me quieres, y todos tus cariños habían sido fingidos?

¿Amas acaso á otro que vale para tí más que yo?

Y le echó una mano al cuello abrazándola tiernamente.

—¡Ingrato, ingrato y bárbaro! exclamó la vieja soltando toda la fuerza de su llanto.

¡Me vienes á dar la noticia de que te casas, y no quieres que llore!

¿Me crées acaso una persona sin corazón, ó crées que mi edad madura me impide tener sentimientos y amor propio?

¿Quiéres acaso que de puro placer me comprometa á hacer el ajuar de tu novia?

¡Tonta! ¡tonta celosa! exclamó Lanza al fín, comprendiendo la causa de aquella desesperación y aquel llanto.

¿Cómo te figuras, después de lo que te he dicho, que había de venir á darte la noticia de que me caso con otra?

Es contigo, tonta, contigo con quién he resuelto casarme, porqué he comprendido que nadie ha de tener por mí el cariño que me profesas, y de que todas las cosas deben tener su compensación en esta vida.

Es á tí, querida mía, á quién pienso hacer mi esposa, la compañera tierna y apasionada de mi existencia.

Al oir aquella manifestación que no esperaba y que venía á ser un contraste tan poderoso con el dolor sentido un momento ántes, la pobre muger quedó aturdida, al extremo de no saber lo que le pasaba.

Su mirada se dilató como la de un loco en la contemplación del jóven, se pasó la mano por la cabeza en ademán violento y como si dudara de su juicio, no supo que responder.

—¡Tú casarte conmigo, tú mi marido! exclamó al fin con voz entrecortada por la emoción; y se echó en los brazos del jóven dominada completamente por la emoción que sentía.

—¿Y qué tiene de asombroso? preguntaba Lanza emocionado á su vez al ver que su tiro había dado en el blanco.

Estoy persuadido de la fuerza de tu cariño, que vengo observando desde el día en que me lo demostraste por vez primera; veo que nadie ha de quererme como tú y de que yo no puedo querer á nadie como á tí y me caso contigo.

¿Qué cosa más natural y más lógica?

Es la compensación á tu cariño y á tus bondades, y si algo siento es no poder elevarte á una posición más elevada.

La pobre mujer estaba como idiotizada, no podía darse cuenta de lo que pasaba por su espíritu y miraba á Lanza de una manera suprema, preguntándose si el vino podía haber influido algo en aquella extraña é insperada resolución.

—No me engañes, le dijo, no me engañes, te lo pido por lo que más quieras en el mundo, porqué no sé hasta donde me llevaría el desencanto de una desilusión tamaña.

—¿Y con qué objeto había de engañarte? ¿con qué interés había de decirte semejante cosa si ella no fuera una resolucion immutable?

¿No te he dado ya las razones que me impulsan á hacerlo?

Me caso contigo porqué debo hacerlo, porqué te quiero con toda mi alma y porqué no me conviene la clase de vida que llevo así, vida que puede perjudicarme en mis negocios.

La modista quedó como abismada en sus pensamientos.

La impresión del momento empezó á ceder el campo á su buen juicio y pensó que aquello no era ni natural ni lógico.

Un hombre jóven y hermoso como Lanza, de talento y en vísperas de tener una posición importante, no podía casarse con una mujer vieja relativamente para él, y sin ningún atractivo que sirviese de disculpa á una resolución de aquella magnitud en la vida de un hombre.

Solo el deseo de poseerla en absoluto, el temor de verse pospuesto y hecho á un lado por otro, podía hacerle tomar una resolución semejante.

Pero el jóven, que reinaba en su espíritu de una manera absoluta, que sabía que ella lo amaba de una manera suprema y que no podía temer una competencia ventajosa, no estaba en aquellas condiciones.

No tenía necesidad de sacrificar su libertad y su porvenir para obtener una cosa que sin necesidad de aquel sacrificio poseía incuestionablemente.

Ninguna ventaja podía reportar de aquel desigual matrimonio, y era esto lo que la obligaba á pensar de aquella manera y buscar la causa de un proceder tan extraño é inesperado.

Y pensando con cierto criterio, no encontró más explicación á aquel matrimonio que su dinero, su fortuna, que era lo único de que Lanza no disponía y de lo que solo sería dueño casándose con ella.

Desde que encontró aquella explicación perfectamente lógica, la modista se puso en guardia, y sin disminuir la manifestación del agrado que le causaba aquella noticia, dijo á Lanza que era feliz, como nunca había creído serlo, pero sin darle una contestación precisa.

Esto lo atribuyó Lanza al aturdimiento de la noticia misma y no quiso exigir una contestación perentoria que creía no necesitar, pues esto podía dar á sospechar su apuro.

Y siguió hablando en el mismo sentido y haciendo planes de felicidad inmensa, hasta que se fuéron á recoger y se durmiéron, él mecido por la satisfacción de haber logrado al fín su objeto, ella abrumada por sus cálculos y sus deducciones mortificantes.

La modista era una mujer de un criterio sumamente claro, sumamente razonable, é interesada como una judía.

Escarmentada en su propio pasado, tal vez por aventuras análogas, desde que sospechó el objeto positivo de aquel matrimonio, decidió no consentir en él.

Sin romper con Lanza ni darle á entender que había penetrado en la causa de su proceder, podía muy bien renunciar al matrimonio, haciéndole créer que la misma pureza del amor que le tenía le hacía rechazar lo que era un verdadero sacrificio para él.

Así, cuando Lanza insistió al otro día en su matrimonio, empezó ella á hacerle reflexiones en este sentido, concluyendo de esta manera:

—Para poseerme por completo no tienes necesidad de casarte, porqué es imposible quererte más.

Necesitaría tener un corazón doble.

Por mí, para asegurar mi cariño, por compensarlo, no tienes necesidad de casarte con una mujer que dentro de diez años podía ser tu abuela.

Esto es lo que me aterra, Lanza, haciéndome tener un miedo justo y razonable por mi porvenir.

Si ahora puedes quererme como lo dices y no lo dudo, no sucederá lo mismo en adelante, porqué no es natural, y es esto precisamente lo que me aterra.

Jóven y lleno de vida, dentro de diez años, te fastidiarías al lado de una vieja.

Otras mujeres jóvenes y bellas me disputarían tu amor, que tú les darías sin vacilar.

Yo entónces me convertiría para tí en un obstáculo insuperable y llegarías á odiarme y á desearme la muerte.

Esto es lo que me aterra, Lanza, de una manera invencible.

Así, en la situación en que nos hallamos, yo nunca seré para tí un obstáculo insuperable y no podrás alimentar ódio para mí ni deseo de muerte.

De lástima tratarías de engañarme, y en último caso yo tendría un desencanto doloroso aunque previsto, pero como no sería nunca una carga odiosa para tí, no trocarías para mí tu amor en ódio.

No me caso pues, Lanza, en la seguridad de que así soy más feliz.

Ese matrimonio que me rejuvenece de placer y de satisfacción, sería el precio de mi felicidad futura.

Lanza quedó helado ante esta manera de raciocinar, convencido de que aquello no era más que el disfraz de sus pensamientos verdaderos.

Indudablemente la mujer había penetrado su intención, comprendía todo el alcance de sus cálculos y se ponía en guardia hábilmente, velando su pensamiento con razones de conveniencia para él, cosa que no habría pensado ninguna otra mujer que hubiese pensado en situación igual.

No podía quedarle pues la menor duda de que la modista era invulnerable por el lado del dinero y que era preciso renunciar á tal esperanza al respecto.

En vano quiso convecerla de la pureza de sus intenciones, en vano intentó darle todo género de seguridades, la vieja lo dejaba helado con esta pregunta:

¿Qué será de mí dentro de diez años, cuando tú estés en la plenitud de la vida?

No quiero padecer yo por cualquier mocosuela que te revuelva los sesos y hasta se burle de mí.

Así, siempre seremos amigos, el desenlace vendrá naturalmente y siempre podré ser tu amiga sin menoscabo de mi amor propio, y nadie se podrá reir de mí y de tí mismo.

Lanza no volvió más á hablar de amor á la vieja, ni de casamiento.

Y si no hubiese sido porqué algo le sacaba, hubiera roto con ella para siempre.

No podía conformarse con haber sido derrotado en todos los terrenos por la previsión de aquella mujer empeñada en guardar su dinero.

Resuelto á no contar más con aquella esperanza, se abrió una fuente de recursos nueva en el escritorio.

Los clientes nuevos de facha más infeliz que caían al escritorio con algún apuro, después de seductores discursos, pagaban una comisión de cinco por ciento, comprendida la remesa de dinero y la carta que les escribía para la familia ó sus apoderados.

La comisión que cobraba la casa era de tres por ciento, que era la cantidad que Lanza apuntaba en los libros, ganándose un dos por ciento sobre sumas que, reunidas, hacían una cantidad respetable.

Este dos por ciento de diferencia proporcionaba á Lanza una buena suma.

Para que nadie pudiera apercibirse de la cosa y asegurar de paso al cliente, dentro de la carta que se hacía escribir, Lanza ponía un sobre ya preparado para que remitieran la contestación.

Y este sobre decía: Señor Carlo Lanza, calle Tacuarí 81, para entregar à don Fulano de tal, el nombre del nuevo cliente.

Así todas las contestaciones tendrían que venir á su poder, quedando así el cliente arraigado con él, que era con quién se entendía.

Lanza prevenía que tal vez él tuviera que salir de la casa ántes que las contestaciones vinieran, y como estas llegarían rotuladas á él, no podía perjudicarse en nada.

Y ya lo sabían los clientes mismos, porqué él se lo había dicho:

—Si no me encuentras aquí, me encontrarás en mi otro escritorio, calle Tacuarí 81.

Así se había preparado Lanza su retirada, porqué su último modo de proporcionarse recursos era sumamente peligroso.

La menor indiscreción de un cliente, una pregunta casual podía muy bien hacer descubrir aquella diferencia de comisiones y echarse todo á perder, á pesar de la previsión inmensa con que procedía.

Así, si por cualquier indiscreción salía de la casa, aquella clientela quedaba amarrada á él por las contestaciones.

Su exterior era cada vez más rumboso y más importante, lo que ayudaba más á sus planes, porqué un infeliz de aquellos no podía sospecharse nunca que una persona tan espléndidamente vestida los explotase en un miserable dos por ciento de comisión.

Concretado á una vida juiciosa, había dejado de ir á casa de sus planchadoras, aunque sin dejar de atenderlas en sus necesidades, por lo que pudiera acontecer.

Y su noche la dividía en partes iguales entre la familia de Cánepa, donde lo arrastraban inclinaciones de corazón, y su vieja modista donde algo mordía.

Semejante á esos leones que estan encerrados en la jaula y

por más años que pasen siempre andan dando vueltas alrededor de las rejas en la esperanza de poderse evadir, así Lanza giraba siempre alrededor de los bolsillos de la vieja, buscando el modo de entrarles.

Pero como los leones de la jaula, era para convencerse más de su impotencia.

La vieja, siempre en su deseo de verlo vestido con elegancia y riqueza, le hacía regalos de ropas y joyas, lo que para él era una gran economía, pues no tenía nada que gastar en el exterior de sus persona.

Su sueldo era más que suficiente para sus gastos, de modo que el producto de sus especulaciones podía guardarlo íntegramente.

Ya no comía en casa de sus planchadoras, sinó en la Cruz de Malta ó en casa de la modista, donde era recibido con el mayor agrado.

Así sus amigos de la Cruz de Malta, juzgando por el exterior de sus trajes, tenían que creerlo un hombre de grandes negocios y de magnífica posición financiera, puesto que por antiguas referencias sabían que Lanza era hijo de una familia rica y él un futuro banquero.

Comía bien y bebía mejor, invitando siempre á sus amigos con notable rumbo.

¿Quién se hubiera figurado que aquel hombre no era más que un pelagatos, que lo único que tenía era su sueldo y lo que podía adquirir con sus malos manejos?

Aún diciéndolo, nadie lo hubiera creido.

Lanza buscaba con preferencia la amistad de los corredores de Bolsa, previendo que con ellos tendría mucho que hacer en adelante y que le convenía estar bien acreditado.

Y ya instándolos á unos, ya aceptando invitaciones que ellos le hacían siempre, estaba en contacto con ellos, hablándoles de negocios y de transacciones por crecidas sumas.

Ya Lanza tenía toda la confianza en la casa de Caprile; ocupaba en ella una buena posición y muchos había que hasta lo creían interesado en ella.

Así es que esto mismo venía á favorecer sus planes ulteriores, porqué Caprile no podía tener en aquel puesto sinó á una persona de conducta y honradez intachables.

Su posición en la casa de Caprile, puede decirse que era una carta de crédito en blanco fuera de ella.

Lanza se creía pues completamente á cubierto de cualquier fracaso y perfectamente seguro de su porvenir, en el caso que tuviera que salir del escritorio.

UNA BOLADA IMPREVISTA.

Un día Lanza se hacía lustrar los botines en uno de los « salones » de lustrador que hay en la calle San Martin

Estaba en la mitad de la operación, cuando vió pasar por la calle dos mujeres, una de las cuales le parecía de una belleza estupenda.

Desde el primer golpe de vista se comprendía que aquella no era una señora, aunque su facha era muy entonada y vestía con cierto lujo.

Parecía italiana, y su aire, sinó distinguido, era bastante completo y aceptable.

Yendo sola, tal vez hubiera podido confundírsele con una señora, pero la compañera que llevaba al lado tenía una facha tal, que le hacía perder un cincuenta por ciento de su compostura.

Lanza quedó maravillado de la hermosura de esta mujer.

Era sumamente jóven, y sus dos ojos castaños y expresivos, iluminaban su fisonomía de una manera rara.

Lanza se bajó precipitadamente del sillon donde estaba sentado y salió á la puerta.

Las mujeres siguiéron por la calle San Martin hasta la de Corrientes y dobláron por esta última en dirección al campo.

Entusiasmado por la belleza de aquella mujer y comprendiendo que eran damas de aventura, Lanza decidió seguirlas y averiguar así donde vivían.

No se había lustrado más que un solo botin, pero no era posible perder más tiempo haciéndose lustrar el otro, porqué entónces no las podría alcanzar.

Tiró el peso de la lustrada al profesor de charol, y con un botin lustrado y otro sin lustrar, enfiló la calle precipitadamente y dobló por Corrientes hácia donde habían doblado las jóvenes.

Estas no habían llegado á Florida cuando él dió vuelta la calle, así es que pronto le fué fácil alcanzarlas.

Y se puso reposadamente en su seguimiento, tratando de no ser notado.

Miéntras más miraba á la mujer, mayor era su entusiasmo y mayor el deseo de hacer relación con ella.

Al atravesar la esquina de Maipú, la mujer dió vuelta la cara, y notando que era seguida, sonrió dejando ver una dentadura espléndida é hizo un movimiento de suprema coquetería que estremeció á Carlo Lanza en lo íntimo de su corazón.

Aquella mujer era de lo más bello que había visto hasta en-

tónces en el género á que él podía aspirar.

No podía equivocarse: tanto el semblante como el aire, tenían una expresión de líneas italianas de lo más soberbio.

Aquella mujer debía ser italiana, y de lo más bello de aquella nacionalidad.

La mujer que la acompañaba no era una sirvienta sinó una amiga, por el traje que vestía y por la confianza con que con ella hablaba.

Por consiguiente tanto una como la otra debían de ser mujeres de aventura fácil.

Pasada la calle de Esmeralda y como á la mitad de la cuadra, las dos mujeres se detuvieron delante de uno de aquellos casinos que entónces tanto abundaban.

La mujer bella volvió la cara como para observar si aún eran seguidas, y después de sonreir con placidez infinita que acusaba la satisfacción que aquel seguimiento le causaba, entráron ambas al casino, después de detenerse un momento en la puerta como quién quiere dar á entender que entra á su casa.

Lanza se metió rápidamente como para no ser notado, porqué siendo aquellas horas de trabajo, su entrada al casino no podía hacer buen efecto entre las personas que lo vieran.

Desde que salió de lo de la inolvidable doña Emilia, era la primera vez que Lanza entraba á un casino, de modo que la vista de aquel sitio le produjo una extraña emoción.

El recuerdo de doña Emilia y de su ingrata amante le hizo estremecer de una manera poderosa y quedar pensativo un momento.

Aquellos recuerdos le hacían pensar en las situaciones angustiosas porque había pasado y en las que iba á crear para él aquella mujer tan bella que lo había enamorado al primer golpe de vista.

Allí, detrás del mostrador, semejante á un cancérbero, estaba la dueña del casino, contemplándolo con su mirada judáica, como extrañando su presencia.

Es que un hombre de su aspecto en un casino á aquellas horas del día, era cosa poco común.

Pues Lanza tenía realmente el aspecto de un banquero, por el aire que había logrado imprimir á su persona y por su traje correcto y rico.

La atención á un cliente tan delicado era cosa obligatoria, porqué son clientes que dejan siempre una buena entrada.

Así es que la patrona salió del mostrador donde estaba encajada y se acercó á la mesa donde se había sentado Lanza preguntándole con amistosa sonrisa qué quería que le sirviese.

Para inspirar confianza y recomendarse á la consideración de la patrona, Lanza pidió dos botellas de cerveza.

Como no era regular que pidiera aquella cantidad de cerveza para los dos, era natural pensar que aquel cliente quería solamente gastar dinero, y un cliente que se anuncia en un casino de aquella manera, se hace acreedor á la más marcada consideración.

Miéntras la patrona traía la cerveza y repasaba los vasos con su mayor prolijidad, se presentáron en la sala y ya en traje de entrecasa, las dos mujeres que había seguido hasta allí.

El encanto de Lanza creció de una manera poderosa.

Si aquella mujer le había parecido exuberantemente bella en su rico traje de calle, en su traje de entrecasa le pareció más bella todavía.

Ella miró á Lanza con la cariñosa expresión que podía demostrarle una persona amiga, y se le acercó sonriendo y mostrándole siempre su espléndida dentadura.

Y se sentó á su lado saludándolo en el más correcto y puro italiano.

—Detesto el frío, le dijo Lanza con la misma dulzura del lenguaje; detesto el frío, y como he visto que el sol se ponía detras de esta puerta, me he entrado yo también para gozar el tibio calor de sus últimos rayos.

Eres tan bella, que si no pareces un astro pareces una cosa mejor todavía: una mujer linda.

Te hubiera seguido hasta el fin del mundo sin más objeto que decirte esto mismo, si hasta el fin del mundo hubieras marchado.

Si el exterior de Lanza había interesado á la jóven, aquel bello lenguaje y la expresión de sus ojos celestes la interesáron mucho más, siendo visible la impresión de agrado que le causaba.

Tutear á una mujer á quien se ha visto por vez primera, es prueba de una gran confianza, que viene á establecer la posición de cada cual.

Y un hombre de la significación que Lanza quería aparentar, no podía tratar de otro modo á una belleza de casino.

Si no, no hubiera parecido un calavera de gran tono, habituado á aquella clase de aventuras.

Encantada por el lenguaje y la persona, la jóven no trató de disimular el placer que sentía, diciendo á Lanza, algo turbada, que agradecía profundamente aquellos cumplimientos que no merecía.

No debía ser aquella una mujer de sentimientos pervertidos.

cuando en su espíritu producían tan bello efecto las frases cariñosas y galantes que acababa de oir.

Luego podía seguir su conquista por aquel mismo camino, seguro de pisar en terreno firme.

Para meterse á averiguar vidas, no solamente era demasiado pronto en una visita, sinó que presente estaba la patrona á quien la cosa hubiera hecho poqísima gracia, y se hubiera puesto en su contra.

Y como Lanza conocía prácticamente la vida interior de los casinos, se guardó muy bien de cometer semejante chambonada, que hubiera puesto en su contra á la patrona.

La cuestión primera era ganarse la benevolencia de esta, lo que no debía ser difícil visto su cara de suprema avaricia.

—El placer que he tenido en encontrarme con un semblante tan bello, dijo Lanza jovialmente, es justo que lo demuestre de alguna manera, haciendo partícipes á quiénes me lo han proporcionado.

La señora me vá á hacer el favor de desalojar la mesa de estas dos botellas y traer en su lugar dos de vino champagne.

Un hombre que de buenas á primeras ycon toda frialdad pedía dos botellas de champagne, debía ser una persona rica y generosa.

Así es que la patrona abrió desmesuradamente los ojos y pasó al mostrador á buscar lo que le habían pedido.

—Nada quiero decirte ahora por la clase de testigos que tenemos encima, murmuró Lanza al oido de su bella conquista.

Ya buscaré la oportunidad de decirte todo lo que por tí siento y todo el bien que me causa tu vista y tu compañia.

Ya volveré con màs tiempo y más comodidad.

La patrona, aunque los vió hablar, nada malo pensó, encontrando muy natural que el jóven diera salida á su entusiasmo en algunas frases amorosas.

—Vengá usted á la noche, le dijo la jóven rápidamente, que hay mayor facilidad de hablar, porqé ella está más entretenida; ahora no se nos vá á apartar del lado.

La patrona acudió entónces con el champagne pedido, que destapó alegremente, y la conversación se hizo general.

Conocedor de los hábitos de casino, Lanza comprendió desde el primer momento que aquella jóven no estaba en la condición de las demás.

Parecía una mera empleada de la casa, tenida para atraer á los marchantes y sin las obligaciones degradantes de la generalidad de las empleadas en los casinos.

Esto se conocía en la especie de respeto con que era tratada

por la patrona y la inferioridad demostrada por la otr
que la acompañaba.

Un conocedor del género no se equivocaba fácilmente y
za estaba encantado con aquel descubrimiento.

El solo hecho de salir á pasear, aunque acompañada, demc
traba la independencia con que vivía allí.

La conversación se izo general é indiferente, aunque Lanza
no apartaba de la jóven sus ojos asombrados.

No era hora ni número para consumir dos botellas de champagne, pero como por el momento el objeto de Lanza era ganarse á la patrona, aunque las botellas contenían más de la mitad de aquella cidra infame que se vendía bajo el elegante nombre de champagne y á un precio de campagne verdadero, Lanza pidió otras dos botellas.

Con esto quería demostrar á la patrona que no era necesario beberlas ni volcar las copas con disimulo, porqué su propósito era gastar dinero.

Así es que la patrona estaba maravillada con el nuevo cliente que se proponía explotar á su satisfacción.

Si aquello lo hacía á las primeras de cambio, ¡qué sería después cuando su entusiasmo hubiera aumentado! .

—Alégrate no más, pensaba Lanza, adivinando lo que pasaba en el espíritu explotador de la patrona.

Alégrate no más, que puede ser muy bien que el champagne te cueste mucho más caro de lo que parece.

Media hora después de estar allí y sin que se hubieran aún tomado las segundas botellas, Lanza sacó su rico reloj, miró la hora y declaró que se retiraba à atender los quehaceres de su escritorio, que la belleza de la jóven le había hecho olvidar.

Pagó rumbosamente el gasto sin mirar siquiera el vuelto, y se despidió hasta muy pronto.

La patrona le hizo mil agasajos y cuando salió se apresuró á tapar las botellas llenas, miéntras la jóven salía á la puerta y miraba al jóven con cierta expresión de pesar.

Lanza con sus modales correctos y la forma con que la había tratado, había hecho en su espíritu una impresión profunda y cariñosa.

Aquello era natural.

Habituada al lenguaje brusco y los malos tratos de los calaveras que al casino concurrían, la suavidad con que Lanza la había tratado, tenía que hacerle una grata impresión por la diferencia establecida.

Además, el aspecto de aquel jóven era tan dulce, su trato tan cariñoso, que á la jóven aquello le parecía un sueño.

*

Lanza, que iba dando vuelta el semblante, encantado ante la marcada distinción que importaba la salida de la jóven á la puerta, al doblar la esquina le hizo un expresivo ademán de cariño en señal de despedida, que ella no se atrevió á devolver por la gente que pasaba, y apuró el paso en dirección al escritorio de donde por primera vez faltaba una hora á las de trabajo.

Llevaba la cabeza llena de la bella conquista que indudablemente acababa de hacer.

Porqué él no dudaba que la bella jóven se había enamorado de él al extremo de seguirlo hasta la puerta.

—Famosa conquista, se decía Lanza miéntras marchaba al escritorio, ¡famosa y espléndida conquista! si yo llego á enamorar á esa mujer y á traérmela conmigo, puedo decir que tengo la mujer más linda de Buenos Aires.

Y no me ha de suceder con esta como con la otra, porqué he de tomar mis medidas y porqué mi situación, gracias á Dios, ha cambiado.

Ahora tengo dinero y estoy en vísperas de tener más.

Lanza estuvo en el escritorio hasta la hora de comer, porqué no quería retirarse sin dejar, como siempre, sus libros en perfecto órden.

Ese día, en vez de irse á la Cruz de Malta, se fué á comer á otro hotel.

Quería estar solo para pensar en su bella conquista, que le llenaba la cabeza al extremo de no pensar en otra cosa.

Y el pobre Lanza se hacía las ilusiones más extrañas respecto á aquella mujer cuya belleza lo había dominado por completo.

—Si yo logro sacarla de allí y traerla conmigo, pensaba, vamos á ser felices.

Ella parece ser una muchacha buena, á pesar de la posición equívoca en que está colocada, y no ha de vacilar en abandonar el casino para venirse conmigo.

Es preciso engañar á la patrona ante todo, para que no me haga oposición, aunque un poco de oposición siempre es buena, porqué una mujer cuando ve resistencia á sus deseos, se irrita y trata de vencerla por amor propio y por capricho.

Cuando Lanza concluyó de comer, con todo reposo para perder tiempo, se metió á una peluquería donde se acicaló y perfumó lo mejor que le fué posible.

Quería estar buen mozo y hacer el mejor efecto posible.

Aquella noche, por primera vez desde que lo conocía, faltó de lo de Cánepa á su visita diaria y se dirigió al casino, ávido de hablar con su bella, de imponerse de la vida que llevaba y hacerle sus honestas proposiciones.

La jóven lo esperaba, y esto pudo conocerlo Lanza desde el primer momento.

En cuanto entró en el casino, patrona y muchachas lo rodearon, dándole el más cariñoso tratamiento.

Es claro, un hombre que de buenas á primeras pagaba cuatro botellas de champagne por el solo placer de pagarlas y sin la menor necesidad, no podía ser recibido sinó con entusiasmo y muestras del mayor cariño.

Después de estar un momento allí, el jóven vió que aquello no le convenía en manera alguna, porqué allí no podría lograr el objeto que lo había llevado: hablar á solas con la jóven; ni le convenía comercialmente el ser visto por cuantos entraban, cuya atención debía llamar su exterior sumamente paquete.

En el casino había tres ó cuatro muchachas más que no vió de día, y la concurrencia era bastante numerosa, estando casi todas las mesas llenas.

Así es que llamando á la patrona le hizo una manifestación de sus temores, tratándola de ganar para el lado del interés.

—Yo quisiera, le dijo, destripar unas cuantas botellas de champagne con esta jóven que tanto me interesa, pero no me conviene permanecer aquí porqué todo el mundo me vé, lo que puede perjudicarme en mis asuntos.

Si me permite pasar á alguna pieza interior donde pueda estar solo, se lo agradaceré.

—¿Y cómo no? respondió la patrona deslumbrada ante la frase del champagne; tiene usted mucha razón; llévalo, llévalo Luisa á tu pieza.

Lanza vió el cielo abierto delante de sí, y siguió á Luisa á su pieza después de decir á la patrona:

—Mándenos cuatro botellas de champagne, y espero que la clientela no le impedirá venir á beber unas copas.

La oportunidad no podía ser más soberbia.

Como en el casino había mucha clientela, la patrona no podría abandonar el despacho y ellos podrían estar tranquilos y conversar en absoluta libertad, que era lo que él quería.

Pero Lanza no contaba con la avaricia de la patrona, que debía ser la causa de su tormento aquella noche.

Lanza se encontró en la pieza de Luisa, y el aspecto de esta le corroboró su modo de pensar respecto á la jóven.

Todo estaba allí en el mayor órden y arreglo, todo era correcto y decente.

—Me asombra, le dijo Lanza sentándola á su lado, me asombra encontrarte aquí, donde todo lo que te rodea hace contigo un poderoso contraste.

Tú no eres lo que pareces indudablemente, y si yo no me equivoco, este sitio no es para tí.

—Gracias por haberme comprendido, respondió tristemente la jóven.

Yo estoy aquí en completo goce de mi libertad y sirviendo únicamente de atracción á la gente, porqué han dado en decir que soy hermosa, nada más.

Hago lo que quiero y no estoy obligada á complacencia de ningún género con los clientes.

¡Qué hemos de hacer! es preciso buscarse la vida de algún modo y el sueldo que por esto me pagan llena mis necesidades.

Lanza vió con placer infinito que no se había equivocado y que Luisa no estaba allí en la condición de las demás mujeres del casino.

Iba á contestar, pero en aquel momento se presentó la misma patrona trayendo las cuatro botellas de champagne y Lanza tuvo que tragarse la frase amorosa próxima á salir de sus lábios.

La patrona abrió las botellas, se sirvió una copa llena y se retiró después de apurarla plácidamente, diciendo á Lanza que la disculpara, pues tenía que atender á los demás clientes.

—Anda y no vuelvas en tu vida, pensó Lanza, feliz de volver á quedar solo con su Luisa.

—Desearía saber tu historia, le dijo, porqué debe ser triste é interesante.

—Mi historia es larga y penosa; muy larga y muy penosa.

Yo vine á América á vivir con parientes cercanos y respetables, pero nuestro génio era distinto, bien pronto rompimos, y en un momento de rábia me fuí de su casa.

Me encontré en media calle, sola y desamparada.

¿Qué podía hacer en situación semejante?

Tomé el primer empleo que se me presentó en esta casa, y no me arrepiento, puesto que él me proporciona al fin conocer á un hombre que se apiada de mí.

La conversación estaba en su periodo más interesante, pero fué interrumpida de pronto y ya para no poderse reanudar más.

La patrona, en el interés de que el champagne se concluyese para que pidieran más, á cada momento mandaba las muchachas á beber ó iba ella misma, de modo que era imposible seguir en la corriente de la conversación.

Para la patrona, Lanza no era más que uno de tantos imbéciles ricos à quién se le podía sacar dinero con facilidad, y trataba de explotar la veta desde el primer momento.

Lanza comprendió el juego desde el primer momento, pero se encontró en una situación sumamente difícil.

Si dejaba concluir el champagne y no pedía más, para verse libre de visitas importunas y poder conversar á gusto, en el interés de hacerle pedir más, la patrona le enviaría las muchachas á cada momento á hacerle sus insinuaciones de sed.

Y si pedía más se las mandar aícon más frecuencia para que lo consumieran pronto y lo obligaran á lo mismo.

Indignada Luisa, que había comprendido el juego ántes que Lanza mismo, le dijo que no quería que pagara más vino, porqué aquello era un explotación indigna é irritante.

Este nuevo rasgo concluyó de enamorar al jóven que replicó:

—¡Pero si es la única manera de poder estar á tu lado! deja que pida.

—Es que de todos modos no vamos á poder hablar, esta gente no se basta nunca ymiéntras más pague, más se meteràn aquí y ménos podremos hablar.

—¿Y qué remedio nos queda? si no pido no salen de aquí y la patrona me puede tomar entre ojo.

Al fin y al cabo por unas cuantas botellas de vino estamos solos aunque á cortos intérvalos, y aunque más no sea que mirándote encuentro bien retribuido mi dinero.

Luisa sonrió tristemente y miró á Lanza con expresión cariñosa.

—Yo no puedo consentir en esta explotación hecha á mi nombre y por el afecto que usted me demuestra.

De todos modos así jamas podríamos hablar.

Mire usted, yo pasado mañana salgo, podremos encontrarnos donde usted diga y así hablaremos libremente tanto como gustemos.

La proposición no podía ser más magna y Lanza la aceptó en el acto.

Felizmente aquel pasado mañana era domingo y podía atender á su entrevista amorosa sin faltar de ningún modo á los quehaceres comerciales.

Lanza, ébrió de alegría, pagó sus seis botellas consumidas, después de haber convenido con Luisa que el domingo, á la una en punto de la tarde la esperaría en la plaza del Retiro con un carruaje tomado, donde podrían irse á pasear y conversar á su gusto.

Eran las doce de la noche cuando Lanza salió del casino, se fué á lo de su vieja modista.

Era preciso seguir engañando á ésta en lo posible, porqué alguna esperanza tenía de poderla explotar por el bolsillo.

Por ejemplo en un apuro y con una suma pequeña que le pi-

diera prestada con cualquier pretexto, podría muy bien salvarlo de una mala situación.

Así es que Lanza quería conservarla como un socorro de último extremo y como una fuente de pequeños regalos que de algo le servían.

Y como si temiera que algo pudiera sospechar, aquella noche fué más cariñoso que nunca.

Al día siguiente y poco después de haber abierto su escritorio, se le presentó Cánepa.

El hecho de haber faltado de su casa la noche anterior era tan extraordinario, que solo podía haber sucedido por hallarse enfermo.

Lanza le dijo que efectivamente la noche anterior había estado enfermo, al extremo que, después de comer se había visto obligado á acostarse.

—Hoy mismo yo no debía haberme levantado, pero me pareció mal faltar por una indisposición que no revestía el menor peligro.

—Eso es una locura, respondió Cánepa, pues la levantada puede costar cara.

—Gracias á que yo tengo una salud de fierro, que si nó, sabe Dios como me iría.

Lanza trabajó aquel día con el mismo anhelo de los otros días, á pesar de tener la cabeza medio revuelta por el recuerdo de su bella Luisa.

Nunca un día le pareció tan largo como aquel.

Cánepa lo fué á ver entre el día para preguntarle como se hallaba, y lo encontró, según le dijo, radicalmente bueno.

Como Lanza quería disponer de alguna parte de la noche, después de comer se fué á lo de Cánepa, de dondé se retiró temprano.

Temía que si aquella noche también faltaba, éste fuera á su casa á averiguar el estado de su salud y lo hallara ausente.

A las nueve de la noche estaba ya instalado en el café de la calle de Corrientes.

Luisa lo recibió manifestándole la mayor alegría.

—Como convinimos en vernos mañana, le dijo, yo no lo esperaba esta noche, y confieso que ya empezaba á arrepentirme de haberle dicho que no viniese.

—¿Cómo crees que hubiese podido pasar la noche sin verte? preguntó Lanza; por más que hubiera querido no me habría sido posible; sin saber explicarme como, me hubiera encontrado á tu puerta.

La patrona, como era natural, recibió á Lanza con muestras

de la mayor alegría, haciéndolo pasar desde el primer momento á la pieza de Luisa.

Dos minutos después, y sin que nadie se las hubiera pedido, se presentaba la patrona llevándole dos botellas de vino champagne.

Ya lo declaraba marchante oficial.

Lanza sonrió á aquella judía espantable, diciéndole amablemente: pues señor, me ha adivinado usted el pensamiento.

Pero aquello hizo á Luisa una impresión de todos los diablos.

Palideció intensamente y cuando la patrona se hubo retirado, dijo al jóven:

—Esto es inícuo y yo no quiero servir de pretexto á tan infame explotación, no quiero que usted pague más champagne.

—¡Pero, tonta, si pago el placer de verte y estar contigo!

—Ya nos veremos cuando no tengas que pagar tan caro ese placer.

De todos modos, miéntras haya vino en las botellas, para beberlo pronto no nos ván á dejar solos, y cuando se acabe, no nos dejarán tampoco, para que pidas más, eso si como ahora, no te lo traen sin haberlo pedido.

—Deja, tonta, una noche más no vale la pena; será la última.

—No quiero, y si pides más ó consientes en que te lo traigan, me enojo y lo devuelvo.

—No hagas eso, por Dios, nos echaríamos encima el ódio de esa judía por el valor miserable de una botella de champagne más ó ménos.

Consiente siquiera por esta noche, te prometo no hacerlo más en adelante.

Luisa consintió con visible disgusto, y como ella lo había dicho sucedió lo mismo que la noche anterior, no pudiéron hablar sinó muy pocas palabras.

Cebada y ávida de dinero, la patrona enviaba á cada momento á las muchachas para que se bebieran el vino, con el encargo de pedir más.

Y Lanza, aunque con profundo disgusto de Luisa, se vió obligado á aceptar dos nuevas botellas que, como las primeras, viniéron sin que las hubiera pedido.

La misma patrona contribuyó eficazmente al consumo de estas últimas.

Y ya se preparaba á completar la media docena, cuando á una indicación de Luisa, Lanza pagó las cuatro consumidas y se preparó á irse contra toda su voluntad.

—No tendría usted dinero bastante á saciar la voracidad de ésta gente, le dijo cuando se halláron solos, y es preciso que esto

se acabe, porqué yo soy el pretexto de la explotación y esto me dá nauseas.

Mañana nos veremos con toda libertad; no quiero que usted vuelva aquí.

Lanza, después de convenir otra vez en la hora, se retiró considerándose completamente feliz.

La conducta de Luisa no solo le demostraba cariño verdadero hacia su persona, sinó que corroboraba su modo de pensar respecto á la bella jóven.

—No puede ser un espíritu pervertido, pensaba, cuando obra de esta manera.

Hay en su fondo mucha pureza y en su conducta una decencia que está reñida de muerte con el sitio donde se halla.

¿Cómo estarà aquí esta mujer? pronto saldré de la duda que tanto me intriga.

Lanza se fué á lo de su modista, como siempre, y para no darle á sospechar nada, trató de ser lo más cariñoso que le fué posible, al extremo que la pobre mujer empezaba á arrepentirse de las sospechas que había tenido.

Al otro día muy temprano ya Lanza se hallaba en pié, pretextando una salida de paquete.

Y como esto sucedía siempre, la modista no lo extrañó, despidiendo á Lanza cariñosamente y conviniendo en que aquella noche la llevaría al teatro.

Lanza se fué á su casa de la calle Tacuarí, donde se hizo la toilette más esmerada de su vida, perfumándose todo como una dama, y conviniendo al mirarse al espejo, que nunca se había hallado tan buen mozo.

Su peluquero fué puesto á contribución en el arte de hermosear, hasta que Lanza se encontró positivamente interesante.

Pero desde aquella hora hasta la una, faltaba mucho tiempo que el jóven no sabía como distraer, pues no acertaba á pensar en otra cosa que en su bella conquista y en contar el tiempo que de ella le separaba.

Se metió en un hotel y almorzó, no porqué tuviese apetito, sinó porqué era una manera como cualquiera otra de matar el tiempo.

Cualquiera que lo viera con su trage irreprochable, su gran cadena del reloj y su anillo de brillantes, lo hubiera tomado por un fuerte capitalista que vivía de sus rentas.

Concluído aquel almuerzo en que no pudo comer cuatro bocados, Lanza salió á la calle, y empezó á pasear sin rumbo y sin dirección, hasta que, aburrido y mal humorado, regresó á su casa,

donde se dió el último golpe de peine, no dejando de mirarse al espejo un solo minuto.

A las doce y media salió de su casa y tomó en una cochería una volanta de primera clase, cuidando que cerraran bien las cortinillas; y á la una ménos diez minutos se paraba en la esquina del Retiro por la calle de la Esmeralda.

UNA HISTORIA TRAGI-COMICA.

Lanza no quería bajarse de la volanta por temor de ser notado.

Harto debía llamar la atención aquella volanta allí parada, para que él la aumentase con paseos por la vereda ó bajadas y subídas.

—En cuanto venga una persona que espero, dijo al cochero que había olido ya una aventura amorosa, siga no más por la calle de Santa Fé hasta el Robinson, donde se pára.

El Robinson era un café que existe todavía, espécie de hotel campestre á propósito para una aventura amorosa.

Allí caían con frecuencia parejas de novios que iban á ocultarse de miradas indiscretas, ó calaveras que echaban una cana al aire en la más grata y alegre compañía.

En el Robinson no solo se hallaban todas las comodidades imaginables para huir á todo ojo indiscreto, sinó que había allí glorietas perfumadas y poéticas, especie de pequeños paraísos á la francesa que incitaban por sí solos al amor más profundo.

Unos dueños de casa complacientes y reservados, eran la garantía con que novios y calaveras de buen tono, contaban para el misterio que debía envolver toda aventura.

Lanza conocía ya este paraje á donde había acudido con sus modistas algunas veces y con amigos calaveras otras.

Ningún paraje más á propósito para conversar plácida y apaciblemente con su bella.

Allí no había de irlo á molestar la patrona con sus botellas de champagne, ni aquel coro de bebedoras infames, que no tenían más objeto al vaciar una copa, que llenarla de nuevo.

Poco tuvo que esperar Lanza con su volanta, pues si impaciente había estado él, más impaciente lo estaba su bella.

No era la una todavía, cuando Lanza, que miraba por el postigo de la volanta, vió venir á su ídolo por la calle de la Esmeralda.

Luisa caminaba rápidamente; había visto la volanta y como no podía ser otra que aquella donde el jóven la esperaba, había apretado el paso.

Lanza, con el corazón estremecido de emoción, abrió la portezuela y esperó.

Minutos después llegaba Luisa, entraba en la volanta rápidamente y esta enfilaba por la calle de Santa-Fé.

Lanza no pudo contener una exclamación de asombro al ver á Luisa en su soberbio trage de paseo.

Se conocía que ella había puesto todo su esmero en embellecerse.

Y en aquella sonrisa plácida y jovial que mostraba sus dientes blancos y brillantes por un esmalte purísimo, se comprendía que la jóven estaba satisfecha de sí misma.

Su trage elegante y de colores frescos, armonizaba artísticamente con el leve y sonrosado color de su piel, de una tersura infantil.

—Bella, exclamó Lanza, bella hasta el asombro; te miro, Luisa, y tengo que mirarte mucho para convencerme que no eres una criatura de otra vida mejor.

Me parece que no eres una mujer de la tierra.

Luisa se desentendió de este cumplimiento que llenaba su alma de mujer, abandonó su mano á Lanza, que la llevó á los lábios, y dijo:

—Me he tardado un poco porqué tuve mis dificultades para salir.

Aquel demonio, sospechando que yo quería salir con alguna otra intención que la de pasear, quería que una de las muchachas me acompañara.

Y como precisamente mi salida tenía por objeto el vernos libres de testigos, tuve que dar una batalla para salir sola, y apresurar el paso para que no me hiciera seguir.

—Pero ¿no eres perfectamente libre? ¿por qué soportas esa vida de prisión?

—Porqué al fin y al cabo allí tengo un refugio y un sueldo, y gozo de absoluta libertad respecto á mi persona.

Pienso que tal vez en otra parte no podría estar tan bien.

Lanza recordó los modales que había visto usar á los señores de Génova en situaciones parecidas y trató de asimilarse á ellos en todo lo que le fuera posible.

—Bella, exclamó otra vez con su expresión más fina y enamorada, besándole de nuevo la mano.

Eres digna de habitar un astro y te conformas con aquel bodegón infame donde explotan, volviéndola dinero, la luz que irradia tu semblante magnífico.

No es posible que sigas en esa vida, Luisa; no es posible que sigas sirviendo á la explotación de la avaricia; desde hoy en ade-

lante es preciso que yo me haga cargo de tu porvenir y te arranque de allí, como se saca una planta delicada de entre los yuyos que le devoran la vida.

—¿Y qué sería de mí entónces? sola y disgustada con mi familia que no me quiere, ¿adónde iría á golpear la puerta?

—¡Qué! ¡tienes familia aquí y te deja en ese miserable abandono!

Eso es imperdonable, Luisa, y debe tener su castigo en este mundo.

—¡Es muy triste mi historia, amigo mio! exclamó entónces la jóven con una expresión de infinita amargura, y mostrando sobre el magnífico párpado una gruesa lágrima.

Yo estaba destinada á una vida mejor, al lujo y la abundancia, y aquí me tiene usted reducida á una situación desesperante, por maldades y caprichos de mi familia, que ignora hasta que existo sobre la tierra.

—Incomprensible, incomprensible, exclamó Lanza con indignación.

Cuando debieran estar orgullosos de tí, por todos motivos, te abandonan así á la miseria y los peligros.

—¡Qué quiére usted! yo no digo que no haya algo de culpa mía; ¿quién es aquel que no tenga algo de que acusarse?

Pero indudablemente no merecía yo el abandono absoluto en que me tienen: se portan mal conmigo.

Iba Luisa á continuar, cuando llegáron al Robinson.

—Aquí, dijo él, aquí podemos almorzar y hablar con libertad.

Tú no debes haber almorzado, y yo lleno del placer de esta cita, no he almorzado tampoco.

Ella secó las lágrimas que sus palabras y sus recuerdos habían hecho brotar de sus ojos, y ayudada galantemente por él, descendió de la volanta.

En el acto acudió la fondera y llevó á la pareja al interior del hotel.

El traje de Lanza ya hemos dicho que lo hacía parecer un señor riquísimo, y la hotelera no vaciló en ofrecerle la mejor habitación del establecimiento.

Allí estaban con todas las comodidades deseables, sin testigos de ninguna clase ni temor de que alguno viniese á importunarlos.

Lanza pidió á la hotelera les trajese de almorzar, de lo mejor que tuviera en la casa, con una botella de vino generoso y una de champagne, para que pudiera dejarlos solos y no tener que ser interrumpidos á cada momento.

Sumamente práctica, como que no hacía otra cosa, la dueña del Robinson les arregló una mesa con cuanto podían desear, con todo género de fiambres y demás pertrechos necesarios para sostener una batida con el hambre.

Y se retiró á confeccionar los platos calientes, diciendo à Lanza que llamara cuando quisiese que lo sirviera.

Este despachó el carruaje ordenándole volviera á buscarlo á la tarde y se encerró á almorzar con toda comodidad y escuchar la historia que Luisa debía contarle.

Esta se había quitado el sombrero y el tapado, quedando en perfecta comodidad, y se sentó al lado del jóven, que la sirvió con cariñosa delicadeza.

—Confieso que no había probado un solo bocado de comida desde que me levanté, le dijo.

La emoción de esta entrevista que ya sabía yo me iba á hacer recordar cosas dolorosas, por un lado, y la lucha con aquella mujer diabólica que quería hacerme acompañar á todo trance por un testigo inaceptable, por otro, no me dejáron tranquila toda la mañana.

Cuando me llamáron á almorzar ya me estaba vistiendo, y no quise ir.

—No importa, tenemos todo el día libre para hablar de todo lo que nos interesa, respondió Lanza, ó mejor dicho tenemos por delante toda la vida, porqué yo no me separo más de tí.

Cuéntame tu historia, pero ante todo te voy á pedir un servicio.

Es preciso que no me vuelvas á tratar más con ese usted frío y alejador.

Trátame de tú, como si fuera un viejo amigo á quien se ha conocido toda la vida.

—En el casino se trata de tú á todo el mundo, es la práctica, ya lo sabes; pero no sé qué sentimiento extraño me había impedido darte á tí igual tratamiento.

Pero, puesto que así lo exiges, lo hago sin ninguna violencia; no sé por qué me parece que te he conocido toda mi vida.

—Me haces feliz con ese modo de hablar, dijo Lanza besando la mano de su bella.

Y como miéntras hablaban comían con buen apetito, Lanza sirvió dos buenas copas de oporto, que ambos apuraron de un solo trago.

No hay nada que desate la lengua como el buen vino, y Luisa, obedeciendo á este principio invariable, desató la suya en la narración de una historia que dejó asombrado á Lanza, porqué éste no se esperaba cosa semejante.

Para que no interrumpieran aquella narración, había pedido los platos calientes y todo cuanto podía necesitar, y había cerrado la puerta después de asegurarse que de las piezas vecinas nada podían oir.

Luisa bebió su segunda copa de vino como quien desea fortalecerse, y empezó así la narración de su curiosísima historia:

—Yo soy hija del banquero Luis Maggi de Génova, dijo, cuya gran fortuna no puedo en este momento avaluar.

Lanza se estremeció de una manera poderosa, pues en ningún caso contaba con revelación semejante.

—Y son precisamente las rarezas de mi padre y su gran fortuna, continuó ella lo que me ha reducido á situación semejante.

Voy á tomar mi historia desde el punto más remoto que me permitan mis recuerdos, y así podrás apreciar mejor las peripecías amargas por que ha pasado mi existencia.

—Habla con entera libertad, que yo juro no interrumpirte en tu relato, respondió Lanza; y sirvió la tercer copa de vino, que debía establecer la suficiente franqueza en el relato empezada.

Cuando se tiene medio litro de oporto en el estómago, se habla siempre la verdad, porqué desaparece generalmente todo cálculo y toda idea de engaño.

Y esto era lo que Lanza quería, más, después de saber la estupenda noticia de que Luisa era hija del banquero Luis Maggi, á quien conocía de nombre y de crédito, por transacciones que con él había tenido la casa de Caprile.

El interes del corazón que la jóven había despertado en Lanza desde el primer momento, se mezcló al interés de la fortuna y el jóven, tomando una mano de Luisa se preparó á estrecharla, con el propósito de no interrumpirla sinó para hacerla beber y desatar así mejor su lengua, en caso que se anudase y quisiera reservarle algo.

—Mi padre, remontándome á la época que mi memoria me permite, era un simple negociante judío por inclinación, que ocultaba su profesión verdadera de prestamista y su capital que no sé cual sería, bajo el humilde oficio de vendedor de jaulas y trampas de ratones, que vendía por la calle al conocido grito de: *¡Gaggie, Rattaieu!*

Era entónces un hombre sumamente hermoso.

Alto, grueso y bien repartido, con su fisonomía varonil y hermosa, con dos ojos ardientes y expresivos, era un hombre capaz de inspirar una pasión á cualquier mujer.

Yo recuerdo como si lo estuviera viendo, y te aseguro que era un hombre hermoso en toda la estensión de la palabra.

Mi padre era un hombre de educación fina y útil; recuerdo

que entre otras cosas embalsamaba aves al extremo de parecer vivas y teñía plumas de sombreros con colores preciosos.

Recuerdo que había plumas teñidas por mi padre, que se pagaban á precios fabulosos, relativamente.

Yo me educaba entónces en un buen colegio de Génova, lo que era una prueba del gran amor que mi padre me tenía, cuando pagaba por mí una educación tan cara, él, que no se desprendía de un sueldo sinó después de hacer un violento esfuerzo y meditar un día entero sobre este gasto.

Había entónces en Génova una dama de posición muy distinguida y de notable fortuna, conocida de todo el mundo por su conducta extravagante y liviana.

Esta dama era ya algo entrada en años, pero conservaba restos de una hermosura imponderable.

Se referían de esta dama mil aventuras y picantes, en que había sido víctima de la explotación de jóvenes calaveras que habían soportado el amor de la mujer por el amor de la bolsa, que había sido siempre el objetivo de aquellos amores.

Esta dama había cobrado por mi padre una pasión violentísima, de aquellas pasiones que subyugan completamente á una mujer haciéndola cometer todo género de locuras.

No era preciso ni satisfactorio para una mujer de su posición, tener un amante vendedor de *gaggie y rattaieu* é impuso á mi padre la única condición de que había de abandonar su oficio, lo que éste aceptó de mil amores.

Siempre era mucho mejor que el suyo, el oficio de amar á una vieja rica y hermosa todavía, capaz de hacer por su amante cualquier locura.

Mi padre abandonó entónces sus *gaggie* y se estableció como embalsamador de pájaros y comerciante en plumas teñidas, abriendo una casa de esta especialidad, que no era más que el disfraz de otro negocio mucho más positivo.

Sin abandonar sus tendencias de judío, mi padre se dedicaba á descontar letras de buenas firmas, con interéses bárbaros, y prestar dinero á aquellos que sabía se lo podrían devolver, aunque más tarde, pero casi doblado por los interéses y comisiones que se iban acumulando.

La fortuna de su amante le permitía hacer ese negocio en grande escala, con gran contento de ésta, que había logrado por fin un enamorado de juicio que en vez de destrozárselo, aumentaba su capital.

Fué entónces que mi padre me retiró del colegio y me llevó con él á su casa de comercio para que desempeñara el doble cargo de secretario íntimo y tenedor de sus libros cuyas anotaciones misteriosas solo yo podía entender.

Desconfiado, terriblemente desconfiado por naturaleza, solo en mí podía tener la confianza necesaria para hacerme depositaria de sus secretos y apuntes.

Otra hermanita mucho más pequeña, que yo tenía, quedaba en el colegio educándose.

La poca edad la hubiera hecho servir de estorbo á nuestro padre y á mí, que hubiera tenido que dedicarme á su cuidado.

Aburrida en aquella especie de encierro comercial y fastidiada con aquella especial teneduría de libros, me dediqué á la tintura de plumas y embalsamamiento de pajaritos, en lo que me perfeccioné rápidamente enseñada por mi padre.

Y miéntras este andaba en la calle en sus negocios ó enamorando à su gran dama para hacerle soltar dinero, yo atendía con mi solo esfuerzo al negocio aparente de la casa: teñir plumas y embalsamar aves.

Parece que esta tal dama había firmado letras por grandes sumas á otros amantes cálaveras que habían disfrutado el amor de su bolsa antes que mi padre, y cuyos vencimientos serían un golpe tremendo para su fortuna.

Sola, sin parientes y única responsable de sus actos, aquellas letras que había firmado tenían la fuerza ejecutiva de todo documento de ese género, y á su vencimiento no habría más remedio que pagarlas ó ser ejecutado en sus propriedades más valiosas.

Mi padre estaba en el secreto de estas letras, sabiendo solo que ellas eran firmadas á un largo plazo, porqué la dama, como era presumible, no había dejado apunte de ningún género.

Mi padre encontró el único remedio que había para evitar un fracaso y que se ejecutara á su amante por el gran valor de las letras, cuyo monto ella misma ignoraba.

No había más remedio que vender á mi padre todas sus propiedades, asegurándolas así bajo su nombre.

De esta manera, la ejecución de las letras, que podía venir de un momento á otro, los tomaba perfectamente resguardados.

La falsedad de aquellas ventas no podría nunca probarse á mi padre, puesto que su fortuna, que nadie conocía á punto fijo, le permitía aquellas compras.

La dama aquella, que estaba enamorada de mi padre hasta la locura, firmó sin vacilar todo aquello que éste quiso y rechazando toda especie de explicación que quisiera darle.

Le hubiera firmado de la misma manera un pagaré sobre la vida.

Lo quería con el amor violento que inspira á una mujer de edad su pasión última y no había sacrificio que no hubiese hecho por él.

Si en vez de proponerle una venta falsa le hubiera propuesto francamente la verdadera cesión de todos sus bienes, los hubiera soltado de la misma manera sin la menor vacilación.

Sucedió al fin lo que era natural que sucediera con aquellas medidas tan hábilmente tomadas.

Las letras se venciéron, vino la ejecución en seguida del protesto y los acreedores quedáron burlados.

No podían llevar á cabo su explotación, porqué la dama no tenía en qué ser ejecutada.

Todas las propiedades que denunciáron y sobre las cuales creyéron poderse cobrar, estaban á nombre de mi padre.

Este no varió por esto en nada su conducta respecto á su amante.

Al contrario, cada día parecía amarla más y estaba más dedicado á ella.

Y yo creo que el amor de mi padre para su amante era sincero.

Al fin él, aunque hermoso todavía, era un hombre entrado en años y no podía aspirar á nada mejor.

Así siguieron las cosas por más de dos años en los que la fortuna de mi padre aumentó de una manera considerable.

Yo iba á casa de la amante, quién me demostraba gran cariño y me colmaba de regalos.

Y mi padre había arreglado las cosas tan bien y de tal manera, que muchos, al ver el lujo con que vivía la dama, pensaban que mi padre se estaba arruinando manteniéndola, porque sus amores con ella no podían ser más públicos.

Ella seguía enloquecida con mi padre, quien satisfacía sus menores caprichos.

Teatro, carruajes, joyas, trajes, cuanto deseaba, mi padre se lo propocionaba al momento, puesto que era como quien dice su apoderado y administrador general.

El tiempo que los negocios dejaban libre á mi padre él se lo pasaba al lado de su dama, demostrándole su cariño por todos los medios á su alcance.

Y á mí misma me decía siempre:

—Es preciso, Luisa, que quieras mucho á esa señora, mira que á sus bondades debo yo la mayor parte de la fortuna que tenemos.

Quiérela mucho, mi hija, y demuéstrale todo lo que la quieres.

Yo, sin necesidad de esta recomendación quería mucho á la dama, porqué ella me obsequiaba siempre y me prodigaba sus cariños.

Conocida la tacañería de mi padre, todos se admiraban de

verlo gastar de aquella manera; pues como la dama aquella pasaba por fundida, atribuían á él todos sus gastos.

Solo á mí me decía, y esto sin duda para que no le tuviera mala voluntad, que él administraba los bienes de aquella señora, en secreto, para que sus acreedores no la ejecutaran, y yo sabía por los apuntes de los libros que aquello era cierto y que mi padre al decírmelo no me engañaba.

Sucedió lo que era natural que sucediera, visto la edad de la señora.

Un día vino muy apurada la sirvienta de su confianza y dijo á mi padre que fuera inmediatamente, que á su señora le había dado un ataque terrible y que le rogaba fuera lo más pronto posible.

Mi padre cerró la casa en seguida y se trasladó conmigo á lo de su amante.

Esta se hallaba en cama, gravemente enferma, muy pálida y desencajada.

Apénas nos vió entrar, estiró á mi padre sus brazos aristocrático y le dijo:

—Yo estoy muy mala, Luis de mi alma, y me voy á morir.

—No tengas cuidado, que no ha de ser nada, respondió mi padre conmovido como nunca lo había visto.

He cerrado mi casa y te traigo á Luisa para que te cuide, porqué nadie lo ha de hacer con más cariño.

Entretanto yo me voy á buscar médicos para que te vean y te curen pronto.

—Muchas gracias, Luis, respondió la dama, más tranquila y con acento de profundo cariño; cada día que pasa tengo un nuevo motivo de bendecir quel en que el destino te deparó á mi paso.

—Déjate de estas cosas y ahí te queda Luisa, respondió mi padre; yo me voy ya para no perder tiempo.

Yo me quedé allí efectivamente, compadecida del estado alarmante de la señora y tratando de distraerla como me era posible.

Mi padre salió apresuradamente y al poco tiempo volvió con dos médicos, los médicos más notables de Génova.

Estos la examináron detenidamente, diciendo que no era nada de gravedad; recetáron y se fuéron.

Pero como volvieran á la tarde y mi padre andara como aturdido y pálido, yo me sospeché al momento que había algo muy grave.

Toda aquella noche la pasamos con mi padre al lado de su cama, velándola y atendiéndola con cariñosa solicitud, que la pobre no se cansaba de agradecernos de todos modos.

*

Al otro día estaba notablemente peor.

Tenía una fatiga inmensa y en sus ojos había una expresión de profundo desaliento.

No era necesario ser médico para comprender que aquella era una enfermedad de la mayor gravedad.

Y á pesar de los prolijos cuidados de la ciencia y del cariño, la enferma se fué empeorado visiblemente.

Al día siguiente la enfermedad se había agravado tomando proporciones amenazadoras, y los médicos dijéron á mi padre delante de mí que aquel era un caso perdido y que debía apresurarse á tomar todas aquellas medidas del caso.

Mi padre no se atrevió á decir esto á su bella, limitándose á rodearla de sus más cariñosos cuidados.

La cosa era tan grave que esa misma noche ella lo comprendió así, y llamándonos á su lado dijo á mi padre:

—Aunque nada me dicen, Luis, por no afligirme ó no asustarme, yo veo que estoy muy grave y siento que me voy á morir.

No me desespero, pero me duele profundamente este golpe que viene á arrancarme de entre mi mayor felicidad.

Confieso que ántes nada me hubiera importado morir, hoy lo siento profundamente.

Y la dama rompió á llorar de una manera desconsoladora.

En su palidez mortal estaba más bella y más simpática que nunca.

—Pero ¿por qué te afliges de esa manera? le preguntó mi padre bondadosamente.

Estás grave, sí, pero nada indica que puedas morir, los médicos que te asisten son muy buenos y nada de alarmante dicen aún.

—Pero yo siento que me muero y es inútil tratar de engañarme ya.

Yo tenía que hacer violentos esfuerzos para contener el llanto que se me saltaba á los ojos.

Mi padre me hizo entónces una seña para que me retirase de la habitación, y yo me alejé apresuradamente para dar rienda suelta á mi llanto.

Mi padre quedó solo con la dama y permaneció con ella mucho tiempo.

Yo no sé qué habláron; estaba demasiado conmovida para pensar en cosa alguna.

Cuando mi padre volvió adonde yo estaba, me mandó volver al cuarto de la enferma.

—Consuélala, me dijo, me parece que le queda muy poco tiempo de vida.

Cuando yo volví á la pieza, la dama era presa de una inmensa fatiga.

Poco tiempo después se calmó, pareció tranquilizarse más, y tomándome una mano, me dijo:

—Ya lo ves, hija mía, yo me muero sin remedio, en vano me lo quiere ocultar tu padre, yo veo demasiado claro.

Es muy triste caso cuando la muerte nos sorprende en medio de la mayor felicidad.

Quiere mucho á tu padre, hija mía, quiérelo mucho, que él bien lo merece, y trata de mantener fijo en su memoria mi pobre recuerdo y que nadie ni nada pueda borrarlo.

Yo lloraba sin consuelo, nunca me había encontrado en un momento tan terrible.

Y Luisa, retirado el plato que tenía por delante, bebió de un trago otra copa de oporto que le había servido Lanza.

—No te aflijas, hija mía, continuó, me dijo la dama, no te aflijas, esto es natural, porqué yo he vivido ya demasiado.

En seguida le acometió una nueva fatiga, más violenta que la primera y no pudo seguir hablando.

Sus ojos se revolvían entre las órbitas de una manera aterradora y su boca estaba entreabierta con una expresión de inmensa agonía.

Yo tenía un miedo tremendo, pero no me atrevía á separarme de aquel lecho de muerte.

Al cabo de un gran rato, regresó mi padre acompañado de los dos médicos que habían venido los días anteriores y dos más, que sin duda traían para la consulta.

Examináron á la enferma y sentí que uno de ellos decía á mi padre:

—Bueno, amigo, ya la ciencia no tiene nada que hacer aquí, es preciso tener valor, y endulzarle en lo posible sus últimos momentos.

Mi padre estaba envuelto en una expresión de espanto doloroso.

Se veía claramente que tenía por aquella mujer un cariño inmenso.

Me dijo que me quedase allí otro poco y salió con los médicos inmediatamente.

Yo me quedé allí más aterrada que nunca.

El cuerpo de aquella mujer se iba enfriando rápidamente y ya la mano que tenía entre las mías parecía una mano de mármol.

Iba á disparar de allí aterrada, cuando entró mi padre, esta vez acompañado de un sacerdote.

Había llegado el momento tremendo.

Yo salí de la pieza llorando amargamente, y poco después salió también mi padre.

La señora quedaba sola con el sacerdote, pero sin uso de razón ni de palabra.

Pocos, muy pocos momentos después, se sintió en la habitación donde estábamos el murmullo del sacerdote que oraba.

Era pues indudable que la enferma había muerto.

Yo no pude contenerme ya, y vencida por el espanto, caí de rodillas y oré también.

No me había equivocado, pues momentos después apareció el sacerdote y dijo reposadamente á mi padre.

—Ya no hay nada que hacer con ella; está descansando las fatigas de la vida.

Queriendo arrancarme á aquel triste cuadro, mi padre volvió à casa acompañándome.

—Puedes descansar, hija mía, me dijo, yo me voy porqué tengo que cumplir allí mis tristes deberes de enterrarla.

No te preocupes por mí, aunque no vuelva hasta mañana, pues ya comprendes todo lo que allí tengo que hacer.

Mi padre se retiró y yo quedé dominada por el espanto de todo lo que en aquellas horas había pasado por mi espíritu.

En todas partes creía ver el semblante de la moribunda, y mi terror fué tal, que desperté á toda la servidumbre para que viniera á acompañarme.

Me parecía que la muerta venía á llevarme con ella y no podía disimular mi miedo.

Nada quise decir á los sirvientes de lo que pasaba, pues yo no sabía si esto podía disgustar á mi padre.

Este no volvió á casa hasta el otro día, sin duda después de haber cumplido con todos los deberes del entierro.

Cuando vino, me entregó un anillo con un grueso brillante, diciéndome que era un recuerdo que la dama había dejado para mí y que no debía sacar nunca de mi mano.

Desde entónces mi padre quedó con una expresión sombría en el semblante, que no debía disiparse más; se conocía que había querido profundamente á aquella mujer.

Y quedó así dueño de todas aquellas propiedades que, para salvarlas de una ejecución, habían sido puestas á su nombre.

Aquella mujer no tenía pariente alguno cercano.

Uno muy lejano se presentó á reclamar la herencia, pero solo pudo apoderarse de los muebles y objetos que adornaban la casa que ella habitaba y que mi padre no quiso ó no pudo retener.

Desde entónces solo se dedicó á atender los negocios de la casa, que prosperaban notablemente.

Todas las aves curiosas que para el museo llegaban de América y de otras partes, eran confiadas á él para que las embalsamara, en la persuasión de que nadie había de hacerlo mejor.

Ocupado de otros asuntos que le daban una utilidad mayor, el embalsamamiento de las aves estaba absolutamente confiado á mí, que concluí por hacerme tan hábil como él para su preparación.

Mi otra hermana, aunque mucho menor, fué sacada también del colegio y traída al almacen, donde yo debía enseñarle todas las preparaciones que conocía, tanto para las aves como para las plumas.

Hombre eminentemente desconfiado, solo se fiaba de nosotras, ysus libros no permitía que fueran tocados sinó por mí.

A pesar de todo lo que trabajábamos en su beneficio, vivíamos con terrible miseria.

Recuerdo con espanto aún, que los días más crueles de invierno los pasábamos con la misma ropa que habíamos usado en el verano.

Jamás nos dió un centavo para poder gastar en un chiche, ni se pasó en su casa de la miserable comida de siempre.

Había sin embargo en el negocio ciertas cosas que nosotras no podíamos hacer, porqué no teníamos el tiempo suficiente.

Se necesitaba un empleado para que estuviese de firme en la casa, y otro para que hiciera en la calle aquellas diligencias que nosotras no podíamos hacer, como ir á entregar al museo las aves embalsamadas, cobrar las cuentas y otras cosas imprescindibles.

Mi padre se vió forzado á tomar dos dependientes, con muy escaso sueldo, pero con la promesa de írselos aumentando á medida que se pusieran más prácticos.

Uno de éstos era un jóven de muy buena familia, bien acomodado y sumamente simpático.

Desde que este jóven entró en la casa, se vió su deseo de ser agradable y necesario á mi padre, que le tomó cariño desde el principio, viendo sus buenas disposiciones y su deseo de trabajar.

Arturo que así lo llamaré, era muy fino y atento conmigo.

Me hablaba con mucho cariño y me ayudaba en mis quehaceres todo el tiempo que lo dejaban libre los suyos.

Yo hallaba cierto encanto en su conversación y recibía con placer todas sus demostraciones de cariño.

Un día, miéntras embalsamaba un bello pájaro, se acercó á mí y me dijo cariñosamente.

—Yo no tengo necesidad de este empleo, Luisa, ni de un sueldo tan miserable.

Sin embargo, por este he despreciado empleos mucho más ventajosos como carrera y con un sueldo diez veces mayor.

Y hubiera tomado este aún sin sueldo; ¿sabe usted por qué, Luisa?

Yo no sé por qué me turbé, miré á Arturo poniéndome colorada y no atiné á contestarle.

—Pues lo he preferido, siguió el jóven, porqué este empleo me proporciona el placer de estar siempre á su lado, porqué desde el primer día que la ví á usted, la amé con locura.

Yo la amo, Luisa, con delirio, como solo se ama una vez en la vida, y creo que no habría sacrificio en la vida que no abordara por no salir de esta casa que me proporciona el placer de estar á su lado.

Francamente yo recibí aquella manifestación con el mayor agrado.

Sentía por aquel jóven un cariño dulce y tranquilo que yo misma no acertaba á explicarme.

No le contesté nada, me limité á mirarlo, pero lo miré con tal expresión, que él me dió las gracias diciéndome:

—Dios bendiga esos ojos cuya mirada me hacen tan feliz en este momento.

Desde aquel día empezáron con el jóven unos amores vehementes como era natural en jóvenes de nuestra edad.

Eran las primeras palabras de amor que yo sentía pronunciar á mi oído, y eran dichas con tanto cariño, con tanta dulzura, que me sentí fuertemente emocionada.

Desde entónces todos los momentos libres que tuvimos, fué para conversar de nuestro amor, y para hacer mil proyectos del porvenir.

—Cuando yo me haya ganado más la confianza de su padre, me decía, y vea él bien claro que yo soy un hombre digno y honrado, yo la pediré en matrimonio, Luisa, y entónces aseguraremos nuestra felicidad eterna.

Y con estas conversaciones yo sentía diariamente que mi cariño aumentaba por él, al extremo de andar yo misma buscando la oportunidad de hablarlo, cosas bien fácil, porqué mi padre pasaba fuera del almacen una buena parte del día.

Arturo me obsequiaba siempre con ramos de flores, bombones delicados y masitas.

Y yo, habituada á la miseria espantosa en que vivía, recibía cariñosamente aquellos obsequios.

—Yo desearía regalarle otras cosas que usted necesita, me decía, pero las vería su padre y entónces todo se echaría á perder y sería capaz de despedirme de su casa, lo que sería mi muerte.

Así, nuestros amores iban creciendo, mecidos por la esperanza de un porvenir mejor.

El aprecio de mi padre por Arturo aumentaba también, al extremo de llegar á subirle el sueldo voluntariamente.

Con este motivo habíamos llegado á considerarnos felices, pues dados estos antecedentes, mi padre no se negaría á dejarnos casar.

—El secreto está en no pedirle nada, me había dicho Arturo, sinó en hacerle creer que se le dá.

Siendo yo su hijo político, él pensará que gana un dependiente á quien no pagará sueldo en adelante y todo queda así perfectamente arreglado.

Yo creía en el amor de Arturo, como se cree en las verdades de la religión.

No pasábamos separados un solo momento del día, pues cuando él no estaba en nuestro gabinete de trabajo, estaba yo en el despacho.

Y cada día sus palabras eran más ardientes y más entusiastas.

Fuera del cariño de mi padre yo no había conocido más cariño que el de Arturo.

El había despertado mi corazón a las sensaciones del amor, y mi cariño por él era completamente ciego.

Si él me hubiera dicho cualquier enormidad yo la habría creido sin vacilar.

Cuando le pagaban su sueldo mezquino, siempre lo empleaba en obsequios para mí, obsequios que yo recibía llena de placer, pues fuera del anillo que me dejó aquella dama de mi padre, yo no había jamas recibido obsequios de ninguna clase.

Arturo me traía pequeñas joyas que yo guardaba para que mi padre no las viera y me traía flores y demostraciones de su recuerdo en pañuelitos, perfumes y todas aquellas cosas que una mujer tanto agradece.

Yo concluí por amar á Arturo de tal manera, que lo apresuré á que diera el paso deseado respecto á mi padre.

—¿Y si tu padre se niega? me preguntó pálido y tembloroso.

Mira que si él no quiere me vá á despedir de su casa, y vamos á perder la felicidad íntima de estar juntos.

—Si se niega ahora, es porqué se ha de negar siempre, le contesté.

Yo lo rogaré, yo lloraré, yo haré todo lo que esté en mi mano para hacerlo ceder.

—¿Y si á pesar de todo esto no cede? —

—Poco importa, no por eso ha de disminuir el amor que te tengo y podremos poner en juego otros recursos.

—Si tú me juras que una negativa de tu padre en nada puede disminuir nuestro amor, me dijo, hoy mismo mando á mi padre que hable á don Luis.

Yo juré á Arturo que nada en la tierra era capaz de disminuir el cariño inmenso que yo le profesaba, y él se resolvió entónces á dar el paso que tanto miedo le imponía.

Habló con su padre y en la noche del día siguiente éste vino á hablar con el mio.

—Yo no tengo valor para quedarme aquí, me dijo Arturo, porqué tengo miedo que tu padre me llame y me eche una peluca espantosa despidiéndome de su casa.

Mañana ya es distinto, porqué se habrá enfriado, se le habrá pasado la rábia y será más fácil ablandarlo.

Si la contestación es favorable, yo te lo avisaré mañana en cuanto abran el almacen; si es fatal no necesitas que yo te lo avise, porqué el mismo don Luis te lo dirá esta noche, recomendándote, probablemente, que no vuelvas á mirarme á la cara.

Confieso que al oir hablar así á Arturo tuve miedo, pero un miedo que pronto se disipó por un pensamiento razonable.

¿Qué razón podía tener mi padre para oponerse á mi felicidad?

No existía ni aún la misma de su miseria, puesto que nada se le pedía y puesto que se trataba de un jóven tan honrado y trabajador que él mismo le dispensaba toda su confianza.

Cuando vino el padre de Arturo y se encerró con el mío en el escritorio, sentí despertarse en mí el sentimiento de la curiosidad, que nunca había conocido, y me puse á escuchar lo que hablaban, al lado de la puerta.

¡Qué momento de amarga angustia! no recuerdo otro tan desagradable y tan triste.

Desde las primeras palabras del padre de Arturo en que pudo comprenderse el objeto de su visita, el mío se puso de un humor espantoso.

—Es inútil que usted siga adelante, le dijo, porqué lo que usted viene á pedirme es un desatino digno de un loco.

—Pero, amigo mio, decía aquel hombre razonable, no puede haber nada más justo ni natural que lo que yo le digo á usted, salvo que usted tenga otros proyectos para su bella hija.

Arturo es un muchacho bueno, digno y trabajador; nadie más aparente que usted para conocerlo, puesto que lo tiene á su lado.

¿Qué cosa más natural que querer casarse con una niña igualmente digna y bella?

—Muy natural, muy digno y sobre todo muy cómodo, contestó mi padre.

Pero yo no he trabajado medio siglo rompiéndome el alma y haciendo una fortuna, para que el primer tonto que llegue y quiera apoderarse de ella, no tenga más trabajo que el de enamorar á mi hija y pedírmela en matrimonio.

Su hijo es muy muchacho, aún tiene tiempo de trabajar para formarse una fortuna y casarse después que la tenga.

Creo, pues, que hemos hablado lo bastante y que no tengo nada más que responder.

—Piense, amigo, que cuando dos jóvenes se aman apasionadamente, es peligroso negarles así toda esperanza, porqué entónces suelen hacerse justicia por su mano.

—Amigo mio, yo gobierno mi casa y mi fortuna y estoy acostumbrado á que se haga lo que yo mando.

Lo que es mi hija corre de mi cuenta, cuide usted de que el suyo no se meta á lo que no debe, y todo habrá pasado en paz.

Yo me retiré rápidamente de la puerta, y me fuí á mi cuarto donde me puse á llorar amargamente.

Arturo seguramente iba á ser despedido por mi padre, y ya no podríamos vernos como ántes ni conversar con él de sus plácidos amores.

¿Qué había querido decir el padre de Arturo con aquello de hacerse justicia por su mano?

Esto era lo que más me intrigaba y lo que yo quería saber á toda costa.

Esperé á que mi padre me llamara para decirme algo, pero esperé inútilmente, pues poco después lo sentí dirigirse á su cuarto donde se recojió como lo hacía siempre, después de haber revisado los libros de la casa.

Yo no pude dormir en toda la noche, llegando en mi desesperación hasta maldecir la fortuna de mi padre, puesto que esta fortuna era la causa única de que mi padre no consintiera mi casamiento.

Toda la noche me la pasé llorando y pensando lo que sería de mí, separada de aquel hombre á quién tanto amaba.

Yo conocía la firmeza de voluntad de mi padre y sabía por esperiencia que cuando él había dicho que nó una vez, era inútil insistir.

A la mañana siguiente, pálido y desencajado se presentó Arturo á la hora de siempre.

No podimos vernos sinó de léjos, porqué mi padre lo esperaba y apénas entró lo llamó á su escritorio.

Tuve vehementes deseos de ir á escuchar como la noche anterior, pero confieso que no me atreví.

Temí ser sorprendida, y me quedé donde estaba trabajando, sofocando los sollozos que me ahogaban.

La conferencia aquella duró muy pocos minutos, al cabo de los cuales ví que Arturo salía del escritorio, tomaba su sombrero y se alejaba del almacen después de haberme hecho con la mano una rápida señal de espera.

Poco después salió del escritorio mi padre y viniendo á donde yo estaba me dijo bruscamente:

—Acabo de despedir á ese imbécil, porqué al casarse contigo pretendía casarse con mi fortuna.

Cuidado con lo que se hace en adelante, Luisa, porqué yo no he trabajado para alimentar haraganes.

No me atreví á contestar una palabra.

Dí vuelta el semblante para ocultar mis lágrimas y seguí trabajando.

Mi padre se retiró sin decirme una palabra.

Aquel día fué para mí de insoportable tormento.

A la tarde, cuando mi padre salió como de costumbre, entró rápidamente Arturo y me entregó una carta, diciéndome:

—Toma y trata de tenerme la contestación para mañana á esta hora; es el solo medio que tenemos de entendernos por ahora y es necesario no perderlo, por eso no me demoro más.

Y salió tan rápidamente como había entrado.

Mi padre demoró unos pocos minutos; sin duda temía que Arturo viniera en su ausencia y solo había salido á algo muy urgente.

Miró por todas partes y no hallando nada que pudiera hacerlo sospechar, se metió á su escritorio.

Recién á la noche pude leer la carta de Arturo.

El pobre me contaba con frases llenas de amargura y de dolor lo que yo sabía tan bien como él.

No hay que tener la menor esperanza en que tu padre ceda, y es necesario que me digas si estás dispuesta á hacer lo que yo te indique, si no, no podremos vernos más, y ante tamaña desventura yo me mataré, Luisa mía, porqué la vida sin tí no la quiero para nada.

Esta carta me produjo una impresión tremenda.

Ya se me figuraba ver á Arturo muerto por mi amor y acusándome de su muerte; aquello era horrble para una niña impresionable como yo lo era entónces.

Se me figuró que ya no lo volvería á ver más en la vida, que yo sería un sér desventurado, y le contesté con toda la vehemencia de mi cariño así amenazado.

Te amo siempre, Arturo, pero ahora te amo más que nunca.

Todo cuanto me indiques lo haré sin vacilar y aunque me hubiera de costar la vida; no te desesperes, que mi amor no ha de faltarte un solo momento.

Guardé aquella carta que debía entregarle al otro día y como la noche anterior no había dormido, me dormí profundamente.

Al siguente día me levanté tan temprano como siempre y me

puse á trabajar sin saber lo que hacía, pues todo mi pensamiento estaba en Arturo y en el momento que le debía entregar mi carta.

Largo fué para mí aquel día, inmensamente largo.

Mi padre salió como el anterior, tarde y apénas un momento.

Pero aquel momento fué lo suficiente para que entrase Arturo y recibiera de mí aquella carta que saqué de mi seno para dársela.

¡Con qué expresión de suprema ansiedad recibió mi carta! ¡parecía un hambriento que se lanza sobre un plato de comida!

Estrechó mis manos hasta hacerme mal, y salió rápidamente después de decirme:

—Hasta mañana, hasta luego, hasta siempre y cada vez que salga tu padre vendré á contemplarte aunque sea un solo segundo.

Mi padre, como el día anterior, no demoró más que un momento en la calle, regresando en seguida y mirando siempre á todas partes como si buscara algo.

Al día siguiente, y apénas salió, recibí la segunda carta de Arturo.

El pobre estaba allí de centinela perpétuo hasta que mi padre salía para poder entrar él.

En aquella carta que creo leí en una sola mirada, me decía que no podría jamàs habituarse á vivir separado de mí, que aquella situación era horrible.

Es preciso que hagamos algo por nuestra felicidad y solo de tí depende, mi ángel, agregaba.

No nos queda sinó un solo recurso, el recurso de la fuga.

Huyendo juntos un poco de tiempo, tu padre, para cubrir la falta, no tendrá más remedio que consentir en nuestro casamiento, casamiento que le impondrá nuestra situación y la suya misma.

De otro modo nuestra eterna desgracia es inevitable, pues ya sabes que tu padre no ha de consentir nunca en este casamiento.

Mañana te obligaría á casarte con algún viejo rico y tu pobre Arturo se haría saltar los sesos léjos de tí.

Nuestra felicidad está, pues, en tus manos, Luisa mía.

Medita y contéstame, que solo espero tu contestación para prepararlo todo. —

Yo estaba loca.

No pensaba en otra cosa que en Arturo y no tenía más voluntad que la suya.

Eso de que podía hacerse saltar los sesos me hacía un efecto de terror imposible de pintar, porqué yo sería la única culpable de semejante desventura.

No pensé, no reflexioné en la enormidad que Arturo me proponía, y le contesté que haría cuanto me dijese.

Para mí aquello era muy simple, puesto que mi padre para evitar el consiguiente ridículo, tendría que consentir en un matrimonio del que dependía la felicidad de toda mi vida.

Esta carta no se la puede dar á Arturo hasta el día siguiente, porqué mi padre no volvió á salir.

Al llevar la mía, Arturo me dejó otra carta, en la que me manifestaba que era preciso apurar la huída, porqué ya había sido notada en el barrio su eterna presencia.

Pueden contárselo á tu padre de un momento á otro, me decía, y si este llega á saberlo, perderemos este único medio de comunicación.

Yo quedé aterrada con esta carta; no poder ver más á Arturo ni escribirme con él, era una desgracia irresistible para mí.

Felizmente yo había consentido en sus planes, y de él solo dependía su más rápida ejecución.

¡Ah! si yo hubiera meditado un momento, si yo hubiera tenido quién me diera un consejo amigo, ¡cuántas desgracias no me habría evitado!

Luisa se interrumpió un momento para tomar una copa de champagne que le sirvió Lanza.

El relato y los recuerdos que éste despertaba, la habían fatigado de una manera dolorosa.

Después de una corta pausa siguió diciendo:

—Al otro día cuando salió mi padre, se me presentó Arturo radiante de felicidad.

Sonreía con una placidez infinita y agitaba en su mano la carta que me traía.

—Querida de mi alma, me dijo, veo que me amas inmensamente, Dios te bendiga y te compense todo el mundo que abres á mi pobre alma.

Por estas cartas verás que no nos veremos ya más hasta pasado mañana, pero que entónces nos veremos para no separarnos más en la vida.

Pasado mañana, desde el amanecer, yo te esperaré con una volanta al dar vuelta la calle.

Cuando tu padre salga, sales tú también: no te preocupes de traer nada, que tendrás todo cuanto te haga falta.

De aquí saldremos al nido que te he preparado, que será nuestro cielo, y verás que pronto cede tu padre y nos dá permiso para que nos casemos.

Yo no podía modificar aquel plan, puesto que no tendría ocasión de hablar ni de escribir á Arturo.

No había de dejarlo plantado con todos sus preparativos, y me resigné á seguirlo, lo confieso, con un placer íntimo y verdadero.

Nada tenía que aprontar para llevar conmigo.

¿Qué había de aprontar, si yo no poseía más que ropa vieja y remendada?

Junté todos los obsequios que había recibido de Arturo y que constituía toda mi fortuna, toda mi verdadera fortuna, y estuve lista para la partida.

¡Qué largo me pareció el tiempo desde entónces!

El día lo pasaba algo distraída con mis quehaceres, pero la noche me parecía horriblemente larga é interminable.

Aquí Luisa se interrumpió de nuevo.

Lanza le había servido una copa de licor y café, instándola á que siguiera sin omitir detalles.

—No sé como seguir, dijo; ahora tengo vergüenza.

Y sus ojos brillantes por el alcohol que había ya tomado, esquiváron la mirada apasionada de Lanza.

—Sigue adelante, le dijo éste, tu relato me interesa de tal modo, que siento crecer de una manera imponderable la inmensa simpatía que hasta tí me ha arrastrado.

Luisa estrechó la mano que amorosamente le tendía el jóven y siguió así su interrumpido relato:

—No omitiré un solo detalle, por duro que me sea.

Miéntras más lentamente pasaba el tiempo, era mayor mi deseo de ver llegar el momento de la partida.

Me parecía que alguna desgracia se iba á cruzar por el medio, desgracia que no íbamos á poder evitar.

Aunque mi padre no podía sospecharse lo que pasaba, y su conducta en nada se había modificado, yo pensaba que todo lo sabía y que en el momento de mi salida se me iba á poner por delante deteniéndome.

La mañana de la partida llegó por fin; yo me levanté más temprano que nunca, y por primera vez de mi vida sentí la necesidad de parecer más bella.

Me vestí con la mejor ropita que poseía, y me perfumé con los perfumes que Arturo mismo me regalara.

Como si Dios quisiera protejer mi huida, mi padre me dijo que él tenía que salir temprano y que si á hora del almuerzo no estaba en casa, podíamos almorzar no más, pues él se demoraría algo.

Yo me eché á temblar.

¿Sospecharía mi padre lo que pasaba y aquel no sería más que un lazo para confiarme más?

Casi me hizo renunciar á mi propósito el miedo de ser tomada en el delito.

Pero pensé en la desesperación de Arturo, que podía llevarlo á un extremo fatal y me resolví.

Eché una mirada última á aquella casa donde tanta miseria había pasado y donde tan feliz había sido en mis amores y salí

precipitadamente á la calle, tomando la dirección que me había dado Arturo.

Yo iba temblando de miedo.

Me parecía que todos cuantos me miraban conocían mi delito y que mi padre iba á aparecérseme de pronto.

¡No es posible imaginarse todo lo que yo sufrí en aquellos pocos minutos!

Al volver la calle y á pocos pasos de la esquina, ví la volanta parada.

Por la portezuela asomaba la bella y jovial cabeza de Arturo.

Fué tal la impresión que experimenté, que tuve que agarrarme de la pared para no caer, porqué las piernas me tembláron fuertemente.

Al ver que me detenía, Arturo vino hasta mí y me ayudó á llegar á la volanta donde subimos rápidamente.

El cochero, que sin duda ya sabía lo que tenía que hacer, castigó los caballos y partió á escape.

Recién pude respirar con libertad relativa, pues siempre tenía miedo que en el momento ménos pensado nos detuvieran la volanta.

—¡Juntos, juntos para toda la vida! exclamó Arturo acariciándome de todas maneras.—¡Oh! gracias, mi bella, gracias, ¡me has hecho el más feliz de todos los hombres! ya no nos separaremos más en la vida, pues tu padre tendrá ahora que darnos su consentimiento.

Y yo al escucharlo y recibir sus caricias, me sentía inmensamente feliz.

¡Quién me hubiera dicho en lo que todo esto vendría á parar!

La volanta siguió rodando hasta la estación del tren, donde Arturo tenía pasaje, y subimos.

Ya no era posible tener miedo de ser sorprendidos, porqué cuando mi padre llegara á casa, estaríamos tal vez al fín de nuestro viaje.

EL CARACTER DE LA AVARICIA.

Aún no había tenido tiempo de darme cuenta exacta de mi situación, cuando el tren se detenía y Arturo me hacía descender en un pueblito que me dijo se llamaba Albisola.

Es un bello pueblito cerca de Génova, que tal vez tú conozcas.

Mi traje ligero y Arturo sin equipaje de ningún género, nos hacía parecer todo, ménos fugitivos.

En aquel bello pueblito, nos dirigimos á la casita que Arturo había arreglado él mismo para nosotros.

Como era poco el tiempo que allí íbamos á permanecer y un sitio á donde no volveríamos más, no había allí en muebles más que lo estrictamente necesario.

Cama, una mesa, sillas y una buena provisión de ropa para mí.

Eso sí, Arturo que conocía la miseria en que vivíamos en casa, me había llevado la ropa que más necesaria debía serme y en cantidad bastante para que no me faltase.

Todo me lo mostraba entre mil caricias, pero yo no tenía la cabeza para pensar en ropa ni en aquellas simplezas.

Estaba con el pensamiento lleno del paso que había dado.

Pensaba en la aflicción de mi padre al no hallarme en casa, y en que á aquellas horas me andarían buscando por todas partes.

—Por Dios, Arturo, le decía, si llegan á encontrarnos, ¡qué vergüenza! ¡yo quiero morirme ántes que volver á casa!

—No tengas cuidado, que eso es imposible.

Yo he tomado mis medidas para no dejar rastro alguno.

Mi mismo padre me crée en el Piamonte, porqué yo le he dicho que para allá me voy, ya vés que si á él le toman datos, ni siquiera se imaginará donde estamos.

Yo aquí he pasado por un recién casado que vengo á pasar los primeros días con mi mujer, me conocen por otro nombre y mi presencia contigo no puede llamarles la atención.

Poco á poco los cariños y las razones de Arturo me fuéron haciendo perder el miedo, hasta que quedé completamente tranquila.

Era Albisola un pueblito bello y de pocos habitantes.

La gente era sencilla y buena, aunque un poco curiosa como en todo pueblo pequeño.

La primera vez que salí á la calle á pasear el pueblo, la gente me miraba como si quisieran comerme.

—Me mortifica tanta curiosidad, decía á Arturo, pero éste me contestaba sonriendo:

—No creas, tonta, no es curiosidad, es que los deslumbras con tu belleza magnífica; es natural que te miren; los astros del cielo se miran también y ya ves que á ellos no nos lleva ninguna curiosidad criticable.

Quince días pasamos en Albisola, en medio de la mayor felicidad.

Yo lo había olvidado todo y no vivía más que de aquel hombre y para aquel hombre.

—No tenía en el mundo más que su cariño, y como es natural, trataba de aumentarlo en lo posible.

Arturo no me daba motivos sinó para felicitarme de haberlo seguido.

Parecía vivir en mí al extremo de adivinar en mi mirada la menor impresión del espíritu.

—Bueno, basta de Albisola, me dijo un día; es preciso que nos vayamos á pasear ya que estamos en completa libertad y podemos hacerlo; á la vida es preciso explotarla miéntras uno es jóven y si no se aprovecha el primer tiempo del matrimono, después vienen inconvenientes que no se pueden vencer.

De Albisola nos dirijimos á Turin, desde donde Arturo escribió á su padre indicando el punto donde debía contestarle.

El padre de Arturo conocía el paso que habíamos dado, pués él se lo dijo por carta ántes de salir de Génova.

Arturo tenía bastante dinero, lo suficiente según él pensaba, para la gira que pensábamos dar, así es que de nada carecíamos.

En Turin me había comprado una buena ropa, que aunque no era lujosa, para mí, habituada á mis trapos, me pareció una cosa soberbia.

De Turin pasamos á Florencia, á Roma y á Napoles.

Asistíamos á todos los paseos y á los teatros, de modo que entre el cariño y las diversiones no tenía yo tiempo de pensar en otra cosa.

Yo, pobre de mí, creía que aquella vida debía ser eterna, y nunca se me ocurrió pensar en el porvenir, en el porvenir que debía ser tan miserable para mí.

A los seis meses de aquella vida yo me enfermé de cierta gravedad; fué necesario hacer cama y llamar médicos, lo que vino á alterar de una manera notable el presupuesto de Arturo, que vió con terror que su dinero concluía, felizmente junto con mi enfermedad, pero teniendo en el hotel una cuenta que era preciso pagar.

Aflijido Arturo, había escrito á su padre pidiéndole dinero, pero la respuesta no venía quién sabe por qué inconvenientes.

Esperar más era agravar la situación, porqué la cuenta del hotel crecía y no había con que pagarla.

Una mañana me contó Arturo lo terrible de la situación porqué atravesábamos.

—Es preciso que nos váyamos á casa y tratemos el arreglo con tu padre, me dijo; ya hemos provocado la situación que queríamos, y él ya no tendrá más remedio que conformarse.

Pero necesitamos recursos, tu situación es delicada y yo no los tengo.

Yo me hallaba embarazada, y los médicos me habían recomendado el mayor cuidado en los viajes.

Esta declaración de Arturo me dejó helada.

—¡Figúrate, me dijo, que ni aún para los pasajes tengo!

CARLO LANZA.

Caprile, que había perdido toda la calma y que no reflexionaba ya, avanzó sobre él tratando solo de sacudirle los mayores golpes posibles.

¡Yo no sé como voy á hacer! mi padre no ha respondido á mis cartas, y esto no puede ser sinó un extravío del correo, ó alguna cosa que ahora no me acierto á explicar.

La suma que yo le pedía era muy poca cosa, y mi padre no es hombre de dejarme en una situación afligente ni por poco ni por mucho.

El no está enojado conmigo; entónces no hay más remedio que la carta se ha perdido, ó al sentirla con dinero, alguno se ha tentado á declararse su dueño.

—Pero así no podemos seguir, dije yo aterrada, porqué si nos descubren que estamos haciendo un gasto que no podemos pagar, sabe Dios lo que nos sucede.

—Bueno, no te aflijas; yo voy á ver si vendo mi reloj y alguna otra cosa; teniendo para pagar la cuenta de este maldito hotel, y para los pasages, no hay por qué aflijirse.

Al oir hablar de vender alhajas me acordé de mi anillo con un brillante, que algún dinero valía, y se lo entregué á Arturo diciéndole:

—Ahí tienes eso también, véndelo de manera que podamos recuperarlo algún día, que, de algo te ha de servir.

—¡Nunca te lo hubiera pedido! me dijo, aunque hubiese estado en una situación más dura, pero como me lo dás de tan buena voluntad, yo te lo acepto contento, porqué él solo bastará para todos nuestros apuros.

Yo lo colocaré de modo que el día que tengamos dinero podamos retirarlo de donde está, no te aflijas.

Unica alhaja de valor que había tenido en mi vida, me costó mucho trabajo separarme de ella, pero ¿qué iba á hacer en una situación tan terrible, cuando temíamos que fueran á echarnos á la calle?

Con tal de haber salido de semejantes apuros, si más hubiera tenido, más habría dado.

Arturo regresó contento, con una buena suma de dinero.

Mi solo anillo dió para pagar la cuenta del hotel, tomar los pasages, y aún sobró.

Mi embarazo estaba muy avanzado y yo me sentía pesada y triste, necesitando un millón de cuidados para moverme de un punto á otro.

Aquel hijo que llevaba en las entrañas era lo que me hacía esperar en mi mayor felicidad.

Por él me perdonaría mi padre, siendo además la fuerte cadena que había de ligar á Arturo á mi lado toda la vida.

Por conservarlo, no había sacrificio que yo no afrontara, pues él era la garantía que yo tenía de una vida mejor.

Ese mismo día Arturo arregló la cuenta del hotel, tomó pasages hasta Génova y nos pusimos en camino.

Aquel viage fué incómodo de una manera imponderable, porqué yo iba llena d dolores y llena de cuidados.

Una vez en Génova, nos fuimos á casa del padre de Arturo, donde el buen viejo nos recibió con los brazos abiertos y lleno de felicidad.

Yo tuve que hacer cama; el viaje me había hecho daño, sufria horriblemente y estaba amenazada de un desembarazo desgraciado.

Allí supe lo que había sucedido en mi casa después de nuestra partida.

Mi padre había estado á buscarme en casa del padre de Arturo, y sabiendo que ni yo ni él estábamos allí, había dado por terminadas sus diligencias.

—No pienso gastar dinero en buscarlos, ni tiempo que vale más que el dinero, dijo, ya volverán cuando quieran y cuando se cansen de andar vagando, convencidos de que así no se puede vivir.

Desde entónces el padre de Arturo no lo había visto más; ni siquiera había enviado un recado para preguntar por mi salud.

—Me parece que ese hombre quiere más á su dinero que á su hija, dijo su padre á Arturo, y tu asunto se hace más difícil, contra todo cálculo.

Puede ser que el nieto pueda más en su espíritu que lo que puede su hija; veremos á ver, aunque ya te digo que ese hombre no tiene cariño sinó para su dinero.

Este modo de pensar me afligió de una manera inmensa.

¿Qué sería de mí si mi padre no consentía en nuestro casamiento á pesar de todo?

No me quedaba otro recurso que seguir viviendo así, hasta que el tiempo y la muerte vinieran á resolver la cuestión.

Pero esto mismo de estar pensando en la muerte de mi padre era algo que me causaba una angustia suprema yque no estaba en mi modo de ser ni de pensar.

Me parecía que Dios podía castigarme y hacer morir á Arturo antes que á él.

Mi estado delicado y esta eterna mortificación de mi espíritu hizo que mi hijo naciera enfermizo y amenazando morirse á cada momento.

Esto vino á aumentar de una manera poderosa la amargura de mi espíritu ytraté á todo trance de reconciliarme con mi padre.

Cuando yo llegué, se lo había hecho saber, pero mi padre no había dado señales de vida.

Con un dolor inexplicable yo creí notar desde entónces que el cariño de Arturo se había enfriado mucho.

Con diversos pretextos de buscar trabajo y de compromisos con amigos, no solo estaba ausente de casa la mayor parte del día, sinó que de noche regresaba muy tarde.

Ya no me hacía sus habituales y ardientes cariños y si se acercaba á nuestro hijo era con marcada expresión de disgusto.

Yo lloré en silencio los primeros días, pero al fin no pude sufrir más y me quejé á Arturo de su frialdad.

Aquella queja, léjos de hacer un buen efecto en el espíritu de Arturo y obligarlo á reaccionar, pareció por el contrario irritarlo, aunque nada malo me dijo.

—Es necesario que tengas paciencia, me dijo, yo no puedo vivir siempre á costillas de mi padre.

De día tengo que buscar en qué ocuparme, y de noche es preciso que atienda á los deberes de mis muchas amistades que no puedo echar al diablo.

Aquel modo de responder me dejó helada.

¿Sería aquel hombre un miserable que solo me había querido por el interés del dinero de mi padre y que dejaba de quererme cuando veía que la gestíon de dinero sería inútil?

Esta sospecha aumentó mi desesperación y no sé de donde saqué fuerzas para conservar el juicio.

Disimulé cuanto me fué posible mi desesperación, y me entregué por completo al amor de mi hijo, resignándome á sufrir lo que viniera y aceptándolo como justo castigo á mi acción.

Viendo que mi padre nada hacía para acercarse á mí, Arturo resolvió que su padre se acercara á él para gestionar nuestra reconciliación, con el casamiento impuesto por el estado á que habían llegado las cosas.

Tanto Arturo como su padre, según pude convencerme después, habían tomado mi cariño como una especulación que podía tener para ellos opíparos resultados y era en ese carácter que la seguían con empeño.

Por eso, únicamente por eso estaban empeados en la reconciliación con mi padre y se prestaban á tenerme en su casa hasta que ese asunto se resolviera.

Yo entónces estaba inocente de este manejo espantoso, porqué jamás creí que Arturo fuera capaz de semejante cosa.

—¡Qué miserable! exclamó Lanza fingiendo un arranque de indignación, ¡es la infamia mayor á que puede descender un hombre! pobre mi vida ¡ya supongo lo que sufrirías con esto!

Luisa enjugó sus lágrimas y bebió á instancias de Lanza otra copa de licor.

Ya estaba en ese estado alcohólico en que se habla con toda ingenuidad sin tratar de ocultar nada ni valerse de subterfugios calculados.

Era este precisamente el estado en que quería verla Lanza, no solo para hacerla más accesible á sus palabras amorosas, sinó para que no sintiera el tiempo que pasaba rápidamente y que pudi- hacerle pensar en volver al casino.

— Una noche, después de haber conferenciado mucho entre los dos, agregó Luisa tomando de nuevo su interrumpido relato, el viejo fué á ver á mi padre para hablar con él de una manera definitiva.

Mi padre, según el de Arturo, lo recibió bruscamente, aunque le dejó exponer la causa de su inesperada visita.

—Es preciso, don Luis, que usted consienta en el matrimonio de los muchachos, le había dicho.

Ya tienen un hijo y es preciso cubrir las apariencias y perdonar la calaverada tan natural en los jóvenes.

La gente murmura y al fin y al cabo Luisa es su hija y usted ha de caer envuelto en la crítica.

—Si yo supiera que á su hijo lo había impulsado una pasión verdadera, dijo mi padre, yo podía perdonar el pecado y consentir en su casamiento, pero estoy profundamente convencido de lo contrario y de que con ello no lograría sinó amarrar a mi hija á una desventura eterna.

Su hijo no se ha enamorado de Luisa sinó de su fortuna, y como yo me negué á su casamiento, hizo lo que ha hecho no impulsado por un amor violento, sinó por un cálculo frío.

Creían que con eso y con el cuento de cubrir las apariencias me arrancarían el consentimiento negado.

Estoy convencido que una vez casados, Arturo destrozaría cuanto dinero pudiera agarrar, en calaveradas naturales en su edad ysu corazón frío, abandonando á mi hija y haciéndola completamente desgraciada.

Yo no quiero contribuir á la desgracia de mi hija y hoy le repito lo que le dije entónces.

Yo no he trabajado como trabajé para que un haragan se divierta y triunfe.

Para mi hija mi corazón siempre está abierto y mi fortuna también.

A pesar de todo lo sucedido, á pesar de su falta, aunque tuviera ochenta hijos, yo la recibiré con el cariño de siempre y volvera á ser para mí lo que siempre ha sido.

Pero dejarlos casar para que un cualquiera venga á abandonarla para gastar en fiestas lo que yo junté á fuerza de fatigas. nó, y mil veces nó.

Esta es mi respuesta última y definitiva.

No me importune más ni me venga con esas cosas, que ya sabe mi modo de pensar.

Cuando ustedes se aburran de tenerla y gastar con ella, ya saben que yo la vuelvo á recibir como siempre.

Es probable que esta misma gestión suya sea hecha porqué está aburrido ya de sostenerlos; yo soy muy franco.

No se aflija entónces por esto y mándamela aquí.

La prefiero mil veces como está á verla acompañada de un hombre que no la quiere.

Mi pretendido suegro se desentendió de lo hiriente de las palabras de mi padre y las pasó por alto, concretándose á convencerlo que debía prestarse á sus planes matrimoniales.

Pero mi padre le declaró terminantemente que si quería que lo siguiera escuchando, no le había de hablar una palabra en aquel sentido.

—Lo que le dije hace un año, se lo digo ahora, como se lo diría dentro de diez.

Era pues inútil insistir más y el padre de Arturo se retiró completamente desencantado.

—No debemos pensar más en eso, dijo á Arturo después de darle cuenta de lo que acabó de referir.

Es mejor que Luisa vuelva á su lado, que tal vez ella pueda ablandarlo con la vista de su inocente hijo.

Si no lo ablanda ella, no lo ablanda ni Jesucristo padre.

Había en las palabras de aquel hombre una frialdad que me llenó de espanto.

Aquella vuelta al lado de mi padre tenía todo el amargo sabor á un abandono, y yo, sin poderme explicar bien la causa, sentía una inmensa necesidad de llorar.

—Mi padre tiene razón, me dijo Arturo; toda gestión que se hiciera por mi parte, no serviría sinó para irritar á don Luis.

Tú eres la única que puedes convencerlo á fuerza de ruegos y con la orfandad de tu hijo

Es preciso que vayas á su lado y le hagas todo género de reflexiones, puede ser que el llanto tuyo pueda en su espíritu más que todas nuestras razones.

Como ya gozas de cierta libertad, porqué lo que has hecho te da un carácter de independencia, vendrás tú á verme.

Yo no podré hacer más que escribirte, puesto que él no me ha de permitir ni acercarme á su casa.

Aquello tenía el carácter de una despedida, pero disimulada.

Yo comprendí demasiado tarde que aquel hombre no me quería, que mi padre tenía toda la razón posible y me resigné á sufrir todas las consecuencias de la ligereza de mi proceder.

—Estoy pronta á hacer todo lo que quieras, dije á Arturo; iré á casa de mi padre y le rogaré con toda la desesperación que puede tener una madre que pide un padre para su hijo.

¿Y si mi padre á pesar de todo no consiente en dejarme casar?

Sí, ha de consentir, contestó Arturo esquivando una respuesta franca, y si no consintiese ya buscaremos el medio.

Por inocente, por infeliz que yo fuera, debía comprender que lo que aquel hombre quería era verse libre de mí.

Yo, sin la fortuna de mi padre era para él una inmensa carga; estaba hastiado de mí, no me quería ni me había querido nunca, de otro modo su conducta hubiera sido bien diversa.

Resignada á todo, me preparé á irme á casa de mi padre.

Y aquella misma noche, sin que mi amante tuviera para mí una sola palabra de esperanza y de consuelo, me trasladé á casa de mi padre con mi hijo, que era mi única esperanza de consuelo en este mundo.

Nada me dijo mi padre que pudiera ofenderme ó causarme el menor dolor.

Me recibió con cariño y después de darme un beso, me dijo:

—No creas que soy tan duro come te parece, hija mía, te salvo del mayor descalabro que pueda caerte encima y pronto me darás la razón, no lo dudes.

Estas fuéron las únicas palabras alusivas á lo que había pasado, que oí de sus lábios.

Allí estaban mis cosas y mi pieza tal cual yo las había dejado. Nada se había tocado, nada se había cambiado.

Desde el siguiente día me hice cargo de mis antiguos quehaceres en todo lo que mi hijo me lo permitía.

Mi padre tenía otro dependiente que había tomado, pero yo volví á los geroglificos de mis apuntes que yo sola entendía en los libros, y la casa toda reposó sobre mi cuidado.

Dos días se pasáron sin tener yo noticia de Arturo, á pesar de la libertad que tenía para escribirme.

Aquello era horrible para mí; no podía habituarme á la idea de que tan pronto me hubiera olvidado.

Aquel hombre debía ser un rematado miserable desde que en su espíritu no había ni siquiera el sentimiento de la paternidad.

Ahogado todo sentimiento de orgullo, resolví ir á verlo.

Tal vez esto era lo que quería y yo no estaba en situación de imponer.

Dije francamente á mi padre donde iba, y este me contestó que fuese.

—Es preciso que te convenzas por tus propios ojos de que yo te he hecho un servicio no dejándote casar con ese hombre.

Palpa la realidad, hija mía, que algún día me estarás agradecida.

Yo tomé mi hijo en los brazos y me fuí á casa de Arturo.

El no estaba y su padre me recibió con frialdad y hasta con expresión de estar contrariado.

Esperé y esperé en vano hasta que me cansé.

Viendo que toda espera era inútil, me retiré al fin, pero dejándole dicho que al otro día volvería y que me esperase.

Volví al otro día, pero tampoco lo encontré, diciéndome su padre que había salido con unos amigos, y que generalmente no volvía hasta la hora de acostarse.

Por más que yo estaba preparada á aquel desencanto, no pude evitar la sofocación del llanto que me causó aquel desengaño completo, pues Arturo no solo quería significarme que no me quería ya, sinó que hasta se reía de mí haciendo alarde de indiferencia.

¿Quería acaso obligarme de esta manera á que apurase la gestión con mi padre?

Me sentí sin embargo dueña de una energía que no había sospechado en mí, y me alejé exclamando:

—Está bueno, ya no vuelvo más aquí, porqué no quiero añadir al abandono la burla.

Digale á Arturo que puede escribirme ó buscar de hablar conmigo si lo desea.

Yo siempre soy la misma, aunque un poco más despierta ya; hasta cuando ustédes quieran, entónces.

Me volví á casa, resuelta ya á no pensar más en aquel miserable, pues ya no podía caberme duda que Arturo era un miserable.

Mi padre adivinó sin duda en mi semblante lo que sucedía,

—Ya lo vés, ese bergante solo quería tu fortuna; cuando ha visto que no la tendría, te ha abandonado como se tira un billete de lotería que no ha salido premiado.

No volverá á pensar en tí, no tengas duda, como no habría pensado cuando hubiera derrochado hasta el último centésimo de tu patrimonio.

Desde entónces me dediqué exclusivamente al amor de mi hijo enfermizo y cuya vida no era para mí ms que la amenaza de un nuevo dolor.

Los disgustos y las desventuras habían sin duda empobrecido mi leche y él, pobre de físico naturalmente, no tenía en el alimento que yo le daba, una nutrición completa.

Un mes pasó desde la última vez que estuve en casa de Arturo y no recibí de él la menor noticia.

Si alguna duda me hubiera quedado de su miserable aban-

dono, aquel mes transcurrido habría sido más que bastante para disiparla.

No tuve entónces más remedio que convenir conmigo misma en que mi padre me había hecho un servicio.

Aquel infame se habría apoderado de mi fortuna y me hubiera abandonado de la misma manera, después de haberla disipado, ó ántes mismo, para gastarla en completa libertad y yo habría pasado una existencia miserable.

Recién empecé á apercibirme de la sonrisa insolente con que me miraban las personas que ántes me habían tratado y conocido; era una humillación nueva con la que yo no había contado, pero que sufrí con paciencia, concluyendo por habituarme á ella.

Muchos en la calle, hasta se permitían dirijirme ciertas galanterías insolentes que al principio me avergonzaban y que después me fuéron habituando á ellas poco á poco, al extremo de que yo las escuchaba con suprema indiferencia.

La enfermedad de mi hijo fué agravándose poco á poco y debilitándose cada vez más, hasta que perdí las esperanzas de poder conservarlo.

Llamé médicos que lo vieran, pero estos me dijéron que era demasiado tarde, que aquello no tenía remedio y que debía consolarme porqué si hubiese vivido, habría sido aquella una existencia miserable, llena de sufrimientos y amarguras.

Yo soporté en silencio aquel nuevo dolor y me preparé al nuevo golpe.

La existencia de mi hijo fué consumiéndose poco á poco hasta que llegó el momento supremo.

Yo, cediendo no sé á que sentimiento, mandé avisar á Arturo lo que sucedía.

Quería proceder con la mayor altura á este respecto, hasta el último momento.

Pero ni siquiera me hizo el honor de responder á mi carta.

Aquel hombre no era pues más que un abyecto miserable.

Mi pobre hijo se murió al fin sumiéndome en el dolor más desesperante, á pesar de ser un golpe que yo esperaba de tanto tiempo atras.

Aquel nuevo dolor lo devoré en silencio y como todos los otros, sin tener quien pronunciara á mi oído una sola palabra de consuelo.

Así había pasado todas mis desventuras, sin tener quien hubiera enjugado mis lágrimas con un solo cariño.

Mi padre se preocubaba solo de sus negocios, vivía por sus negocios y para sus negocios: nosotros no significábamos para él más que lo podían significar sus dependientes.

Así es que cuando me veía llorar, se limitaba á decirme:

Ya te consolará el trabajo, nada distrae tanto como el trabajo.

Y yo trabajaba con pasión, porqué realmente el trabajo era lo único que me distraía, lo único que engañaba mis horas desamparadas.

Para hacerme tomar más cariño al trabajo, mi padre solía darme dos ó tres liras los domingos, con las cuales yo salía á pasear.

Desde que volví á casa de mi padre, volví con cierta independencia que me fué muy útil entónces.

Los domingos, por ejemplo, que no se trabajaba en la casa, yo salía á pasear adonde quería, sin llenar otra formalidad que decirlo á mi padre.

Según como andaba mi bolsillo, me iba á pasear á todas partes, á los hoteles de los alrededores de la ciudad, donde comía, y á los cafecitos donde se cantaba ó se tocaba música.

Mi viaje con Arturo me había dado esta libertad de acción, y me había habituado á este modo de proceder.

Me manejaba como un hombre jóven, sin recato de ninguna especie.

¿Y qué recato iba á tener una viuda como yo? pues al fin y al cabo yo no era más que una viuda.

Muchos se me acercaban al verme sola; decían que yo era bella y venían á buscar mi sociedad.

Yo los admitía en mi compañía y conversaba con ellos, miéntras su conversación no contenía ninguna falta de respeto.

Pero cuando las palabras pasaban de cierto límite, me levantaba, pagaba todo lo que había tomado y me retiraba sin decir nada.

Los dueños de los cafés me conocían ya, de modo que cuando algún enamorado se me acercaba, ponían á sonreir, porqué ya esperaban el fin de la aventura cuando ésta llegase á cierto límite.

Muchas veces mi paseo se prolongaba hasta horas avanzadas de la noche, porqué me iba al teatro ó á algún concierto público.

Esto no le gustaba á mi padre, al extremo de que varias veces me había reprendido diciéndome que era necesario variar de conducta.

Yo no lo contradecía, porqué no me gustaba tener con él cuestión de ningún género, pero no le hacía caso, y seguía llevando la misma vida libre é independiente.

Estas aventuras me dieron al fin un novio.

La fortuna de mi padre era un atractivo poderoso para mu-

chos galápagos aspirantes, que me aceptaban no solo en el estado triste en que estaba, sinó que me hubieran aceptado aún en otro más lastimoso.

Pero mi primera aventura amorosa me había puesto más desconfiada que un tuerto y no hubiera habido un galan capaz de engañarme, más cuando yo sabía que pedir á mi padre licencia para casarme, era pedir peras al olmo.

Esta nueva faz á que había entrado la historia de Luisa, disipó la nube de tristeza que la envolvía y se puso más alegre.

Pidió á Lanza otra taza de café y empezó á tomarla á pequeños sorbos.

Lanza le sirvió cariñosamente, sin interrumpirla.

—Avida de un cariño que no encontraba en mi padre, continuó, yo me dejaba querer con cuantos decían quererme, con cierto agrado.

Incapaz de querer á nadie porqué las fuentes de mi cariño estaban secas, dejaba que los demás me quisieran, miéntras este cariño no pudiera revestir ninguna faz grave.

Con quererme no se ofendía á nadie y yo lo hallaba perfectamente lícito.

Una tarde que me hallaba en un café comiendo con uno de estos enamorados sin esperanza y la hermana del dueño de casa, se me acercó Arturo, que comía también allí con otros jóvenes.

Era la primera vez que lo veía desde nuestra vuelta á Génova.

La vista de este miserable me hizo una impresión terrible.

Me parecía increible que yo hubiera amado á aquel hombre, cuya vista me había causado una impresión tan repulsiva.

—¿Cómo estás, mi Luisa? me dijo con el mayor cariño.

En el acto acudió á mi recuerdo la muerte de mi hijo abandonado y el silencio que le habían merecido mis cartas.

Lo miré con una expresión de profundo desprecio y le respondí secamente.

—Poco debe importarle á usted como esté yo, señor, y como ignoro con qué derecho me dirije usted la palabra en ese tono, le suplico no lo haga más.

El exceso de vino no autoriza á ser irrespetuoso.

Arturo quedó helado ante mi respuesta y miró con expresión de reconcentrada ira al hombre que estaba conmigo.

—Te felicito por el cambio, me dijo sonriendo, pero que haya un preferido no es motivo para romper con las viejas relaciones.

—Ha pedido á usted esta dama que no le falte al respeto, dijo entónces severamente el hombre que estaba con nosotros sin darme tiempo á contestar.

Espero que no habrá necesidad de pedirlo de otro modo.

Arturo le preguntó quien lo autorizaba para hablar así, lo que provocó una respuesta más dura, y de palabra en palabra se fuéron á las manos.

Los amigos de Arturo viniéron en su defensa, y en la defensa del otro jóven otros amigos que comían en el mismo café en otras mesas.

El escándalo fué entónces tremendo, porqué aquello tomó todo el aspecto de una batalla.

Toda la gente que había en el café acudió al estrépito del combate, separándolos á todos.

Arturo había llevado felizmente la peor parte, porqué le habían sacudido de firme.

Para compensar de algún modo á mi defensor triunfante, salí con él del café y por primera vez me hice acompañar con él hasta mi casa.

La noticia de aquel escándalo llegó á oídos de mi padre, con mayores proporciones de las que en realidad había tenido y esto provocó una raspa que me echó aquel, seguída de una prohibición que no podía aceptar yo.

—Estos escándalos no pueden repetirse, de modo alguno, me dijo, porqué son una vergüenza inaguantable, y para que cesen del todo no quiero que vuelvas á ningún café.

—Pero esto es ridículo, respondí yo, que haya de privarme de mis diversiones porqué á ese canalla le dé la gana.

Tendría que no salir á ninguna parte, porqué lo que ayer hizo en el café lo haría en plena calle.

Yo no podría estar libre de los escándalos de ese canalla sinó encerrándome en mi casa, y no estoy dispuesta á llevar la vida de monja.

—Pues yo no quiero que por tus paseos ande nuestro nombre de boca en boca y unido á ruidosos escándalos.

Yo no respondí nada viendo que nada había de ganar con discutir, pero resuelta á seguir no más en mis paseos á pesar de la prohibición de mi padre.

Así, el domingo siguiente, sin decirle nada salí á pasear y me fuí al mismo café del escándalo.

Pero ese día no estuvo Arturo; no tenía aún tiempo de haberse repuesto de los golpes que se chupó.

Se comentó alegremente la aventura del domingo anterior y yo tuve que decir que aquel no era más que uno de tantos amantes desesperados á quien el vino había puesto en un estado más violento y amoroso, lo que no pasó sin ciertas observaciones, porqué la historia de la fuga de mi casa era demasiado conocida en Génova.

Por esos amigos vejetes que nunca faltan, mi padre supo que yo había vuelto al café á pesar de su prohibición, lo que motivó un nuevo disgusto más violento que el primero.

Mi vida no iba á poder seguir de aquella manera, porqué ni mi padre había de ceder en sus prohibiciones ni yo podía conformarme con llevar la vida de reclusión que él quería.

Ibamos á pasar una vida imposible, discutiendo siempre y provocando cada vez escenas más violentas.

Una familia amiga anunció por aquella época su viaje á América y fué entónces que me entró también una gran ambición de venir.

Yo poseía entónces, en poder de mi padre, la suma de mil doscientos francos que me dejó mi madre.

Esta suma, en tanto tiempo, había sido doblada en los negocios, según me lo dijo mi mismo padre.

Con aquella suma podía yo muy bien venir á América y así se lo manifesté.

En Buenos Aires vivía un hermano de mi padre, con quien yo podría venir á vivir, y la ocasión no podía ser mejor.

—Para vivir aquí como vives, me dijo mi padre, es mejor que te vayas á Buenos Ayres, donde por lo ménos no conocerán tu falta.

Si tienes juicio y eres buena, todavía puedes ser feliz en este mundo.

Allí tienes á tu tío que ha de ayudarte en todo y aconsejarte lo que necesites.

Aquí estas perdida sin remedio, porqué á tu falta irreparable se han agregado los últimos escándalos que has dado y que, sobre lo que ya habías perdido, te han hecho perder un cincuenta por ciento más.

Aquí no hallarás un marido nunca, aunque cambies de conducta.

Solo hallarás otro Arturo, que te lo perdonaría todo con tal de casarse con tu fortuna y poder pasar una buena vida mano sobre mano, y deseándote la muerte para heredarte.

En América es distinto, nadie te conoce, y portándote bien, puedes bien hallar un marido que te haga respetable.

Yo estaba entusiasmada con mi viaje, al extremo de no atinar á nada.

Deseaba con vehemencia que llegara el día de la partida para salir una vez de allí y no volver más.

Porqué yo había concluído por tomar ódio á Génova y á todos sus habitantes.

Con mi oficio de embalsamadora, que bien podía llamarse

un arte, yo ganaría mi vida en Buenos Aires y no sería gravosa á mi tío.

Mi padre me entregó los tres mil francos que me tenía y me regaló el pasage, prueba estupenda de cariño, dada su habitual miseria; de modo que con mi dinero yo pude hacerme una provista de buena ropa, de que tanto necesitaba, guardando el resto para mis primeros tiempos de América, miéntras me estableciera y empezara á hacerme de clientela.

Yo era además muy hábil en el arte de hacer gorras y teñir plumas, lo que podía muy bien serme igualmente útil para ganarme la vida.

Hecha mi provisión de ropa y convenido mi viage, no tenía más que esperar la partida del vapor donde habíamos de embarcarnos.

Ya sabes tú, que eres italiano también todo el encanto que despierta en nosotros la palabra América, el país de las grandes fortunas y de los placeres vírgenes.

La idea, la certitud de que me venía, había despertado en mí un mundo de ilusiones y de encantos que me tenían embriagada por completo.

Mi padre era el que más lamentaba mi viage, porqué perdía en mí su sistema secreto de teneduría de libros.

Pero no había más que conformarse y tener paciencia, puesto que no había otro remedio.

El día de la partida llegó por fin y nos embarcamos, acompañándonos mi padre hasta á bordo.

Todo mi pasado doloroso había desaparecido de mi memoria, llenándose mi fantasía de los encantos de América á donde nos dirigíamos.

Mi padre me había dado una carta para su hermano, donde me dijo que me recomendaba á él y le pedía me atendiese y ayudase en todo para que llegase á ser una mujer de provecho y de porvenir.

Después supe que en aquella carta mi padre hacía á su hermano toda mi historia, sin omitir el menor detalle ni las verdaderas razones de mi viage.

Si yo hubiera sabido esto, no le hubiera dado la carta á mi tío; pero ¿cómo me iba á imaginar que mi padre tenía interés en publicar mis miserias?

Nos embarcamos para Buenos Aires y desde aquel momento Génova murió para mí; salía de allí con la firme resolución de no volver más en mi vida.

El viaje fué sumamente alegre y feliz.

Veníamos tantas amigas juntas, que no había tiempo de fastidiarse.

Todo á bordo era motivo de alegría y de distracción.

Desde la hora de comer los pasageros nos rodeaban; estos y los empleados del buque en conversación y jarana, muchas veces hasta altas horas de la noche.

Puede decirse que yo vivía una vida nueva, completamente nueva, desde que mi pasado ya no existía para mí.

Todo nuestro deseo era llegar cuanto ántes á la deseada América, para ver de cerca todas sus maravillas y sus riquezas.

Y preguntábamos inocentemente si era verdad que los indios andaban en las calles de la ciudad y se comían á las criaturas crudas.

Estas preguntas hechas con toda ingenuidad, provocaban las risas de los pasageros y del capitan del buque, que se entretenían en contarnos historias maravillosas que nosotras creíamos á puño cerrado.

Por fin llegamos al deseado término del viaje, desembarcando en Buenos Aires sin inconveniente de ningún género.

Recién entónces comprendí que se habían divertido con nosotras, refiriéndonos aquellos cuentos fabulosos, pues me encontré en una ciudad como cualquiera de las que había visto en Europa.

Como traía la dirección en el sobre de la carta que me dió mi padre, me hice conducir en el acto, con mi equipage, á casa de mi tío, á quién puede decirse que yo no conocía, porqué era muy pequeñita cuando él se vino de Europa.

Mi tío, cuando supo quien era yo, me recibió con la mas agradable sorpresa.

Como mi viaje había sido improvisado, no habíamos tenido tiempo de anunciárselo, así es que su sorpresa no pudo ser mayor ni más grata.

Mi tío con mi padre se querían mucho, y una hija suya era para este un verdadero regalo, demostrándome toda su familia el cariño que me profesaban.

Todo aquel día lo pasamos entretenidos en hablar de Génova y de las rarezas de mi padre, y mi tío no abrió la carta que yo le traía, diciendo que reservaba su lectura para la noche.

A mí me habían arreglado una cama en el aposento de mis primas, de quiénes debía ser como hermana.

Estas me acomodáron mi ropa en sus propios roperos, obsequiándome con una porción de cosas necesarias en las que yo no había pensado, porqué habituada á la miseria de mi padre, ni siquiera sabía que existiesen.

Al otro día mi tío me llamó á su cuarto, á una conferencia privada.

Había leido la carta de mi padre, é impuesto de mi historia se había alarmado un tanto cuanto, con cierta razón, puesto que él tenía la responsabilidad de toda su familia.

—Tu padre me cuenta aquí, Luisa, toda tu desgraciada historia, me dijo, y veo que necesitas de todos mis consejos y de todo mi cuidado, puesto que ahora puede decirse que yo soy el responsable de tu porvenir.

Vas á vivir con mis hijas, puras é inocentes, y es preciso que ni siquiera sospechen los motivos que te han obligado á venir á América.

Yo no quise ocultar nada á mi tío, lo que hubiera sido inútil desde que mi padre se lo contaba, y le manifesté que precisamente había salido de Génova para olvidar mi pasado y criarme un porvenir nuevo y debido á mi trabajo, aquí donde nadie me conocía.

—Me es tan odioso ese pasado, le dije, que ni siquiera deseo recordarlo; es como un sueño horrible del que felizmente he salido ya.

Yo quiero trabajar y hacerme un porvenir con mi trabajo, porqué no quiero ser gravosa á nadie, y usted no tendrá de qué quejarse respecto á mí.

Mi tío se mostró muy alegre al oir la manera con que yo me expresaba y las ideas que me animaban, asegurándome que él estaba dispuesto á ayudarme en todo.

Hablando en este sentido, convinimos en que por el momento no me convenía establecer una casa de modas, por los gastos que me ocasionaría.

Mi tío me proporcionaría las relaciones de su familia, para que yo les hiciese las gorras, y cuando yo me hubiera hecho de una clientela mediana, entónces sí podía establecer un tallercito que iría prosperando poco á poco.

Aquellos primeros dias se empleáron en pasear la ciudad, para que yo saliera de la natural curiosidad que sentía.

Mi tio nos llevó también al teatro, cuyo espectáculo y concurrencia me dejáron maravillada.

Tomando mis modelos en el teatro, yo hice un par de gorras que fuéron vendidas en el acto á amigas de la familia, que quedáron sumamente complacidas, elogiando mi habilidad y mi buen gusto.

Y acto contínuo tuve el encargo de cuatro gorras más.

A mí me gustaba mucho pasear y conocer la ciudad en todos sus recovecos.

Pero á mi tío no le gustaba que yo saliera con frecuencia en compañía de sus hijas.

Hasta entónces nada me había dicho, pero yo era bastante viva para comprender que mis saidas con sus hijas o disgustaba a.

Con pretexto de comprar géneros y armazones de gorra, empecé á salir sola, á pasear y conocer toda la ciudad.

Al mismo tiempo iba haciendo relación con las modistas á donde compraba, y con quiénes conversaba largamente, tomando informes que necesitaba.

Ya estaba yo demasiado habituada á la independencia absoluta, para volver á una vida de reclusión como la que pasaban mis primas.

Así es que siempre con pretexto de comprar y de ver á una nueva marchanta, empecé también á salir de noche.

Como efectivamente yo traía trabajo que me encargaba alguna modista amiga, ó o pedía yo no más gratuitamente para que me sirviera de pretexto, mis salidas, aunque frecuentes, eran perfectamente disculpables y bien salvadas todas las apariencias y conveniencias de la casa.

La cuestión es que algunas noches yo me demoraba más de lo natural, volvía tarde y esto hacía á mi tío muy poca gracia.

Un domingo falté á comer, porqué me había ido á pasear á Palermo con amigas que estaban de fiesta.

Vine tarde á casa, y mi tío por primera vez me reprendió con aspereza.

—Esto no es natural ni admisible, me dijo, y es preciso que te reformes.

Mi casa es una casa de familia, donde hay que guardar más recato.

Yo nada quise replicar, aguanté la ronca y me propuse salir con ménos frecuencia.

Pero no pude; la vida de reclusión estaba en pugna con mis hábitos de independencia.

Al poco tiempo de esto me entretuve en otra comida y vine tarde, relativamente á una casa de familia, pues vine á las diez de la noche.

En casa de la amiga donde habíamos comido, se bailó un poco después de comer y yo no pude negarme, como era natural, pues todos se empeñaban para que yo me quedara.

Yo me quedé, cuesto que en ello no cometía delito alguno, hasta las diez de la noche, hora bastante razonable.

Como era también muy natural, mi amiga no quiso que viniera sola á casa á aquella horas y pidió á uno de los concurrentes de toda su confianza, que me acompañara.

Yo me rehusé asegurando que no tenía miedo de irme sola, pero como aquello no era prudente, acepté al fín.

Conversando amigablemente de la agradable reunión donde habíamos estado, llegamos á casa, en cuya puerta me despedí de mi acompañante.

—No lo invito á entrar porqué ya sabe que no es mi casa, le dije, vivo con un tío que tiene su familia y sus rarezas y nosé si le gustaría.

El jóven aquel había sido uno de tantos adoradores míos, y se quedó en la puerta unos cinco minutos conversando conmigo y preguntándome cuando volvería á lo de mi amiga.

Tuve que hacerle notar que ya era tarde, para que se fuera y me dejara entrar.

Mi tío estaba en el balcon esperando mi vuelta, sin que yo lo hubiera visto, de modo que me vió llegar acompañada de un jóven y estuvo allí oyendo lo que conversábamos, hasta que quedé sola y entré á la casa.

Mi tío no quiso esperar esta vez hasta el dia siguiente.

Me llamó á la salita independiente que había en la casa, donde nadie podía oirnos, y allí me reprendió con más dureza que la vez primera.

—Veo que tú no tienes compostura, me dijo, y esto así no puede continuar.

La reputación de mis hijas sufriría mucho con tu conducta libertina, y ya comprendes que esto no puede ser.

—Mi tío, respondí yo entónces con cierta serenidad, respecto á mi conducta no tengo nada que reprocharme, se lo juro á usted de la manera más séria.

Yo estoy habituada á cierta vida de libertad y de independencia.

Para vivir con usted, mi tío, yo tendría que hacer una vida de prisionera, que no está con mi modo de ser; me enfermaría.

Usted tiene razón en lo que, dice, pero no dejará de convenir conmigo de que yo también tengo razón en lo que digo.

Para evitar todo enojo y toda cuestión entre nosotros, conservando la armonía en que debemos vivir, es mejor que yo me mude.

Tomaré un par de piezas en cualquier casa, donde podré establecer mi taller de trabajo y así estaré independiente, sin que mi vida libre pueda perjudicar á nadie y sin que desaparezca la buena relación que debe reinar entre nosotros.

—Encuentro este temperamento mucho más razonable, dijo mi tío, ya que quieres llevar una vida de tan absoluta independencia.

Yo siento esto enormemente porqué no hubiera deseado que

*

te separaras de mí, desde que á mí te ha recomendado Luis, á quien tú sabes que yo quiero inmensamente.

Si yo no tuviera hijas, no te diría nada, agregó; poco me importaría que volvieras á esta ó aquella hora, pero teniendo hijas ya es distinto.

No todos las conocen; al verte éntrar á deshoras, muchos pueden creer que eres una de ellas.

En realidad, mi tío tenía razón, y era mucho mejor separarnos así amigablemente que separarnos enojados.

Con aquella franca conversación, yo había definido perfectamente mis posiciones y conquistado el claro derecho de hacer lo que me diera la gana.

No era muy fácil encontrar, así á dos tirones, un par de piezas como yo quería, sin contar con que yo no tenía aun suficiente trabajo para sostener mi vida de absoluta independencia.

Cuando conté mi resolución de vivir sola á las amigas con quienes me daba, todas aplaudiéron mi determinación, prometiéndome buscarme una ocupacion que me diese lo bastante para sóntenerme.

Fué entónces que me proporcionáron el casino donde me ha conocido, pero á mí no me gustó, después que supe lo que era un casino.

Pero me presentáron á la dueña y esta empezó á seducirme con diez mil promesas doblemente halagadoras dada mi situación.

Por último me dijo que yo iría á su casa sin más que hacer que atraer la clientela y entretenerla, que no tendría ninguna de las obligaciones de las otras muchachas, que sería absolutamente libre y que me daría un buen sueldo.

Yo no quise cerrar trato, porqué aquello no me gustaba mucho, aunque mi independencia era completa, y dejé así sin resolverme, miéntras buscaba algo mejor.

Era cuestión de tener paciencia y nada más, y yo hubiera encontrado una ocupación mejor si mi tío no me hubiera precipitado.

Quince días después de aquel convenio que habíamos hecho volvió á suceder un nuevo contratiempo, más grave que los demás por la severidad de mi tío.

Era el dia del santo de una de aquellas amigas con quién más relación tenía yo.

Me habían invitado á comer, y aquella tarde yo hice presente á mi tío el objeto de mi salida.

Habíamos comido muy bien y ya se sabe que cuando se come así, el tiempo pasa insensiblemente, contribuyendo á hacerlo pasar más rápidamente el buen vino que habíamos bebido.

Después de comer se bailó un poco y cuando yo acordé eran las dos de la mañana.

Al saber la hora tuve un grandísimo disgusto, porqué ya calculé lo que iría á pasar entre mi tío y yo, pero ya la cosa no tenía remedio y el tiempo pasado no había de volverse atras.

Por precaución me hice acompañar con mi nueva amiga y uno de sus visitantes, porqué de ese modo mi tío no podría enojarse tanto.

Cuando llegamos la puerta estaba cerrada.

Sin embargo, yo hice corage y llamé varias veces, hasta que vino á abrirme mi mismo tío.

¡Nunca le había visto tan enojado!

En vano fuéron mis disculpas y las explicaciones que dió mi amiga.

Mi tio me echó en el zaguan una raspa terrible y despidio á mis acompañantes con sus palabras más duras.

—Tú no estás en mi casa un momento más, me dijo, ó te resuelves á no pisar más la calle.

Quise dar nuevas explicaciones que mi tío se negó terminantemente á escuchar, notificándome que me mudase al dia siguiente mismo, si no quería hacer la vida de encierro que pretendía.

—Si usted se ha figurado, señorita, que mi casa es como la de sus famosas amigas, está muyequivocada, y por más hija de mi hermano que usted sea, no ha de empañar mis buenas costumbres familiares.

—¿Quiere decir que usted me echa de su casa?

—Si no quieres someterte á lo que yo digo, sí, te pido que no vuelvas más aquí.

Tal fué el disgusto que tuve, que ni siquiera me acosté aquella noche.

Al dia siguiente salí muy temprano y me fuí á casa de mi amiga, contándole lo que me había pasado con mi tío.

—Por la manera, con que nos echó anoche, me respondió aquella, ya suponía yo que no habías de poderte quedar allí; tienes un tío más bravo que un cáustico.

—Es así, medio ridículo, dije yo á mi amiga, en lo que no deja de tener razón, puesto que tiene hijas que cuidar.

Pero no es ese el caso; como yo no puedo vivir más con él, sinó estando encerrada en su casa, he resuelto irme hoy mismo.

He venido entónces á rogarte que me acompañes á casa de la judía aquella del casino, para cerrar trato con ella.

Allí no he de poder estar mucho tiempo, porqué no me gusta la cara de esa mujer.

Pero como no he de quedar en media calle, estaré con ella hasta que encuentre otra casa mejor.

Mi amiga se vistió, fuímos á la calle Corrientes y cerré trato con la dueña del casino, bajo la terminante condición de que en ningún caso me había de forzar á hacer lo que yo no quisiera.

Contenta volví á lo de mi tío, le conté que ya había encontrado acomodo en casa de unas modistas, y aquel mismo día me mudé, en medio de una armonía convencional y prometiendo á la familia venir á visitarla de cuando en cuando, siempre que quisieran recibirme.

Y sin más trámite me trasladé á dicho casino, dónde me has encontrado.

Al principio su dueña quiso explotarme come le pareció mejor, pensando aprovechar lo triste de mi situación, pero cuando se convenció que eso era imposible porqué yo no me prestaba á más de lo que habíamos convenido, me dejó en completa libertad de acción.

Si ahora la has visto alarmada al extremo de no querer dejarnos solos un momento, es porqué es la primera vez que me vé demostrar preferencias por una persona; y siendo esta persona una de tu posición, ha tenido miedo que vayas á sonsacarme y llevarme á otra parte, nada más; le ha llamado la atención vernos en relación tan íntima, aunque yo le dije que era la primera vez que nos veíamos.

Luego, ella pretendía hacerte pagar botella tras botella, y como yo no me presto á estas explotaciones, mandaba quien consumiera el vino y te hiciera pagar otra botella.

Así terminó la historia que Luisa Maggi contó á Lanza y que éste escuchó con un raro recogimiento y demostrando un interés siempre creciente.

UNA VETA MAGNIFICA.

Miéntras Luisa narraba, Lanza había tenido su pensamiento en una actividad pasmosa.

Estar en contacto con la hija de un banquero, tan accesible al amor, era una bolada que no podía desperdiciar.

Y Lanza hacía todo género de cálculos sobre aquella fortuna que no había podido atrapar el imbécil de Arturo.

Luisa lo contemplaba extasiada, como dominada por la simpatía que se desprendía de su persona.

Aquel hombre que, á pesar de la situación excepcional en que se encontraba, la había tratado con el mayor respeto y recogimiento, se hacía justamente acreedor á todo su cariño.

Estaban solos, encerrados en una pieza de un café de aventuras amorosas; y sin embargo, á pesar de todo el entusiasmo

que en un hombre jóven debía despertar su belleza, éste no había pasado los límites del respeto.

Puede decirse que Luisa se había enamorado de Lanza, sintiendo hácia él una confianza ilimitada.

La cantidad de alcohol que había tomado, la tenía en una situación amorosa sumamente grata, al extremo de desear que ella se prolongara lo más posible.

Deseaba además poder apreciar con certeza la impresión que su relato había hecho en el espíritu de Lanza, y la conducta que éste tendría en seguida para con ella.

El tiempo había pasado de una manera tan insensible para ellos, que ni siquiera notáron que había anochecido.

La luz de la luna entraba magnífica por las ventanas iluminando la pieza, y Lanza, que era el que solo había notado esto, se guardaba muy bien de decirlo.

Aunque excitada por el alcohol, Luisa había tenido el suficiente tino para ocultar algún pecado amoroso que calculó no hubiera producido buena impresión.

Es que Lanza había llegado á interesarle más de lo que ella misma pensó, y temía impresionarlo de una manera desfavorable.

—Sentiría en el alma, dijo sollozando, que la narración de mi historia, hecha con tanta franqueza, me hubiera hecho perder en tu opinión.

Nada me dices y temo te hayas enojado conmigo.

—Al contrario, Luisa mía, tu historia me ha corroborado más en la opinión que ya me había formado de tí.

Pensaba en este momento que la vida que llevas no te conviene y que es preciso cambiarla á toda costa.

Tú eres digna de una suerte mejor, alma mía, y allí nunca podrás lograrla, mi vida, porqué las apariencias te son fatales y aún la propia narración de tu historia no sería apreciada por muchos en lo que vale.

Si yo no buscase en tí más que la conquista de una mujer bella, ya te hablaría de otro modo y te habría hecho proposiciones en ese sentido, aprovechando la situación en que nos hallamos colocados y el estado desesperante de tu vida.

Pero no es eso lo que yo busco, yo quiero tu felicidad estable y tal cual tú la mereces.

El afecto íntimo que siento por tí, quiero encaminarlo de un modo decoroso y digno y esta es la forma que busco actualmente.

A mí me ha sucedido contigo una cosa extraña, Luisa.

Desencantado con las cosas del mundo, he llegado á no creer en nada. á no esperar nada de nadie sinó de mí mismo.

He mirado á las mujeres con el encanto que haya podido despertar en mí su belleza, ó el hastío que me haya causado su vulgaridad, y nada más.

Contigo me ha sucedido una cosa extraña.

Apénas te ví, sentí por tí una impresión de simpatía desconocida para mí hasta entónces.

Estuve contigo con un agrado infinito y sintiendo que aquella simpatía se había trocado en cariño.

Cuando me separé de tí aquella primer noche, no te apartaste un segundo de mi pensamiento.

Y al otro día sentí que me había enamorado de tí.

Esto, te lo confieso, produjo en mi espíritu una sensación dolorosa.

Yo tenía que guiarme por las apariencias, ylas apariencias te eran fatales: estabas en un casino, y en estos establecimientos no hay sinó malas mujeres.

Estuve por alejarme y no volver más, sofocando la pena que esto me causaba, pero como había observado cierta superioridad y el respeto con que eras tratada, me dejé arrastrar de mi amor y volví otra vez, y provoqué la entrevista de hoy.

Ahora no me pesa: el franco relato de tu vida te ha hecho crecer en mi opinión, y al ver que te amo y que hasta cierto punto soy correspondido, porqué si nó, no estarías aquí conmigo, experimento un gran consuelo que me hace presentir días mejores.

Tú eres digna que te amen, Luisa, y yo te amo inmensamente.

Creo que puedo esperar ser correspondido de la misma manera, y pienso en una solución digna que asegure para tí el porvenir que mereces.

Luisa tomó las manos de Lanza y las acarició besándolas.

—No en vano me sospeché que eras un espíritu generoso y grande, le dijo, Dios bendiga el momento en que te conocí.

Por entretenida que estuviera Luisa, al fin notó que la noche había cerrado completamente y dijo alarmada:

—Debe ser tardísimo, Carlos, y aquella mujer ha de estar furiosa conmigo.

—Poco debe importarte hoy de sus furias, Luisa, porqué yo pienso en tu porvenir de una manera séria y estable.

Sufre un par de días más, miéntras yo medito, que siempre lo que se hace con calma es lo mejor.

Yo no me separaría más de tí, te llevaría á donde pudieras estar sin depender de nadie, pero no quiero proponerte nada que no sea correcto.

Vuelve allí, Luisa, que un día más de penas nada puede perjudicarte cuando, se trata de tu futuro, y espéralo todo de mí.

Ahora, si quiéres que nos váyamos á otra parte, habla con franqueza, yo te buscaré un cuarto en un hotel, donde estarás miéntras yo piense en algo que no quiero decidir hasta mañana, para madurarlo mejor.

—No, gracias, respondió Luisa conmovida; me entrego por completo á tu voluntad.

No sé qué poder extraño me empuja á tí, mostrándome que no puedo esperar nada malo.

Mira, Carlos, con poca cosa yo podría ser feliz: con un simple tallercito donde poder trabajar con mis gorras y mis aves embalsamadas, yo sería completamente feliz.

—No te preocupes de nada ahora, respondió Lanza con profundo aire de protección, que yo pensaré en todo con la mayor solicitud; pronto concluirán todas tus penurias, yo te lo aseguro.

Ahora yo te voy á acompañar hasta el casino, y allí haré un poco de gasto para calmar la rabia que pueda tener aquella mujer por tu tardanza, retirándome sólo, si veo que no hay peligro de que te hagan alguna escena desagradable.

Mañana, á la misma hora de hoy, te espero en el mismo parage: yo te aseguro que he de llevarte una noticia que te ha de hacer feliz.

De tal manera habían dejado pasar el tiempo, que cuando saliéron del Robinson eran las doce de la noche.

Lanza, para no llamar la atención, hizo detener el carruage en la calle da Cuyo, y allí lo despachó siguiendo á pié hasta el casino, donde entraron por la puerta escusada, calculando que en el casino había mucha gente.

Como ya se lo habían sospechado, la patrona estaba furiosa. aunque nada dijo.

Pero cuando vió que Lanza entraba al cuarto de Luisa y pedía champagne, se calmó por completo y hasta se puso amable.

Luisa podía haber echado un gancho, pero lo había echado con provecho de la casa, que era lo principal.

No había pues nada que temer para la tranquilidad de la hermosa jóven.

Lanza estuvo allí el tiempo necesario para dejar consumir tres botellas de champagne y dejar á Luisa más enamorada que nunca.

Cuando él se retiró, la jóven lo acompañó hasta la puerta de calle, estrechándole expresivamente la mano, y la dueña de casa quedó firmemente convencida que Luisa había hecho una conquista que le dejaría muchos miles de pesos.

Apénas dió vuelta la esquina, Lanza se estrechó una mano con otra, diciéndose interiormente y en alta voz:

—¡Eres un gran hombre, Carlo Lanza! eres un gran hombr digno de todo lo bueno que te espera.

Escuchando á Luisa, Lanza había estado haciendo sus cál culos.

Si Luisa se casaba en América, su padre no tenía más re medio que aceptar el heredero, fuera ó no de su agrado.

—¿Qué inconveniente puede tener, desde que se trata de un persona honesta y trabajadora?

¿Qué más quiere que uno cargue con la hipoteca de su hija dada la vida que ha llevado?

Luego, con este insperado golpe de fortuna, ¿qué necesidad tengo yo de proceder mal, cuando mi negocio está en proceder bien?

Casado con su hija, podré entrar en negocios con el viejo Maggi, pedirle mercaderías á consignación y girar contra él más tarde, cuando esté convencido que soy una persona cumplidora, un banquero.

Mi ciencia está ahora en no dejar conocer mis intenciones y en apoderarme de Luisa, de modo que ella en mi cariño, vea siempre un beneficio del cielo.

No hay más remedio, me caso, me caso como quien hace una obra de caridad y sin dar á sospechar que el verdadero beneficiado soy yo.

Toda mi ciencia está ahora en fomentar su amor, pues es indudable que se ha enamorado, con un poco de cálculo, porqué jamás se sonó ella hacer casamiento con una persona de mi aspecto.

Esto, en cuanto se trasluzca, me vá á traer un rompimiento con el amigo Cánepa y con mi vieja modista, pero ¿qué diablos me importa desde que realizo el mejor de mis negocios?

¡Qué buen servicio me ha hecho la pobre vieja al no quererse casar conmigo! no solamente aquí hay más plata y más facilidad, sinó que mi mujer es jóven y es bella.

Ha tenido su faltita, pero esto se olvida fácilmente; lo ha olvidado ella y aquí nadie lo sabe.

Más faltas ha de tener la vieja, y yo iba á caer inocentemente en sus garras.

Nada; está visto que esta vez el cielo me protege, y no hay que perder la ocasión.

Una sola sospecha había entrado en el espíritu finísimo de Lanza.

El sabía positivamente que Luis Maggi era un rico prestamista de Génova, casi un banquero puede decirse, porqué algún negocio había tenido con él la casa de Caprile.

Pero, ¿quién le garantía que Luisa era realmente su hija?

¿Quién le aseguraba que no fuera una hija natural, sin ningún derecho á herencia?

Desde que Maggi tenía un hermano aquí, la cosa era bien fácil de averiguarse, sin que nadie pudiera sospecharse con que idea lo hacía.

¿Para qué diablo tenía talento si no era capaz de averiguar una cosa tan sencilla?

Y lo más gracioso es que él pensaba que fuera el mismo Maggi quien viniera á darle los informes en vez de ser él quien se los viniera á pedir.

Carlo Lanza, absorbido por todos estos pensamientos, se metió en su casa, no á dormir, puesto que no pudo pegar sus ojos en toda la noche, sinó á seguir meditando sobre los medios más seguros de llevar su aventura adelante.

Por el momento todo se reducía á enamorar á Luisa, de modo que ésta consintiera en el matrimonio sin sospechar la verdadera causa.

Consentido este, todo marcharía por sí solo.

Con todo lo que había pasado, ella tendría ya alguna práctica en las cosas de la vida y podía muy bien desconfiar de que todo no fuera más que una explotación sobre su fortuna.

La situación de la jóven, por otra parte, le era sumamente propicia, pues estaba desesperada de la vida que estaba obligada á llevar, y mortificada de depender de un tipo como la patrona del casino.

Todo esto venía á favorecer sus planes, asegurándole un triunfo rápido.

La cuestión por el momento era simplemente esta

¿Convenía ya descubrir á Luisa sus planes, ó convenía esperar más tiempo?

Esto lo decidiría mejor que nada la situación de espíritu en que encontrara á la jóven.

Decidido á obrar según se lo indicara el momento, ya no pensó más en esto.

Se levantó más temprano que nunca, puesto que de todos modos no podía dormir, y se fué al escritorio de Caprile.

Siempre eran las primeras horas de la mañana cuando podía hacer sus travesuras y sus negocitos, porqué nadie lo veía.

Era entónces que podía meter los sobres con su dirección en las cartas que escribía, para que la contestación viniese á él y cobrar la comisión del cinco por ciento sin asentar en los libros más que el tres.

Todos estos negocios reunidos á su sueldo, puesto que su vieja modista era quien atendía á sus gastos, le habían permitido

reunir unos mil patacones que tan poderosa ayuda debían prestarle en la cuestión de su casamiento.

Esto y la clientela que ya podía reunir en un momento dado, era todo lo que necesitaba para establecerse como banquero.

Una vez logrado esto y procediendo honestamente, tenía su negocio y su porvenir asegurado; lo demás vendría por sí solo.

Lanza trabajó aquella mañana con más ardor que nunca, para ganarse todo el día.

Cuando vino Caprile al escritorio, Lanza le pidió permiso para faltar el otro medio, á pretexto de tener algunas diligencias particulares que hacer.

—Tal vez pueda volver más temprano de lo que yo creo, dijo, pero en caso que me fuera imposible le ruego me disculpe, que si acaso hubiera mucho que hacer, mañana á la noche recuperaré el tiempo perdido.

No era posible negar el permiso pedido en aquellos términos al más activo y cumplidor de sus dependientes, así es que Caprile, no solo lo concedió sin vacilar, sinó que le dijo que si necesitaba más tiempo se lo avisara con toda franqueza.

—Después se lo diré, respondió Lanza sonriendo, cuando le cuente en los asuntos que ando.

Por hoy no necesito más que este medio día.

A las doce, Lanza se fué á su casa, donde dió un manito á su toilette, poniéndose el brillante que le dió la modista, sobre el cual había hecho ya un famoso cálculo.

Si Luisa aceptaba el matrimonio con el alborozo que él esperaba, se lo regalaría como anillo de compromiso, y ¡vive el diablo! que nadie se habría comprometido de una manera más rumbosa.

A la una ménos cuarto se hallaba Lanza con su volanta, en el mismo sitio del día anterior, esperando á Luisa.

Esta no tardó en llegar, produciéndose entónces un incidente que vino á favorecer sus planes.

Luisa, llorosa y profundamente triste, venía acompañada de otra muchacha del casino, la misma con quien la había visto la vez primera.

—¿Y qué tienes que lloras? le preguntó Lanza con cariñoso interés; ¿qué puede haber sucedido que te aflija de esta manera?

—Lo que yo me esperaba, respondió Luisa, lo que yo me esperaba.

Anoche, después que tú te fuiste, la mujer aquella me armó una pelea porqué había vuelto tarde y abandonado su negocio todo el día, diciéndome que ella no me pagaba para que anduviera en la calle en aventuras que nada le producían.

Como nada me aterra á mí tanto como el escándalo, todo lo soporté y guardé silencio.

Hoy, cuando le dije que iba á salir, se me puso como una leona, diciéndome que no saldría.

Pero como vió que yo estaba decidida y que sería inútil cuanto dijera, me impuso de que había de salir acompañada por esta.

Era preciso soportarlo todo ó producir el escándalo, y como ya te he dicho cuanto temo el escándalo, me sometí y aquí me tienes con un centinela.

—Pero esto es inícuo y no puede tolerarse, respondió Lanza. Yo creo que esta jóven nos hará el obsequio de retirarse, pues no la queremos con nosotros.

—Yo tengo que obedecer lo que me han mandado, dijo ésta subiendo la voz, y no me retiro por nada de este mundo.

Si Luisa temía el escándalo, más lo temía Lanza, y viendo que la jóven estaba dispuesta á provocarlo, Lanza no tuvo más remedio que apelar á la astucia.

—Está bueno, dijo, si no hay otro remedio nos someteremos, vamos á pasear y volveremos; será un paseo de tres.

Con una calma insospechable, hizo subir á Luisa á la volanta, haciendo al mismo tiempo una seña al cochero, que sonreía picarescamente ante lo que acababa de oir y el que comprendió al vuelo la seña de Lanza.

En la inmensa travesura que caracteriza á los cocheros criollos, cuando se trata de un patrón que dá buena propina, este había comprendido al momento toda la picaresca intención de Carlo Lanza.

En cuanto Luisa se hubo sentado, éste que la había ayudado á subir desde el estribo, saltó dentro la volanta.

Era lo único que el cochero esperaba para partir rápidamente.

De modo que, ántes que la jóven parada en la vereda pudiera darse cuenta de la tirada de que había sido víctima, ya el landó había doblado la plaza del Retiro.

Cuando ella se apercibió de lo que habían hecho, ni siquiera tuvo el consuelo de prorumpir en denuestos y palabradas que no tenían objeto.

Y enfiló hácia el casino, pensando en el chubasco que por imbécil le iba á llover allí.

Luisa, reavivada ante la travesura de Lanza, reía como una loca.

Pero pasada la primera impresión de la risa, preguntó llena de aflicción:

—¿Y ahora qué vá á ser de mí? aquella mujer es capaz de sacarme los ojos si vuelvo al casino.

¡Ay, Lanza! ¡no sé qué vá á ser de mí!

—Pero, con no volver todo está concluído, respondió Lanza.

que se felicitó de aquel incidente, comprendiendo con rapidez todas las ventajas que de él podría sacar.

Pensemos ahora en nosotros, que yo estoy lleno por la inmensa felicidad de verte.

En cuanto á la bruja aquella no hay que preocuparse, que todo se evita no volviendo más.

—Pero ¿dónde voy yo, pobre de mí? ¿dónde voy sin perderme más de lo que estoy?

—Pero ¿dónde has de ir sinó á la misma casa de tu tío?

—Es que no me admite sinó en las condiciones que te he dicho, y ahora, sabiendo como ha de saberlo que he estado en un casino, no me admitirá en manera alguna.

—Ya discutiremos esto con mayor tranquilidad cuando yo te explique todo lo que tengo en la cabeza; ahora vamos á almorzar donde almorzamos ayer, que estaremos tranquilos y sin que nadie nos interrumpa; después verás, querida mía, todo el plan de felicidad que te traígo si, como no lo dudo, correspondes al amor que por tí abrigo.

Conversando así y prodigándose mil caricias llegáron al Robinson.

La patrona, recordando el morrudo pago del día anterior, acudió en el acto á servirlos, llena de solicitud complaciente.

Los llevó á una especie de salita más paqueta que la del día anterior y procedió á arreglar la mesa sin preguntar nada, pues ya se suponía que vendrían á almorzar.

Lanza contemplaba á la jóven con verdadero arrobamiento, pues la jóven era realmente bella, y más que bella, magnífica.

Y ella tenía para Lanza una expresión mucho más cariñosa y hasta apasionada.

Este pue veía en todos sus síntomas la realización de su negocio, estaba radiante de alegría.

Deseaba que la hotelera concluyera de una vez sus arreglos para entrar en materia, pues por el mismo incidente de la calle, le parecía que ninguna situación podría ser tan á propósito como aquella.

Luisa se despojó de su sombrero y de todo aquello que podía serle incómodo y se sentó á almorzar una vez que todo estuvo arreglado y cerrada la pieza.

Fué entónces que Lanza con una habilidad de que él mismo quedó maravillado, desarrolló su plan.

—Al escuchar tu historia, Luisa mía, sentí ayer una impresión muy difícil de detallar, dijo, porqué ella era el resúmen de sentimientos múltiples.

Al amor ciego que te tenía, se había agregado un sentimiento de admiración profunda.

Cualquier mujer que se hubiera hallado en tus circunstancias, abandonada de todos los que debían ampararte, se hubiera perdido en el cáos inmenso de la vida.

Y Lanza buscaba con afan las palabras más sonoras para deslumbrar el espíritu poco cultivado de Luisa.

—Esa historia me mostró que eres fuerte, continuó, que habías sabido conservarte digna contra todas las tentaciones del mundo y todas las consecuencias del despecho.

Y pensaba que el hombre que hubiera sabido elegirte como compañera, habría sido un hombre feliz en toda la acepción de la palabra.

—

Sólo y privado de los encantos de la familia, muchas veces pensé en esto, Luisa, y recorrí tu vida tramo á tramo, buscando una deducción exacta del porvenir.

Mucas veces yo había pensado casarme para engañar la soledad de mi vida, pero me había detenido la dificultad de hallar una mujer que estuviera en relación con mis aspiraciones.

Desde que te conocí, puedo decirte que te amé, pero desde que te ví al través de tu propia historia, mi amor por tí fué más íntimo y más profundo.

Por eso ayer no había querido decirte nada, pues quería obrar con entera conciencia de lo que hacía, con la meditación necesaria á un acto tan sério de la vida.

Después de pensarlo toda la noche, después de consultármelo bajo todas las fases de la vida, hoy vengo á decirte lo que no quise decirte ayer, para que no creyeras que mis palabras eran hijas del entusiasmo del momento.

Yo quiero proteger tu destino, Luisa, poniendo al mismo tiempo mi suerte al amparo de tu amor, quiero ser el compañero de tu vida.

En una palabra, Luisa, yo quiero casarme contigo en la seguridad de que he hallado al fin una mujer digna y capaz de hacer la felicidad de un hombre.

Tú no tienes en tu vida faltas, sinó desgracias y para combatir las desgracias y hacerlas olvidar, no hay más que la felicidad estable.

Luisa quedó como atontada ante las palabras de Lanza, pués este le hacía una proposición en lo que ni siquiera se había atrevido á pensar, y ménos después que le narró su historia.

—Pero yo no puedo aceptar ese honor, dijo, porqué no lo merezco; tú te burlas de mí, Lanza, y eso no es noble.

—¡Líbreme Dios de semejante cobardía! yo te ofrezco mi nombre y mi amor, y no creas que no hay su egoísmo en la oferta, pues ya te he dicho que tengo la conciencia de que á tu lado he de ser un hombre completamente feliz.

Consiente, Luisa, y desde hoy mismo me pongo á hacer todas las diligencias necesarias.

—Pero yo al consentir hago una mala acción y me expongo á que, arrepentido, mañana me detestes.

—¡Niña! ¡lo he meditado toda la noche, es un paso que doy con toda la conciencia de lo que hago!

—¿Y qué quiéres que te diga? yo consiento con toda mi alma porqué á pesar del poco tiempo que nos hemos tratado, te amo de una manera inmensa.

Lanza abrazó á Luisa estrechamente y sacándose del dedo el hermoso brillante, lo colocó en la mano de Luisa como símbolo del compromiso que acababa de contraer.

—Ahora sí no tienes necesidad de volver al casino, agregó, y por eso pensé hoy que el incidente con tu compañera venía á favorecer mis planes.

Es preciso que de aquí te vayas á casa de tu tío, y le digas que te casas conmigo y que es preciso te permita vivir con él hasta que el matrimonio se realice, para hacerlo con la decencia necesaria.

Y para halagar su amor propio y hacerlo consentir más fácilmente, le dices que vas á consultarle este acto trascendental de tu vida y á pedirle consejo.

El, como es natural, ha de ampararte en tu pedido, te recibe en su casa donde yo iré á visitarte y nos casamos decentemente y con arreglo á todas las conveniencias.

—Esto es algo que me parece un sueño, decía Luisa riendo y llorando al mismo tiempo; nunca esperé tanta felicidad.

Pero no yendo yo, la mujer aquella tal vez se niegue á entregar mis cosas.

—Se las hacemos soltar con la autoridad, ó se las dejamos, que al fin y al cabo no valdrán la pena de armar un escándalo, por buenas que sean.

Yo en el presente no tengo fortuna, pero trabajo con mucha suerte y espero que dentro de poco tendremos una fortuna espléndida.

Luisa estaba positivamente deslumbrada por el proceder de Lanza.

Un jóven que podía haberse aprovechado de la triste situación en que ella se encontraba y usando de las ventajas que le daba su cariño, no solo la amparaba en sus desdichas, sinó que le proponía un casamiento al que jamás se habría atrevido á aspirar.

Y allí no cabía engaño ni mala fé, desde que el mismo Lanza en vez de llevarla á un hotel como hubiera podido hacerlo, le

proponía que volviese á casa de su tío donde él la visitaría hasta que se casara.

Era imposible proceder más rectamente.

A su mismo tío vería que se trataba de una cosa seria y se mostraría satisfecho.

—Entretanto, decía Lanza, yo tomaré un par de piezas con las que por ahora tendremos bastante, y las iré arreglando con lo necesario.

Yo voy á acompañarte ahora hasta la casa de tu tío, le dijo Lanza, y en seguida me voy al escritorio de Caprile, donde me puedes avisar el resultado hasta las seis de la tarde; á esa hora me voy á la calle de Tacuarí 81, donde yo vivo, y allí espero la respuesta toda la noche.

Si tu tío consiente en todo, esta misma noche te haré la primer visita.

Si se niega, lo que no es creíble, te llevaré á un hotel donde permanecerás hasta que hagamos las diligencias necesarias á nuestro casamiento.

—Yo haré que mi tío consienta, dijo Luisa resueltamente, puesto que no tiene motivo alguno para negarse, así es que esta misma noche espero poderte dar una respuesta satisfactoria.

Miéntras concluían de almorzar, Lanza se entretuvo en pintar á Luisa el porvenir más risueño, de modo que al salir del Robinson, la jóven aseguraba á su Carlo que era la primera vez de su vida que amaba con aquella vehemencia.

EL CASAMIENTO SONADO.

Los dos jóvenes se dirigiéron á casa de Maggi, donde descendió Luisa radiante de alegría.

—Es la hora de comer y llego en buen momento, ella dijo, porqué así todos estan reunidos y la cosa se hace más fácil.

—Bueno, mi vida, convence al viejo, dijo Lanza dando á Luisa su primer beso; hasta las seis en el escritorio de Caprile; después de esa hora, en mi casa.

—No tengas cuidado, respondió la jóven, es mi felicidad eterna lo que se juega, y yo he de saberla defender, ya verás.

La jóven penetró á casa de su tío, radiante de alegría y de belleza.

Lanza despachó la volanta y se dirigió al escritorio de Caprile, considerando aquel día el más feliz de su existencia.

—Si el viejo no quiere será una broma, pensaba, porqué un casamiento hecho contra su voluntad me pone en malas condi-

ciones de relación con el padre, miéntras que si éste consiente, aquel me recibirá cariñosamente.

Es preciso á todo trance ganarse la buena voluntad del tío, y si ella no puede, lo convenceré yo, usando de todos mis recursos, pues no es posible que una empresa que he podido llevar á tan buen término, fracase por el capricho de un viejo zonzo y pillo, porqué si no quiere será porqué ha olido la cosa.

¿Qué más quiere una mujer en las condiciones desgraciadas de Luisa, que un marido como yo, que la dignifica con el solo hecho de casarse con ella?

Si el viejo, quiere realmente á su sobrina y no penetra mi verdadero objeto, que es bastante difícil de penetrar, asegurará el casamiento por temor que fracase y pensará que yo soy un pobre imbécil digno de la mayor compasión.

Y pensando que álguien pueda abrirme los ojos lo apresurará en lo posible.

Tan alegre llegó Lanza al escritorio, que sus compañeros y hasta el mismo señor Caprile lo notáron en el acto, preguntándole qué podía motivar una alegría tan inusitada.

—Esto quiere decir, exclamó Lanza cada vez más contento que me he enamorado como un *mascalzon* de la italiana más linda que haya pisado tierra argentina, y que probablemente me caso con ella.

Esta espontánea declaración de Lanza provocó una serie de bromas graciosas y picantes.

Lanza las recibía todas con el mejor humor de este mundo y decía sonriendo:

Ustedes embrómenme todo cuanto quiéran, pero yo me caso con la mujer más linda que haya conocido.

Y voy á armar una fiesta que el mundo se vá á caer encima.

No todo han de ser números y cartas escritas por cuenta agena; alguna vez las había de escribir en mi propio provecho.

A las seis de la tarde Lanza se puso en camino para su casa, esperando que allí recibiría la contestación ansiada.

De allí dependería la regla de conducta que había de seguir en adelante.

Serían las siete de la noche cuando Lanza recibió por medio de una sirvienta, la esperada carta.

No era de Luisa sinó del mismo Maggi, lo que venía á simplificar enormemente su situación.

Maggi le manifestaba que Luisa le había referido la historia de su proyectado casamiento, y que siendo esto cierto como lo creía, lo esperaba aquella noche en su casa para que hablaran más detalladamente.

Era precisamente lo que Lanza deseaba, una conferencia con el tío, que abreviase el procedimiento.

Así aquella misma noche podría saber con certeza á que atenerse y lo que debería de hacer.

Carlo Lanza se vistió con su ropa de gran etiqueta, estudió al espejo su más importante apostura y se trasladó á casa de Maggi.

No llevaba en el dedo su famoso brillante que le daba un aspecto de millonario, pero en cambio lo tenía Luisa regalado por él como señal de compromiso, lo que recomendaba su gran desprendimiento.

Maggi recibió á Lanza con el mayor agasajo, pareciendo sumamente complacido de su aspecto.

Maggi se había imaginado que el tal novio sería una especie de atorrante haragan que se casaba con Luisa para explotarla. así es que esta misma creencia contribuyó á hacerlo aún más agradable.

Como era natural que hablaran de aquel asunto privadamente, Maggi llevó á Lanza á su escritorio donde se efectuó la conferencia.

Lanza, fingiendo una ingenuidad asombrosa, manifestó á Maggi sus aspiraciones amorosas.

—Tengo el firme convencimiento que Luisa me hará feliz, decía, porqué tiene grandes condiciones de corazón; me he enamorado de su simpática belleza, y deseo casarme con ella, usted nos da su permiso, como es natural, puesto que es usted quien aquí representa al padre de ella.

Por el momento yo no tengo más que mi empleo en la respetable casa de Caprile, pero soy rico en aspiraciones, conozco bien el comercio y espero que dentro de poco he de tener una posición más que desahogada, pues mi familia debe remitirme fondos dentro de poco para establecerme por mi cuenta.

—No dudo lo que usted dice, respondió Maggi, pero antes de entrar en mayores explicaciones necesito conocer un detalle: Luisa ha tenido una desgracia de juventud en Europa, que es preciso que usted conozca para evitar más tarde recriminaciones dolorosas.

Ella dice que se la ha contado á usted francamente, pero como las mujeres nunca son francas á este respecto, yo deseo saber si es cierto que usted conoce esta falta.

—La franqueza con que me lo dijo, respondió Lanza, previniéndome un peligro, fué que me hizo comprender que aquella falta era digna de toda indulgencia, pues su relato mostraba la mayor pureza de sentimientos.

—Luisa ha tenido un hijo, insistió Maggi.

—Lo sé y esta misma insistencia de usted en hacerme notar la falta, me muestra más los sentimientos hidalgos suyos.

Ha sido después de conocer todo esto que decidí casarme.

—Decididamente este es un infeliz rematado, pensó Maggi que no podía imaginarse que Lanza era un especulador, al mismo tiempo que este pensaba:

—Decididamente el tío me crée un imbécil de nacimiento y así vá á ser el chasco que se vá á llevar.

—Bien, amigo mio, dijo Maggi, si esto es así, por mi parte no veo el menor inconveniente.

Solo, como es natural, desde que se trata de un paso tan decisivo para el porvenir de Luisa, ustéd me permitirá una cosa muy razonable.

—Está permitida, pues ya veo yo que es ustéd una persona séria y razonable.

—Bueno, si ustéd me lo permite, yo desearía tomar informes de su persona y su conducta.

Usted no puede extrañar esto, puesto que yo no lo conozco y deseo ser exacto en los informes que remita á mi hermano para que éste no pueda reprocharme el consentimiento que doy.

—Queda usted facultado para tomar todos los informes que crea necesario; es muy lógico.

—¿Y podré visitar á Luisa en su casa miéntras se fija la época del casamiento?

—Depende de los informes que yo tome, lo que haré mañana mismo, para que usted tenga desde mañana mi contestación definitiva.

Entónces Maggi llamó á Luisa y delante de Lanza le dió cuenta exacta de todo cuanto allí se había tratado.

—El señor me pare un cumplido caballero me es muy simpático, ¿para qué he de decirte otra cosa? observó Maggi á Luisa pero yo necesito exactos informes que poder trasmitir á tu padre.

Ya sabes lo minucioso que es, y no quiero que tenga el menor reproche que hacerme á este respecto.

Yo veré al señor Caprile mañana, pues es persona que me merece el mayor respeto, y mañana mismo el señor Lanza tendrá mi contestación definitiva.

—Su tío, Luisa, tiene razón, dijo Lanza usando cierta etiqueta, porqué su responsabilidad es mucha; yo he aprobado todo cuanto me ha dicho y me he sometido al informe tan necesario para él en este caso.

Puede interrogar también al señor Canepa, al señor...

—Es inútil, el informe de la casa Caprile me satisface por un todo.

Sé que él debe ser bueno, puesto que es usted empleado allí: lo tomo únicamente por un deber de conciencia.

Entretanto Luisa se queda á vivir conmigo, y usted puede visitarla aquí con entera franqueza é independencia.

Después de conversar un momento de cosas indiferentes y haberse retirado Maggi prudentemente algunos instantes para dejarlos en libertad de decirse algo, Lanza tomó su sombrero y se retiró después de decir:

—Yo espero entónces su respuesta mañana á la tarde, y como tengo conciencia de lo que soy, no trepido en decir á Luisa «hasta mañana» y retirarme sumamente complacido después de haber conocido en ustéd una persona tan fina y razonable.

Lanza se retiró más contento que nunca; Caprile no tenía motivo sinó para dar excelentes informes de su persona, y entónces el consentimiento de Maggi era una cosa hecha.

Fijáron la época de su casamiento tratando de ganar el mayor tiempo posible, pues una vez casado ya podría aguantar cualquier contratiempo.

El mismo, después de los informes que mandase su hermano, se pondría en correspondencia con su suegro, y su porvenir quedaba admirablemente asegurado.

Maggi por su parte quedó gratamente impresionado del futuro marido de Luisa, no pudiendo explicarse como había logrado Luisa atraparlo tan completamente después de haberle narrado su vida.

Y según lo había calculado Lanza, Maggi pensó que á pesar de todo el talento y viveza que demostraba, aquel jóven era zonzo de remate.

Y felicitó á Luisa de corazón, por la verdadera suerte que había alcanzado.

Lanza se dirijió á casa de su vieja modista para preparar hábilmente el terreno por aquel lado, y evitar una escena que, si nó perjudicial, podía ser mortificante para su futura.

Lanza se presentó más amante que nunca, y después de sus habituales cariños, dijo á la vieja:

—Mi querida, vengo á darte un disgusto aunque pasagero, y á pedirte un servicio para el caso en que me lo puedas prestar.

—Desde que el disgusto solo es pasagero, contestó la vieja, siempre podrá sobrellevarse.

En cuanto al servicio, ya sabes que no tengo mayor placer que complacerte.

—El caso es este, mi querida: mañana tengo que irme á Montevideo á establecer una sucursal de la casa, y por poco que demore, siempre he de tardar algún tiempo, por lo ménos un mes, un mes

en que no podré disfrutar de tus cariñosas noches.

Yo no hubiera aceptado la propuesta, pero esto me dá cierta importancia en la casa y facilita mis negocios para el porvenir.

He pensado que un mes pasa pronto y que el sacrificio será ménos duro desde que él contribuye á asegurar mi independencia para el futuro.

La vieja se puso triste después de escuchar la noticia, pero pronto se repuso y contestó:

—Un mes pasa pronto, Carlos, y desde que esta corta ausencia reporta ventajas para tí, no hay más remedio que aceptarla y conformarse; lo único que te pido es que no me olvides.

—Yo no puedo olvidarte y mis cartas te lo han de demostrar de sobra.

Has sido conmigo demasiado buena y complaciente para que yo pueda olvidarte un solo día.

—Pasemos ahora al servicio que esperas de mí.

—El servicio es este: yo llevo bastantes recursos de dinero y autorización para girar contra la casa aquí.

Pero tú sabes, léjos uno de sus relaciones y sus recursos nunca está satisfecho y plenamente seguro.

Desearía llevar una reserva de quinientos patacones, y si tú puedes y quieres facilitármelos, me harías un servicio.

—Tendré en ello un verdadero placer, Carlos querido, y si más necesitas, dímelo con franqueza.

—No necesito más, gracias, y esto mismo te lo pido en previsión, porqué si puedo obtenerlos de la casa no recurriré á tí.

—No, señor, yo quiero prestártelos y te garanto que si acudes á otra parte, me darás un verdadero disgusto.

Lanza no creía necesitar dinero y lo hacía solamente para estar á cubierto de cualquier gasto imprevisto á que lo obligara su casamiento.

Así es que lo aceptó, prometiendo no acudir á otra parte.

Aquella noche la pasarían de conversación y jarana, puesto que por lo ménos durantes un mes no iban á poder hacer otra cosa sinó pensar el uno en el otro.

Y Lanza con sus quinientos pesos fuertes en el bolsillo y prometiendo volver ántes de embarcarse, se despidió de su vieja modista, diciéndole:

—En mi primera carta yo te haré saber la dirección á donde debes remitir las tuyas.

De la casa de la modista y aunque era muy temprano y se hallaba trasnochado, Lanza se dirigió al escritorio, porqué su licencia del día anterior lo había atrasado en el trabajo y era aquel día el fijado por Maggi para ir á tomar aquel diablo de informe que había de decidir de su porvenir.

Y para que Caprile no fuera á pensar que aquel informe pudiera referirse á algún otro empleo que pensaba tomar, en cuanto apareció el el escritorio lo impuso discretamente de lo que pasaba, avisándole que aquel mismo día iría un señor Maggi á informarse de su conducta y modo de ser.

El no me conoce y como tiene toda la responsabilidad de la jóven, no consiente en el casamiento sinó después de haber tomado informes á mi respecto, por lo que bien puede decirse que estoy y no estoy de novio.

Lanza tenía tal cara de alegre, de regocijo íntimo, que Caprile no pudo ménos de sonreir al ver su entusiasmo.

—Es de desear que esto se arregle de una vez, le dijo en tono de cariñosa broma, porqué su entusiasta estado de cabeza no es el mejor cuando se manejan libros de comercio.

—No tenga cuidado, señor Caprile, en cuanto me digan que sí, me quedo tan tranquilo como toda la vida.

A medio día Maggi se presentó en el escritorio de Caprile, recibiendo una grata impresión al ver á Lanza ocupado en ese momento en hacer un pago fuerte.

Era claro que quién manejaba así el dinero, debía ser persona de entera confianza.

Su informe se reducía á una simple fórmula, pues la ocupación de Lanza por sí sola era una recomendación.

Introducido por el mismo Lanza á presencia de Caprile, una vez que quedó solo con él, explicó en breves y comedidas palabras el objeto da su visita.

—Por asuntos de familia, yo desearía tener algunos informes sobre el jóven Lanza, dependiente suyo.

Usted disculpe lo inusitado de la pregunta, pero siendo la mejor fuente de informes á que puedo acudir y deseando Lanza casarse con una sobrina mía, creo que usted no tendrá inconveniente en darme los informes que le pido.

Los informes que Maggi recibió no pudiéron ser más satisfactorios.

En todo el tiempo que Lanza estaba allí empleado, no había dado motivo para que se le hiciera la menor observación.

Era un jóven exageradamente honrado, cumplidor de sus obligaciones y amante del trabajo como pocos.

No se sabía en la casa que anduviera en parrandas de mal género, ni se le conocía el menor acto reprochable, aún en su vida privada.

¿Qué mejores informes podía desear el señor Maggi?

El tío de Luisa agradeció los informes que se le daban, y se retiró completamente satisfecho.

Lanza lo acompañó cortesmente hasta la puerta del escritorio y allí tuvo con él el siguiente breve diálogo:

—Si usted desea aún más informes, puedo indicarle desde ya á...

—Es inútil, me basta con los recibidos, y estos mismos los he tomado simplemente por fórmula, por absoluta tranquilidad de conciencia.

Puede usted visitar á Luisa en mi casa cuando quiera; allí conversaremos sobre los demás detalles necesarios.

Lanza tocaba el cielo con la mano; su casamiento era una cosa hecha que nada podría desbaratarlo.

A las cuatro de la tarde y en una salida que tuvo necesidad de hacer, se fué hasta lo de la modista, para dar su último toque á su fingido viaje á Montevideo.

Quería estar absolutamente tranquilo á este respecto y para ello no necesitaba más que ir á despedirse de la mujer.

Dió á su fisonomía toda la expresión de tristeza que le fué posible y entró hasta el taller donde ésta trabajaba.

La despedida no podía ser larga, porqué el vapor salía dentro de media hora, y aún tenía algunas otras cosas que hacer.

Mil cariños, mil recomendaciones de no olvidarse por nada de este mundo y todo quedó concluido.

—Espero que mi ausencia no durará más de un mes, le dijo Lanza, pero en todo caso nunca será más de mes y medio.

Lanza quedó libre de aquella hipoteca, pues en hipoteca se había convertido ya para él su modista.

Solo le faltaba la retirada de la casa de Cánepa, que no sabía como emprender.

—¡Qué diablo! pensó, nos retiraremos poco á poco y sin decir una palabra.

Cuando me haya casado veremos como se sale de esto.

Lanza no había contraído ningún compromiso de palabra con la familia de su amigo, nada podía éste reprocharle, y sin embargo y sin explicarse el por qué, Lanza temía que ellos tuvieran noticia de su casamiento.

Regresó al escritorio como siempre, y pensando en esto se demoró allí hasta su hora habitual.

Su felicidad era tanta, que no le dejaba mucho tiempo para pensar en otras cosas.

Solo deseaba que llegara cierta hora de la noche para irse á lo de Maggi á hacer su vosota.

Ya Lanza se veía convertido en un banquero más fuerte que el mismo señor Caprile y dueño de una fortuna de un millón de patacones.

Nunca comió con más apetito como en aquella noche.

Se bebió tranquilamente una botella del mejor vino que encontró en el hotel.

¡Quién le hubiera predicho aquel estupendo casamiento poco tiempo ántes, cuando era un miserable mozo de casino ó el pobre y esclavo cochero de la familia de Lima!

Lanza se estremeció poderosamente al recordar esa época dolorosa de su vida, y apartó rápidamente este recuerdo de su pensamiento como se aparta un testigo peligroso que puede ser un obstáculo insuperable á la felicidad que se persigue.

Si Maggi llegaba á conocer esa época de su vida, si la misma Luisa llegaba á penetrar sus intenciones, era seguramente un hombre perdido; su negocio se le haría humo entre las manos.

Era preciso apresurar rápidamente su casamiento para impedir todo descalabro, y esto era lo primero que Lanza debía tratar á toda costa.

No le faltarían medios de seducir á Maggi en caso que éste quisiera esperar el consentimiento del padre de Luisa.

Lanza se empaquetó como la noche anterior y se fué de visita á casa de Maggi.

Luisa lo esperaba radiante de belleza; se había vestido con toda la coquetería de una mujer que quiere agradar, y dejaba asomar á sus bellos ojos, en poderosos relámpagos, toda la felicidad de que estaba impregnado su espíritu.

Maggi le había trasmitido los excelentes informes que recibiera aquel día y no solo había consentido en su enlace, sinó que la había felicitado por él, aconsejándole hiciera todo lo posible para compensar con creces todo el cariño de aquel jóven.

Así, cuando ménos lo esperaba, Lanza iba á encontrar un protector en el tío de su Luisa que, por su parte, y temiendo que pudiera echarse atras, había de apresurar el matrimonio.

Lanza iba de sorpresa en sorpresa, parecía que un buen espíritu lo había tomado bajo su protección.

Luisa le contó como su tío había vuelto contentísimo de los informes recibidos, diciéndole que su futuro era digno de toda consideración y que él consentía gustoso en aquel casamiento que era su felicidad.

—Ya lo he autorizado para que venga á visitarte aquí, le había dicho, de modo que son ustedes los que han de fijar el día del casamiento.

Lanza escushaba lleno de alegría lo que le contaba Luisa, prodigándole sus más expresivos cariños, de modo que cuando Maggi entró á la salita, Lanza lo abrazó cariñosamente diciéndole:

—Con nada podré pagarle, amigo mío, todo lo que le debo. Crea que la felicidad de mi Luisa será el único anhelo de mi vida y que no olvidaré nunca que á usted debo gran parte de mi felicidad.

—Usted no me debe nada, amigo mío, absolutamente nada, pues es natural que yo haga todo lo posible por la felicidad de Luisa, que es cosa mía y por cuya suerte temía siempre.

Yo mañana mismo voy á escribir á mi hermano, dándole las razones que he tenido para consentir en el casamiento, así que si usted quiere fijar la época, la carta irá completa.

Lanza quedó sorprendido ante estas últimas palabras; cuando preparaba su más famoso discurso para convencer á Maggi que debía consentir en el enlace á nombre del padre de Luisa, para ganar tiempo, se encontraba con que era el mismo Maggi quien le proponía hacerlo, indicándole desde ya que la fecha del enlace podría fijarla para cuando quisiese.

El asunto no podía estar en mejores términos.

Luisa lo miraba pendiente de su palabra y Maggi sonreía ante su perplejidad natural.

—Yo no sé si el tiempo que yo fijara sería el conveniente para ustédes; me gustaría más que ustédes lo fijaran, porqué no quisiera parecer demasiado apresurado, ni quisiera retardarme mucho inútilmente.

—Por mi parte, dijo Maggi, todas las fechas me son lo mismo, es usted quién debe fijarla, calculando todo lo que tiene que hacer.

—Por mi parte, dijo Luisa poniéndose colorada, nada tengo que decir, lo que él disponga será lo mejor.

—Yo desearía que fuera ahora mismo, dijo Lanza, pero no quisiera hacerlo ántes de tener todo arreglado.

Mis cosas me animo á terminarlas en un par de días, pero no sé cuantos días necesitará la Cúria para los trámites naturales de estas funciones.

Yo mañana iniciaré allí mis diligencias, viendo el tiempo que se pueda ganar y así á la noche cuando vuelva, ya que ustéd me permite visitar á Luisa aquí, podré decir con exactitud cual es el día en que pueda realizarse nuestro matrimonio.

Maggi encontró aquello muy puesto en razón y Luisa dijo que estaba conforme.

En seguida la conversación se hizo general, rodando sobre cosas indiferentes y conversando Lanza con aquella familia como si fuera un viejo amigo de la casa; parecía que se hubieran conocido toda la vida.

Era natural que dos novios tuvieran algo reservado que de-

cirse, y Maggi procediendo discretamente se retiró con la familia, dejándolos en entera libertad por más de media hora.

Lanza aprovechando aquel tiempo que comprendió se le dejaba libre intencionalmente, se sentó al lado de Luisa y empezó á conversarle cariñosamente sobre el risueño porvenir que les esperaba.

—Ya debemos considerarnos como marido y mujer, le dijo, y es necesario que desaparezcan ciertas etiquetas para ser reemplazadas por la confianza más absoluta.

Una mujer que se casa necesita comprar mil pequeñeces que un hombre no puede calcular porqué no está en ellas.

Todo lo que yo tengo, Luisa mía, es tuyo, absolutamente tuyo; entónces no debes ni extrañar ni tomar á mal que desde ya empiece á considerarte como mi mujer.

Como yo no calculaba que todo quedaría arreglado esta misma noche, no he venido preparado á ello.

Y voy á apurar las diligencias lo más que pueda, y es preciso que tú, desde mañana mismo, te vayas preparando también.

Así, mi querida, como no tienes de donde sacarlo, yo te pido como primera demostración de tu cariño, aceptes ese poco de dinero que traigo sobre mí felizmente, para que con él puedas ir comprando lo que te haga falta.

Y sacando del bolsillo cinco mil pesos, los pasó á su futura.

Luisa lo miró á través de sus lágrimas, se puso colorada y vaciló.

—Te lo pido como una prueba de cariño, replicó Carlo, es preciso que me vayas ya mirando como á tu marido; ¿quién más que yo puede darte dinero?

La jóven lo miró entónces con la expresión de un cariño infinito y venciendo sus escrúpulos con un esfuerzo visible, tomó de manos de Lanza el dinero que este le ofrecía.

Como si no hubieran esperado más que aquello, se presentáron en la salita Maggi y la familia, volviendo la conversación á hacerse general y animada

A las once de la noche Lanza se puso de pié y se preparó á irse.

—Yo me quedaría toda la noche, les dijo, no solo por estar al lado de Luisa, sinó por lo agradablemente que se está entre ustedes.

Pero yo comprendo que una casa de familia no puede interrumpir sus hábitos ni salir de su modo de sér, porqué á un señor se le antoje estar de novio.

No quiero, por otra parte, hacerme pesado y fastidioso para ustedes, quiero al contrario, que cuando venga me reciban con natural agrado.

Así me retiro á horas convenientes, pidiéndoles de paso perdón por las molestias que puedo haberles causado.

Esta despedida vino á concluir de acentuar la simpatía que Carlo Lanza había sabido inspirar desde un principio.

—Decedidamente ese muchacho me gusta de alma, dijo Maggi; me gusta enormemente y no me cansaré de felicitar á Luisa.

Esta se sentía feliz como nunca pensó serlo, pues Lanza halagaba de todos modos su amor propio de mujer, y dándose vuelta á su tío le decía:

—Esto es para que ustéd vea que si yo era un poco callejera no era porqué fuese una perdída, sinó porqué me gusta la vida independiente.

Si yo hubiera sido una perdida, ese hombre no hubiera tenido necesidad de casarse conmigo.

—Yo nunca dije que fuéras una perdida, lo que yo decía era que la vida de absoluta independencia que querías llevar, no convenía á una familia donde hay niñas, porqué la gente es muy mal pensada.

Lanza dejó así una impresión gratísima en casa de Maggi, que aquella misma noche escribió á su hermano una larga y detallada carta.

Después de hacer en ella toda clase de elogios de Lanza, particular y comercialmente, pasaba á fundar los motivos que había tenido para consentir en el casamiento y precipitarlo.

Luisa necesitaba un marido á toda costa, le decía, no solo por su pasado, sinó por su porvenir mismo.

Sin marido, Luisa se iba á perder completamente, no solo por su modo de sér, sinó por la independencia de hombre que quería dar á su vida.

Solo un perdido, atraído por el olor del dinero, se hubiera casado con ella.

Este jóven se ha enamorado de la belleza de Luisa y en su rara inocencia; en lo primero que ha pensado ha sido en casarse con ella, á pesar de su pecado, que la misma Luisa le contó.

Es una persona digna y honrada, que trabaja en una de las casas de más crédito aquí, y que establece actualmente una casa suya.

Como persona no se puede pedir nada mejor.

Es tan ventajoso para Luisa este casamiento, que yo tengo miedo que el jóven vaya á arrepentirse, que alguien vaya á aconsejarle mal y desista de su casamiento.

Y es por esto que he dado la licencia en tu nombre y soy el más empeñado en que se casen pronto, así es que cuando recibas esta, probablemente ya estarán casados.

Con una carta semejante de su hermano, en quién tenía plena confianza, es indudable que el padre de Luisa quedaría plenamente conforme.

Lanza por su parte se había retirado completamente feliz aquella noche, pues había obtenido mucho más de lo que él quería y sin esfuerzo ninguno, puesto que todo aquello había sido espontáneo en Maggi.

Y aquella misma noche escribió para su suegro una carta llena de embrollas y mentiras, tratando de engañarlo respecto á su posición y mandándole tomar informes de aquellas casas con quiénes él estaba en correspondencia.

Cuando su suegro le contestara, ya pensaba él tener casa abierta y entrar con él en negocios de banquero á banquero.

Desde el día siguiente empezó á hacer sus preparativos y averiguaciones necesarias.

Las diligencias de la Cúria solamente, sobre identificación de su persona, amonestaciones, etc., necesitaban más de un mes.

Pero un cura amigo que veremos figurar más adelante, se encargó de tramitarlas en quince días, pues las amonestaciones y demás ceremonias engorrosas, se arreglarían por medio de despensas, un poco caras tal vez, pero que impedían se perdiera un tiempo precioso.

Y era ganar tiempo lo que anhelaba Lanza.

Aquel casamiento era para él una felicidad tan grande, una suerte tan inesperada, que temía verla desvanecerse entre sus manos de un momento á otro.

Hubiera dado sin el minor inconveniente todo el dinero que poseía para poderse casar inmediatamente.

Pero no hubo más remedio que conformarse con aquellos fatales quince días de espera.

Era lo más que tendría que perder, y que, por otra parte, le hacían falta para el arreglo de todas sus cosas.

De la casa de Caprile no podía faltar tan solo un día, porqué se exponía á ser descubierto por cualquier casualidad, en sus provechosas tramoyas.

Y una sola que se descubriera sería lo bastante para dar en tierra con todos sus proyectos.

Como primer diligencia, al día siguiente tomó en la calle Tacuarí 81, donde vivía, otras dos piezas al lado de la suya, que era cuanto por el momento necesitaba.

Así tendría un escritorio, un cuarto de trabajo para su mujer y un aposento para ambos, que empaquetaría lo más que pudiera.

De allí no podía mudarse, pues era la dirección que había mandado en muchísimas cartas de aquellos clientes que iba for-

mando para él y á muchas casas banqueras con las que necesitaba y quería estar en correspondencia.

Su cambio de domicilio era cosa que importaba para él unos tres meses de preparación por lo ménos, para que ello no le trajera ningún perjuicio sério.

No pudiendo faltar al escritorio un día entero, porqué no le convenía, tendría que hacer sus diligencias á ratos perdidos ó de noche, y entónces aquellos quince días serían lo que ménos necesitaba para el arreglo de sus piezas y demás detalles de aquel apurado casamiento.

A la noche, cuando volvió á lo de Maggi, después de dar cuenta de todo el cúmulo de formalidades y dispensas que necesitaba la Cúdia, fijó su casamiento para de allí quince días, noticia que fué recibida por Luisa con verdadero alborozo, pues si Lanza estaba apurado en casarse, ella también lo estaba, aunque por diversos motivos.

Luisa se había enamorado realmente de aquel hombre, y su casamiento con él le parecía un sueño que no había de realizarse, sin embargo de estar convencida de la fé con que éste procedía, y hasta por el dinero que le había dado para comprar lo que pudiera necesitar.

Casandose tan pronto como lo habían proyectado, era natural que Lanza gozara de cierta libertad, y así Maggi había autorizado á Luisa para recibirlo solo, pues algo de íntimo habían de necesitar decirse.

Lanza aprovechaba aquel tiempo en hacer mil caricias á su futura consorte y revelarle mil planes de felicidad que tenía para el futuro.

—Dentro de quince días estaremos establecidos en nuestra casita y no tendremos que esperar nada de nadie, bastándonos nosotros solos á todas nuestras necesidades.

Allí viviremos de nuestro trabajo sin que nadie nos moleste, hasta que haya establecido mi casa como yo quiero.

Y hacían sus proyectos hasta el de ir á dar una vuelta por Europa, visitar la familia y arreglar de paso sus corresponsales y sus negocios.

—Si tu padre quiere, decía Lanza, él será nuestro banquero en Genova y podría ganar buenas sumas, porqué yo giro mucho dinero.

Luisa se había habituado tanto á oirlo hablar de bancos, de giros y de grandes negocios, que creía firmemente que Carlo era un banquero al que solo le faltaba abrir la casa.

A las once, á más tardar, él se ritiraba de su visita, para no ser molesto y no fastidiar á la familia de Maggi, que con tanta benevolencia lo recibía y lo obsequiaba.

—Es una broma, decía á Luisa, pero es preciso hacer este sacrificio en obsequio de ésta gente que nos trata tan bien: yo me quedaría toda la noche, pero entónces nos echarían cada sacramento como para hacernos reventar.

Paciencia, Luisa, que pocos días nos faltan ya, dentro de poco no nos separaremos ni un minuto.

En los primeros ocho días, Lanza arregló perfectamente sus tres piecitas de la calle Tacuarí, sin riqueza, pero con mucho gusto.

Podía haberlas puesto mucho mejor, pero entónces se hacía sospechoso, que era precisamentee lo que quería evitar.

Aún necesitaba permanecer en el escritorio de Caprile algun tiempo más, para redondear su mejor clientela y enviar bastantes direcciones de su nueva casa bajo el sobre de los clientes nuevos á quiénes cobraba un cinco por ciento, no solo para agarrar ese dinero, como para hacerles más sensible la diferencia del precio que él les cobraba en la nueva casa.

Aquellos infelices que solo se entendían con Lanza y que á Caprile no lo conocían ni de vista, lo creían jefe de la casa, y muchas veces rehusaban entenderse con otro dependiente porqué aquel los entendía bien y sabía hacerle el gusto en los menores detalles.

Su amigo el cura había llevado adelante las diligencias del casamiento, consiguiendo todo por medio de dispensas, para ganar tiempo y para no prestarse á ciertas zonceras.

Lanza no era religioso, era un liberalazo de tomo y lomo pero para pescar ciertos negocios famosos de la Cúria y de los conventos, se fingía un católico con más tragaderas que un cretino.

Asistía á misa á San Francisco, cuyos frailes tenían negocios de giros con Europa, y se colocaba siempre en sitios donde lo vieran los superiores del convento.

Cuando se hacía alguna fiesta religiosa, era él quién dejaba la limosna más famosa, valiéndose de un espediente que en el porvenir debía darle famosos resultados.

El tenía depositados en el Banco de la Provincia unos doce mil pesos en cuenta corriente, con el único fin de hacer limosnas á las iglesias.

Así, en vez de dejar un billete de banco, dejaba un cheque contra el de la Provicia, logrando dos objetoc:

Primero pasar por un hombre sumamente rico, y segundo mostrar á los frailes que era él el de la limosna.

Esto le costaba caro, porqué lo obligaba á hacer limosnas de quinientos pesos arriba, pero con ellos él se proponía sacar en lo futuro utilidades pasmosas.

Ya veremos más adelante los resultados de esta famosa especulación.

En la mayor parte de los templos se conocía así á Lanza no solamente como un filántropo desprendido, sinó como un hombre sumamente rico.

Al principio, como no tenía mucho dinero que malgastar, había limitado sus limosnas á la Catedral, para hacerse conocer del Arzobispo y de la gente copetuda.

Fué después que dispuso de más dinero, cuando empezó, como se verá, á hacerlas extensivas hasta los curatos de campaña, donde más provecho había de sacar.

La única cosa que lo molestaba en el asunto de su casamiento, era el negocio de la confesión, que no había medio de evitar.

Para casarse era indispensable el boleto de confesión, y para obtenerlo no había más remedio que confesarse.

El doble aliciente del precio del boleto y la diversión que una confesión representa para los curas, hacen muy difícil obtener el boleto sin pasar por el acto.

A Lanza le hubiera sido muy fácil obtenerlo, pero como él quería pasar por un santulón en toda regla, no le convenía mostrar que quería sacar el bulto á la confesión, pues esto habría dado lugar á malas sospechas.

Solo una travesura podía salvarlo de estas dificultades y á ella apeló Carlo Lanza.

Entre la infinidad de italianos con quienes tenía trato diario en el escritorio, los había de todo pelaje y de toda creencia.

Sabido es que entre los italianos y en materia de religión, no hay término medio posible.

O son católicos creyentes hasta comerse los santos ó son ateos al extremo de insultar á los santos, y al mismo Dios, por un hábito de lenguaje.

Entre estos últimos buscó Lanza el hombre que necesitaba, y lo abordó francamente, refiriéndole el caso con toda franqueza.

—Me voy á casar, amigo mío, le dijo, y necesito de usted un servicio de la mayor importancia.

Para que á uno lo casen, no hay más remedio que presentar un boleto de confesión, y para obtener este boleto no hay más remedio que confesarse.

Francamente yo detesto estas farsas de la religión al extremo de preferir romper con mi casamiento á ntes que ir á arrodillarme á los piés de uno de esos roñosos y contarle lo que he hecho ó lo que no he hecho en el mundo.

Para salvar esta dificultad, es decir, para que yo me pueda casar sin confesarme, no hay más que un remedio, y este es precisamente el servicio que yo necesito de usted.

—Yo detesto cordialmente á los frailes, respondió el jóven, y por jugarles una farsa soy capaz de pagar, no digo servir á un amigo como usted.

¿Quiére que me vista de cura y los case? pues no tiene más que hablar.

—Eso tiene su peligro, respondió Lanza, y yo por nada de este mundo comprometería á un amigo.

El servicio que yo necesito es más sencillo y no compromete en manera alguna al que lo presta.

—Pues diga usted en qué consiste, amigo mío, y délo por hecho.

—El asunto es este: se trata de que usted se meta en la iglesia que más rábia le dé y se confiese allí de lo que más le dé la gana, con tal que no importe un delito.

Una vez confesado dice que se llama Carlo Lanza, y saca su boleto.

Con un boleto que acredite que Carlo Lanza se ha confesado, yo no necesito más para casarme y así lo habré logrado sin hacerle el gusto á esos farsantes.

—Pero este no es un servicio que yo hago á usted, exclamó el italiano soltando una gran carcajada, ¡sinó un enorme placer que me proporciono! ¡cuente usted con la más completa y santa boleta que pueda conseguirse!

Me confesaré de tal manera, que el cura quedará asombrado de mi santidad; nunca habrá escuchado una confesión más pura y santa.

Seré Carlo Lanza para este agradable acto de mi vida, y si alguna vez tropieza con algún amigo que quisiera hacer lo mismo no piense en otro que en mí.

¡Jugar una pasada á los frailes! sería capaz de cualquier sacrificio por hacerlo!

Lanza estaba en el colmo de la alegría, pues acababa de vencer la última dificultad que se le ofrecía.

Aquella misma tarde, el italiano amigo, bajo el nombre de Carlo Lanza, se confesó en la iglesia del Socorro.

¡Nunca se había escuchado una confesión más santa! aquel hombre no tenía de que acusarse, pues su vida había sido dedicada á hacer bien á los demás, y sin en aquellos momentos se encontraba pobre, era porqué su fortuna la había empleado en socorrer á la iglesia y á los menesterosos.

El cura, maravillado ante esta confesión, lo exhortó á seguir en aquella santa vida que le haría conquistar el cielo, y lo citó para el día siguiente para darle la comunión y el boleto correspondiente.

—Es el boleto que he dado con más gusto, dijo, porqué él vá á ser causa de que se forme una familia santa y educada en la caridad y el temor de Dios.

El confesado salió de allí más contento que quién se ha sacado una lotería grande, despues de haber besado apasionadamente el hábito del sacerdote, que le dijo al salir:

—Ya sabes, hijo mío, que para comulgar es preciso venir en ayunas, así es que debes venir temprano.

Aquella misma tarde el amigo refirió á Lanza lo que le había pasado, quedando en almorzar juntos al día siguiente para entregarle el boleto de confesión.

Y al día siguiente, después de haberse engullido una enorme taza de chocolate con tostadas, el falso Lanza se presentó en el Socorro á misa de nueve, y dándose formidables golpes de pecho, se tragó la divina hostia con una verdadera devoción de santo.

De allí pasó á la oficina del cura, donde le extendió éste su boleta de confesión, mediante cien pesos que Lanza encargó le diera y que entregó con la peor gana de este mundo, murmurando:

—En la primera confesión séria que haga, me confesaré de estos cien pesos que pago, aunque, bien visto, es un delito que cometo por cuenta agena.

Dos horas después almorzaba plácidamente con Lanza, y le entregaba el boleto narrándole entre alegres carcajadas la cara de asombro que ponía el cura, cuando él le contaba que si alguna fortuna había tenido, había sido para emplearla y repartirla entre la iglesia y los necesitados.

Y cuando llegaba al fin de su relación, exclamaba:

—¡Con cuánta gana me hubiera reído de aquel imbécil, después de recibir el boleto!

Solo el temor de perjudicarle ha podido contenerme.

No importa, ahora que he hecho este descubrimiento, todos los meses necesito confesarme con el nombre de diferentes amigos, pero para tener el placer infinito de echar al diablo al cura una vez que me dé el boleto.

Así no solo lograré una diversión estimable sinó que podré negociar boletas de confesión.

¡Oh! yo le aseguro que si no hubiera sido por temor de perjudicarle, hubiera hecho á ese mulato gordo una broma de lo más gracioso que pueda imaginarse.

Lanza agradeció al amigo las diligencias, y más todavía, el que las hubiera hecho con la compostura debída.

Y por si accaso éste se había desmandado en algo, prometió arreglarlo todo por medio de un cheque que lo dejara en un buen punto de vista.

Tomó su boleto de confesión y lo entregó á su amigo el cura que se había encargado de todo lo referente al matrimonio.

No podía quejarse, desde que había emprendido aquel asunto todo le salía á medida de su deseo.

Las piezas las había arreglado de una manera calculada, siendo la peor de todas la destinada á su escritorio, no por miseria sinó por cálculo, pues á sus marchantes no había de parecerles bien el lujo.

En la pieza destinada á cuarto de trabajo de Luisa, no había tampoco gran aparato; unos mueblecitos, cualquiera no más, como para llenar la fórmula.

Donde había gastado Lanza era en el aposento.

Allí no entraría sinó gente de confianza y no tenía por qué hacer aparato.

Para padrino de su casamiento había pensado en Cánepa, pero después había tenido miedo de decirle la menor palabra.

Cánepa sabía que Lanza andaba en nociasgos, que se casaba tal vez; pero no sabía con quien ni cuando.

Lanza temía que éste le desbaratara todo su plan, por lo que resolvió no decirle nada hasta después de casarse.

Así es que cuando Cánepa trataba de explorarlo con alguna broma, él se mantenía en absoluta reserva sin dejarle traslucir nada.

Era el único hombre á quien Lanza temía, porqué sospechaba que conociera algo de su pasado.

Concluido todo lo de la Cúria, fuéron á tomar los dichos á Luisa y á hacerle firmar el contrato.

Todo quedó consentido y arreglado, fijándose ese sábado para que tuviera lugar el casamiento.

Este debía tener lugar en casa del tío de Luisa, porqué el mismo don Estéban lo había pedido así.

Hombre rico y desprendido, había querido hacer el último gasto que había de causarle su sobrina, con cierto rumbo que llamara la atención de sus paisanos.

Desde que el muchacho era tan rumboso, justo era también que él lo fuera por una sola vez.

Tanto Lanza como su sobrina habían elegido padrino á don Estéban y madrina á su consorte.

Padrinos por partida doble, no tenía don Estéban más remedio que hacerse ver y aflojar la mano.

De todos modos era bastante rico para que la ausencia de diez ó quince mil pesos pudiera hacer mella en sus bolsillos.

—El sábado se casan en casa, había dicho don Estéban á Lanza desde que se fijó el día del casamiento; puede usted invi-

*

tar á los amigos que guste sin cumplimiento de ningún género, puesto que usted pertenece ya á la familia.

Yo también invitaré á algunos amigos de confianza, y después del casamiento haremos un poco de música en familia no más, para festejarlo alegremente.

Aquellas demostraciones de cariño por parte de don Estéban habían seducido á Lanza inspirándole un verdadero cariño por el tío de su mujer.

El único rencor que podía haber abrigado por él era el de haber abandonado á Luisa, pero esto mismo contribuía á su cariño por don Estéban, pues si éste no hubiera abandonado á su sobrina, él no la habría conocido en su desamparo y no habría podido realizar aquel gran negocio.

Luisa parecía más hermosa que nunca.

La felicidad la había rejuvenecido, y vestida con sumo gusto y elegancia había tomado un aspecto verdaderamente espléndido.

El mismo amor intenso que sentía por Lanza contribuía á embellecerla y á aumentar la simpatía de su expresión juvenil y feliz.

Lanza la miraba extasiado; él mismo había concluido por enamorarse locamente de la hermosura de Luisa que llenaba por completo su vanidad al mismo tiempo que todas sus aspiraciones.

El, que por pescar el dinero no había vacilado en proponer casamiento á su vieja modista; él, que se hubiera casado con una escoba, siempre que esta escoba fuera rica, ¿cómo no había de envanecerse con aquella mujer rica, jóven y poderosamente bella?

Tan soberbio consideraba el negocio, que deseaba llegara cuanto ántes aquel sábado, porqué temía que un acontecimiento imprevisto viniera á echarlo todo á perder y deshacer su enlace.

No se creía del todo seguro hasta que el casamiento no se hubiera efectuado.

Una vez casado, ya se sentía con fuerza suficiente para sobrellevar y vencer cualquier contratiempo.

Por fin amaneció el ansiado sábado.

Lanza se levantó muy temprano y se fué al escritorio, pues quería asistir á las operaciones de la mañana que eran las que le interesaban, porqué en ellas tenía sus enjuagues.

Estando en el escritorio por la mañana, ya sin temor de ningún género podía faltar el resto del día.

La gente con quién él andaba en enredos era gente de trabajo que venía solo por la mañana temprano.

Los clientes que venían en el resto del día eran clientes con los que él poco que hacer tenía, viejos clientes de la casa que en nada podía explotar, porqué conocían todas sus costumbres y llevaban sus operaciones perfectamente arregladas de antemano

Con ellos no había más que llenar las letras y hacérselas firmar á Caprile para remitirlas á su destino.

Los clientes del picholeo á quiénes explotaba fácilmente y sonsacaba para su nueva casa, esos iban desde temprano hasta las diez ó las once.

Lanza, una vez concluido su trabajo de por la mañana, fué á ver á Caprile y le pidió licencia para faltar por el resto del día.

—Me caso esta noche, le dijo, y aún me queda algunas pequeñeces que arreglar.

No me atrevo á invitarlo al casamiento, pero si quiere ir á tomar una copa de vino, nos hará un honor.

Los otros dos dependientes principales de la casa fuéron invitados á comer con él los tallarines de boda, recomendándoles Lanza que si veían á Cánepa no le fueran á decir nada, porqué él tenía sus razones espéciales para no decirle nada de su casamiento hasta después que se hubiera celebrado.

—Hoy no invito más que á ustédes, que son mis compañeros de trabajo, agregó, porqué en casa de la familia de mi mujer siempre habrá que estar con etiquetas.

Pero mañana ya es distinto, yo invito á comer en mi casa con toda la confianza y toda la franqueza posible que es natural tengan conmigo mis amigos.

Como me caso en casa de ella, no hay más remedio por hoy, mañana ya será otra cosa.

Los dos dependientes, sus compañeros y el cura que había corrido con todas las diligencias del casamiento y que lo había de bendecir, eran los únicos invitados de Lanza.

Don Estéban, que quería hacer una fiesta agradable y animada, había invitado algunas familias amigas suyas á comer, las de mayor intimidad, y á tomar una taza de té á aquellas de menor confianza.

Si á todos los hubiera invitado á comer no habrían cabido en la mesa.

A las cuatro de la tarde ya la casa de don Estéban tenía todo el aspecto de la fiesta que en ella debía celebrarse.

Los amigos invitados habían empezado á caer y ya la mesa estaba adornada con pavos, ramilletes y todo cuanto don Estéban había encargado á la confitería.

Luisa se había hecho un traje bellísimo de colores frescos y vivos que decían divinamente con el sonrosado espléndido de su semblante juvenil y alegre.

Se veía que aquella jóven, que andaba de un lado á otro arreglándolo todo, era completamente feliz.

Lanza, arrobado en la contemplación de su futura, andaba

aturdido sin darse cuenta de lo que pasaba y recibiendo con expresión idiota las felicitaciones y bromas que le dirigían sus amigos.

Ya no temía que ningún contratiempo viniera á turbar la paz de su espíritu.

Cambiaba de cuando en cuando apasionadas miradas con su amada, obsequiándola de todos modos.

Por fin llegó la hora de comer y todos rodeáron aquella mesa que parecía ser opípara, y cuya cabecera ocupó naturalmente el cura que los había de casar.

Seguían á la izquierda los tíos de Luisa, á la derecha esta y después los invitados que apénas cabían en la mesa.

La comida no podía ser más cordial y alegre.

Los cuerpos y las almas, las bocas y los corazones, todo lo dirijo yo hoy, decía el curita, más alegre que gato chico ante la opípara mesa.

Durante los primeros platos solo fué mantenida por él la conversación.

Los invitados miraban complacidos la belleza de Luisa y Lanza les decía alegremente:

—Caballeros, no me miren tanto á mi mujer que me van á hacer poner celoso ántes de tiempo.

Luisa se ponía colorada como una granada y sonreía á Lanza con un cariño infinito.

A medida que fuéron pasando los platos y el calor del vino empezó á derretir el hielo de los etiqueteros, las bromas fuéron cruzando de un lado á otro, hasta que la mesa tomó el verdadero aspecto de alegría que debía tener una mesa presidida por un cura con motivo de un casamiento.

Lanza estaba contento como puede figurarse, ante situación semejante.

Todos querían brindar con él, pero él bebía con cierta cautela como si temiera hacer algún descalabro.

Don Estéban estaba contento y satisfecho.

Una sobrina se casaba en su casa y se casaba bien, con un muchacho de mérito según le hacía decir el Burdeos, y su satisfacción tenía que ser profunda.

—Lo único que siento, decía Lanza, es que mis buenos viejos no estén aquí á mi lado, para hacerlos partícipes de mi felicidad.

Esta es tanta, que me hace echarlos de ménos, puesto que solo con ellos podré compartirla.

—Nunca la felicidad es más de la que puede contenerse decía el curita empinando sendos y morrudos vasos de sangre de Cristo, y la felicidad que reporta el matrimonio, no debe compartirse con nadie.

Estos gracejos eran estruendosamente festejados por los invitados, que veían en aquel curita un hombre liberal y franco.

La comida fué así sumamente alegre, pues se había establecido entre todos la mayor confianza, confianza que el curita sabía mantener con sus bromas perfectamente correctas y aceptables.

Terminada la comida, y miéntras los hombres echaban un cigarro y las mujeres pasaban á la sala, Luisa, acompañada de su tía, se fué á poner el traje que debía servirle para el casamiento.

La tía era la encargada de arreglarla, porqué se había suscitado un cambio de idéas á propósito de las flores que debía llevar.

Luisa no quería ponerse azahares, puesto que ella era una viuda, decía.

Pero la tía le observaba que el ponerse otra clase de flores sería hacer un mal papel ante los demás que no estaban en autos.

—Prefiero hacer un mal papel ante los demás, de quienes nada me importa, había dicho Luisa, que hacerlo ante mi marido que está al corriente de todo.

La situación se salvó arreglando entre ambas que Luisa no llevaría flores de ninguna clase, ni más alhaja que el brillante de compromiso que le regaló su novío.

Su vestido era un espléndido vestido color violeta claro con adornos blancos, que realzaba su hermosura de una manera poderosa.

Luisa en aquel traje era una mujer poderosamente espléndida.

No podía estar más sencilla ni más elegantemente vestida.

Los invitados al casamiento habían ido llegando y la casa llenándose poco á poco de amigos de ambos sexos que no querían faltar á la ceremonia.

Como el cura estaba allí y allí estaban novios y padrinos, solo se esperó que Luisa estuviera pronta para dar principio á la ceremonia.

Don Estéban fué adentro á anunciar que era preciso apurarse, y Luisa se presentó por fin en la sala, acompañada de su tía y madrina.

Fué el curita el primero que vino á recibirla, lleno de cortesías y cumplimientos.

—Pues, caro Lanza, le dijo, se lanza usted en la vida del matrimonio, de una manera capaz de dar envidia al más indiferente.

Es la moza la mujer más hermosa que he conocido y casado.

Es que Luisa estaba verdaderamente bella.

—Bueno, amigo mio, dijo Lanza con aire zumbón, cásenos

de una vez que es lo que nos hace falta por ahora; para los elogios hay tiempo.

Luisa estaba positivamente avergonzada de tanto elogio y tanta mirada, pues en aquel momento era el blanco de todos los ojos.

El curita, que estaba algo gineteado por la sangre de Cristo que había inoculado á la suya, se puso los avíos de casar, es decir, el corbatón, su libraco y un cinturón, sin cuyos requisitos no hay casamiento posible.

Todos se pusiéron de pié y el cura empezó á rezar unas oraciones que nadie entendió y cuya virtud está en esto precisamente, pues si álguien las entendiera, perderían su eficacia.

La cerimonia fué corta, todo lo corta, que se pudo, pues así lo había recomendado Lanza á su amigo, quedando así constituido aquel nuevo matrimonio, cuna de un sin fin de graciosas aventuras que más adelante verán nuestros lectores.

Con la última cruz en el aire hecha por el amigo cura, resonó el piano en un alegre wals.

No faltó quién viniera á invitar á la graciosa desposada, pero Lanza reclamó para sí ese honor.

—Me corresponde de derecho esta primer pieza, dijo Carlo, es demasiado bella mi mujer para que yo pierda un momento de estar con ella.

Y se lanzáron al torbellino del wals, que Carlo bailaba de una manera maravillosa.

Concluído aquel wals, los recién casados pasáron al comedor como á tomar una copa de vino, llamando allí Lanza á don Estéban que miraba encantado la pareja, recordando la noche de su propias bodas.

—La reunión, amigo mio, está muy bella, muy entretenida, y me quedaría aquí toda la noche entera bailando y entretenido, pero ahora me confieso un poco egoista.

Prefiero retirarme con mi mujer á mi casa, porqué la noche está muy húmeda y más tarde puede hacerle mal á Luisa.

Si usted me lo permite, yo me voy á retirar sin despedirme de ninguno, pues si me despido de uno tendré que despedirme de todos y van á empezar á embromarme porqué me quede.

—Puedes irte no más, por mi parte, respondió don Estéban sonriendo picarescamente; puedes irte no más, que es muy natural tu deseo.

—Bueno, tío, discúlpeme, dijo Luisa, con los que pregunten por mí, y hasta luego.

—Anda no más, buena pieza, anda no más, que quedas disculpada sin necesidad que yo te disculpe.

Y se puso á reir como si le hubieran hecho cosquillas.

Es que la alegría por un lado, y por otro las bromas de los amigos Chianti y Barbera lo habían puesto fuera de juicio.

Luisa se fué á las habitaciones de su tía, donde se tapó y tomó ropa con que levantarse al siguiente día, encargando á esta le remitiera temprano el resto de la ropa para poder salir á la calle, pues consigo no llevaba sinó ropa de casa.

Cuando Luisa y Lanza saliéron sin que nadie los notara, la fiesta quedaba en su mayor apogeo.

Se seguía bailando alegremente sin que ninguno notara la ausencia de los recién casados, pues creían que anduvieran en el interior de la casa atendiendo las necesidades de la reunión, según decía don Estéban.

Una vez metido este en jarana de baile, etc., quería llevar la diversión hasta el fin.

Así es que al té y café se había seguido el chocolate y al chocolate una cena familiar entre sus amigos más intimos y que no habían comido con él.

Era la primera y tal vez la última fiesta que don Estéban daba en su vida, y deseaba sacarle el jugo aprovechándola por completo.

El gasto estaba hecho y la concurrencia presente, pues no había más que divertirse miéntras lo permitiera la noche.

Cuando se notó la ausencia de los novios era ya tardísimo de la noche y no se pensaba sinó en rodear de nuevo la mesa del comedor para restaurar las fuerzas perdidas en el baile y la chacota.

Toda tentativa de cumplimiento ó etiqueta había desaparecido con el ejemplo de aquel travieso curita, incansable en la chacota y la broma.

A cada momento exhortaba á su fieles para seguir el ejemplo de Lanza, recomendándose siempre él como candidato para verificar la unión.

Y esto daba lugar á un sinnùmero de bromas chistosísimas y epigramáticas.

La reunión, reducida ya á las amistades de mayor confianza de la casa, era compuesta de paisanos de don Estéban, gente inocente, sin malicia de ninguna especie y que se encontraba allí tan bién, que la cena se prolongó hasta la madrugada.

El último en despedirse fué el curita, que hasta entónces no había cesado de reir y de embromar un solo momento.

Don Estéban, temiendo que « el fresco » de la madrugada se le pudiera ir á la cabeza, le propuso que se quedara allí á dormir, que él le prepararía la cama en el vacante aposento de Luisa.

Pero el curita había tenido una cabeza maravillosa.

No solo se manifestó perfectamente sereno á pesar de todo lo que había bebido, sinó que todavía podía beber á la salud de todos los matrimonios que se habían proyectado.

Y cuando don Estéban manifestaba alguna admiración, le decía:

—Si yo en ayunas me alcanzo á decir unas veinte misas sin perder los estribos, calculen lo que seré capaz de beber teniendo buen lastre en el estómago!

Esta declaración del curita había dejado maravillado poderosamente á don Estéban quien, á pesar de la fortaleza de su cabeza, sentía que las piernas le flaqueaban.

¡Y eso, que había bebido mucho ménos que el curita!

Este, para corroborar todo lo que había dicho, se retiró á pié, rechazando el carruage, que se había hecho quedar expresamente para conducirlo hasta su casa.

La despedida del curita puso así fin á aquella buena y familiar fiesta, que tan agradable recuerdo dejó en todos los que á ella habían asistido.

VIENTO EN POPA.

Carlo Lanza se había trasladado con su consorte á su morada de la calle Tacuarí.

Todo estaba allí solitario, no había ni un sirviente, ni un solo importuno que pudiera turbar la paz de aquel nido de amor.

Queriendo ser poético sobre toda exageración y concluir de impresionar agradablemente el espíritu de su Luisa, ántes de irse á casa de esta, Lanza había comprado aquel día una gran cantidad de flores que deshizo en el aposento.

De modo que cuando entráron allí, fuéron envueltos por una esquisita atmósfera de delicados perfumes.

Luisa, que no estaba acostumbrada á aquellas demostraciones de alta escuela, se mostró sumamente complacida, recostándose en el hombro de Lanza, que la cubrió de cariños.

—Por fin estamos en nuestra casa, dijo este, sin que nada ni nadie venga á turbar nuestra felicidad, por cuya razón no he querido tomar ninguna sirvienta; estaremos servidos por el cariño mútuo hasta que tú dispongas otra cosa.

Luisa estaba radiante de felicidad; todo aquel aposento lo encontraba bello y poético, salpicado de flores deshojadas y bañado por la luz rosada de una bomba de aquel color puesta en el pico de gas.

Quiere decir que es cierto que todas mis desventuras han

concluído para mí, exclamó Luisa, que ahora tendré en el mundo un protector, un amparo contra todas mis desgracias.

—Sí, Luisa mía, tu vida entra desde ahora en una nueva faz de cariño y de felicidad.

En mí tendrás el cariñoso apoyo que te ha faltado siempre, no teniendo que temer nada de nadie.

Desde hoy viviremos el uno para el otro exclusivamente y ambos para el trabajo, que es el complemento de la felicidad y de la fortuna.

Ya verás, mi Luisa, ¡qué felices vamos á ser así!

Luisa escuchaba gratamente aquel programa de vida, y cada vez más enamorada de su Carlo, se consideraba positivamente un ser venturoso sobre toda exageración.

¿Qué podía importarle ya de sus miserias pasadas ni quién se atrevería á criticarlas?

Todo quedaba olvidado y borrado con el amor de su marido y el respeto que su nombre le prestaba.

Luisa entónces se puso á llorar ámpliamente, pero un llanto tranquilo y consolador, arrancado por la inmensa felicidad que sentía y que nunca se atrevió á soñar para ella desde el miserable abandono de Arturo.

Toda aquella noche la pasáron entregados á sus planes de felicidad futura y á la realidad de su felicidad presente.

——Yo he querido establecerme, así pobremente, porqué este es el modo de trabajar con más ventaja.

Si me vieran ricamente establecido, la clase de clientela que yo tengo se me iría, porqué para ella el lujo es sinónimo de gasto y creerían que por esta sola causa yo les había de cobrar más comisión.

Guardaremos así una apariencia pobre y humilde para la clientela que ha de venir á darnos trabajo.

Ahora, en nuestra intimidad, donde el ojo extraño no puede penetrar, viviremos con toda la comodidad que, gracias á Dios, puedo proporcionarte y sin que carezcamos ni de lo más supérfluo.

La pobreza en las apariencias de mi escritorio, la he de conservar por más grande que sea mi fortuna y ya verás que bien nos vá así, Luisa.

Pasemos por alto los detalles de aquella noche en que Lanza agotó todos los recursos de su dialéctica y de su astucia para concluir de apoderarse por completo del espíritu de su mujer.

Al día siguiente se levantáron temprano; la felicidad quita el sueño como la desgracia.

Luisa envió á lo de su tía á buscar la ropa que necesitaba,

y saliéron á pasear, después de haber almorzado con don Estéban, como una prueba de cariño que Lanza le quería dar.

Aquel día era Lanza quien invitaba á comer, en casa de sus tios políticos para mayor comodidad.

Había invitado á sus compañeros de escritorio y á aquellas pocas amistades comerciales con quienes le convenía conservar relación, sin exceptuar á Cánepa á quien recién aquel día mandó dar parte de su casamiento precipitado, que por razones especiales había sido necesario hacerlo así sobre tablas y sin pérdida de tiempo.

Realizado su casamiento ya no tenía cuidado de que cosa alguna lo hiciera fracasar, y entónces no podía tener recelo de hacerlo conocer de Cánepa, único interesado tal vez en estorbarlo para apoyar algún otro, según él sospechaba.

Y como ya no había remedio, si Cánepa tenía sus proyectos, los olvidaría sin tratar de perjudicarlo en su reciente enlace, puesto que con ello nada absolutamente podía sacar en limpio.

La única recriminación que podía hacerle, y que era la de no haberlo invitado á la cerimonia siendo tan amigos, quedaba atajada á tiempo con la precipitación de su enlace, precipitación que ya había dejado explicada.

Queriendo mostrar siempre su mayor grandeza, había encargado una buena comida á la Cruz de Malta, llenando él mismo unos cuantos cajones de legítimo vino italiano, completamente ineludible de toda buena y alegre comida.

Por supuesto que el invitado número uno era su amigo el curita que tanto lo había ayudado en las diligencias de su casamiento.

Con aquella comida Lanza había gastado cuanto tenía, incluso los quinientos patacones de su vieja modista.

No le quedaba ni un centavo más aparte, pero no lo necesitaba tampoco, puesto que había realizado ya el negocio que le interesaba.

Si acaso hubiera necesitado dinero para cualquier otra cosa, ahí estaba Caprile que no se lo negaría y á quien hasta entónces no había tenido necesidad de recurrir por dinero.

Aquella comida que era natural que él diera en festejo de su casamiento, tenía que ser por lo ménos tan buena como la del día anterior dada por su tío.

Pero Lanza había querido dar una comida á lo grande, y había echado no la casa, sinó los bolsillos por la ventana.

Sobre todo en el vino, Lanza había echado el resto, porqué sabía que con buen vino todo es buena alegría.

Los amigos de Lanza admiraban la belleza de su mujer, no pudiendo explicarse como diablos ellos no la habían visto ántes.

Es que Luisa había estado poco en el casino, y este casino era frecuentado por jóvenes del país y calaveras ricos.

Por esto es que felizmente ninguno de sus amigos conocía á su Luisa, ni podía tener idea de que hubiera salido de un casino.

Y como era sobrina de don Estéban, nadie podía pensar mal de Luisa, ni imaginarse tampoco la pieza que había sido.

Así es que todos la trataban con la mayor consideración y respeto.

El diablo de curita aquel no dejaba decaer la alegría y la jarana ni un solo momento, pues este era el medio de prolongar la comida.

Luisa era por todos agasajada y obsequiada por todos, incluso el mismo Cánepa que había concluido por tomarle simpatía, aunque aquel diablo de casamiento había echado al infierno ciertos planes que tuvo con respecto á Lanza.

Este, que no perdía el menor detalle de todo lo que pasaba á su lado, estaba contento con la actitud que había visto tomar á Cánepa, porqué la enemistad de este no le convenía en manera alguna.

Cánepa lo había conocido en sus malos tiempos, y aunque no en sus peores, y Lanza no sabía hasta donde su amigo conocía su historia.

Ya no podía hacerle ningún daño en el hecho material de su casamiento, puesto que ya se había realizado.

Pero podía hacerle mucho daño en las relaciones comerciales con su suegro, que era la base sobre la que fundaba.

Así es que á Lanza no le convenía tener ningún enemigo, aunque era sumamente difícil que nadie pudiera penetrar sus vastísimos planes.

Nada más cordial y alegre que aquella comida íntima, donde todos los presentes estaban vinculados por lazos de estrecha y leal amistad.

¿Cómo no había de encontrarse feliz Luisa, ante todas las demostraciones de aprecio de que era objeto su marido?

La comida se prolongó hasta la tarde, sin que decayera un momento solo la alegría con que empezó.

¿Cómo debía de decaer también, cuando aquel diablo de cura era un tratado de anécdotas de todo género?

No era posible estar sério un solo minuto.

De lo que todos estaban positivamente asombrados, era de la cabeza de aquel diablo de cura.

Había bebido tanto como los demás invitados juntos, y sin embargo, ni siquiera en el brillo de sus ojos podía sospecharse la cantidad de vino que había en aquel vientre formidable.

El mismo Lanza, que era una cabeza privilegiada para beber, estaba asombrado de lo que chupaba su amigo el curita.

Lanza quiso abandonar la reunión temprano, en cuanto se hubo tomado el café, so pretexto de que al día siguiente era lúnes y no podía faltar al escritorio.

Pero su amigo el cura encabezó una silbatina tan furiosa á semejante retirada, que no tuvo más remedio que quedarse y declarar que estaba á la disposición de sus amigos.

Desde que había sido silbado su mejor pretexto, ya no le quedaba ninguno que invocar y se resignó á quedarse, resignación aparente, pues nadie más amigo que él de aquellas farras y beberajes.

Lo que hay es que él se encontraba coartado por su flamante consorte y no podía entregarse á la jarana con toda la libertad que hubiera deseado.

Farrista de nacimiento, se encontraba en su elemento verdadero; lo que hay es que estaba atado por la presencia estimable de su consorte.

Al fin y después de consumir la última botella de vino, fué preciso dar por terminada aquella comida, que no podía ser eterna y que á alguna hora tenía que terminar, á pesar de los discursos recalcitrantes del cura.

Cánepa fué el primero que tocó retirada, y como aquellas reuniones no necesitan sinó que uno se retire para terminar, otros siguiéron á Cánepa con piernas más ó ménos seguras, hasta que solo quedó el cura, los de la casa y los esposos Lanza.

—Supongo que ahora me será permitido el retirarme, dijo Carlo, pues es una hora bastante avanzada para retirarse un recién casado que tiene que trabajar mañana.

Yo soy capaz de pasarme así una semana seguida, pero mi Luisa nada tiene que hacer con lo que yo sea ó no sea capaz y no es bueno hacérmela trasnochar de esta manera.

—¡Anda, sin vergüenza! exclamó el cura riendo picarescamente; quien no te conozca que te alquile, que lo que es á mí no me la pegas.

Pero al fin y al cabo es perdonable que con semejante mujercita quieras retirarte pronto, y con franqueza confieso que yo no habría aguantado tanto.

Quedas en libertad, Lanza, hasta que nos des una comida en tu propia casa; entónces no tendrás pretexto para retirarte, porqué estarás en tu casa y te haremos permanecer en la sala, de sol á sol.

—No habrá necesidad, respondió Lanza; el primer aniversario de este feliz casamiento, pienso festejarlo yo con una comida que dure una semana, sin levantarnos de la mesa.

—¡Te tomo la palabra! ¡te tomo la palabra! gritó el curita bebiendo la última copa por aquella promesa, y me comprometo á hacertela cumplir al pié de la letra.

Usted es testigo, Luisa, de lo que acaba de decir este pillo, y usted me vá á ayudar á recordárselo.

—No lo necesito, es una fecha demasiado querida para mí, para que haya necesidad de que nadie me recuerde lo que he prometido.

Y miró á su jóven esposa de tal manera, con tal cariño, que ésta se puso colorada hasta las orejas.

Aquel casamiento parecía haber regenerado á Luisa por completo, dotándola de una sensibilidad que ésta ni siquiera se había sospechado tener.

—Me parece que he nacido de nuevo, murmuró al oído de Lanza cuando estuviéron en la calle.

Paso por impresiones tan queridas y desconocidas para mi espíritu, que creo estar en otro mundo superior al en que hasta ahora he vivido.

¡Oh! Carlo mio; nunca me cansaré de bendecir el momento en que te conocí.

—Esto no es nada, Luisa mía, respondía el astuto Lanza; todavía el mundo guarda para nosotros felicidades inmensas que iremos gozando á medida que yo asiente mi posición.

Los primeros tiempos serán de trabajo, de trabajo constante y rudo; pero el cariño todo lo compensa, Luisa mía, y él nos hará llegar al fin de la jornada sin la menor fatiga y sin que siquiera podamos notar la del camino recorrido.

Ahora tengo que achicarme porqué no me conviene mostrarme en todo mi valer, pero el día que yo pueda sacar las uñas ya verás hasta donde me trepo.

Desde el día siguiente, Lanza se multiplicó en el trabajo.

Tenía que atender á sus quehaceres del escritorio de Caprile, y al trabajo de su propio escritorio que comenzaba á tener sus comisiones ocultas.

Porqué ya empezaban á venir á él dirigidas las cartas de aquellos clientes nuevos que había declarado suyos y manejables por su cuenta.

Y como no podía atender á las dos partes al mismo tiempo, los clientes de su casa estaban citados de once á una del día, que era el tiempo de que él disponía para ir á almorzar.

Si acaso algún cliente inesperado caía fuera de aquella hora, Luisa estaba allí para recibirlo y señalarle la hora en que podía ver al banquero.

De esta manera quedaba bien á cubierto de cualquiera sorpresa, pues á esa hora, entre once y una, en que él no estaba en

lo de Caprile, nadie había de irlo á buscar allí, pues ya sabían que á aquella hora Lanza estaba en su casa.

Allí mismo en el escritorio sabían donde habían de irlo á buscar si algo urgente necesitaban.

Así empezó Lanza á trabajar de banquero, con los desperdicios de la casa de Caprile primero, que algo le dejaban, y con los clientes nuevos que podía sorprender y llevarlos á su escritorio, con mil ventajas imaginarias para ellos.

Su crédito era cuestión de tres meses, á lo sumo.

En cuanto empezaran á llegar cartas y acuses de recibo á las cartas y las remesas de dinero hechas por su escritorio, ya la confianza se haría absoluta entre aquellos clientes desconfiados por naturaleza y que no creen sinó en lo que palpan.

Estas cartas Lanza las había enviado con preferencia á las del escritorio de Caprile, para que las suyas llegaran ántes.

En cuanto á las contestaciones, demoraba las de Caprile todo cuanto le era posible, para que los que se manejaban por su escritorio particular, tuvieran primero todo lo que les interesaba.

Así descontentaba á los clientes de Caprile, sin que este pudiera sospecharlo, y acreditaba su pequeño boliche.

Caprile tenía así en su escritorio un enemigo formidable, un competidor interesado en minar su crédito y arrebatarle la clientela.

Como Caprile no se metía para nada con aquella clientela de menudeo, diremos, confiada á sus dependientes, ni siquiera podía sospechar lo que pasaba.

El se entendía con la clientela gruesa, con la clientela de importancia, y con esta Lanza no se metía por nada ni había intentado meterse, comprendiendo el peligro á que se exponía.

Cualquiera operación intentada con esta gente que giraba gruesas sumas, podía llegar á conocimiento de Caprile y descubrirse todo el pastel.

De todos modos aquella clientela pequeña era tan numerosa, que dejaba utilidades enormes, reuniendo sus pequeñas comisiones.

Por fin empezáron á llegar las contestaciones á las cartas que él había dirigido con el sobre preparado adentro y el recibo de las cantidades por él remitidas, quedando los clientes de Lanza plenamente satisfechos.

Como Lanza se había demorado en entregar las cartas llegadas por conducto de Caprile, los clientes de este empezáron á disgustarse.

Como todos los italianos se conocen entre sí, los clientes de Lanza empezáron á dar noticias á los conocidos de sus familias,

contando la rapidez con que obraba Lanza y la buena voluntad con que los atendía.

Y los descontentos de lo de Caprile empezáron á plegarse á su clientela espontáneamente.

A éstos clientes que venían, Lanza les hacía sus observaciones y ponía sus dificultades.

—No quiero que vaya á creer Caprile que yo le estoy sonsacando á ustedes y que le hago la guerra en su proprio escritorio.

—No sabrá nada, se apresuraban á decir los italianos, que creían mejorar en todo.

No sabrá nada, porqué no lo diremos é iremos allí de cuando en cuando, pero queremos cambiar de casa porqué esta marcha mejor y cobra más barato.

—Si ustédes se comprometen á guardar silencio y á no decir nada aunque se lo pregunten, bueno, si no no quiero saber nada. —

Y al primero que vaya á decir que es cliente mío y que yo sirvo ó no sirvo más barato, no lo atiendo más en mi vida.

Los italianos, que lo que deseaban era ser mejor servidos y más barato, prometían cuanto Lanza quería, dispuestos á cumplir religiosamente lo que habían prometido.

Y empezáron á manejarse por intermedio de Lanza, demostrándose contentísimos con el cambio.

Con esta clientela era muy poco lo que Lanza podía ganar, pero no era esto lo que más le preocupaba.

Aquella clientela le traería otra nueva, sin contar con los que seguían abandonando la casa de Caprile, y en el número de clientes estaría entónces su enorme ganancia.

Tal era la deserción de clientes, que se sintió en el escritorio por la disminución en los balances.

Pero lo atribuyéron á otras causas: á la escasez de trabajo y falta consiguinte de dinero.

Nunca se sospechó nadie que aquella fuera obra del astuto Lanza, en quien tanta confianza tenían depositada.

Lanza siempre hablaba de mejorar en el escritorio, no diciendo una palabra de establecerse solo y por su cuenta, de modo que en él no podía tenerse la más remota sospecha.

Antes que viniera contestación á la carta de don Estéban, Lanza había escrito ya dos ó tres cartas á su suegro, para ir ganando tiempo.

En ellas le hablaba de negocios magníficos, mostrándole la conveniencia de remitirle mercaderías á consignación, indicándole que podía tomar informes de su persona en casa de los banqueros Parody, donde él hacía sus giros.

Los pocos giros que ya había hecho Lanza, los había hecho contra los banqueros Parody á quiénes remitía fondos con anticipación, para que sus giros pudieran ser cubiertos en el acto.

A su suegro le proponía que remitiera mercaderías á consignación, cuyo importe cobraría él con giros contra los mismos banqueros Parody, indicándole ya la clase de mercaderías que había de mandarle, con el último precio á que podría venderlas.

Luisa también, á indicación de Lanza, había escrito á su padre dándole cuenta de su casamiento, contándole la clase de persona que era su marido, lo feliz que era á su lado y el crédito y respeto de que este gozaba.

«Soy completamente feliz, padre mio, tan feliz, que hasta bendigo mi vida pasada, puesto que ella es causa de que yo haya venido á América.»

Con semejantes cartas, reunidas á los conceptos de don Estéban, el viejo Maggi no podía ménos de estar sumamente contento y tener en su yerno una confianza ilimitada.

Todavía Lanza no había concluído de establecerse por completo en su negocio de giros y correspondencia, cuando ya pensaba en negocios de una magnitud asombrosa.

Estaba convencido que para seguir bien y ganar dinero y crédito, lo mejor era proceder con una hombría de bien irreprochable y cumplir exactamente sus compromisos.

Podía ganar mucho más explotando á aquella inocente clientela, pero esto no le convenía en manera alguna, porqué descubierto cualquier mal procedimiento, era sembrar la desconfianza en aquella buena gente tan desconfiada por naturaleza.

Un napolitano de aquellos, descontento, bastaba para anularlo ante toda la clientela napolitana.

Muchas veces se le proporcionó la oportunidad de hacer un buen negocio disponiendo de dinero que tenía en su poder para remitir á Europa.

Pero esto habría demorado sus pagos allá y una demora podía costarle su crédito ante los remitentes.

Por el momento era preciso proceder limpiamente; este era su verdadero negocio.

Después, si su suegro le remitía mercaderías á consignación, podría entónces negociar con más desahogo.

Luisa, entretanto había establecido un pequeño taller de modas, donde confeccionaba trajes únicamente para sus relaciones, lo que le daba una buena utilidad.

Cortaba la ropa de una manera admirable, y como las señoras á quiénes vestía se iban pasando la palabra, su clientela crecía al extremo de tener que rechazar trabajo por no poderlo

atender, no queriendo tomar oficialas porqué ya la confección no sería la misma, ni tenía tampoco local suficiente para colocarlas á trabajar.

Queriendo explotar sus talentos de embalsamadora, lo que era un buen negocio, se había dedicado también á este bello arte, poniendo en la ventana de la calle este curioso letrero manuscrito por Lanza:

«*Aquí simbalsama pacarito.*»

Y de noche, aburrida de trabajar con la aguja todo el día en la confección de vestidos, se entretenía en embalsamar pajaritos, ayudada por Lanza á quién enseñaba el arte.

Así, entre trajes y aves embalsamadas, ella ganaba mucho más de lo suficiente para atender á los gastos de la casa.

Lanza, deseando tener los menores trastornos posibles, había escrito á su vieja modista como si estuviera en Montevideo, y diciéndole que necesitaba permanecer un mes más para dejar concluido el establecimiento de la sucursal.

Si me escribes remite las cartas á mi nombre y al escritorio de Caprile. le decía, así llegarán bien á mis manos.

Por este lado podía estar tranquilo, hasta que pudiera pagarle los quinientos patacones que le había facilitado.

Entre su sueldo, lo que ganaba en su escritorio y las sumas que tomaba en lo de Caprile por los procedimientos que hemos indicado, en un mes podía reunir cómodamente con que pagar á la modista y quedar libre de este compromiso que podía muy bien traerle dificultades en sus negocios.

Después que le pagara le diría buenamente que había tenido que casarse por imposición de su familia.

Así podría también conservar con ella una buena relación y tenerla como cliente para sus remesas á Europa, puesto que el pago de los quinientos patacones aumentaría el crédito que con ella tenía.

Siempre sería esta una puerta abierta que tendría para ayudarse en cualquier dificultad.

No tenía más que seguir condiciéndose como hasta entónces y esperar pacientemente las contestaciones de su suegro, pues si este consentía en el envío de las mercaderías todo marcharía bien para él.

Por el lado de Caprile poco tenía que temer porqué sus operaciones de estampillas, demora de correspondencia y diferencias de comisión estaban tan hábilmente hechas, que habría sido muy difícil descubrirlas.

Y en caso que las descubrieran y saliera de la casa, siempre le quedaría como pretexto ante sus clientes, de que todo lo que

*

se decía en el escritorio de Caprile era por venganza, porqué le llevado la mejor clientela.

Y como con esta procedía con la mayor honradez, no desconfiarían nada.

Lanza había tratado de aumentar siempre su crédito y relaciones con la gente de iglesia, porqué con esta se prometía grandes negocios para el futuro.

Y seguía en su sistema de limosnas por medio de cheques, haciéndose presentar á todos los cura que llegaban de la campaña, con el curita que lo había casado.

A todos ellos los servía gratuitamente, ofreciéndoseles en un todo y para todo lo que necesitaran en la ciudad, para lo que no tendrían más que escribirle dos líneas directamente.

Les facilitaba dinero sin interés alguno, pues con esto se proponía abarcar por intermedio de los curas, toda la clientela que podía caer de la campaña.

El pensamiento no podía ser más magno, y realizado tendría que darle resultados magníficos.

La contestación del suegro era lo que esperaba con más ansiedad, pues si esta era conforme á sus proposiciones, podría salir de lo de Caprile ántes que se descubriera nada.

Pues siempre era mejor salir amigablemente y con el crédito incomovible que salir pelado y dando lugar á hablandurías y cargos que, por más que les destruyera, algùn perjuicio podían causarle.

El estaba bien seguro que era imposible descubrir sus explotaciones, pero como de una casualidad nadie está libre, miéntras más pronto saliera de la casa, mucho mejor.

El hubiera salido cuanto ántes, pero como miéntras más se demoraba más clientes pescaba, no quería decidirse ántes de haber recibido contestación de su suegro.

Así se retiraba de lo de Caprile perfectamente establecido y sin temor del porvenir.

La contestación de Maggi á la carta de don Estéban vino por fin, siendo para Lanza del mejor augurio.

El viejo se mostraba sumamente contento del casamiento de su hija y agradecía á don Estéban los trabajos que se había tomado y los informes que de su yerno le daba, con quién decía se pondría en correspondencia directa.

Nada mejor podía esperar Lanza que la aprobación de su casamiento hecha por su suegro.

De eso, á enviarle las mercaderías pedidas no había la menor distancia.

Las contestaciones á sus cartas no podían tardar, siendo lo único que Lanza esperaba para despedirse de Caprile.

De todos modos el hecho de quedar allí un mes, le convenía sobremanera bajo el punto de vista de que necesitaba dinero, y en un mes reunía una buena suma de diversos modos.

Más adelante todo andaría bien, pues una vez acreditado con los napolitanos que formaban su clientela, podía retener de cuando en cuando el dinero por quince ó veinte días, sin que esto le reportase perjuicio alguno.

Lo difícil era acreditarse, pero una vez conseguido esto, su crédito sería inamovibile, sabiéndolo conservar.

Por fin llegó la ansiada contestación del viejo Luis Maggi, sobre la que se precipitó Lanza como sobre una verdadera presa.

El viejo Maggi contestaba en aquella, tres cartas de Lanza y la de su hija, á ésta larga y detenidamente.

No solo consentía en el env'o de mercaderías, sinó que ofrecía hacerlo á la mayor brevedad, pidiendo á Lanza le indicara las mercaderíasí que más convinieran por su fácil salida.

A su hija la felicitaba por el casamiento hecho y le daba mil cariñosos consejos sobre la conducta honesta que había de seguir, para conservar el cariño y respeto de su marido.

Aquella carta no podía estar más en armonia con las aspiraciones de Lanza, de modo que éste ya pudo contar con una base segura de operaciones, pues la primer remesa de mercaderías debía ya venir en camino y próxima á llegar.

Cuando el judío de su suegro se había resuelto á mandarle valores, era porqué tenía en él la mayor confianza.

Era pues preciso cumplir con él religiosamente, para aumentar su crédito y por consiguiente el valor de las remesas.

Lanza contestó á su suegro con filial cariño, haciéndole una reseña de las mercaderías que podía mandarle y previniéndole que el dinero se lo remitiría en giros contra sus banqueros Parody, y que si tenía transacciones en Buenos Aires, giráse contra él aunque fuera en descubierto y á la vista.

Lanza quería deslumbrar la avaricia de su suegro y lo hería en su cuerda sensible.

Pocos días después y como por vía de primer ensayo, recibió de su suegro una remesa de mercaderías por valor de unos cuatro mil francos.

Eran tan bien elegidas las dichas mercaderías, que Lanza las realizó en el acto, con mil quinientos francos de utilidad sobre los precios indicados por su suegro.

A aquellos mil quinientos francos de utilidad agregó mil más de su bolsillo, y remitió á su suegro un giro por seis mil quinientos contra los banqueros Parody, á quiénes remitió el dinero en el acto, de manera que el giro aquel pudieran cubrirlo á la vista.

Con aquel sacrificio de mil francos, sabía que su suegro le remitiría cuanto le pidiera.

Estaba seguro de no tener más que hacer la lista, para recibir lo que quisiera le remitiese.

EL PRIMER CONTRATIEMPO.

Ya quedaba Lanza perfectamente lanzado en el comercio como fuerte consignatario.

Su clientela de napolitanos había aumentado mucho, al extremo de que con ella sola se hubiera podido sostener.

Lanza comprendió que necessitaba todo su tiempo para atender á sus negocios y á su escritorio, siéndole urgente entónces retirarse de lo de Caprile.

La felicidad de su hogar era completa; Luisa lo amaba inmensamente y su cariño aumentaba cada día al ver la conducta irreprochable de la jóven, que vivía completamente entregada al trabajo y al amor de su marido.

Puede decirse que Luisa había roto con todas sus relaciones pues solo se visitaba con sus tíos.

Todo su día y gran parte de la noche la empleaba en sus trabajos de modista y á embalsamar pájaros, siendo este último trabajo el que más le producía.

Lanza la miraba cariñosamente y le decía que pronto quedaría libre de todo trabajo, y entregada como una señora, á disfrutar del dinero que él ganara á manos llenas.

Habiendo decidido retirarse de lo Caprile, duplicó sus pequeñas operaciones de explotaciones y de sonsacamiento de clientela.

Ya á todos los que iban por la mañana á remitir dinero, les decía que la casa no se ocupaba más de pequeñas operaciones, y los remitía á su escritorio, haciendo de él las más exageradas ponderaciones.

Estos nuevos clientes se encontraban en lo de Lanza con los otros que iban á recibir ó remitir cartas y como éstos les referían las muchas ventajas que allí habían hallado, se quedaban sin la menor vacillación.

La casa de Caprile no pudo ménos que notar la gran disminución de clientela que había tenido de tres meses á entónces y empezó á inquirir la causa sin poder atinar con ella.

La ambición desmedida que se había apoderado de Lanza, vino á hacerle sufrir el primer contraste.

Un día se presentó al escritorio de Caprile una persona á hacer un giro fuerte sobre Génova.

Era la primera vez que se presentaba en el escritorio y Lanza pensó que podría impunemente hacerle una jugada que le dejara alguna utilidad.

Lanza salió á cambiar en oro el dinero que se le daba para hacer el giro pedido, regresando al escritorio inmediatamente.

Pero al dar el vuelto y hacer la liquidación de la letra, se quedó con el valor de cuatrocientos francos.

Si el comitente contaba el dinero y notaba la falta, una equivocación la sufre cualquiera; ¡qué diablo!

Devolvería el dinero y contra cualquier mal pensamiento estaba su crédito en el escritorio.

Y si el hombre no notaba la falta de dinero, Lanza hacía un buen negocio sin peligro de ningún género.

El cliente, confiado en el proceder de la casa, ni siquiera revisó el dinero y la cuenta.

Guardó todo en su bolsillo, y se retiró después que le entregáron el correspondiente recibo.

Aquella tarde Lanza no cerró su libro como tenía de costumbre, intencionalmente.

Era una salida que se dejaba para el caso en que el hombre se presentara á hacer el reclamo al siguiente día.

Pasado éste, ya no había reclamo posible y él quedaba dueño del dinero.

Pero al día siguiente el hombre se presentó á hacer su reclamo, diciendo que recién había rectificado la cuenta y el vuelto, encontrando que le faltaban cuatrocientos francos.

Lanza sostuvo en términos enérgicos que había devuelto el dinero exactamente y que bien comprendía que al día siguiente no era posible atender un reclamo tan fuerte.

Pero el cliente se alzó con el santo y la limosna, alegando en términos descomedidos y violentos que se le había dado dinero de ménos.

Lanza alzó la voz y la alzó el cliente también, acudiendo á la discusión el señor Caprile que se encontraba en su escritorio.

Dados los antecedentes de Lanza y lo tardío del reclamo, el señor Caprile observó al cliente que el error podía estar de su parte, pues con aquel dependiente nunca se había tenido una dificultad.

Pero el hombre se mantuvo en sus trece.

Lanza vino entónces á dar un corte momentáneo á la cuestión, pero que el cliente en manera alguna podía rechazar.

—Casualmente yo no he balanceado mi libro anoche, dijo, y como ni el Papa es infalible por más que se diga, puede ser que yo me haya equivocado.

Esta noche cerraré el libro y si aparecen los cuatrocientos francos de más, los devolveré al señor y no tendré inconveniente en ofrecerle mis escusas.

Pero si no aparecen en mi libro, el señor habrá perdido el dinero en otra parte y yo no puedo permitirle que venga á dirigirme el menor reclamo, mucho ménos en el tono que lo hace.

Caprile encontró sumamente justo aquel procedimiento, dando á su dependiente toda la razón.

Así es que el cliente se retiró quedando en volver al siguiente día.

Lanza pretextó una salida imprescindible ántes de la hora habitual de retirarse, y se fué sin balancear el libro, tratando así de hacer el último esfuerzo para quedarse con aquel dinero.

A la mañana siguiente el reclamante se presentó en el escritorio á ver el resultado del balance dado por Lanza.

Como todas las mañanas, Lanza estaba solo en el escritorio y nadie podía escuchar lo que dijera.

Así es que con un tono áspero dijo al cliente:

—He encontrado exacto mi balance y usted habrá perdido el dinero en otra parte.

Si yo se lo hubiera dado de ménos, aparecería en mi libro y en mi libro no está; luego usted no tiene razón.

El hombre se irritó porqué tenía conciencia de lo justo de su reclamo que hacía.

Pero Lanza se irritó también, porqué así convenía al papel que representaba y lo invitó á retirarse y á no importunarlo más.

Se cambiáron entónces algunas groserías é inconveniencias y el cliente se retiró por fin asegurando que era la última vez que ponía sus piés en semejante casa.

Era precisamente lo que Lanza quería para embolsarse tranquilamente aquel dinero.

En cuanto el cliente se retiró, balanceó su libro para quedar á cubierto con Caprile y se metió al bolsillo el dinero que en previsión de todo tenía aún en el cajón, para el caso en que lo hubiera tenido que devolver.

Preocupado con las mil ocupaciones que sobre él pesaban, el señor Caprile no volvió á recordar aquel incidente del reclamo, creyéndolo ya completamente arreglado.

Lanza tuvo por su parte buen cuidado de no recordárselo.

El estaba seguro de que aquel cliente, como lo había dicho, no pondría más sus piés allí, y entónces su negocio quedaba en el misterio.

Los cuatrocientos francos ya ni Cristo los sacaría de su bolsillo.

En este intérvalo Lanza recibió de su suegro la segunda carta y la segunda remesa de mercaderías, pequeña también, pues aún no había recibido el dinero y la noticia de haber sido vendido la primera.

Lanza se sintió entónces plenamente satisfecho.

Si su suegro le remitía nuevas mercaderías sin haber tenido noticias de las primeras, era lógico esperar que al saber y recibir el resultado de las primeras, se las remitiría entónces sin limitación alguna, más, viendo que giraba á la vista contra los banqueros Parody, en poder de quienes tenía buenas sumas, procedentes de giros remitidos por su clientela y que se debían pagar á diversos plazos.

Su crédito empezaba pues á tomar proporciones envidiables.

Entónces y deseando dedicar todo su tiempo á sus asuntos, decidió despedirse del escritorio del señor Caprile.

La clientela pensaba seguírsela arrebatando. con solo venir á la puerta del escritorio todas las mañanas, á la hora en que el señor Caprile no podía estar allí.

—Así podría hablar con los clientes del escritorio á quienes nada había dicho ántes, y reducirlos con el aviso de que él habia establecido una casa mejor que aquella y que como él estaba al frente siempre, serían mejor tratados y atendidos que allí, donde vendría un dependiente nuevo que para nada los conocía ni podía habituarse como él á las costumbres de cada cual.

Esto indudablemente podía causar un gran perjuicio á Caprile, pues aquella clientela de gente infeliz y fácil de engañar, acostumbrada ya á Lanza, se iría con él sin meterse en más averiguaciones.

Muchos de ellos no habían tratado en todos sus negocios sinó con Lanza, de modo que para ellos Lanza era el banquero y aquello no importaba sinó un cambio de domicilio.

Eran incalculables los perjuicios que para Caprile podía importar aquella conducta.

Decidido á retirarse, Lanza lo comunicó á Caprile, pero por supuesto, sin decirle que establecía un negocio igual al suyo, para que no fuera á sospechar nada referente á la clientela.

—Mi suegro me está mandando mercaderías á consignación le dijo, y yo no puedo atener ese negocio con mis ocupaciones del escritorio á las que debo todo mi tiempo.

Ese negocio importa mucho para mí, porqué si me vá bien, en poco tiempo podré abrir una casa en grande y hacer mi fortuna.

Solo una razón como esta es capaz de hacerme abandonar una casa donde he sido tan bien tratado.

Ahora tengo sobre mí mayores obligaciones y es necesario que me haga un porvenir más independiente.

Yo, sin embargo, me quedaré á su lado hasta que usted encuentre un dependiente que pueda reemplazarme á su satisfacción.

Caprile encontró perfectamente razonable lo que Lanza decía.

Era muy natural que su suegro, siendo un hombre rico, lo ayudara mandándole mercaderías y era muy justo que el jóven quisiera dedicarse por completo á aquel negocio.

Así es que sin sospecharse nada de lo que había en el fondo de todo aquello, y sintiendo la separación del jóven, le ofreció su ayuda en todo lo que pudiera servirlo, quedando en poner un dependiente á su lado para que se hiciera práctico en las obligaciones de Lanza.

Aquel era uno de los mismos dependientes de la casa, sumamente adicto á Caprile y deseoso de hacer méritos para seguir en la casa y mejorar de sueldo y de posición.

Lanza se encargó de instruirlo en sus obligaciones tan rápidamente como le fuera posible, suponiéndole muy poco tenerlo á su lado, porqué un novatón como aquel no podía causarle el menor perjuicio.

Con proceder delante de él con toda integridad, á nada se exponía, pues el secreto de sus manejos no podía ser penetrado si él mismo no lo mostraba y no lo explicaba en su detalle.

El reemplazante de Lanza empezó á concurrir al escritorio á la misma hora que éste, para atender al despacho de la clientela matutina y al manejo del correo, en lo que se refería á remisión de correspondencia.

En el primer día, el jóven notó una cosa que le llamó la atención, y es que muchas personas que venían, hablaban con Lanza en voz baja y como evitando que él las oyera.

Sin embargo, por más en silencio que hablaban, el jóven pudo oir de uno y otro lo bastante para comprender que se trataba de clientela particular de Lanza, que se refería á la casa Tacuarí 81.

Lanza no le había dado ninguna explicación al respecto, pasándose la mañana sin que acudiera ningún cliente para el escritorio.

A la noche el nuevo dependiente habló con Caprile para contarle lo que había aprendido y las dificultades que había hallado en el nuevo puesto, quedando asombrado que en toda la mañana no hubiese ido cliente alguno para la casa.

Esto era extraño, y mucho más extraño le pareció, el saber que había ido mucha gente en busca de Lanza.

Sin embargo, nada dijo, prometiéndose averiguar lo que había al respecto.

¿Qué significaban aquellas referencias á la calle Tacuarí 81, donde vivía Lanza?

Por más confianza que tuviera en su dependiente, aquello era como para llamarle la atención.

A la mañana siguiente sucedió lo mismo.

De todas las personas que viniéron al escritorio y habláron con Lanza, solo uno quiso remitir una carta con algún dinero para la familia, carta que Lanza encargó al nuevo dependiente que la escribiera.

Cuando Lanza se fué á almorzar, el dependiente comunicó á sus compañeros lo que sucedía, y el fenómeno de no venir ya para la casa ni un solo cliente.

Hablaban de esto, cuando llegáron dos sugetos en busca de Lanza, siendo uno de ellos un antiguo cliente.

—¿Qué es eso? le preguntaron, ¿ya no mandas dinero ni escribes para tu familia?

—Sí escribo, respondió y mando dinero, pero lo hago por otra parte que no son tan careros como ustédes.

Ustédes están cobrando el cinco y allí no pagamos sinó el tres, y mejor servidos.

—¿Y por qué casa mandas que pueda servirte mejor que nosotros?

—Por la calle Tacuarí 81.

Era preciso poner aquello en conocimiento de Caprile, puesto que el domicilio indicado importaba dos cosas graves.

Primera, que Lanza sonsacaba para sí la clientela de la casa, y segunda que la clientela de la casa era corrida por la enorme comisión del cinco por ciento, cuando allí nunca se había pagado más que el tres.

Aquella diferencia de precio ¿era únicamente para correr la clientela, ó era con el doble objeto de buscar un perjuicio á la casa?

De todos modos era necesario que el señor Caprile supiera lo que pasaba y aquel mismo día lo pusiéron en su conocimiento.

El señor Caprile no podía creer lo que le decían.

¿Cómo era posible que un dependiente que había sido un modelo como conducta y honradez, cometiera actos semejantes?

Antes de proceder, ántes de herirlo con una ofensa semejante, era preciso constatar los hechos denunciados, de manera que no cupiese la menor duda.

Caprile, á las horas que Lanza estaba en su casa, le hizo espiar la suya de la calle Tacuarí y allí viéron entrar y salir á toda la clientela que de allí había desaparecido sin saberse la causa.

Y supiéron fácilmente que Lanza se ocupaba del mismo negocio, de remitir giros á Europa y atender la correspondencia de aquella gente.

Averiguando de uno y otro, se supo también que muchos de aquellos clientes se habían retirado por la diferencia entre el cinco que les cobraban en lo de Caprile y el tres que les cobraba Lanza.

Y como en el libro de Lanza no figuraba ninguna comisión á más del tres, era indudable que allí había un abuso de confianza á él y un robo á los clientes.

Fué entónces que Caprile se acordó de aquel reclamo de los cuatrocientos francos, y cuando volvió Lanza, ántes de decirle una palabra de lo demás, le preguntó en que había quedado aquella cuestión del reclamo.

—Los encontré en el balance dado, respondió Lanza con increible cinismo, y los devolví, por eso es que no ha vuelto más.

Como efectivamente el hombre no había vuelto más, Caprile creyó sin dificultad la cosa, pero en seguida abordó la cuestión principal resueltamente, y tratando de sorprender á Lanza para no darle tiempo á meditar disculpas.

—Podría usted explicarme satisfactoriamente, le dijo, ¿cómo es que en el escritorio se ha cobrado á muchos clientes el cinco por ciento de comisión, cuando en su libro no figura más que el tres?

Lanza palideció intensamente ante aquella pregunta hecha cuando ménos lo esperaba y sin que hubiera podido meditar sobre la respuesta que más le convenía.

Vaciló un momento y no supo que responder.

—Espero su contestación, insistió Caprile y usted debe justificarse, porqué este hecho arroja sobre usted una sospecha muy fea.

Lanza se repuso un momento y con palabra vacilante repuso:

—Ese hecho está destruido por sí mismo, pues cualqueira que me conozca sabe que yo no soy capaz de cometer una acción semejante.

—Sin embargo, el hecho existe, puesto que hay gente á quien se ha cobrado el cinco por ciento y que no vienen más al escritorio por esta razón.

—Esa es una mentira miserable, respondió Lanza con un cinismo asombroso.

El que eso ha dicho miente como un verdadero miserable.

—Sin embargo, insistió Caprile, son muchas las personas que lo aseguran.

—Pues todas ellas mienten, contestó Lanza, todas ellas me calumnian miserablemente, repitió Lanza subiendo la voz.

Caprile empezaba á irritarse ante el cinismo inaudito de aquel hombre, pues en su turbación, en su palidez y en su actitud misma había comprendido que el hecho era cierto.

—Bueno, replicó, supongo por un momento que es rigurosamente exacto lo que usted dice.

¿Y cómo me explica usted que la clientela que ha desaparecido de mi casa se encuentra en el boliche de giros que usted ha establecido?

Lanza se encontró plenamente descubierto y juzgó inútil negar los hechos.

Recurriendo entónces á su máxima audacia y levantando siempre la voz, exclamó:

—¿Y qué quiere usted que yo rechace la clientela que cae á mi boliche, come usted dice? ¿pretende usted que yo lleve mi abnegación hasta no trabajar para mí? ¡sería curioso!

—¿Entónces usted confiesa que ha abierto su boliche para explotarme en todo? ¿usted confiesa que sonsaca la clientela de mi casa?

—Yo confieso simplemente que no soy tan bruto para echar de mi sasa á la gente que vá á ocuparme.

Demasiado lo he servido y lo he ayudado con mi crédito, agregó, y no estoy dispuesto á sacrificarme más.

Iba á quedarme á instruirle un dependiente para que la casa no sufriera con mi separación, pero desde que usted compensa tan mal mis abnegados servicios, dejo de pertenecer á su casa y le pido que me arregle mi cuenta si quiere, que si no, me es igual, el dinero que usted me debe no me ha de hacer más rico.

La actitud de Lanza no podía ser más insolente, y el señor Caprile había concluído por perder la paciencia.

Y aunque así lo quisiera, no podía conservarse tranquilo, pues sus dependientes y demás personas que escucharon á Lanza, podían figurarse que realmente él debía grandes servicios á aquel bribón, cuando así se atrevía á hablarle.

Así es que sin salir del tono exigido por la educación correcta, enrostró á Lanza su miserable proceder.

—Nunca hubiera creído que usted fuera capaz de cometer acciones semejantes, señor Carlo Lanza.

Yo hacía á usted todos mis cargos sin creerlos yo mismo y deseando cir de sus lábios la justificación más completa.

Pero al ver la manera como usted me contesta, no solo estoy convencido de que todo es cierto, sinó que veo con dolor que es usted un ingrato y un gran insolente.

Usted se irá de mi casa, sí señor, pero ántes devolverá todas esas diferencias de comisión cobradas, y volverá á la casa la clientela que le ha arrebatado.

Lanza, tratado de esa manera, no podía retroceder.

Si él aflojaba en su actitud era reconocer ánte los demás la verdad de los cargos que se le habían hecho.

Tenía que sostenerse en el terreno insolente en que se había colocado, así es que respondió á Caprile que él era el ingrato que desconcía los servicios por él prestados á su casa.

—Yo no tengo que justificarme de nada, no devolveré nada, continuó.

Es la primera persona que se permite la insolencia de dudar de mí, añadió, que soy la honestidad personificada, y á semejantes personas no tengo consideraciones que guardar.

Yo me voy inmediatamente y como veo que hay interés en no pagarme lo que se me debe, yo lo perdono, poca falta puede hacerme ese pucho de dinero.

Guárdelo, señor Caprile, y sea feliz con él.

La discusión había traído al escritorio de Caprile á sus dependientes y á algunas personas extrañas que en la casa se encontraban.

Caprile perdió por completo los estribos y las frases de ladrón y sin vergüenza se cruzáron enérgicas y violentas con las de explotador y villano. —

El señor Caprile se levantó, no pudiendo contenerse más, y el ruido característico de un bofetón puso fin al diálogo.

El incidente venía así al terreno donde Lanza quería traerlo, pues así era más fácil su salida.

En una lucha con Caprile, hombre fuerte y bravo, él tenía que sacar forzosamente la peor parte.

Pero ¿qué le importaba todo esto si lo hacía salir del escritorio sin dar explicaciones de ningún género y quedando libre de toda responsabilidad?

Se felicitó de la actitud violenta de Caprile y se batió débilmente, tratando solo de emprender la retirada para evitar mayores golpes.

Caprile, que había perdido toda la calma y que no reflexionaba ya, avanzó sobre él tratando solo de sacudirle los mayores golpes posibles.

Los dependientes acudiéron en el acto á prestarle su contingente, pero este era un contingente innecesario, pues ya Lanza no trataba de responder á los golpes sinó de evitarlos en lo posible y tratar de ganar la calle.

Me dará una satisfacción completa, *¡corpo di Bacco!* gritó una vez que se vió en la calle, y prorumpió en un discurso formidable contra Caprile y su crédito

Este intentó salir y castigar en la calle nuevamente la insolencia de aquel bri bón, pero sus dependientes y sus amigos lo contuviéron.

Lanza estuvo gritando en la calle un cúmulo de insolencias

de todo género, hasta que se retiró, con los golpes recibidos, pero triunfante.

La cuestión capital para él era no tener que dar explicaciones respecto á su conducta en el escritorio.

—Los golpes no dan razón á nadie, decía, y ménos al que los ha pegado, pues prueban que no ha tenido razón alguna y pierde todo el derecho que podía tener á recibir explicaciones.

De todos modos hago un buen negocio y hasta conquisto el derecho de decir que todo ha sido por no pagarme lo que me deben.

Así quedo libre de este escritorio que me ataba de una manera poco agradable.

Y esta fué la razón que empezó Lanza á dar á todos, de su salida del escritorio de Caprile.

Ya podía dedicarse por completo á los negocios suyos, atender bien á su clientela y á la venta de los articulos que á consignación le remitiera su suegro.

Descubierto en el escritorio el negocio de la diferencia en las comisiones, empezáron á averiguar á los pocos clientes napolitanos que aún quedaban, y se supo por ellos todo lo que hemos narrado, averiguándose así todo el proceder de Lanza.

Caprile supo como había corrido á la clientela nueva con la fuerte comisión que les cobraba, y como había reducido á la vieja levantándosela á su escritorio desde hacía más de tres meses.

Y se siguiéron descubriendo así lentamente nuevas embrollas de Lanza y todos los negocios en que había explotado la casa.

Caprile se encontró casualmente en la bolsa con el cliente aquel de los cuatrocientos francos de ménos que Lanza le aseguró haber devuelto y supo que no había existido semejante decolución,

—Por eso no he vuelto más á su casa, dijo aquel cliente explotado, pues estaba convencido que ahí no hubo error ninguno sinó la más refinada mala fé: tenía la concinecia de haber sido robado.

Y si usted no despide á ese hombre vá á concluir con el crédito de su escritorio, yo se lo aseguro.

En seguída y por un reclamo del correo se descubrió el negocio de las estampillas, lo que debía haber dejado á Lanza una utilidad bárbara.

Lo peor es que todas estas eran cosas en las que Caprile no tenía el menor reclamo, porqué estaban hechas con tal habilidad que no habían dejado justificativo posible.

Solo podía intentarse el reclamo sobre reducción de clientela y esto mismo era de una prueba laboriosa.

Lanza aseguraba entretanto, que se iba á presenta rcontra

Caprile ante la justicia correccional por los golpes recibidos y por las inculpaciones calumniosas que había hecho de su persona.

Esta sola amenaza perjudicaba á Caprile, pues no faltaba gente que creyera que Lanza saldría triunfante en ese juicio.

Esta era una situación mortificante para un hombre sério como el señor Caprile, á quien en manera alguna convenía entrar en discusión con un pillo del calibre de Lanza.

Este, entretanto, no se había llamado á la inacción.

Por la mañana temprano y cuando calculaba que no podían verlo, se venía á la esquina y aun á la puerta misma del escritorio, de Caprile, para tratar de seducir á la clientela diciéndoles que la casa iba á quebrar, que él se había salido porqué todo aquello era un bochinche, porqué allí no se hacía sinó explotar á los pobres, lo que él no quería autorizar con su presencia.

Aquellos infelices, desconfiados por naturaleza y que tenían confianza en el joven con quien tanto tiempo se habían entendido, le creían cuanto les decía y se iban con él, formando entre los clientes de lo que Caprile había llamado justamente un boliche, pero un boliche al que Lanza había sabido dar un crédito bárbaro entre aquellos napolitanos tan desconfiados.

Es que Lanza bruto é ignorante para la generalidad de las cosas, tenía para la embrolla y para la intriga un talento y un tino especiales.

Se había apoderado de tal modo del espíritu de aquella gente, que habrían depositado en sus manos, sin reserva de ningún género, cuanto dinero poseían.

Este era el talento especial de Carlo Lanza, talento en el que no era posible superarlo.

Y la prueba es que sin un centavo de capital se había hecho de un escritorio de giros, acreditado entre la gente que remitía dinero á Europa y con un regular crédito en platea, crédito que debía aumentar sériamente con las mercaderías remitidas por su suegro y vendidas por él á precios excelentes pudiendo demorar el dinero que por ellas sacase, cuando la confianza de su suegro fuera absoluta para emplearlo en ostros negocios de resultado seguro.

Su salida del escritorio de Caprile importaba un beneficio, lejos de importarle un perjuicio, como sus compañeros lo creyeron.

FIN.

Obras del Autor EDUARDO GUTIERREZ

que hay en existencia:

El Asesinato de Alvarez
Amor funesto
Croquis y Siluetas Militares
Los enterrados vivos

Pastor Luna
El Mataco (continuación y fin de Pastor Luna)

Santos Vega
Una Amistad hasta la Muerte (contin. y fin de Santos Vega)

Juan sin Patria
Juan Cuello
Juan Moreira

El Chacho
Los Montoneros
El Rastreador } Historia completa de El Chacho
La Muerte de un Héroe

El Jorobado
Astucia de una Negra (continuación y fin de El Jorobado)

Juan Manuel de Rosas
La Mazorca } Historia completa
Una Tragedia de Doce Años } de Juan Manuel de Rosas
El Puñal del Tirano

Dominga Rivadavia
Infamias de una Madre (contin. y fin de Dominga Rivadavia)

Los siete Bravos ó Ignacio Monges
La Muerte de Buenos Aires
Hormiga Negra
El Tigre del Quequén
Los Hermanos Barrientos
Carlos Lanza
Lanza el gran Banquero
Los grandes ladrones
Un Capitán de ladrones ó Antonio Larrea

Un viaje infernal - Una demanda curiosa